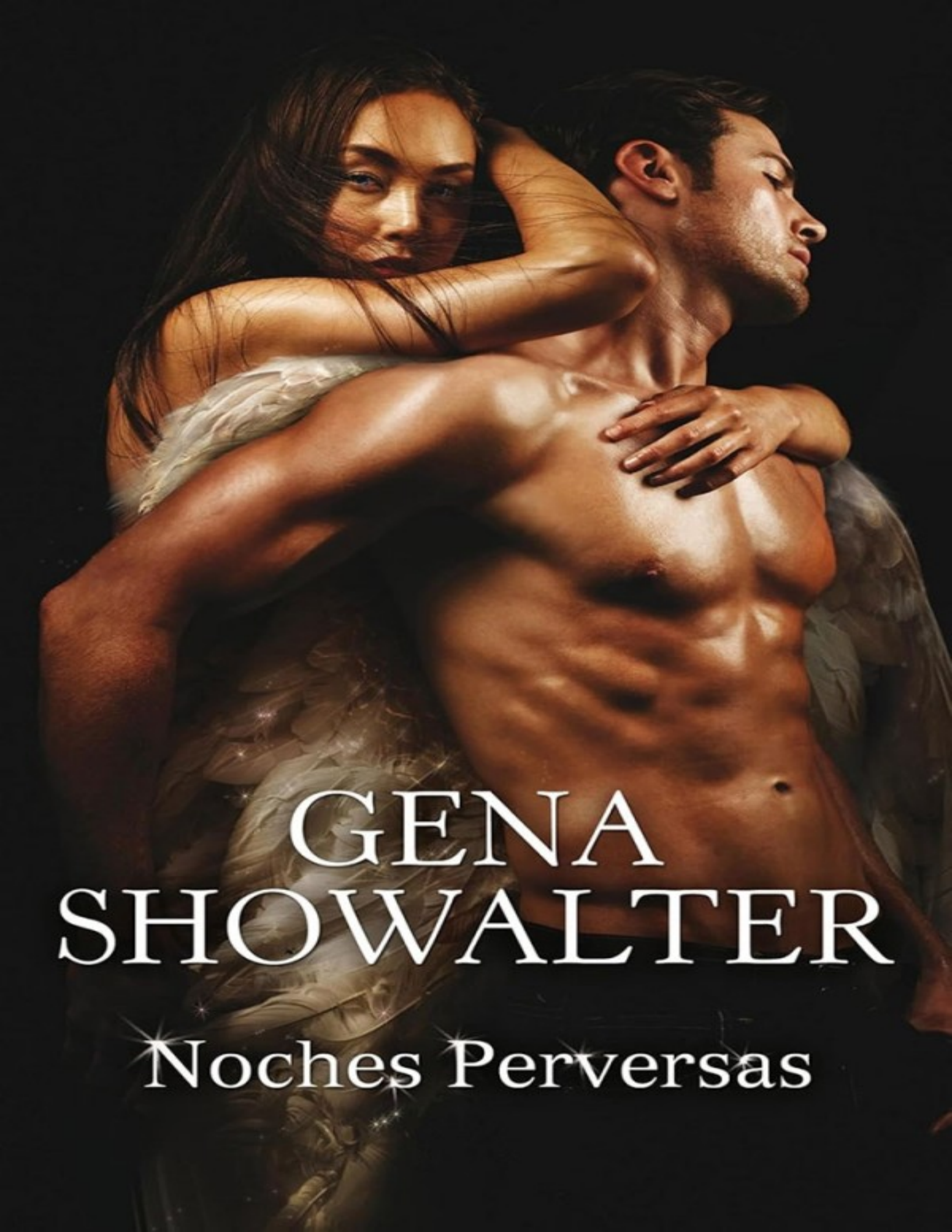

GENA
SHOWALTER
Noches Perversas

A Zacharel, el líder de uno de los ejércitos más poderosos de los cielos, sus superiores lo habían evaluado y considerado muy peligroso y despiadado. Si no tenía cuidado, corría el riesgo de perder las alas. Sin embargo, aquel guerrero con el corazón de hielo no estaba dispuesto a abandonar el mando de las misiones que tenía encomendadas… hasta que una humana vulnerable lo tentó con placeres carnales que él nunca había conocido.

Annabelle Miller había sido acusada de un crimen que no había cometido, y había pasado cuatro años en un hospital psiquiátrico penitenciario. Los demonios vigilaban todos sus movimientos estrechamente, puesto que su rey no iba a detenerse ante nada con tal de conseguirla. Zacharel, un ángel brutal, era su única oportunidad de sobrevivir. Sus caricias eran tan ardientes como el infierno, pero ¿sería él su salvación, o su condena definitiva?

Gena Showalter

Noches perversas

Ángeles de la oscuridad - 1

Título original: *Wicked Nights*
Gena Showalter, 2012
Traducción: María del Carmen Perea Peña

GENA SHOWALTER

Noches Perversas

Índice de contenido

Cubierta

Noches perversas

Nota de la autora

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Sobre la autora

Querida lectora:

Me he sentido fascinada con Zacharel, el ángel glacial, desde el primer momento en que apareció en las páginas de la serie de los Señores del Inframundo, en *El secreto más oscuro*. Lo digo muy en serio. ¿Un guerrero inmortal a quien le resulta más fácil acabar con un enemigo que sonreír a un amigo? Sí, tenía que conocer sus secretos.

También he tenido que poner su mundo del revés, y ¡cuánto me he divertido! Lo he puesto a cargo de los seres más grandes y más malos de la creación, un ejército de ángeles que están a punto de ser expulsados para siempre de los cielos. Ha conocido a la primera mujer que le ha hecho sentir fuego en las venas, y está en peligro de perder su mayor tesoro. Y, no, no me refiero a su virginidad.

¿Qué mejor modo de comenzar mi nueva serie sobre los Ángeles de la Oscuridad?

Tendrán que hacer sacrificios, y habrá batallas entre el bien y el mal. Zacharel solo tiene una oportunidad para arreglar esto; solo una, porque es la última. Si falla, le quitarán todo aquello que le importa: su posición, su poder… e incluso su amor.

Espero que tú disfrutes tanto haciendo este viaje como he disfrutado yo escribiéndolo. Después de todo, mientras viajas, estarás en los brazos de un exquisito guerrero alado…

Con cariño,

Gena Showalter

A Jill Monroe, por sus llamadas y correos electrónicos de ánimo, ¡y por las carcajadas!
Y quiero que conste para siempre que eres la primera.

A Sheila Fields y Betty Sanders, por la amistad, las ideas, ¡y las carcajadas!

A Joyce y Emmett Harrison, a Leigh Heldermon, a Sony Harrison, por el apoyo, el amor, ¡y las carcajadas! Sí, me encantan las carcajadas.

A Mickey Dowling y Anita Baldwin, ¡unas damas fantásticas a las que adoro!

A Kresley Dowling y Beth Kendrick; mil gracias, señoras. En realidad, eso no es suficiente. ¡Un millón de gracias, señoras!

¡Y a Kathleen Oudit y Tara Scarcello, por haber hecho un trabajo tan estupendo! ¡Magnífico!

Prólogo

La mañana de su décimo octavo cumpleaños, Annabelle Miller se despertó del sueño más asombroso que hubiera tenido en su vida sintiéndose como si le hubieran sacado los ojos, los hubieran sumergido en ácido y se los hubieran colocado de nuevo en las cuencas. Fue notándolo poco a poco, porque todavía tenía la mente embotada. Cuando por fin despertó completamente, todo su cuerpo se tensó y se arqueó, y un grito se le escapó de la garganta.

Abrió los ojos, pero… no había luz. Solo vio oscuridad.

El dolor se le extendió por las venas, con tanta fuerza que Annabelle pensó que iba a estallarle la piel. Se frotó la cara, incluso se clavó las uñas, pensando que podría arrancar lo que le estaba causando aquel problema, pero no había nada extraño. No tenía bultos ni arañazos. No… un momento. Sí había algo. Notó un líquido caliente en las palmas de las manos.

¿Era sangre?

Gritó de nuevo, una y otra vez, y cada uno de los gritos fue como un cristal que le rasgaba la garganta. En pocos segundos, el pánico se apoderó de ella. Estaba ciega y sangraba. ¿Se estaba muriendo?

Alguien abrió la puerta de su habitación.

—¡Annabelle! ¿Estás bien? —preguntó su madre. Después, hubo una pausa, y exclamó—: ¡Oh, nena, tus ojos! ¿Qué te pasa en los ojos? ¡Rick! ¡Rick! ¡Ven corriendo!

Se oyó una maldición y, después, unos pasos apresurados. Un segundo después, se oyó un jadeo de horror.

—¿Qué le ha pasado en la cara? —gritó su padre.

—No lo sé, no lo sé. Estaba así cuando entré en su cuarto.

—Annabelle, cariño —le preguntó su padre con ternura y preocupación—. ¿Me oyes? ¿Puedes decirme qué te ha pasado?

Annabelle intentó pedirle ayuda a su padre, pero las palabras no le salían de la garganta. Y el calor se trasladó a su pecho, provocándole chispas cada vez que le latía el corazón.

Su padre la tomó en brazos; a causa del movimiento, el dolor se intensificó, y ella gimió.

—No te preocupes, nena. Voy a llevarte al hospital y te pondrás bien, te lo prometo.

El miedo se mitigó. ¿Cómo no iba a creer a su padre? Él nunca había hecho una promesa que no pudiera cumplir y, si pensaba que se iba a poner bien, se pondría bien.

La llevó hasta el coche, que estaba en el garaje, y la tendió en el asiento trasero mientras su madre sollozaba. Esperaba que sus padres entraran también, pero… nada.

Annabelle esperó… y esperó… Los segundos pasaban con una insoportable lentitud, y, poco a poco, el aire comenzó a llenarse del olor fétido de los huevos podridos, tanto que comenzó a escocerle la nariz. Se encogió, confundida y asustada por aquel cambio.

—¿Papá? —dijo.

Sin embargo, no oyó la respuesta de su padre. Solo oyó…

Voces amortiguadas al otro lado del cristal.

El estridente sonido de unos arañazos en el metal.

Una risa sobrenatural.

Un gruñido de dolor.

—Entra, Saki —gritó su padre, con un tono de voz de terror que ella nunca le había oído—. ¡Ahora mismo!

Saki, su madre, que había empezado a gritar.

Annabelle se incorporó con un gran esfuerzo y se dio cuenta de que, por fin, el insoportable ardor que sentía en los ojos había cesado. Cuando se quitó la sangre de los párpados, vio unos

pequeños rayos de luz. Pasaron varios segundos y fueron apareciendo los colores, hasta que pudo ver el garaje.

—¡Ya no estoy ciega! —gritó; sin embargo, su alivio no duró mucho.

Vio a su padre, protegiendo a su madre contra la pared más alejada, mirando hacia el coche. Tenía unos horribles cortes en las mejillas y sangraba profusamente.

¿Qué le había ocurrido?, se preguntó Annabelle con horror. No había nadie más en el garaje y…

De repente, apareció un hombre delante de sus padres.

No, no era un hombre. ¿Qué era?

Annabelle se arrastró hacia atrás, hasta que su espalda tocó con la otra puerta. Lo que había aparecido no era un hombre, sino una criatura salida de la peor de sus pesadillas. Aunque quiso gritar, no pudo. No podía tomar aire y tenía la garganta seca. Solo pudo seguir mirando, con repulsión.

La… cosa era muy alta, tanto que su cabeza tocaba con el techo. Tenía enormes huesos, los colmillos afilados, como de vampiro, y la piel de color morado, suave como el cristal. Tenía los dedos manchados de sangre. En la espalda tenía dos alas de color negro, y en la espina dorsal tenía protuberancias picudas como si fuera un reptil prehistórico. Tenía una cola terminada en algo como una cabeza de flecha de metal, también manchada de sangre, con la que golpeaba el suelo al agitarla de un lado a otro.

Aquella cosa tenía que ser lo que le había hecho las heridas a su padre.

Al darse cuenta de que seguramente iba a hacerle más daño, sintió un miedo atroz. Se arrastró hacia la ventanilla del coche y golpeó el cristal con un puño.

—¡Deja en paz a mis padres!

La bestia la miró con unos ojos de color rojo, como dos rubíes, y le mostró los colmillos con una sonrisa. Después, con un movimiento veloz, le cortó el cuello a su padre con las garras.

En un instante, la carne se rasgó y una lluvia de sangre cayó sobre la ventanilla del coche. Su padre se desplomó, agarrándose la garganta e intentando tomar aire…

Annabelle sollozó con una incredulidad que, rápidamente, se transformó en rabia.

Su madre volvió a gritar, y miró a su alrededor sin saber de dónde había salido aquella amenaza. Tenía la cara manchada de salpicaduras de sangre y se le estaban cayendo las lágrimas.

—No nos hagas daño —tartamudeó—. Por favor…

La criatura sacó una lengua bífida y se relamió, como si estuviera saboreando su miedo.

—Me gusta cómo suplicas, mujer.

—¡Ya basta! —gritó Annabelle. «Tengo que ayudarla, tengo que ayudarla», pensó. Entonces, abrió la puerta del coche y salió, pero se resbaló y cayó en un charco de sangre de su padre. No, no, no. Intentó ponerse en pie—. ¡Tienes que parar!

—¡Corre, Annabelle, corre!

Más carcajadas horrendas y, después, aquellas garras volvieron a golpear y silenciaron a su madre, que se desplomó.

Annabelle dejó de moverse y cayó al suelo nuevamente. Su madre estaba encima de su padre, retorciéndose… y, al final, quedó inmóvil.

—No, no puede ser… No…

—Oh, sí —dijo la criatura, con su voz grave y ronca.

Annabelle percibió un tono de diversión, como si el asesinato de sus padres no fuera más que un juego para la cosa.

Asesinato.

No, no podía aceptar aquella palabra. Sus padres habían sufrido una agresión, pero se recuperarían.

—Viene la policía —dijo—. Márchate. No querrás tener problemas, ¿no?

—Ummm, me encantan los problemas —dijo el monstruo, y se giró completamente hacia ella con una gran sonrisa—. Te lo voy a demostrar.

Entonces, comenzó a cortar los cuerpos de sus padres con las garras. Rasgó la ropa y la piel, aplastó los huesos y desgarró la carne y los tejidos.

Con horror, Annabelle se dio cuenta de que sus padres ya no podrían sobrevivir.

«¡Levántate! ¡Estás dejando que esa cosa mutile a tus padres! ¿Vas a dejar que te mutile a ti también? ¿Y qué pasa con tu hermano, que está arriba durmiendo, y que no sabe nada de esto?».

¡No! ¡No!

Annabelle se lanzó contra el pecho enorme y huesudo del monstruo y le golpeó la cara. El monstruo cayó hacia atrás, pero se recuperó rápidamente; la agarró, la tumbó boca arriba y la sujetó con fuerza mientras extendía las alas negras para aislarla del resto del mundo, como si solo existieran ellos dos.

Ella siguió golpeándolo sin parar. Por algún motivo, aquella criatura no le clavó las garras ni le hizo daño. De hecho, le apartó las manos e intentó… ¿besarla? Sin parar de reírse, apretó sus labios contra los de ella, le exhaló su repugnante aliento en la boca y se estremeció de placer.

—¡Basta! —gritó Annabelle, pero el monstruo aprovechó para hundirle la lengua tan profundamente que ella tuvo náuseas.

Cuando levantó la cabeza, le dejó en la cara una asquerosa sustancia blanca y caliente, y la miró con éxtasis.

—Esto sí que va a ser divertido —dijo.

Entonces, desapareció, dejando tras de sí una nube de olor pútrido.

Annabelle se quedó paralizada. Lo único que cambiaba en ella eran las emociones, que aumentaban a un ritmo alarmante. El miedo… el espanto… el dolor… Todas ellas le apretaban el pecho con tanta fuerza que estuvieron a punto de ahogarla.

«¡Haz algo!», pensó de repente. «¡Esa cosa puede volver!».

Al darse cuenta de que el monstruo podía reaparecer en cualquier momento, consiguió reaccionar. Se arrastró hacia sus

padres. Los cuerpos estaban desmembrados, y ella no pudo unirlos, por mucho que lo intentara.

Aunque todo su ser se rebelaba contra ello, tuvo que dejarlos solos para intentar salvar a su hermano.

—¡Brax! —gritó—. ¡Brax!

Subió tambaleándose a la casa y llamó a la policía. Después de dar unas apresuradas explicaciones, subió las escaleras sin dejar de gritar el nombre de su hermano.

Lo encontró en su habitación, durmiendo plácidamente.

—Brax, despiértate. ¡Tienes que despertarte!

Por mucho que lo zarandeara, él no se despertó. Tan solo murmuró que le dejara dormir un poco más.

Annabelle se quedó a su lado, protegiéndolo, hasta que llegó la ambulancia. Entonces, llevó a los sanitarios hasta sus padres, pero ellos tampoco pudieron recomponer sus cuerpos.

La policía llegó poco después y, en menos de una hora, culpó a Annabelle de los asesinatos.

Capítulo 1

Cuatro años después

—¿Y cómo hace que te sientas eso, Annabelle?

Aquella voz masculina puso cierto énfasis en la palabra «sentir», y le añadió un matiz repulsivo.

Sin perder de vista a los otros pacientes que formaban el «círculo de la confianza», Annabelle giró la cabeza y miró al doctor Fitzherbert, también conocido como Fitzpervert. Era un hombre de unos cuarenta años; tenía el pelo cano, los ojos castaños y la piel bronceada, con algunas arrugas. Era delgado y medía un metro setenta y cinco centímetros; tan solo dos centímetros más que ella.

Era un hombre atractivo. Por supuesto, si no se tenía en cuenta la negrura de su alma.

Cuanto más lo miraba ella, guardando silencio, más fruncía él los labios con un gesto de diversión y desdén. Eso la enfurecía, pero no iba a demostrárselo. Nunca haría nada que pudiera agradarle, al menos voluntariamente, pero tampoco iba a acobardarse. Era un monstruo: un hombre sediento de poder, egoísta y mentiroso. Y podía hacerle daño.

Ya se lo había hecho.

La noche anterior la había drogado. En realidad, llevaba drogándola todas las noches desde que había empezado a trabajar en aquella cárcel para enfermos mentales del condado, Moffat County Institution, hacía dos meses. Sin embargo, la noche anterior

la había sedado con el único propósito de desnudarla, hacerle tocamientos indebidos y fotografiarla.

«Qué chica tan guapa», decía. «Ahí fuera, en el mundo real, un bombón como tú haría que trabajara a cambio de algo tan simple como una cena. Aquí, sin embargo, estás a mi merced. Eres mía y puedo hacer lo que me apetezca… Y hay muchas cosas que me apetecen».

Annabelle todavía sentía una humillación que le encendía la sangre, pero no podía dejar entrever ni una mínima debilidad.

Durante aquellos cuatro últimos años, los médicos y las enfermeras que se habían ocupado de ella habían cambiado más veces que sus compañeros de habitación. Algunos eran buenos profesionales y otros se limitaban a cumplir unos mínimos, pero unos cuantos habían sido peor que los criminales que cumplían condena en aquel centro. Cuanto más flaqueaba, más la maltrataban aquellos empleados, así que Annabelle siempre estaba a la defensiva.

Si había aprendido una cosa durante su estancia en la prisión, era que solo podía confiar en sí misma. Sus quejas por aquellos tratos vejatorios no eran atendidas; seguramente, las autoridades pensaban que se lo merecía, si acaso llegaban a creer lo que decía.

—Annabelle —le dijo Fitzpervert—. Sabes que no se tolera el silencio.

Bien.

—Siento que estoy totalmente curada. Seguramente, deberían ponerme en libertad.

La sonrisa de diversión desapareció. Él frunció el ceño con exasperación.

—Ya sabes que no puedes contestar a mis preguntas con esa frivolidad. No te ayuda a enfrentarte a tus emociones ni a tus problemas. No ayuda a nadie de los que están aquí, tampoco.

—Ah, entonces soy muy parecida a usted —dijo. A él no le importaba en absoluto ayudar a los demás. Solo a sí mismo.

Varios de los pacientes soltaron risitas. Un par de ellos siguieron ausentes, babeando sobre sus batas.

Fitzpervert puso cara de mal humor.

—Hacerte la lista solo te va a traer problemas.

«No me importa», pensó ella. Vivía en un miedo constante. Temía las puertas cuando se abrían, las sombras y los pasos. Temía la medicación, temía a la gente y temía… otras cosas. Se temía a sí misma. ¿Qué era una preocupación más? Aunque, a aquel ritmo, sus emociones eran lo que iba a terminar con ella.

—A mí me encantaría decirle cómo me siento, doctor Fitzherbert —dijo el hombre que estaba sentado a su lado.

Fitzpervert miró al hombre; era un pirómano que había prendido fuego a un edificio de apartamentos y lo había quemado con todos sus habitantes dentro.

Mientras el grupo hablaba de sus sentimientos e impulsos, y de las maneras de controlarlos, Annabelle se distrajo observando lo que había a su alrededor. La sala era tan espantosa como su situación. Había manchas amarillentas de humedad en el techo, las paredes grises tenían desconchones y el suelo era de moqueta marrón. Los pacientes estaban sentados en incómodas sillas de metal, salvo el doctor Fitzpervert, que disfrutaba de una butaca especial.

Annabelle tenía las muñecas esposadas a la espalda. Teniendo en cuenta la cantidad de sedantes que corrían por sus venas, que la esposaran era un exceso de celo. Sin embargo, hacía cuatro semanas se había peleado salvajemente con un grupo de compañeros, y hacía dos semanas con una de las enfermeras, así que era demasiado agresiva como para poder estar en libertad. El hecho de que todo aquello hubiera sido en defensa propia no tenía importancia.

Durante los últimos trece días había estado confinada en una habitación acolchada, a oscuras, donde la privación sensorial la había vuelto loca de verdad, lentamente. Estaba tan necesitada de contacto que pensaba que cualquier interacción valdría para aliviarla,

hasta que Fitzpervert la había drogado y le había hecho fotografías desnuda.

Aquella mañana, él había ordenado que la sacaran del confinamiento y que la llevaran a aquella sesión de terapia de grupo. Ella no era tonta, y sabía que él quería sobornarla para que aceptara su maltrato.

«Si mamá y papá pudieran verme ahora…».

Tuvo que contener un sollozo. La niña dulce a quien ellos habían querido estaba muerta y, dentro de ella vivía un fantasma. En los peores momentos, recordaba cosas que no debería recordar.

«Prueba esto, cariño. Es lo mejor que he guisado en la vida».

A su madre le encantaba probar recetas nuevas y mejorarlas.

«¿Lo has visto? ¡Los Sooners han marcado otro gol!».

Su padre era muy aficionado al fútbol americano. Había asistido a la Universidad de Oklahoma durante tres semestres y nunca había cortado aquellos lazos.

No podía permitirse el lujo de pensar en su padre y en su madre, en lo maravillosos que habían sido… Pero tampoco podía evitarlo. La imagen de su madre le ocupó la mente. Vio su melena, tan negra que parecía azul, y que ella había heredado. Los ojos rasgados y dorados, como habían sido los suyos. La piel dorada, sin un solo defecto. Saki Miller, de soltera Saki Tanaka, había nacido en Japón, pero se había criado en Georgetown, en Colorado.

Los padres de Saki, que eran una pareja muy tradicional, se habían asustado cuando su hija y Rick Miller, un blanco, se habían enamorado y se habían casado. Él había vuelto de la universidad para las vacaciones, había conocido a Saki y había vuelto definitivamente a la ciudad para estar con ella.

Annabelle y su hermano eran una mezcla de las razas de sus padres. Tenían el pelo y la piel de su madre, y la forma de su rostro, pero tenían la estatura y la esbeltez de su padre.

Aunque los ojos de Annabelle ya no eran los de Saki, ni los de Rick.

Después de aquella espantosa mañana en el garaje, después de que la arrestaran y la condenaran a cumplir cadena perpetua en un hospital penitenciario para enfermos mentales, le había costado reunir el valor suficiente para poder mirarse al espejo y, cuando por fin lo había conseguido, se había quedado asombrada por lo que había visto. Tenía los ojos del color del hielo, un azul cristalino, sobrenatural, sin ápice de humanidad. Y lo peor de todo era que podía ver cosas con aquellos ojos, cosas que nadie debería tener que ver nunca.

Y… en aquel momento, mientras las personas del círculo de confianza seguían hablando, aparecieron dos criaturas a través de la pared más alejada del grupo. A Annabelle se le aceleró el pulso. Miró a sus compañeros de terapia, esperando ver sus caras de pánico, pero nadie se percató de la presencia de los recién llegados.

¿Cómo era posible? Una de las criaturas tenía el cuerpo de caballo y torso de hombre. En vez de piel, estaba recubierto de una fina capa de metal plateado; los cascos de las patas equinas eran de color cobrizo, probablemente también de metal, y terminaban en una punta afilada.

Su compañero era de menor estatura y tenía los hombros encorvados y terminados en forma de cuerno, y las piernas torcidas. Llevaba tan solo un taparrabos, y tenía el pecho arrugado, musculoso y lleno de cicatrices.

La habitación se llenó de olor a huevos podridos, tan familiar como horrible para Annabelle. El pánico y la ira se apoderaron de ella, pero sabía que no podía permitir que la dominaran, porque le impedirían concentrarse y utilizar los reflejos, sus únicas armas.

Necesitaba armas.

Las criaturas eran de todos los colores y las formas, y de ambos sexos, pero todos tenían una cosa en común: siempre iban por ella.

Todos los médicos que la habían tratado habían intentado convencerla de que aquellos seres solo eran producto de su imaginación, alucinaciones. Para explicar las heridas que le causaban las criaturas, decían que ella misma se las infligía. Algunas veces,

ella llegaba a creerlos, pero eso no le impedía luchar. Nada podía impedírselo.

Los monstruos la miraron y sonrieron, mostrando los colmillos.

—Mía —dijo Caballo.

—No. ¡Mía! —respondió Cuernos.

—Solo hay una manera de resolver esto —dijo Caballo, relamiéndose de impaciencia—. ¡De la manera divertida!

—Diversión —dijo Cuernos, asintiendo.

«Diversión» significaba que iban a darle una paliza. Por lo menos, no intentarían violarla.

«¿Es que no se da cuenta, señorita Miller? El hecho de que las criaturas no la hayan violado demuestra que solo son alucinaciones. Su mente les impide hacer algo que usted no podría soportar».

Como si ella pudiera soportar el resto de las cosas.

«Entonces, ¿cómo explica usted las heridas que me hacen?».

«Hemos encontrado las herramientas que tenía escondidas en su habitación. Un martillo que todavía no sabemos de dónde ha podido salir y pedazos de cristal. ¿Quiere que continúe?».

Sí, pero todo aquello era para defenderse, no para mutilarse a sí misma.

—¿Quién va primero? —preguntó Caballo.

—Yo.

—No, yo.

Siguieron discutiendo, pero aquella discusión no iba a durar mucho. Nunca duraba mucho. Ella se echó a temblar a causa de una descarga de adrenalina.

Aunque los otros pacientes no sabían lo que estaba pasando, todos percibieron su cambio de estado de ánimo. Comenzaron a gruñir y a refunfuñar. Hombres y mujeres, viejos y jóvenes, se retorcieron en sus asientos. Querían huir.

Los guardias que había a la salida de la habitación se pusieron alerta, sin saber exactamente quién era el culpable.

Fitzpervert sí lo sabía, y frunció el ceño.

—Annabelle, parece que estás alterada. ¿Por qué no nos dices qué es lo que te pasa? ¿Te has arrepentido de la reacción que has tenido antes?

—Váyase a la mierda, Fitzpervert —dijo ella, y siguió mirando a los monstruos. Eran una amenaza mucho peor—. Ya te llegará el turno.

Él tomó aire bruscamente.

—No puedes hablarme así.

—Tiene razón, lo siento. Quería decir «váyase a la mierda, doctor Fitzpervert».

—Es guerrera —dijo Caballo con alegría.

—Será muy divertido hacerla pedazos —añadió Cuernos, riéndose.

—¡Siempre y cuando sea yo quien lo haga!

Y así comenzó otra discusión.

Annabelle vio por el rabillo del ojo que el médico avisaba a uno de los guardias, y supo que el tipo la agarraría por la mandíbula con fuerza y le estrecharía la cara contra su estómago para inmovilizarla. Aquella era una posición degradante que humillaba y acobardaba, y que le facilitaba a Fitzherbert inyectarle otro sedante.

Tenía que actuar rápidamente; sin pensarlo dos veces, se levantó de un salto, agarró la silla y se la colocó delante, a modo de escudo.

Y lo hizo en el momento más oportuno: justo cuando el guardia intentaba agarrarla.

Se giró hacia la izquierda y le dio un golpe con la silla en el estómago. A él se le escapó todo el aire de los pulmones, y se inclinó hacia delante debido al dolor. Entonces, Annabelle le golpeó la cabeza y él cayó al suelo sin conocimiento.

Algunos de los pacientes comenzaron a gritar de angustia, pero otros la vitorearon. Fitzpervert se colocó detrás del otro guardia para que le sirviera de parapeto y avisó a los refuerzos apretando un botón. Se disparó la alarma, y los pacientes, que ya estaban desconcertados, se pusieron frenéticos.

Las criaturas ya no se conformaban con pelearse a un lado; iban hacia ella, lentamente, provocándola.

—Oh, las cosas que te voy a hacer, niña.

—¡Oh, cuánto vas a gritar!

Cada vez estaban más cerca. Casi podía golpearlos. Giró sobre sí misma con fuerza, pero falló. Los monstruos se echaron a reír, se separaron e intentaron agarrarla.

Ella apartó un par de manos con un golpe de la silla, pero el otro se las arregló para arañarle el hombro. Annabelle se estremeció de dolor, pero lo ignoró y siguió girando. Sin embargo, solo golpeó el aire.

Las risotadas cada vez eran más intensas, y las criaturas también giraban a su alrededor, intentando alcanzarla constantemente.

Cuando Caballo se situó delante de ella, Annabelle le incrustó la silla por debajo de la barbilla, hizo entrechocar sus dientes y enviándole el cerebro, si acaso lo tenía, hacia la parte superior del cráneo. Al mismo tiempo, movió la pierna hacia atrás y le dio una patada en el estómago a Cuernos, que estaba a su espalda. Los dos monstruos se apartaron tambaleándose de ella. La sonrisa se les había borrado de la cara, por fin.

—¿Eso es todo lo que tenéis? —les preguntó Annabelle, para provocarlos.

Lo que tenía ella eran dos minutos más. Después, los guardias llegarían y la inmovilizarían, y Fitzpervert la sedaría. Annabelle quería terminar antes con aquellas criaturas.

—Vamos a averiguarlo —respondió Caballo con un siseo. Abrió la boca y rugió, y su espantoso aliento creó un viento imparable que empujó al pirómano contra Annabelle.

Seguramente, a todos los demás les pareció que el tipo iba hacia ella por voluntad propia, para sujetarla. Otro giro, y la silla lo lanzó a través de Caballo, como si el monstruo no fuera más que una neblina. Aquellas criaturas solo eran tangibles para ella.

En algún momento, Cuernos había conseguido situarse tras ella, y pudo arañarle de nuevo el hombro, que ya le sangraba.

El dolor ya no le resultaba soportable.

Se le empañaron los ojos. Oyó unas risotadas a su espalda, y supo que Cuernos estaba preparado para clavarle de nuevo las zarpas. Ella se echó hacia delante para salir de su alcance, pero tropezó.

Caballo la agarró por los antebrazos e impidió que cayera de bruces, pero le dio un puñetazo en la cara. Más dolor. Sin embargo, cuando él alzó las manos para darle otro golpe, ella ya estaba preparada. Alzó la silla y la sujetó contra su barbilla, de modo que él se rompió los nudillos contra el metal del asiento, no contra su cara. Su aullido de dolor reverberó por la habitación.

Annabelle oyó pasos a sus espaldas y dio una patada hacia atrás. Antes de posar el pie en el suelo, giró y estiró la otra pierna; con los tobillos entrelazados, le dio un golpe con ambos pies en el estómago. Cuando cayó al suelo, intentando tomar aire, ella le golpeó con la silla y le clavó el borde metálico en la tráquea.

Alrededor del monstruo se formó un charco de sangre negra que hizo borbotones en el suelo. Se elevó un vapor fétido que impregnó el aire.

Solo quedaba un minuto.

«Máximo daño», pensó.

Caballo la insultó con ira. Se acercó a ella de dos zancadas e intentó golpearla con los puños, pero ella esquivó los puñetazos agachándose y protegiéndose detrás de la silla y, a la vez, golpeándolo a él.

—¿Por qué habéis venido por mí? ¿Por qué? —le preguntó.

—Por diversión. ¿Por qué, si no?

Siempre hacía la misma pregunta, y siempre recibía la misma respuesta, aunque sus oponentes fueran distintos. Las criaturas solo aparecían una vez y, después de hacer estragos, desaparecían para siempre. Si sobrevivían.

Ella había llorado después de matar por primera vez, y por segunda y tercera, pese a que aquellos monstruos solo querían hacerle daño. Quitar una vida era horrible, fuera por el motivo que

fuera. Oír el último aliento… ver apagarse la luz de los ojos de alguien… y saber que ella era la responsable… Sin embargo, en algún momento, el corazón se le había endurecido tanto que había dejado de llorar.

Por fin, llegaron los guardias. La atacaron por la espalda y la tiraron al suelo; al caer, ella se golpeó en la mejilla que ya tenía herida. Sintió un dolor agudo y notó el sabor metálico de la sangre en la boca. Vio luces brillantes y, poco a poco, fue quedándose ciega…

Aquella ceguera le provocó pánico; hizo que reviviera la mañana más espantosa de su vida.

—¡Soltadme! ¡Soltadme!

Una rodilla se hundió entre sus omóplatos, otra en su espalda y otra en la parte trasera de sus rodillas, y un montón de dedos se le clavaron en el cuerpo, hasta los huesos.

—Estate quieta.

—¡He dicho que me soltéis!

Caballo debía de haber huido, porque, de repente, el olor a podredumbre se convirtió en olor a beicon y a loción de afeitar, y ella sintió un aliento caliente en la mejilla. Se controló para no estremecerse, porque no quería que el doctor notara la repugnancia que le causaba tenerlo tan cerca.

—Ya está bien, Annabelle —le dijo Fitzpervert.

—No, nunca será suficiente —replicó ella, con toda la calma que pudo.

Él chasqueó la lengua.

—Deberías haber sido agradable. Yo podía haberte ayudado. Ahora, duerme —dijo.

—Ni se le ocurra…

Entonces, Annabelle notó un pinchazo en el cuello y, en un segundo, se quedó sin fuerzas. Aunque detestaba aquella sensación de impotencia y sabía que Fitzpervert iba a visitarla más tarde, aunque luchó para que no sucediera, la oscuridad se la tragó al instante.

Capítulo 2

«¡Mírame, Zacharel! ¡Mira qué alto vuelo!».

«Lo estás haciendo muy bien, Hadrenial. Estoy orgulloso de ti».

«¿Crees que puedo dar una voltereta sin caerme al suelo?».

«Claro que puedes. Puedes hacer cualquier cosa».

Se oyó una risa tan dulce como un tintineo.

«Pero si ya me he caído tres veces».

«Eso significa que ya sabes lo que no tienes que hacer».

«¿Señor? ¿Alteza? ¿Estáis escuchándome?».

Aquella última pregunta sacó a Zacharel del pasado, de la única luz brillante que había tenido en la vida, y lo llevó de nuevo al presente. Miró a Thane, el segundo al mando de su ejército de ángeles. El mismo Thane se había atribuido aquel puesto y, pese a la actitud del guerrero, él no se lo había discutido. En realidad, era el mejor guerrero de todo el grupo, aunque eso tampoco fuera decir mucho.

Todos los ángeles de su ejército habían puesto a prueba la paciencia de la Deidad, su rey. Todos habían transgredido tantas reglas y habían violado tantas leyes que resultaba milagroso que todavía conservaran las alas.

Zacharel carraspeó.

—Estoy escuchando, sí.

—Mis más sinceras disculpas si os he aburrido —dijo Thane, con sorna.

—Acepto tus disculpas.

—Os he preguntado si estabais listo para que ataquemos.

—Todavía no.

Thane estaba a su lado con las alas desplegadas, pero sin tocar a Zacharel. A ninguno de los dos le gustaba que lo tocaran. Por supuesto, Thane siempre hacía excepciones con las féminas con las que se acostaba, pero Zacharel no hacía excepciones con nadie.

—Estoy impaciente por luchar, Majestad. Todos lo estamos.

—Ya te he dicho que no me llames así. Y, con respecto a tu petición, esperarás tal y como he ordenado. Todos vais a esperar.

Cualquier desobediencia sería castigada. El castigo era un concepto que él había llegado a entender bien solo recientemente.

Todo había empezado pocos meses antes. Había recibido una llamada de la Deidad para que acudiera a su templo, un santuario sagrado que pocos ángeles podían visitar. Durante aquel encuentro, sin precedentes para él, de sus alas blancas habían empezado a caer copos de nieve, y habían formado una tormenta que era señal del disgusto de la Deidad. Las palabras de la Deidad, aunque pronunciadas con suavidad, habían sido tan glaciales como una nevada.

Según la Deidad, Zacharel tenía una grave disociación de las emociones, y eso había provocado muchos daños colaterales en sus batallas con los demonios. En varias ocasiones, había decidido matar a su enemigo a expensas de una vida humana, y aquel comportamiento era inaceptable.

Él se había disculpado, aunque no lamentara sus acciones, pero solo había conseguido enfurecer al único ser que tenía el poder de destruirlo. En realidad, no entendía el atractivo ni la utilidad que podían tener los humanos. Eran frágiles y decían que todo lo que hacían era por amor.

Amor. Zacharel frunció el labio superior con desprecio. Como si los mortales supieran algo sobre el amor desinteresado. Ni siquiera él lo sabía. Hadrenial sí lo sabía. Sin embargo, Zacharel ya no iba a pensar más en él.

La Deidad le había dicho que su disculpa no servía de nada. La Deidad tenía la capacidad de ver la oscuridad de su alma.

«Debería quitarte las alas y la inmortalidad, y enviarte al mundo de los mortales, donde no podrás ver a los demonios que viven entre nosotros. Y, si no puedes verlos, no podrás luchar contra ellos como acostumbras. Y, si no puedes luchar contra ellos, no podrás matar a los humanos que están a su alrededor. ¿Es eso lo que deseas, Zacharel? ¿Vivir entre los caídos y lamentarte por haber perdido la vida que tenías?».

No, no quería nada de eso. Zacharel vivía para matar demonios. Si no podía verlos y luchar contra ellos, estaba mejor muerto. Una vez más, había expresado su arrepentimiento.

«Ya te has disculpado muchas veces por este crimen ante el Alto Consejo Celestial, Zacharel, pero no has cambiado. Y, de todos modos, mis consejeros me aconsejaron que fuera benevolente contigo. Después de todo lo que has sufrido, esperaban que con el tiempo encontraras tu camino. Sin embargo, has fracasado una y otra vez y no has cumplido las órdenes del Consejo; ellos ya no pueden pasar por alto tus transgresiones. Ahora me veo en la obligación de intervenir, porque yo también respondo ante un poder más grande, y tus actos me dejan en muy mal lugar».

En aquel momento, Zacharel supo que no iba a poder librarse del castigo.

«Tal y como tú has demostrado, hablar es fácil, pero cumplir lo que se dice es difícil», continuó la Deidad. «Ahora, tendrás que portar la expresión física de mi infelicidad, de modo que nunca olvides este día».

«Como deseéis», respondió él.

«Pero, Zacharel… no dudes que te esperan cosas peores si vuelves a desobedecerme».

Él le había dado las gracias a su Deidad por la oportunidad de mejorar, y lo había dicho de corazón. Hasta su siguiente batalla. Había herido y matado a muchos humanos sin el menor escrúpulo,

porque ellos habían matado a Ivar, uno de los Siete de la Élite de la Deidad. Un guerrero de fuerza y habilidad inimaginables.

El hecho de que sus acciones fueran una venganza no había tenido ninguna importancia; el Más Alto tendría que decidir cómo podía solucionar aquella situación, y el Más Alto era el poder ante el que debía responder la Deidad de Zacharel. Su palabra era ley. Zacharel debería haber demostrado paciencia.

Al día siguiente, la Deidad lo había llamado de nuevo a su presencia y le había impuesto el castigo:

Zacharel debería dirigir, durante un año, a un ejército de ángeles como él. Los ángeles a los que nadie quería bajo su mando, los rebeldes, los atormentados. Debía enseñarles el respeto que él mismo no había demostrado nunca: respeto hacia su Deidad y respeto por la vida humana. Y también debía tomarse muy en serio sus responsabilidades, puesto que él mismo tendría que asumir las consecuencias de los actos de sus guerreros.

Si alguno de sus ángeles mataba a un humano, él sufriría una tanda de latigazos.

Ya había sufrido ocho.

Al final de aquel año, si las buenas acciones de Zacharel eran más que las malas, todos sus ángeles y él podrían quedarse en el cielo. Si las malas acciones superaban a las buenas, todos sus ángeles y él perderían sus alas y caerían a la tierra.

Claramente, la Deidad estaba haciendo limpieza. Así podría deshacerse de todos los dolores de cabeza de una vez por todas, y ningún miembro del Consejo podría acusarlo de ser cruel o injusto, porque les había dado a los rebeldes un año lleno de oportunidades de redención.

Así que allí estaban Zacharel y su ejército, ocupados en tareas que estaban muy por debajo de su capacidad. Sobre todo, liberando a los humanos poseídos por demonios, ayudando a los que sufrían la influencia demoníaca y tomando parte en alguna batalla.

Aquella noche iban a llevar a cabo su décima novena misión, aunque solo sería su tercer combate. Cada uno de aquellos

combates había terminado peor que el anterior, porque, por mucho que Zacharel amenazara a sus soldados, parecía que ellos disfrutaban mucho desobedeciendo sus órdenes. Se burlaban de él. Lo insultaban. Se reían en su cara.

Él no entendía su comportamiento. Aquel año también era su última oportunidad, y tenían mucho que perder. ¿No deberían buscar su favor?

—¿Ya? —preguntó Thane ansiosamente. Su voz era casi un susurro. Hacía mucho tiempo, le habían cortado la garganta una y otra vez, hasta que sus cicatrices se habían convertido en un collar permanente.

—No, todavía no. Lo digo en serio.

—Si no ordenáis pronto el ataque…

Ellos actuarían de todos modos.

—¿Es que a nadie le importa padecer mi ira? —respondió malhumoradamente.

Miró hacia abajo, hacia el centro penitenciario para enfermos mentales del condado, Moffat County Institution. Estaba escondido entre las montañas de Colorado. El edificio era alto y ancho, y estaba rodeado de una alambrada de espino electrificada. Había guardias armados patrullando por el parapeto y por el patio. Los grandes focos halógenos que había en todos los rincones eliminaban todas las sombras.

Lo que no podían ver los guardias, por muy intensa que fuera la iluminación, era a los cientos de demonios que reptaban por el vallado, intentando colarse al interior desesperadamente.

Pero, como los guardias, los demonios tampoco podían ver la amenaza que se cernía sobre ellos. Los veinte soldados que estaban al mando de Zacharel permanecían escondidos. Sus alas, que eran de color blanco y dorado, se habían teñido de un color ónice, y el cielo se reflejaba en ellas. Aquel cambio no requería ningún esfuerzo; podía llevarse a cabo con una simple orden mental. Aparte de eso, sus túnicas angélicas se habían convertido en camisas y

pantalones negros adecuados para el combate que se ajustaban a sus cuerpos musculosos.

—¿Por qué habrán decidido los demonios conquistar este lugar? —preguntó Zacharel.

Los demonios llevaban intentándolo durante años, y había sido imposible aniquilarlos. Cuando los ángeles terminaban con un grupo de ellos, llegaba una nueva hornada. Ninguno de los ejércitos de ángeles que se había hecho cargo de la tarea había podido averiguar el motivo. Podría ser porque a ninguno de los ángeles le importaba ayudar a los humanos que estaban dentro, o porque la misión siempre había terminado en una batalla. Fuera cual fuera la causa, Zacharel no pensaba cometer el mismo error. No podía.

Thane lo miró fijamente con sus ojos de color zafiro. Tenía el pelo rubio y rizado, algo que le confería un aire inocente, y un rostro que, de alguna manera, resultaba más diablesco que angelical. El contraste entre la inocencia y lo carnal podía resultar algo hipnótico; al menos, eso era lo que había oído decir Zacharel. Las féminas, tanto humanas como inmortales, se lanzaban a los brazos de Thane, que no mantenía en secreto su deseo sexual cuando se revelaba ante aquellas que, supuestamente, no deberían saber que él estaba allí. Sobre todo, teniendo en cuenta que sus deseos estaban al borde de lo peligroso… y de lo inaceptable.

La mayoría de los ángeles pertenecientes a su Deidad, fueran guerreros o portadores de alegría, eran inmunes a los deseos carnales, como Zacharel. Sin embargo, la mayoría de ellos no habían sido capturados por una horda de demonios y torturados durante semanas, como Thane.

Zacharel suponía que, si alguien vivía tanto tiempo como ellos, y pasaba tantos años en la guerra, iba a aprender el verdadero significado del dolor e iba a buscar refugio en el placer que pudiera encontrar.

Xerxes y Bjorn, que eran tan astutos y fuertes como Thane, también habían sido atrapados y torturados. El trauma y el horror de aquella experiencia los unía, y se habían vuelto inseparables.

—El mal ansía la compañía de otros males. Está desesperado por destruir cualquier cosa que merezca la pena salvar —dijo Thane, permitiendo, por una vez, que su sabiduría reemplazara a su irreverencia—. Tal vez alguien los haya convocado desde el interior.

Tal vez. De ser así, la batalla se había convertido en un dilema. Convocar a los demonios estaba terminantemente prohibido, y el castigo por hacerlo era la muerte. Esa muerte no sería un daño colateral, sino un daño intencionado, pero Zacharel no sabía cómo iba a reaccionar su Deidad ante tal asesinato.

Los humanos solo causaban problemas. No tenían ni idea de los poderes tan oscuros con los que estaban jugando. Aquellos poderes podían parecerles muy excitantes al principio, pero terminarían destruyéndolos.

—Ninguno de los demonios ha conseguido entrar al edificio —dijo —. Tengo curiosidad por saber el motivo.

—No me había dado cuenta, pero ahora veo que tenéis razón, Majestad.

Zacharel no reaccionó.

—Captura a uno de los demonios y llévalo a mi nube para que lo interrogue.

—Será un placer —dijo Thane. Por mucho que le gustara tener orgías con sus amantes, le gustaba mucho más torturar a los demonios—. ¿Algo más, mi señor?

Zacharel tampoco reaccionó.

—Sí. Cuando dé la señal, el ejército puede atacar, pero quiero que Bjorn lleve al demonio más fiero que encuentre al tejado, ahora mismo —dijo.

Podría haberles dado las órdenes a todos sus soldados a través de la mente, como podían hacer todos los comandantes, pero si lo hubiera hecho, habría tenido que permitir que las voces de los otros ángeles entraran en su mente, y no quería dar pie a aquella intimidad.

Thane sonrió con deleite.

—Consideradlo hecho.

Antes de que Thane se marchara, Zacharel añadió:

—Seguro que no tengo que recordarte que no se puede herir a ningún humano durante la batalla. Si tenéis que dejar escapar a algún demonio con tal de salvar una vida humana, hacedlo. Ocúpate de que los demás se enteren bien.

Al principio, a él no le importaba que sus hombres optaran por destruir una vida humana con tal de acabar con un demonio. Después de sufrir su tercera tanda de latigazos por un crimen que él no había cometido, había empezado a importarle.

Hubo un par de segundos de silencio. Después, Thane dijo:

—Sí, por supuesto, comandante supremo de los indignos.

Y desapareció.

Un minuto más tarde, una espada de fuego apareció en la mano de cada uno de los ángeles que estaban rodeando el edificio. Las llamas eran más intensas y mucho más puras que las del infierno. La luz de color ámbar iluminó la cara de determinación de los ángeles… Y comenzaron a oírse gritos de dolor y de muerte. Los cuerpos escamados y decapitados de los demonios comenzaron a caer de los muros de la prisión.

Por supuesto, no habían esperado su señal. Tendría que ocuparse de eso más tarde.

Aunque él habría disfrutado matando demonios junto a sus hombres, se limitó a aguardar el momento preciso, porque aquella noche buscaba una presa más grande. Por fin se abrió un camino, y él se deslizó hacia abajo y aterrizó elegantemente sobre el borde plano del tejado. Plegó las alas y oyó una voz a sus espaldas:

—El demonio, tal y como habéis ordenado, Majestad.

Una bestia enorme cayó inerte a sus pies. Tenía las zarpas llenas de veneno, y un par de cuernos grandes en los hombros. En las piernas tenía parches de pelo y escamas.

Sin embargo, había un ligero problema: el demonio no tenía cabeza.

—Este demonio está muerto.

Hubo una ligera pausa, y Bjorn respondió:

—Thane nos dio vuestra orden verbalmente. En esta ocasión, no habéis especificado vuestras preferencias.

—Cierto —dijo Zacharel. Debería haber tenido más cuidado.

—¿Debo traer otro demonio, o pensáis reprenderme por vuestro propio error, Majestad? —preguntó Bjorn con una ironía bastante amarga.

Bjorn era un hombre enorme, con la piel dorada y los ojos de color morado, rosa, azul y verde. Un contraste asombroso.

Después de que lo rescataran de las garras de los demonios, aquel ángel había descargado su ira de una manera brutal e indiscriminada en los cielos. Por sus pecados, el Alto Consejo Celestial lo había declarado inestable y lo había retirado del servicio. Como su caída les había parecido un castigo demasiado benevolente, lo habían condenado a muerte.

Thane y Xerxes habían protestado. Habían exigido que el guerrero recuperara su puesto y habían prometido que ellos aceptarían la responsabilidad si surgían otros problemas. También habían jurado que se matarían si los separaban de su amigo.

El Consejo había cedido, finalmente. Con la intensa actividad demoníaca que asolaba el mundo, los guerreros de su calibre eran muy necesarios. Sin embargo, Zacharel dudaba que tal amenaza volviera a surtir efecto.

—No habrá reprimenda —dijo.

Bjorn pestañeó de la sorpresa.

Zacharel miró a un demonio serpiente que intentaba deslizarse por el borde del tejado sin ser visto. Las sierpes poseían la cabeza y el torso de un humano, pero la parte inferior de su cuerpo era de serpiente. Tenían el temperamento de ambas especies.

Zacharel se inclinó por la barandilla y agarró al demonio por la cola de cascabel. La sierpe se retorció y mostró los colmillos, con los brazos en alto para atacar a quien se hubiera atrevido a detenerlo. Zacharel siguió sujetándolo con fuerza; se enroscó su cuerpo inferior en el antebrazo y, con la mano libre, agarró a la criatura por el cuello y apretó con fuerza.

El demonio abrió mucho los ojos rojizos, con temor, mientras intentaba arañarlo con las zarpas.

—Zacharel no, ¡cualquiera menos Zacharel! Vuelvo, vuelvo, lo juro.

Por fin alguien mostraba respeto a su autoridad.

—Este me vale —le dijo a Bjorn—. Puedes continuar con tu tarea.

El ángel inclinó la cabeza, aunque se había quedado confuso. Sin embargo, no dijo nada más y volvió a la batalla.

—¡Porrr favorrr! ¡Me voy!

Tal vez los demonios no hubieran podido entrar en el edificio por algún motivo, pero él no tenía ese problema. Se convirtió en niebla e hizo lo mismo con la sierpe, y los trasladó a los dos, a través de la piedra, al piso bajo del edificio.

La sierpe olvidó quién lo estaba agarrando y suspiró de felicidad mientras se estiraba hacia el techo.

—Es hora de que me divierrrta…

Zacharel arrojó al demonio al suelo pulido del vestíbulo. Había muchos guardias de seguridad patrullando por la zona, y varias féminas humanas en el mostrador de recepción, pero ni uno solo de ellos vio a los recién llegados.

La sierpe comenzó a trepar por la pared, atravesó el techo y desapareció. Seguir su rastro resultó fácil. Zacharel ascendió por las plantas del edificio a un paso del demonio. Al final, la sierpe dejó de trepar y entró en una de las habitaciones de la planta número catorce.

La habitación estaba acolchada con una tela de color negro y no tenía ventanas. Solo había una rejilla de ventilación en el techo, y por ella entraba un viento helado. Allí solo había una camilla y, tumbada sobre ella, una joven atada con correas.

A Zacharel se le tensaron todos los músculos del cuerpo. Por un momento, el pasado estuvo a punto de volver y engullirlo.

«Mátame, Zacharel. Tienes que matarme. Por favor».

Hacía mucho tiempo que había construido una barrera para contener sus recuerdos del pasado, y parecía que siempre iba a

necesitarla. En aquel momento, reforzó aquella barrera y se concentró en el presente.

A primera vista, parecía que la mujer estaba dormida; sin embargo, movió la cabeza hacia un lado, como si estuviera mirando al demonio de la pared. Aunque, supuestamente, no debería verlo, comenzó a emitir vibraciones de horror, miedo e ira.

¿Acaso ella, que no era más que una humana, había notado la presencia de la sierpe?

Zacharel la observó. Llevaba un camisón muy fino que estaba sucio y rasgado, y temblaba. Era esbelta y tenía el pelo largo y enredado, tan negro que los mechones parecían azules. Su rostro era delicado, pero tenía unas ojeras muy profundas y las mejillas demacradas, por no mencionar que estaba magullada y arañada. Tenía los labios rojos, resecos. Sus ojos eran de color azul, como el hielo, y en sus profundidades, él vio una tormenta de dolor que ningún mortal podría soportar.

Aquellos ojos no eran los ojos de un ser humano. Eran los ojos de la consorte de un demonio.

En algún lugar había un señor de los demonios que consideraba a aquella humana de su exclusiva propiedad. Consideraba que era suya y podía poseerla y torturarla, y disfrutar de ella a su gusto. El demonio le había envenenado los ojos, la había marcado, y se había asegurado de que ella pudiera ver el mundo espiritual que coexistía con el mundo mortal.

Aquella mortal tenía que haber participado voluntariamente en la marcación, porque a los humanos no podía forzárseles a aceptarla. Se les podía engañar, o seducir, para que ansiaran iniciarse en las artes oscuras, pero no forzarles.

¿Se habría cansado el demonio de ella? ¿Por qué estaba allí, sin él? No, no era posible; un demonio nunca se cansaba de su humano. Se quedaba a su lado hasta el final, o hasta que el humano despertaba y obligaba al demonio a que se marchara.

Entonces, ¿por qué no la había matado y había intentado ocultar su crimen? Los emparejamientos entre demonios y mortales estaban

prohibidos, y violar aquella prohibición se castigaba con la pena de muerte, tanto para el humano como para el demonio. Sin embargo, ni Zacharel ni sus hombres iban a matar a aquella fémina; no podía haber daños colaterales.

—Apártate de mí —dijo ella, y Zacharel la miró. Tenía la voz muy ronca, o a causa de la medicación, o a causa del estrés—. Soy una enemiga terrible.

Para ser alguien que había accedido a vincular su vida a la de un demonio, no parecía que estuviera muy satisfecha con el resultado. Él estaba casi seguro de que la habían engañado, o seducido, y de que se arrepentía de haberlo permitido.

La mayoría de los humanos no aprendían la lección hasta que era demasiado tarde, pero no siempre tenía por qué ser así.

—Te haré daño si te acercas más —dijo la chica.

Claramente, tenía familia japonesa, pero en su voz no se detectaba el más mínimo acento.

—Hazme daño, mujerrr… Por favorrr —respondió la sierpe—. Essso esss lo que quiero… Antes de comerr…

—Si me tocas, voy a soltarme y a cortarte la cabeza. Ya he decapitado a otros de tu raza, ¿sabes? Tal vez fueran amigos tuyos…

Una respuesta interesante, que iba más allá del arrepentimiento.

Aquellas palabras tan valientes provocaron un silbido de impaciencia.

—Mientesss… Mientesss… Es deliciosso que mientasss…

La muchacha miró a su izquierda y a su derecha, como si estuviera buscando algo que pudiera ayudarla a desatarse. Aunque podía ver a la sierpe, no podía verlo a él. Eso no era exactamente una revelación; si él no deseaba que lo vieran, no lo verían. Ni un demonio, ni la consorte de un demonio, ni siquiera los otros ángeles.

Zacharel tenía curiosidad por ver cómo reaccionaba al verlo, así que se materializó al mismo tiempo que creaba de la nada una espada de fuego. Sin apartar la vista de la fémina, decapitó al demonio de un solo golpe. Sí, matar era fácil para él. Apagó las llamas.

—¿Qué…? ¿Cómo…? —aquellos ojos cristalinos lo encontraron, y se abrieron de par en par. Comenzaron a castañetearle los dientes—. ¿Estoy soñando? ¿Es por la medicación? Sí, claro. Tiene que ser eso.

—No, no estás soñando.

—¿Seguro? Te pareces al príncipe que una vez yo… eh… no importa.

—Sí, estoy seguro.

—Entonces, ¿quién eres? ¿Qué eres? ¿Cómo has entrado?

Pese a sus preguntas, parecía que ella sabía que él no era como la criatura a la que acababa de matar. Los demonios hacían todo lo posible por provocar miedo. Los ángeles hacían todo lo posible por proporcionar un sentimiento de paz. Al menos, eso era lo que se suponía.

—¿Qué eres? —volvió a preguntar la muchacha—. ¿Has venido a matarme?

«Mátame, Zacharel. Tienes que matarme. Por favor. ¡Ya no puedo seguir viviendo así! Es demasiado duro. ¡Por favor!».

Zacharel puso la mente en blanco para no seguir recordando el pasado. Aunque no le debía ninguna explicación a la fémina, aunque ella era la consorte de un demonio y, por lo tanto, no era digna de confianza, dijo:

—No, no voy a matarte. Soy un ángel.

Como en el caso del resto de los ángeles de su Deidad, la voz de Zacharel tenía un innegable tono de verdad. Y, típico de su especie, ella se estremeció al percibir su pureza. Sin embargo, no tenía capacidad para dudar de él.

—Un ángel —dijo—. ¿Un ángel del cielo, uno de esos seres defensores del bien?

Bien, tal vez sí pudiera dudar de él. Su tono de voz había sido desdeñoso. Sin embargo, a Zacharel le pareció interesante que no mostrara tanto odio por él como por la sierpe. Al ser la compañera de un señor de los demonios, debería despreciar a Zacharel por encima de todos los demás. El hecho de que no lo despreciara… Claramente, la habían engañado.

—¿Y bien?

—Sí, soy de los cielos, aunque seguramente no soy de la raza de ángeles con la que tú estás familiarizada —respondió.

Abrió las alas, de las que continuaban cayendo copos de nieve, y que se habían vuelto de color blanco nuevamente. Las hebras de oro relucían entre la blancura de las plumas y, al darse cuenta de que eran más gruesas que nunca, Zacharel frunció el ceño.

Habían pasado miles de años, y sus plumas nunca habían cambiado de color, puesto que aquel cambio indicaría que iba a producirse una elevación en su estatus. Para aquellos que estaban bajo el mando de la Deidad, solo los Siete Elegidos tenían alas de oro puro. Los guerreros, como Zacharel, tenían las plumas de color blanco y algunas hebras de oro. Sin embargo, lo que tenía en aquel momento era mucho más que unas hebras.

Tenía que haber otra explicación. Por mucho que él lo hubiera deseado, su Deidad nunca le había dicho nada de elevarlo al nivel de la Elite; además, en aquellos momentos él estaba luchando por mantener su título, así que no creía que nadie estuviera considerando ascenderlo.

—¿Es que hay más de una raza? —preguntó la muchacha, después de mirarlo de pies a cabeza—. Bueno, no importa. No te lo tomes a mal, pero no tienes aspecto de ser un hombre agradable.

—No, no lo soy.

A menudo, los humanos se imaginaban que los ángeles eran unos seres suaves y afectuosos que se pasaban el día retozando bajo los rayos del sol, que hacían florecer las rosas y que pintaban el arcoíris en el cielo. Y había algunos ángeles que eran así, ciertamente. Sin embargo, también había muchos otros que no.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Malvado?

No debería haberse dejado llevar por la curiosidad. No debería haber seguido con aquella conversación.

Debía terminarla en aquel preciso instante.

—Ya basta, humana. Ya tienes bastantes problemas, así que te sugiero que no busques más.

—¿Y tú qué sabes? —preguntó ella, con una carcajada amarga—. Por fin, los médicos han dicho algo que es cierto: estoy alucinando. Solo en mi imaginación un ángel trataría tan mal a los demás.

—No te he tratado mal, y no estás alucinando.

—Entonces, la medicación me está afectando al cerebro.

—No.

—Pero es que… tú no puedes ser un ángel. Aquí solo viene el mal.

—Una vez más, te equivocas.

—Yo… eh… Está bien, digamos que eres real…

—Lo soy.

—… y que eres uno de los buenos y no has venido a matarme. Entonces… ¿es que has venido a liberarme?

Le hizo la pregunta con un titubeo tan dulce, que él se dio cuenta de que la muchacha no se atrevía a pensar que iba a rescatarla, aunque quisiera creer que su huida era inminente.

Tal vez, cualquier otro hombre se habría sentido conmovido por su difícil situación, pero él no. Él había conocido el sufrimiento en todas sus formas, y había provocado sufrimiento en todas sus formas. Había visto morir a sus amigos, inmortales que deberían haber vivido eternamente.

Había visto morir a su hermano gemelo.

Hadrenial era su único tesoro, y descansaba para siempre en una urna, sobre su mesilla de noche. Eran gemelos idénticos, así que tenía el mismo pelo negro y los mismos ojos verdes que él, los mismos rasgos marcados y la misma fortaleza corporal. Sin embargo, en cuanto a sus emociones, eran completamente distintos. Aunque solo se llevaban unos minutos de diferencia de edad, parecía que Hadrenial tenía muchos años menos. Era inocente y dulce, bueno y afectuoso. Todo el mundo lo adoraba.

«No soporto ver llorar a los humanos, Zacharel. Tenemos que ayudarlos de algún modo».

«Ese no es nuestro cometido, hermano. Somos guerreros, no portadores de alegría».

«¿Y por qué no podemos ser ambas cosas?».

Zacharel apretó los puños. «Tienes que dejar de pensar en él». Por mucho que volviera a analizar lo que había ocurrido, no conseguiría cambiar un solo detalle. Era como era: bello y horrendo. Maravilloso y terrible.

Con un esfuerzo, volvió a concentrarse en la fémina y en su situación. Sin embargo, decidió no responder a la pregunta sobre su rescate.

—¿Sabes cómo se llama el demonio que te marcó?

En los ojos de la muchacha se reflejó una resignación amarga.

—Tal vez sí seas real —dijo—. Para crear a alguien como tú hace falta un lado oscuro que yo no tengo.

—Se te ha olvidado decir «No te ofendas, pero…» al principio de la frase.

—No, no se me ha olvidado. Pretendía ofenderte.

Vaya. Era una humana bastante atrevida.

—¿Quieres que repita la pregunta? —inquirió él, por si acaso no se había hecho oír con claridad la primera vez.

—No, me acuerdo. Quieres saber si sé cómo se llama el…

Entonces, ella se quedó callada y abrió mucho los ojos; la resignación y la decepción se convirtieron en horror.

—Demonio —susurró, como si aquella revelación la afectara más que el hecho de que él fuera un ángel—. ¿Un demonio de los que vive en el infierno?

—Sí.

—¿Una criatura vil y malvada, cuyo único propósito es destrozar vidas humanas?

—Exactamente.

—Tenía que haberme dado cuenta —dijo la chica—. Demonios. Todo este tiempo he estado luchando contra demonios y no me había dado cuenta. Entonces —prosiguió con alivio—, no estoy loca, y no estamos solos. Se lo dije, pero los únicos que me creyeron fueron los esquizofrénicos abducidos por extraterrestres, o que tenían amigos invisibles. ¡Se lo dije!

—Humana, respóndeme ahora mismo.

—Se lo dije —prosiguió ella, alegremente—. No tenía ni idea de que estaba luchando contra demonios. Tenía que haberme dado cuenta, pero estaba empeñada en que eran vampiros o monstruos mitológicos y, después, en que eran alucinaciones mías, así que…

—¡Humana! —gritó Zacharel.

«No le levantes la voz», se dijo al instante. No podría explicarle a su Deidad que su intención nunca había sido matar a la chica de un susto.

Ella cabeceó y salió de su ensimismamiento. Sin embargo, no parecía que estuviera muy atemorizada.

—No puedo responderte porque no sé qué es lo que me estás preguntando. ¿Qué significa que un demonio me ha marcado? ¿Cómo? ¿Por qué?

Mostraba una confusión verdadera. Él sabía que era real, porque las mentiras de los demás le causaban un sabor amargo en la boca y, en aquel momento, solo notaba… ¿el sabor dulce de su esencia? Era un olor sutil a rosas y bergamota que emanaba de su piel, aquella piel cremosa y bronceada.

Al notar aquel detalle tan poco importante, Zacharel se irritó.

—¿No te acuerdas de haber accedido a emparejarte con un demonio?

—¡No, nunca! —respondió ella, y le lanzó una mirada fulminante —. Y ahora me toca a mí. Quiero una respuesta: ¿Has venido a rescatarme, sí o no?

—No. No he venido a rescatarte.

Sin embargo, él hubiera querido estar con ella el tiempo suficiente como para resolver el misterio de su marcación. ¿Cuándo había sucedido? ¿Quién lo había hecho? ¿Cómo la habían engañado?

«Los detalles no tienen importancia; lo importante es el resultado».

A ella se le escapó una carcajada amarga.

—No, claro que no. ¿Por qué me había esperado lo contrario?

De repente, la puerta de la habitación se abrió. Zacharel se hizo invisible al instante, y la chica se puso muy tensa.

Entró un guardia armado con una porra y, tras él, apareció un humano que llevaba una gruesa carpeta en la mano. Era de estatura media, le faltaba algo de pelo y tenía una expresión de falsa benevolencia. Llevaba una bata blanca, que tenía algunas salpicaduras de sangre.

—Ha montado una buena —le dijo el hombre al guardia—, pero ahora está atada y no me puede atacar. No preste atención a lo que oiga. Esta sesión de terapia va a ser larga, así que no entre hasta que yo se lo indique.

El guardia miró a la muchacha compasivamente pero, al final, asintió.

—Como usted diga, doctor.

Entonces, cerró la puerta y dejó al médico en el interior de la habitación.

Zacharel pensó que debía marcharse. Ni siquiera los portadores de alegría, que eran quienes se involucraban más activamente en la vida de los humanos, podían actuar a voluntad. Además, los detalles más importantes de aquel misterio ya se habían revelado: los demonios, que se sentían inexorablemente atraídos por la chica, habían ido a buscarla, porque les deleitaba destrozar lo que pertenecía a otro de su especie.

Y ella solo podría encontrar la libertad cuando muriera.

«Sí, debería marcharme», pensó. Y, sin embargo, no podía hacerlo. Ella emitía vibraciones de miedo y repulsión, y esas vibraciones le estaban produciendo… No. No era posible. Y, sin embargo, Zacharel no podía negarlo… Le estaba produciendo diminutas fisuras en la gruesa capa de hielo y en la oscuridad que tenía en el pecho. Le estaban produciendo un sentimiento de… ¿culpabilidad?

No lo entendía. ¿Por qué, en aquel momento? ¿Por qué, en aquel lugar?

¿Por qué, precisamente ella?

Al instante, supo cuál era la respuesta: aquella muchacha le recordaba a Hadrenial. No por su comportamiento, porque ella era demasiado pasional, sino por sus circunstancias.

Hadrenial había muerto amarrado a su cama.

«No importa. Tienes que marcharte».

Las emociones no eran más que una pérdida de tiempo. Zacharel había sufrido durante siglos por la pérdida de su hermano. Había llorado, había sentido rabia y había buscado la muerte también para sí mismo, pero nada de lo que había hecho había servido para aplacar su culpabilidad ni su vergüenza. Solo había conseguido sentir algo de alivio cuando había renunciado a todas sus emociones.

Pero en aquel momento…

Los copos de nieve helados que caían de sus alas resultaron ser una bendición, porque le recordaron cuál era su estatus, el de comandante, y su objetivo, vencer a los demonios sin causar daños colaterales. La chica no podía importarle.

—Qué predecible es usted, Fitzpervert —dijo ella—. Sabía que vendría por mí.

—Yo no puedo estar alejado de mi dulce *geisha*. Además, tenemos que hablar de tu comportamiento de hoy —respondió el hombre, mirando con lascivia su cuerpo esbelto y recreándose con sus curvas femeninas.

Ella miró al humano, y después lo miró a él. Zacharel sabía que ya no podía verlo, que solo estaba intentando averiguar si él seguía allí o no. Y supo también que la muchacha decidía que sí, que todavía estaba allí, porque se sintió humillada.

—¿Y por qué no hablamos de su comportamiento, doctor? —prosiguió ella, en tono de desesperación—. Se supone que tiene que ayudar a sus pacientes, no hacerles más daño.

Él siguió mirándola lujuriosamente.

—Lo que hacemos no tiene por qué ser doloroso. Si tú haces que me sienta bien, yo haré que tú te sientas muy bien —respondió. Dejó caer la carpeta al suelo y se quitó la chaqueta—. Te lo demostraré.

—No haga esto —dijo ella, respirando entrecortadamente—. Lo averiguarán, y lo despedirán.

—Querida, ¿cuándo te vas a dar cuenta de que es tu palabra contra la mía? —respondió él. Se sacó una jeringuilla del bolsillo y se acercó a ella—. Yo soy un médico muy respetado. Tú eres una chica que ve monstruos.

—¡Y ahora estoy viendo uno!

Él se echó a reír.

—Voy a hacer que cambies de opinión.

—Lo desprecio —dijo, y Zacharel se dio cuenta de que se estaba devanando el cerebro para dar con la manera de librarse de aquello —. ¿No se da cuenta de que esto va a causarle un gran cargo de conciencia? Si planta la semilla de la destrucción, tendrá que vivir con la cosecha que recoja más tarde.

—Qué bien. Una lección vital de una de las reclusas más violentas de este centro. Pero, hasta que llegue la cosecha…

Ella apartó la mirada del humano y la fijó en algún lugar lejano. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero pestañeó para que no se le cayeran. Aquel día no iba a desmoronarse. Y, en realidad, aquel hombre no conseguiría destruir su espíritu en meses, ni tal vez en años. Sin embargo, aquel día iba a sufrir. Mucho.

Capítulo 3

En cuanto Zacharel salió de la habitación, la fisura que tenía en el pecho se agrandó, y tuvo la sensación de que oía crujir el hielo. ¿Sería una interferencia el mero hecho de decirle unas cuantas cosas al médico? Después de hacerlo, podría regresar a su nube, olvidarse de aquella fémina y continuar su camino sin más preocupaciones. Como a él le gustaba. Y, seguramente, como también le gustaba a su Deidad.

Muy bien. Decidido.

Zacharel volvió a la habitación y se materializó frente al humano. Antes de que el hombre gritara de pánico, Zacharel lo miró fijamente a los ojos y dijo con frialdad:

—Tienes algo mejor que hacer.

El médico se estremeció e, hipnotizado por la reverberación de la verdad en la voz de Zacharel, respondió:

—Algo mejor que hacer. Sí. Es cierto.

—Vas a salir de esta habitación y no vas a volver. No vas a recordar nada de lo que ha sucedido aquí esta noche.

El hombre asintió, se dio la vuelta y llamó a la puerta con los nudillos.

Zacharel se volvió invisible justo en el momento en que el guardia abrió. Entró en la habitación y miró a la muchacha.

—¿Ya ha terminado, doctor Fitzherbert? Creía que iba a tardar un buen rato.

—Sí, he terminado —respondió el médico con una voz monótona —. Ahora me marcho. Tengo algo mejor que hacer.

—De acuerdo.

Una vez más, Zacharel se quedó a solas con la chica, y recuperó la visibilidad.

—Creía que no ibas a salvarme —susurró ella, sin dejar de mirar a un lugar perdido. ¿Qué vería con aquellos ojos?

Preciosos ojos, por cierto, si a él le importaran aquellas cosas, que, en realidad, no le importaban.

—Me has preguntado si había venido a salvarte, y no es así. He venido por otro motivo.

—Ah —dijo ella, y carraspeó—. Bueno, pues gracias de todos modos. Por haberlo echado, quiero decir.

Umm… A Zacharel le gustó oír aquel «gracias» de sus labios, aunque su tono hubiera sido un poco seco. Seguramente, hacía mucho tiempo que no pronunciaba esas palabras, porque no tenía ningún motivo para hacerlo. Y, de todos modos, ¿por qué a él le dolía el pecho de nuevo?

—¿Qué te habría hecho?

Silencio.

—Entonces, te habría hecho daño si yo no lo hubiera echado —dijo Zacharel—. ¿Te lo ha hecho antes?

Más silencio.

—Eso es un «sí».

Zacharel, normalmente, ni disfrutaba ni padecía matando humanos. Podía hacerle cualquier cosa a cualquiera y no sentir remordimiento alguno. Sin embargo, arrancarle el corazón a aquel médico le habría producido una pequeña sensación de entusiasmo.

—¿Correcto?

Y más silencio.

«Me está ignorando deliberadamente». ¡Jamás lo habían ignorado! ¡Ni siquiera sus hombres! Pese a su ferocidad, ellos siempre lo escuchaban, al menos antes de desobedecer descaradamente sus órdenes. Y su antiguo jefe, Lysander, siempre

había prestado atención a sus palabras. Lo mismo podía decirse de los únicos otros seres a los que no consideraba objetivos potenciales, los Señores del Inframundo. Ellos habían luchado a su lado y se habían ganado su respeto por luchar contra sus demonios con tanto empeño. Y siempre lo habían mirado con fascinación. En cuanto a los pocos humanos que lo habían visto durante sus miles de años de vida, se habían quedado hipnotizados ante él.

Le resultaba desconcertante que aquella insignificante y diminuta fémina lo desdeñara con tanta facilidad.

Antes de que pudiera decidir cómo iba a solucionar aquello, Thane atravesó la pared y entró en la habitación. En cuanto vio a la chica, su expresión se volvió de furia. Sin embargo, no cuestionó a Zacharel. Una pequeña bendición.

—Hemos eliminado a los demonios, Majestad, y hemos llevado a vuestra nube al que habíais solicitado. Vivo.

La muchacha giró la cabeza y observó a Thane.

—Soy muy afortunada esta noche. ¿Tú también eres un ángel? —le preguntó, mirando sus alas negras.

Zacharel se dio cuenta de que Thane no provocaba las mismas dudas que él. ¿Por qué?

—Sí —respondió Thane. Entonces, olisqueó el aire, frunció el ceño y miró a Zacharel—. ¿Vais a liberarla?

—No —dijo Zacharel. ¿Por qué le preguntaba eso?

Thane arrugó aún más la frente.

—Entonces, ¿por qué…? No, no importa. Si habéis cambiado de opinión con respecto a ella, me la llevaré yo.

¿Sin saber por qué estaba allí, ni qué había hecho?

—No —repitió él.

Thane inclinó la cabeza, como si fuera un humilde siervo que había recibido una reprimenda de su señor.

—Por supuesto que no, Majestad. ¿Cómo me he atrevido a expresar un deseo tan estúpido? Nadie, en su situación, merece compasión, ¿verdad?

¿Acaso sus hombres no podían obedecer sin cuestionarlo?

—¿Ha resultado herido algún humano durante la batalla? —preguntó.

Thane respondió, entre dientes:

—Uno de los guardias. Una espada de fuego lo partió por la mitad.

Zacharel apretó los puños. Otra desobediencia.

—Una espada de fuego no corta a un humano por accidente.

—El guardia estaba poseído por un demonio, y tenía que morir.

—Pero era humano. ¿Quién desobedeció mis órdenes?

Thane se pasó la lengua por los dientes.

—Tal vez fuera yo.

—No, no lo creo. ¿Quién fue? Si no me lo dices, penalizaré a Bjorn y a Xerxes.

Y era cierto. Lo haría sin vacilar.

Hubo una pausa. Después, Thane dijo:

—Jamila.

Jamila. Una de las cuatro féminas de su ejército, y aquella en la que más confiaba él. Era la única que nunca había desafiado su autoridad. Y, sin embargo, por su culpa, iba a recibir otra tanda de latigazos.

—Tú —dijo la muchacha de la camilla con irritación—. El nuevo. Angelito. Coronel Rizos, o como te llames. Ya no quiero hacer más preguntas, así que voy a darte una orden: suéltame.

Zacharel tuvo que contener una sonrisa. Él, sonriendo. Era tan absurdo que no podía creerlo. Sin embargo, la chica acababa de insultar a su guerrero varias veces, del mismo modo en que sus guerreros lo insultaban a él con frecuencia.

Thane se relajó y rio suavemente.

—Coronel Rizos. Eso me gusta. Pero, mi bella humana, me pediste que te salvara, no que te soltara.

—Es lo mismo —replicó ella con exasperación.

—Son cosas muy distintas, te lo aseguro. De todos modos, ¿qué ibas a hacer si no cumpliera tus órdenes?

—Créeme, es mejor que no lo sepas.

Zacharel frunció los labios. Ya no tenía ganas de sonreír. ¿Acaso estaban flirteando? Sería mejor que no. Thane y él estaban en mitad de una misión.

—¿Porque el hecho de saberlo no me disuadiría? —le preguntó Thane.

—Porque es tan horrible que al oírlo vomitarías.

Thane tosió; o, más bien, disimuló una carcajada.

—¿Has oído eso? —le preguntó a Zacharel, hablándole como si fueran amigos por primera vez desde que se conocían, como si hubiera complicidad entre ellos—. Acaba de ordenarme que cumpla su voluntad, y me ha amenazado con hacerme daño si desobedezco.

—Sí, lo he oído —respondió Zacharel.

Sin embargo, ¿por qué no le había dicho lo mismo a él?

—Y cree que va a tener éxito —continuó Thane con asombro.

—Veo que te ha impresionado mucho, y no tiene por qué —dijo Zacharel, a quien no le estaba gustando nada la idea. Si Thane se sentía impresionado, desearía a la humana… y quizá no parara hasta conseguirla.

Thane frunció el ceño.

—Lo único que tengo es curiosidad —dijo—. Y… bueno, voy a preguntar algo que no es asunto mío. ¿Por qué la has declarado de tu propiedad?

—Yo no he hecho eso —dijo Zacharel, rápidamente.

—¿Y por qué has extendido tu esencia por todo su cuerpo?

—No la he tocado.

—Pues su piel tiene tu olor.

—No, el mío no.

La esencia, la sustancia que corría por sus cuerpos, algunas veces emanaba de sus manos y se convertía en un polvo fino con el que los ángeles marcaban aquello que consideraban de su exclusiva propiedad. Los demonios producían una sustancia parecida, pero la suya estaba contaminada.

Zacharel miró a la fémina.

—Nunca he reclamado a ningún humano —dijo. Ni siquiera había deseado hacerlo—. No brilla —añadió. Él no veía nada fuera de lo común en su piel.

Ella lo miró sin disimulos, fijamente, y él estuvo a punto de moverse de nerviosismo. ¡Él, moviéndose de nerviosismo! ¡Inconcebible!

—Te lo prometo —dijo Thane—. El brillo es muy débil, pero está ahí, advirtiéndoles a los demás varones que no toquen lo que te pertenece.

¿A él? Imposible.

—Te has equivocado, eso es todo.

—¡Arg! —exclamó la chica, interrumpiéndolos—. Ya no quiero escuchar más esta conversación de besugos. ¡El equipo alado es una basura! Olvidaos de que estoy aquí. Ah, un momento… ya lo habéis hecho. Se me ocurre una idea: marchaos.

Tenía más agallas de las que pensaba Zacharel, y él también estaba tratando de no dejarse impresionar, ni desconcertar.

—Vete —le dijo a su guerrero—. Quiero que todos esperéis en mi nube. Bueno, tú no. Tú ve a averiguar todo lo que puedas de esta humana.

Necesitaba saber más de ella, y eso le molestaba. Sin embargo, era mejor recabar información que arrepentirse después.

—Como ordenéis, glorioso líder.

Thane salió de la habitación; justo antes de desvanecerse, miró por última vez a la chica, y Zacharel apretó los puños. ¿Cuántas veces había apretado las manos aquel día, después de pasarse años sin hacerlo?

—Si querías saber algo de mí —le espetó ella, en cuanto se quedaron a solas—, podías habérmelo preguntado.

—¿Y darte la oportunidad de mentir?

El dolor se reflejó en su rostro, pero solo durante un segundo. En su lugar apareció el orgullo.

—Es verdad. Yo solo soy una vulgar mentirosa, y tú eres el señor Honrado. Así pues, ¿por qué estás aquí? Ya me has dejado claro que

no es para salvarme, ni para dejarme libre.

No había ningún motivo para decírselo.

—Me han ordenado que destruya a una horda de demonios que quería entrar al edificio.

—¿Una horda? ¿Te refieres a un ejército? —preguntó ella, con una expresión de pánico.

—Sí, pero ya no hay ninguna amenaza. Mi ejército ha acabado con todos ellos.

La chica exhaló una bocanada de aire, lentamente.

—Venían por mí, ¿verdad?

—Sí.

—Pero ¿por qué?

No tenía ni idea de lo que le habían hecho. Ni la más mínima idea. Y, sin embargo, debería recordar que la habían engañado… o seducido. Así pues, ¿cómo se las había arreglado el demonio para marcarla?

—¿Y bien? —preguntó ella.

Zacharel la ignoró y tomó la carpeta que había en el suelo, junto a la camilla.

—Muy bien. Ignórame; ya estoy acostumbrada. Pero, por favor, glorioso líder, deja que te ahorre el trabajo de investigar los pequeños detalles. Para empezar, me llamo Annabelle Miller.

Era la verdad; figuraba en aquellas notas. Annabelle; en latín, significaba «amable».

—Yo me llamo Zacharel —dijo él, aunque eso no tenía importancia.

—Bueno, Zachie, yo…

—Glorioso líder —dijo él—. Puedes llamarme glorioso líder.

—No voy a llamarte eso —dijo ella, aunque ya lo hubiera hecho —. Ya has dejado claro que tienes una gran opinión de ti mismo. Estoy aquí porque he matado a mis padres. Los apuñalé hasta la muerte. Por lo menos, eso es lo que me han dicho.

Él se dio cuenta de que ella se echaba a temblar. Tal vez debiera ir a buscarle una manta.

¿Ir a buscarle una manta? ¿De veras? Volvió a fruncir el ceño. Su comodidad no le importaba.

—¿Eso es lo que te han dicho? ¿Es que tú no te acuerdas? —le preguntó.

—Sí, yo sí me acuerdo —dijo la chica, y su tono se volvió de nuevo amargo—. Vi a una criatura… a un demonio. Él fue quien los mató. Intenté detenerlo, intenté salvarlos, pero, cuando les dije a las autoridades lo que había ocurrido de verdad, me declararon mentalmente enferma y me encerraron aquí para el resto de mi vida.

Una vez más, Zacharel supo que decía la verdad. No solo porque lo que le había contado estuviera mecanografiado en aquellas páginas, aunque ninguno de sus médicos lo hubiera creído, sino porque solo saboreó las rosas y la bergamota, dos sabores delicados que le gustaban.

—¿Por qué me persiguen los demonios? —preguntó ella—. ¿Por qué? Y, para que lo sepas, decírmelo es la única forma que tienes de que yo deje de preguntártelo.

En vez de ignorarla de nuevo, Zacharel decidió que no había ningún motivo para no decírselo. Su reacción le interesaba.

—En algún momento anterior a la muerte de tus padres —dijo—, tú invitaste a un demonio a que entrara en tu vida.

—No. Eso no es cierto —dijo ella, agitando la cabeza violentamente y sacudiendo los mechones de pelo negro—. Yo nunca invitaría a ninguna de esas cosas a ninguna parte. Salvo, tal vez, a una casa que se estuviera quemando.

—Los humanos no se dan cuenta de lo fácilmente que se puede llamar a un demonio. Las palabras negativas que pronuncias, las cosas malas que haces. Decir una mentira, odiar, pensar en cometer un acto de violencia… Todo eso es como si los llamaras con una campanilla.

—No me importa lo que digas. Yo nunca he llamado a un demonio.

¿Cómo podía conseguir que lo comprendiera?

—Los demonios son el equivalente al hombre del reparto. Tus palabras y tus actos pueden ser como la petición de una entrega. En otras palabras, una maldición. Vienen a llamar a tu puerta, y tú eliges si abres o no. Y tú decidiste abrir.

—No —repitió ella.

—¿Nunca has jugado a la Guija? —preguntó él.

—No.

—¿Ni has ido a un adivino?

—No.

—¿Nunca has hecho un encantamiento de ningún tipo?

—No, ¿de acuerdo? ¡No!

—¿Nunca has mentido, ni engañado a alguien, ni robado a un vecino? ¿Nunca has odiado a nadie? ¿Nunca has temido nada, ni a nadie?

Ella se estremeció de tal manera que la camilla vibró. Cuando terminó aquel escalofrío, sus vibraciones eran de tanta tristeza que la fisura del pecho de Zacharel aumentó.

—Ya no quiero hablar más contigo —dijo ella, en voz baja.

Eso significaba que había cometido alguno de aquellos errores. Él ya había visto pruebas de su odio y de su miedo.

—Pero yo sí quiero hablar contigo. Espiritualmente, las cosas que te he mencionado le dan permiso a tu enemigo para atacarte.

—Pero ¿cómo va una persona a perder el miedo por completo?

—Lo que importa de verdad no es lo que sientes, sino lo que dices, y cómo actúas con respecto a esos sentimientos.

Pasó un momento, mientras ella asimilaba lo que él acababa de decirle. Al final, suspiró.

—Está bien, mira, estoy muy cansada y tú has sido muy amable al asegurarte de que Fitzpervert no vuelva. Tal vez esta sea mi última oportunidad de poder descansar sin que nadie me moleste. ¿Podrías marcharte?

«Si no puedes hacer lo que necesito, entonces déjame aquí. Detesto que me veas así. Vete, por favor. Por una vez, escúchame y obedece. ¡Vete!».

Zacharel apretó los dientes. No podía seguir pensando en su hermano.

—Me voy, sí —dijo—. Pero ¿qué vas a hacer tú?

—Lo mismo de siempre —respondió ella—. Sobreviviré.

Pero ¿cuánto tiempo?

Zacharel estuvo varios minutos intentando decidir qué hacía con ella. No tenía duda de que aquella mortal iba a causarle problemas allí donde la llevara. De hecho, si se la llevaba a algún lugar, estaría interfiriendo en una vida humana, en muchas vidas humanas, y recibiría un castigo por ello; además, ya tenía pendiente una tanda de latigazos por culpa de Jamila. Sin embargo, si dejaba allí a Annabelle, finalmente ella se desmoronaría, y al imaginársela llorando y suplicando como había hecho su hermano, Zacharel se sintió muy angustiado.

Seguramente podría visitarla una vez a la semana para protegerla. A menos que tuviera que ir a alguna batalla, claro. O que resultara herido. ¿Y qué le sucedería a ella mientras él estuviera ausente?

De repente, pensó en un argumento contrario al anterior: si la ayudaba, en realidad no estaría interfiriendo. La estaría protegiendo, y para eso estaba él. Eso era lo que su Deidad esperaba de él: que protegiera a los humanos a toda costa. Zacharel recibiría una recompensa, no un castigo. Seguro.

Bien. Decisión tomada.

Cuando se acercó a ella, por fin… percibió el brillo que había mencionado Thane. La chica irradiaba una luz suave, delicada, del mismo color que los ojos de Zacharel.

Y, sin embargo, él no la había tocado ni una sola vez.

—¿Has estado en contacto con algún otro ángel? —le preguntó, aunque sabía que dos ángeles no podían producir una esencia con los mismos matices.

Y tampoco era la esencia de un demonio; ningún siervo del mal podría haber producido un color tan maravilloso.

—No.

También era cierto. Tenía que haber alguna explicación para eso… Tal vez… tal vez el brillo fuera de la chica, tal vez fuera uno de sus rasgos naturales. Él nunca había oído decir que los mortales pudieran brillar, pero eso no significaba que fuera imposible.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —le preguntó ella.

—Vamos a averiguarlo juntos —respondió él.

Entonces, se dispuso a abrirle las esposas, y ella se estremeció.

—¡No! —gritó.

Zacharel se dio cuenta de lo que ocurría. La habían maltratado, y esperaba que él le diera el mismo tratamiento.

Si le prometía que nunca iba a hacerle daño, de ningún modo, estaría mintiéndole, y él no podía mentirle. Los humanos eran seres sensibles, y sus sentimientos y cuerpos podían sufrir fácilmente. Ocurrían accidentes a menudo. Además, no era posible predecir si ella iba a encontrar faltas en la relación que tuvieran desde aquel momento en adelante.

«Pero ¿cuánto tiempo piensas estar con ella?».

—En este momento solo voy a liberarte y sacarte de este lugar —dijo—. ¿De acuerdo?

La esperanza se reflejó en sus ojos.

—Pero si has dicho que…

—He cambiado de opinión.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—Gracias —dijo ella—. Gracias, gracias, gracias, mil millones de gracias. No te vas a arrepentir, te lo prometo. Yo no soy un peligro para nadie. Solo quiero ir a algún sitio y estar sola. No te causaré ningún problema ¡de verdad! ¡Y muchas gracias!

Él abrió la primera esposa, se acercó al otro lado y repitió el proceso.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas mientras se apretaba las manos contra el pecho y se frotaba las muñecas. A Zacharel le pareció que no lo hacía porque sintiera dolor, sino de pura alegría.

—¿Adónde me vas a llevar?

—A mi nube. Allí estarás a salvo de los demonios.

—¿Tu nube? ¿Una nube del cielo?

—Sí. Allí puedes ducharte, cambiarte de ropa y comer. Lo que quieras.

Y, después… Zacharel no tenía ni idea.

—Eh… No sé si esto te parecerá una locura, pero yo quiero quedarme en tierra firme, donde no me voy a hundir entre la neblina y voy a caer al suelo desde un millón de metros de altura.

Él le soltó una de las ataduras del tobillo.

—Si te llevo a algún lugar de la tierra, tu propia gente te perseguirá, por no mencionar a los demonios. Te prometo que en mi nube estarás a salvo —dijo Zacharel, y le soltó el otro tobillo.

En cuanto ella estuvo libre, se incorporó y se puso en pie. Aunque se tambaleó, consiguió mantenerse erguida.

—Tú solo sácame del edificio, y después podemos separarnos. Tú habrás hecho una buena obra, y yo me quedaré escondida para el resto de mi vida.

—No puedo liberarte sin supervisión, porque me responsabilizarían de todos los daños que causaras.

—Yo no voy a…

—No quieres, ya lo sé. Pero lo harás.

—¡Solo tienes que darme una oportunidad!

Eso era lo que estaba intentando hacer.

—Tienes dos opciones, Annabelle. O te quedas aquí, o vienes a mi nube. No hay ninguna otra posibilidad.

Ella alzó la barbilla con terquedad.

—¿Y no puedo ir con el otro ángel, entonces? Con el rubio.

¿Con Thane?

—¿Por qué? —preguntó él.

—No te lo tomes a mal, pero él me cae mejor que tú.

¿Acaso había alguna forma de tomarse bien aquello?

Zacharel tuvo que contener el repentino impulso de zarandearla.

—No puedes saber quién te cae mejor. Solo has estado unos segundos con él.

—Algunas veces solo son necesarios unos segundos.

La fisura de su pecho aumentó de nuevo. En aquella ocasión no fue por un sentimiento de culpabilidad, sino por algo como… ¿la ira? Oh, sí. Era ira. Él era quien había impedido que el médico la violara. Él era quien la había liberado. Él debería caerle mejor.

—Yo soy un guerrero tan fiero como él. Más, incluso.

Ella se echó a temblar.

Aquella reacción…

—Bueno, tal vez no sea la fiereza lo que quieres —dijo él, más para sí mismo que para ella. Tal vez la chica anhelara algo que no había encontrado en aquel lugar: bondad.

—Mira, Maravilla con Alas, sácame de aquí, y después ya concretaremos dónde voy a quedarme. ¿Te parece bien?

—Maravilla con Alas. Vaya, eso me gusta más. Me va bien.

—Lo que te va bien es capitán Modestia.

—No. Maravilla con Alas es el mejor nombre para alguien como yo, y vamos a concretar los detalles ahora mismo. No voy a tolerar que te subleves más tarde porque haya habido algún malentendido entre nosotros. En primer lugar, dime por qué quieres quedarte con Thane.

Ella tragó saliva.

—Solo porque me siento más segura con él. Eso es todo. Además, a él no le cae nieve de las alas. ¿Por qué cae de las tuyas?

—Eso no es de tu incumbencia. En cuanto a tu seguridad, ya te he prometido que en mi nube vas a estar a salvo. Por lo tanto, te quedarás conmigo. Vamos. No puedo perder más tiempo con discusiones.

Ella no podía volar y no podía teletransportarse de un sitio a otro, así que iba a tener que tocarla. Estaba seguro de que aquello le causaría un gran desagrado, pero podría soportarlo. Tendió la mano y movió los dedos.

—Última oportunidad. ¿Te quedas o vienes?

«Pronto habré salido de este antro», pensó Annabelle. Quería llorar y reír al mismo tiempo. Quería bailar de alivio, y después esconderse a causa del pánico. Escapar… Por fin… Pero ¿iría al cielo que había anhelado, o a otro infierno?

«¿Y qué importa? Te habrás librado de Fitzpervert, de esta jaula, de la medicación y de los otros pacientes, y de los guardias… Y de los demonios».

Durante todo aquel tiempo había estado luchando contra seres malvados del infierno. Ninguno de sus padres creía en el más allá, y a ella la habían criado en el escepticismo. Pues bien, se habían equivocado, y ahora, ella tenía mucho que aprender.

—Annabelle —dijo Zacharel, moviendo de nuevo los dedos.

Aquel hombre podría enseñarle muchas cosas. Aquel hombre celestial que parecía tan demoníaco, como un sueño oscuro y seductor creado para guiar a una mujer directamente a las tentaciones de medianoche.

«Es peligroso… Sí, este hombre es peligroso…».

Aquellas palabras fueron como un susurro suave y erótico contra su carne. Era un susurro que había oído y sentido desde que él había entrado en la habitación.

Sin embargo, Annabelle dijo:

—Yo… voy.

Sin embargo, no iba a quedarse más tiempo del necesario con él. Tal vez le recordara al príncipe azul con el que había soñado hacía tanto tiempo, aquella noche antes de su cumpleaños, pero aquel hombre no era precisamente encantador.

Temblando, entrelazó sus dedos con los de él. En cuanto se tocaron, él inhaló una bocanada de aire, como si ella le hubiera quemado, y Annabelle estuvo a punto de apartarse. «Tranquila».

—¿Estás bien? —le preguntó a Zacharel.

—Eh… Bueno, solo necesito un momento para acostumbrarme —respondió él, con cierta tensión.

Mejor, porque ella también necesitaba un momento para acostumbrarse.

—Tómese todo el tiempo que necesite, capitán Modesto.

—Soy Maravilla con Alas, y eso voy a hacer. No te muevas.

—Eh… Eso puede ser un problema.

Aunque ella tenía mucho frío, resultó que la piel del ángel estaba todavía más fría. Iba a empezar a estremecerse rápidamente.

Él no respondió. La miró con los ojos entrecerrados, como si le echara la culpa de algo catastrófico.

¿Podría confiar en él? Tal vez sí, tal vez no, pero deseaba la libertad, y él podía dársela. Y, sí, quería estar sola, depender de sí misma. Algún día lo conseguiría; por el momento era suficiente con escapar.

Si él intentaba hacerle daño cuando llegaran a… al lugar al que iba a llevarla, ella lucharía contra él con todas sus fuerzas, como siempre lo había hecho.

—Este contacto… —dijo Zacharel, y frunció el ceño. Estaba muy serio; Annabelle no lo había visto sonreír ni una sola vez.

—¿Qué pasa con él?

—Esperaba que ciertas sensaciones desaparecieran, pero persisten —dijo él, y le apretó la mano, como si se hubiera dado cuenta de que ella estaba a punto de alejarse. Tiró de ella hacia sí, hasta que sus cuerpos estuvieron alineados—. Esto no es lo que me había imaginado.

Cuando él le pasó el brazo alrededor de la cintura, la miró con sus ojos color esmeralda. Su piedra de nacimiento. Antes también era su gema favorita, pero su cumpleaños se había convertido en sinónimo de muerte y destrucción y, finalmente, había decidido que las esmeraldas eran odiosas.

Sin embargo, no podía negar que los ojos de aquel ángel eran maravillosos. Las pestañas eran largas y espesas, y suavizaban un poco su expresión cruel.

Tenía el pelo tan negro que parecía una noche sin estrellas y, ¿cuánto tiempo hacía que ella no miraba al cielo? Su frente no era

demasiado ancha ni demasiado amplia, y sus pómulos eran marcados y altos, como esculpidos por un maestro. Tenía los labios carnosos y rojos; una mujer solo tendría que mirarlos una vez para fantasear durante el resto de la eternidad.

Ojalá fuera bajo, pero no. Era alto; debía de medir un metro noventa y cinco centímetros, más o menos; además, tenía los hombros anchos y era muy musculoso. ¿Y las alas? Increíbles. Se le arqueaban por encima de los hombros y caían hasta el suelo en forma de cascada. Estaban cubiertas de plumas del color blanco más puro que ella hubiera visto jamás, y entre ellas había gruesas hebras de oro. Resultaban hipnóticas.

El otro tipo, el rubio, también era físicamente delicioso, pero a pesar del brillo depravado que tenían sus ojos azules, Annabelle había tenido la sensación de que podría manejarlo. Por lo menos, mejor de lo que iba a poder manejar a aquel.

Era demasiado tarde para planteárselo. Además, tal vez fuera lo mejor que había podido ocurrir; ella estaba tan llena de odio, ira, desesperación e impotencia que la frialdad de Zacharel sería un cambio refrescante.

—Bueno… ¿y qué es lo que te habías imaginado? —le preguntó, por fin.

—Nada que vaya a contarte. Y ahora, agárrate a mi cuello con los brazos —le ordenó él, con la voz ronca.

¿Le habría dicho alguien que «no» alguna vez?, se preguntó Annabelle mientras se agarraba las manos por detrás de su nuca.

—Bien. Y, ahora, cierra los ojos.

—¿Por qué?

—Tú y tus preguntas —dijo él, suspirando—. Voy a llevarte a través de los forjados del edificio hasta el cielo. Puede que la vista te resulte desconcertante.

—No te preocupes por mí. Estaré perfectamente.

No quería cerrar los ojos, puesto que eso la haría más vulnerable aún.

Su valentía no debió de impresionarle mucho; frunció los labios y, mientras empezaba a mover las alas con facilidad, lentamente, dijo:

—Además, no quiero mirarte a los ojos y ver la mancha del demonio.

¿Ella tenía los ojos de un demonio? ¿Por eso se le habían puesto azules los iris?

—Pero… yo no puedo ser un demonio —dijo con espanto—. No es posible.

—No lo eres. Estás contaminada por un demonio, como ya te he dicho.

Ella se calmó un poco.

—¿Cuál es la diferencia?

—Los humanos pueden ser influidos, reclamados o poseídos por los demonios, pero no pueden convertirse en un demonio. A ti te ha reclamado alguno.

—¿Quién?

¿Era el mismo que había matado a sus padres? De ser así, iba a… ¿Qué? ¿Qué podía hacer, en realidad?

—No lo sé.

Si él no lo sabía, no había esperanza para ella.

—Bueno, no me importa que mis ojos te resulten repulsivos —dijo. Sin embargo, era mentira. Le importaba mucho que una parte de sí misma pareciera demoníaca—. Adelante.

Pasaron varios segundos de silencio. Después, él asintió y dijo:

—Muy bien. Solo podrás culparte a ti misma.

Tuvo una extraña sensación. Su sangre y su piel se volvieron aún más frías que antes, y el suelo desapareció bajo sus pies. De repente, estaba en el aire, viendo pasar las habitaciones de arriba abajo y, después, el techo del edificio y, por último, el cielo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas de felicidad. Acababa de liberarse de una vida de torturas interminables. Era verdaderamente libre y, por primera vez desde hacía años, tenía por delante algo que desear y no que temer. Sintió una alegría inmensa. Todo aquello era… era… demasiado.

El puro esplendor de la noche la abrumó, y las lágrimas se le derramaron por las mejillas. El aire tenía el perfume de las fragancias más asombrosas; flores silvestres y menta, rocío y hierba recién cortada. Olía a leche, a miel, a chocolate y a canela. Olía ligeramente a humo, a brisa.

—Se me había olvidado —susurró, mientras disfrutaba del roce del pelo en la cara. Era libre. Por fin, era libre.

—¿El qué? —preguntó Zacharel, con un tono de voz extraño. Tal vez de emoción.

—Lo bello que es el mundo.

Un mundo que sus padres habían abandonado demasiado pronto, y del que nunca podrían volver a disfrutar.

La tristeza se mezcló con la alegría. Había pasado demasiado rápidamente de víctima a condenada por asesinato, y no había tenido tiempo para llorar la pérdida de su padre y de su madre. Se preguntaba cómo habrían reaccionado ellos en aquel momento; sin duda, Zacharel se habría quedado atónito con ellos. No solo por cómo era él, sino porque ellos eran una pareja emocional y volátil, que se peleaba con tanta pasión como se amaba. Seguramente, ellos no habrían sabido cómo tomarse la frialdad de aquel ángel. Sin embargo, aquello les habría encantado. Un vuelo entre las estrellas, respirando aire puro, mientras se deslizaba hacia un futuro lleno de esperanza.

Tenía que olvidar la tristeza. Ya se encargaría de eso más tarde. En aquel momento tan solo iba a disfrutar. Por primera vez desde hacía cuatro años, Annabelle echó la cabeza hacia atrás y se rio.

Capítulo 4

Zacharel soltó a la chica en cuanto pudo. La depositó en el centro de una habitación vacía y se alejó de su calor, que era toda una tentación, de la dulzura de su olor y de la suave caricia de su pelo en la piel. Le había gustado tocarla. No debería haberle gustado, pero por mucho que se lo repetía, no podía evitar que le gustara cada vez más.

Le habían fascinado los cambios de su expresivo rostro durante el vuelo. La había visto pasar del embelesamiento a la tristeza en un segundo y, después, al embelesamiento de nuevo. Y él, que había luchado desde hacía tanto tiempo contra sus emociones hasta el punto de que ya no las experimentaba, había sentido envidia por el hecho de que ella no tuviera reparos en demostrar lo que sentía y lo que pensaba.

Le había parecido tan desinhibida… Estaba completamente absorta en el momento. Y, cuando se había reído… Oh, cielos. Su voz lo había envuelto en un abrazo.

Ella lo tenía intrigado, perplejo, paralizado, y Zacharel se preguntaba qué era lo que había provocado aquel cambio. Sin embargo, era demasiado orgulloso como para preguntar.

Ella era la consorte de un demonio, su enemigo; no porque lo hubiera elegido, cierto, pero consorte de todos modos. También era una humana y, por lo tanto, estaba por debajo de él. Sus emociones no podían importarle.

No debería haberla llevado allí. No debería haber aceptado el placer de tenerla entre sus brazos.

No debería estar mirándola en aquel momento, preguntándose si el deleite que ella había experimentado en el cielo se prolongaría en su casa. Él no debería preocuparse del deleite de aquella mortal.

—¿Por qué te has reído? —le preguntó. Al cuerno el orgullo. Tenía que conocer el motivo.

—Soy libre, soy libre, por fin soy libre —respondió ella, girando.

Su melena voló a su alrededor, y golpeó a Zacharel en la cara. Él tuvo que contener el impulso de agarrar los mechones y acariciarlos con los dedos. Sabía que eran muy suaves.

Ella lo miró con la cabeza ladeada.

—¿Qué?

—¿Qué?

—Estás frunciéndome el ceño.

—Yo le frunzo el ceño a todo el mundo.

—Me alegro de saberlo. Entonces, ¿esta es tu casa?

—Sí, esta es mi casa.

—Es exactamente tal y como pensaba.

¿Había algo de ironía en su tono de voz?

—¿A qué te refieres? —preguntó él, intentando no revelar lo insultado que se sentía.

—Niebla, niebla y más niebla. Me sorprende que los cimientos sean sólidos.

—Todo el recinto es sólido.

Ella estiró un brazo. Su expresión se volvió de reverencia cuando sus dedos desaparecieron en la neblina.

—Sólido, pero sin serlo. Fascinante.

«Tú eres fascinante».

No. ¡No! ¡No lo era!

Él había tenido a féminas allí más veces. A guerreras, e incluso a portadoras de alegría a las que consideraba amigas, y a Sienna, una humana que se había hecho inmortal y que había resultado ser la

reina de los Titanes. A ella le gustaba pasar por allí sin avisar, y a él le gustaba echarla.

Y también estaba Bianka, la mujer de Lysander, una arpía a quien nadie se atrevía a negar nada. Su líder estaba completamente enamorado de ella. La arpía era su felicidad, pero Zacharel siempre estaba impaciente por quitársela de encima. Y, sin embargo, ver a Annabelle allí le afectaba de un modo extraño. Ella estaba allí, dentro de los muros de su casa, en su mundo, a salvo, porque él lo había propiciado. Él, y ningún otro.

Aquel pensamiento no debería producirle tanta satisfacción, pero así era.

Había llegado el momento de alejarse de ella. La distancia sería beneficiosa. Le ayudaría a centrarse de nuevo en la realidad y lo entumecería. Y él prefería las cosas así.

—Quiero que te relajes, Annabelle —le dijo—. Los demonios no se atreverían a entrar aquí.

Ella exhaló un suspiro de alivio.

—Bien.

—Yo tengo que ocuparme de unas cuantas cosas, pero no voy a estar lejos, solo unas cuantas habitaciones más allá. Pero tú vas a quedarte en esta.

Entonces, la expresión de Annabelle cambió. Entrecerró los ojos y frunció los labios.

—¿Me estás diciendo que soy prisionera tuya? ¿Que he cambiado una celda por otra?

Como hacía miles de años que se veía forzado a decir la verdad, había encontrado la manera de dar rodeos para suavizarla cuando era necesario.

—¿Cómo puedes pensar que vas a ser una prisionera si se te concederán todos tus deseos mientras estés aquí?

—Eso no es una respuesta.

Humana desconfiada y picajosa. Era demasiado perceptiva.

—Sin embargo, estoy seguro de que ha calmado algunas de tus preocupaciones.

—No voy a volver a ser prisionera de nadie, nunca más.

Zacharel notó una punzada de ira en el centro del pecho, dentro de la fisura. Últimamente, mucha gente había cuestionado su autoridad, y él había llegado al límite de su tolerancia.

—¿Preferirías morir, Annabelle?

—¡Sí!

Ella pestañeó al darse cuenta de que había sido demasiado vehemente, y él, también.

—Sí —repitió Annabelle con más suavidad.

Aquello era una mentira, aunque él no pudiera percibir el sabor de la mentira.

—¿Sabes que podría aplastarte en un segundo?

—Créeme, en este momento, la muerte sería una bendición. Así que, aplástame si no puedes soportar que te lleven la contraria, porque no voy a ser una prisionera colaboradora. Lucharé contra ti eternamente, si es necesario.

«La muerte sería una bendición». Había otra persona que le había dicho aquellas palabras y, verdaderamente, la muerte había sido una bendición en aquel momento. Para Hadrenial, no para él. Él sufriría eternamente por lo que había ocurrido aquella espantosa noche.

«Tienes que dejar de comparar a Annabelle con tu hermano».

En aquel instante, tenía dos opciones: o convencer a la fémina de que no era una prisionera, lo cual le llevaría un tiempo del que no disponía, o dejarla marchar. Ninguna de las dos cosas eran de su agrado. Tal vez hubiera una tercera opción, algo que nunca había intentado: utilizar la cortesía.

Merecía la pena intentarlo.

—Te ruego humildemente que te quedes aquí. Cualquier cosa que desees, solo tienes que pedirla, y se te concederá.

En cuanto dijo aquellas palabras, recordó que a ella le había gustado Thane, y la pequeña llama de ira que tenía en el pecho se intensificó.

—Salvo un ser masculino. No puedes llamar a un varón.

Él la había salvado, y él mismo se encargaría de su protección.

—No lo entiendo. ¿Es que tienes sirvientes que van a traerme todo lo que yo quiera?

—No, no se trata de sirvientes. Voy a enseñarte cómo funciona. ¿Qué es lo que deseas? Siempre y cuando no sea un varón —añadió apresuradamente.

—Una ducha —dijo ella, sin dudarlo—. Sin que nadie me vigile.

—Una ducha privada —dijo él, y se colocó detrás de ella.

Annabelle se giró hacia él y lo miró. Entonces, vio que aparecía una neblina que empezaba a tomar forma; a los pocos segundos había una cabina de ducha en la habitación. Era alta y tenía los cristales al ácido, con muchos grifos y un desagüe en el suelo.

Al ver la cabina, a ella se le escapó un jadeo de placer e incredulidad.

—Comida —dijo después, con un inmenso deleite.

Él volvió a sentir algo en el pecho, pero no era enfado. No estaba seguro de qué era.

Annabelle hizo un mohín.

—No ha pasado nada.

—Tienes que ser más concreta —dijo él.

Entonces, ella se relamió.

—Quiero una hamburguesa de langosta y queso, galletas con salsa, *risotto* de espárragos, enchiladas de carne, una pechuga de pollo a la brasa, *brownie*, pastel de moras con helado de vainilla, pavo asado con guarnición y… y… y…

Junto a Zacharel apareció una mesa redonda, enorme, cubierta con un mantel blanco. Los platos que ella había pedido fueron apareciendo uno a uno en bandejas y cuencos humeantes.

Ella, temblando, se acercó y se agarró al borde de la mesa, cerró los ojos e inspiró profundamente con embeleso.

—No sé por dónde empezar —dijo.

—Empieza por un lado y llega al otro.

Annabelle se relamió de nuevo.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres algo? Entonces, tendré que pedir más.

«¿Más?»

—No, gracias. Comeré por la mañana.

Nunca comía antes de una batalla, y no estaba completamente seguro de que su misión hubiera terminado. Sin embargo, hubiera disfrutado viéndola comer, presenciando su deleite, su pasión y su…

«¿Qué estás pensando?».

—Nadie te molestará.

Ella no respondió; estaba tomando el helado de la mesa.

Él se dio la vuelta y atravesó la neblina; cuando se dio la vuelta, la pared de niebla la ocultó de su vista. Sin embargo, por muy insustancial que pareciera, la mantendría dentro de la habitación. Solo él podría entrar y salir; además, Annabelle no podría oír nada de lo que ocurriese fuera.

Zacharel comenzó a caminar por el pasillo; el suelo iba extendiéndose a su paso. Entró en otra sala, donde estaban esperándolo cinco de sus guerreros, aquellos en los que más confiaba. Aunque, por supuesto, la confianza fuera un término relativo.

Thane, Bjorn y Xerxes estaban a un lado. Ellos siempre estaban juntos, pero un poco separados de los demás. Al contrario que los demás ángeles, Xerxes no tenía la perfección física. Tenía el pelo largo y blanco, y la piel sin color, como si la muerte se le hubiera metido bajo la epidermis. Tenía diminutas cicatrices que formaban grupos de tres: tres líneas, hueco, tres líneas, hueco, tres líneas… Sus ojos eran rojos, pero observaban el mundo con una inteligencia, y con una ira también, que pocos poseían.

En aquel momento, aquellos ojos demoníacos observaban a una pequeña demonio que estaba atada con cuerdas de nube; aquellas ataduras eran tan fuertes que la criatura no tenía ninguna posibilidad de escapar.

A su lado había un ángel caído, también atado, a quien Zacharel había llevado allí hacía unos meses. El ángel caído no quería

comportarse debidamente y le causaba problemas a la reina de los Titanes. Por lo tanto, Zacharel, que había recibido la orden de ganarse su favor, había tenido que aprisionarlo.

Zacharel se fijó en los demás ángeles. Koldo estaba en el rincón más alejado, limpiando su espada curva como si el mundo no existiera. Tenía la piel bronceada por el sol y los ojos muy negros y profundos, como un pozo de desesperanza. También tenía una espesa barba negra, como su pelo. Llevaba la melena trenzada a la espalda.

De niño, los demonios le habían arrancado las alas. Al ser tan pequeño, todavía no se habían desarrollado sus poderes de regeneración, y las alas no habían vuelto a crecerle. En sus hombros, espalda y piernas había tatuadas cientos de plumas de color púrpura, en sustitución de aquellas alas que debía de echar de menos con todas sus fuerzas. Sin embargo, él nunca se había quejado. Koldo era hombre de pocas palabras, y las que pronunciaba eran profundas y roncas, y llegaban al alma.

Jamila se paseaba delante del demonio hembra. Ella tenía la piel oscura y el pelo rizado y largo, y los ojos del color de la miel. Al principio solo era portadora de alegría, pero había ascendido a guerrera cuando había bajado al infierno, sola, para rescatar a uno de sus protegidos humanos.

Habían pasado semanas antes de que pudiera salir de allí. Aunque había conseguido salvar al humano, ella misma no se había salvado. Allí abajo había ocurrido algo que le había cambiado el carácter. Ya no se reía ni vivía la vida despreocupadamente. Siempre estaba mirando hacia atrás, por encima del hombro, como si temiera que el mal la estuviera esperando detrás de cada esquina.

Sin embargo, hasta la batalla de aquella noche, Zacharel no entendía por qué la habían puesto bajo su mando. Ahora ya lo comprendía. Claramente, Jamila también tenía problemas para cumplir órdenes. Por no mencionar que ya no valoraba la vida humana.

Tendría que ser castigada y, probablemente, lloraría.

«Debería haber elegido a Axel como quinto lugarteniente», pensó. Aquel ángel era irreverente, siempre se estaba riendo y tenía obsesión por hacer estragos, pero no derramaría una sola lágrima cuando Zacharel pronunciara su sentencia.

Xerxes fue el primero que notó su presencia, y se cuadró. Los demás hicieron lo mismo.

—La humana —dijo Thane—. Me gustaría volver a buscarla.

¿Todavía estaba pensando en ella?

—No es necesario. Está aquí conmigo —respondió él, en un tono arisco que no esperaba—. Puedes decirme lo que has averiguado sobre ella cuando terminemos con el demonio.

A Thane le brillaron los ojos de satisfacción, y eso enfureció aún más a Zacharel. ¿Acaso tenía la esperanza de quedársela?

—Todavía no he averiguado nada —respondió Thane—. No ha habido tiempo.

Otra orden incumplida.

—Cuando te marches, encuentra tiempo para hacerlo.

Su tono de voz debió de poner a Thane sobre aviso, porque el ángel no respondió con frivolidad, como era de costumbre, sino que asintió.

—Muy bien.

—¿De qué humana estáis hablando? —preguntó Jamila.

Zacharel no respondió a su pregunta.

—El único humano del que tenemos que hablar es del que tú has matado durante la batalla.

—Sí, ¿y qué? ¿Qué pasa si he matado a un humano? —replicó ella, y él percibió lo que quería decir: «Tú también lo has hecho. Y ellos».

Él la miró con dureza.

—¿Cuántas veces, durante los tres últimos meses, os he dicho que no debéis matar a un demonio si eso implica dañar una vida humana?

Ella se ruborizó.

—Un mes tiene, aproximadamente, treinta días, y lo has dicho todos los días, así que supongo que lo has dicho unas noventa veces.

No era ninguna exageración.

—Y, sin embargo, tú has matado al humano de todos modos.

Ella alzó la barbilla.

—Sí. El demonio me provocó a través del hombre.

—Una buena soldado sabe hacer caso omiso de los insultos. Tu rebelión me va a costar bastantes latigazos. A mí, no a ti.

Y, tal vez, aquel fuera el problema: Jamila no sentía ningún arrepentimiento. Ni los demás tampoco.

—Lo siento —dijo ella entre dientes.

Exactamente, lo que él le había dicho a su Deidad, pero seguramente, no de una manera tan irritante.

—No lamentas ninguno de tus actos; solo lamentas que yo te reprenda por ellos.

¿Se estaría riendo su Deidad en aquel momento? Él le había dicho aquello mismo a Zacharel.

Vaya, qué giro en los acontecimientos. Zacharel había pasado de ser rebelde a ser ejemplar, solo con tal de poder seguir luchando contra los seres que habían torturado a su hermano. Pues bien, aquellos soldados iban a sufrir castigos más severos que el que su Deidad le había impuesto a él.

Jamila no respondió. Apretó los labios con terquedad.

—Si vuelve a suceder algo así, Jamila, te haré sufrir de un modo inimaginable. Cualquier castigo que yo tenga que sufrir te lo impondré a ti, multiplicado por cien —dijo Zacharel. Después de aquellos latigazos, tal vez lo hiciera. Por el momento, tenía que dar ejemplo—. Esta noche vas a visitar a todos los miembros de mi ejército y te disculparás por tus actos, porque tú eres la culpable de que vayan a pasarse todo el día de mañana en forma humana, limpiando todas las calles del condado de Moffat, en Colorado.

El escenario del crimen.

Eso sería humillante para ella y exasperante para ellos. Todos aprenderían.

Jamila inclinó la cabeza, pero no lloró.

Bien.

—El que se niegue a cumplir mis órdenes, quedará prisionero en mi nube hasta final de año. No voy a tolerar más vuestras faltas de respeto —añadió, y miró a los ojos a todos y cada uno de los guerreros.

Ellos asintieron de mala gana. De mala gana, sí, pero al menos habían asentido.

—Ya no vamos a hablar más de esto —zanjó Zacharel.

Xerxes señaló al ángel caído.

—¿Quién es, y por qué está aquí? Si puedo preguntarlo —inquirió.

Aquel cambio de tema fue muy oportuno.

—Se llama McCadden, y ahora es responsabilidad tuya —dijo Zacharel.

McCadden había cometido crímenes contra los demás ángeles y contra los humanos para conseguir estar con una mujer que ni siquiera lo deseaba.

Sin embargo, el motivo por el que lo habían considerado no apto para estar en el cielo, le habían privado de las alas y lo habían expulsado a la tierra, mientras que al resto de sus hombres no, era un misterio.

En apariencia, McCadden no parecía muy distinto a sus demás hombres. Se había teñido el pelo de rosa, se había tatuado un par de lágrimas debajo de los ojos y se había hecho *piercings* plateados en las cejas. Por debajo de todo aquello debía de haber una laguna de oscuridad.

—Cuando terminemos aquí, vas a llevártelo a tu casa y vas a tenerlo allí encerrado. Y, a partir de ahora, yo no voy a ser castigado por los crímenes que cometa él; el castigo lo recibirás tú.

Xerxes apretó los dientes, pero no se quejó.

Thane se echó a reír, y Bjorn le golpeó suavemente con los nudillos en el bíceps.

—Qué suerte.

—Bien. Vamos con el demonio que habéis capturado —dijo Zacharel.

Los seis guerreros se volvieron hacia la criatura con deleite. Era una fémina, y la neblina que formaba sus ataduras también formaba una mordaza que la mantenía en silencio y le tapaba los oídos para que no pudiera oír absolutamente nada.

Era una sirviente de Enfermedad. Tenía la piel colgante, muy fina y llena de llagas. Su cuerpo era esquelético; no tenía grasa ni asomo de músculos. Le quedaban pocos dientes, todos ellos amarillos y picados. Tenía, además, unas zarpas muy afiladas.

Zacharel le ordenó a la nube que permitiera al demonio hablar y escuchar; la niebla se desvaneció de su boca y sus oídos.

Entonces, la criatura soltó una horrible maldición.

—No, Zacharel, no —gimió—. Cualquiera menos Zacharel.

Emitió un olor a podredumbre, que era prueba de su repentino terror.

La tendencia de Zacharel a torturar al enemigo era bien conocida por todos.

—Hoy vas a morir, esbirra del demonio —le dijo a la criatura—. Eso no va a cambiar. Lo único que puedes controlar es la forma de ejecución. Tengo preguntas para ti, y vas a contestarlas todas diciendo la verdad.

—Sabes que percibiremos el olor de tus mentiras —añadió Thane.

—¿Por qué te has quedado fuera de la cárcel de Moffat esta noche? —preguntó Zacharel.

La criatura sonrió levemente.

—Por el mismo motivo que los otros demonios, lo juro.

—¿Y por qué razón permanecieron los otros demonios fuera de la cárcel? No vas a tener más oportunidades de responder a esta pregunta.

—Responderé gustosamente. Se quedaron fuera por el mismo motivo que yo me quedé fuera. Es la verdad, tienes mi palabra.

Zacharel se sacó del bolsillo una ampolla de agua del río de la Vida. Para acercarse a aquel río, que discurría por el interior del templo que el Más Alto le había dado a la Deidad, cualquier ángel tenía que sacrificar la piel, literalmente hablando. ¿Y, para conseguir una ampolla de aquel líquido que podía salvar una vida? El ángel tenía que sacrificar muchas más cosas.

A Zacharel solo le quedaban unas gotas de agua, pero consideró que merecía la pena utilizarlas para atormentar a aquella criatura.

—Tus respuestas no me satisfacen, así que tendré que buscar la satisfacción de otro modo. Vas a sufrir un castigo por parte de cada uno de nosotros, como te hemos dicho.

Cuando él asintió, sus soldados supieron lo que esperaba de ellos. Además, todos deseaban lo mismo.

Koldo se colocó detrás del demonio y le aprisionó la cabeza contra el pecho, presionándole la frente con los dedos. Xerxes y Thane se acercaron con las dagas de metal preparadas. Apuñalaron al demonio, al unísono, en el vientre. La criatura gritó de dolor mientras brotaba una sangre viscosa y negra de las heridas que, aunque no eran mortales, le causarían dolor y la debilitarían.

Bjorn y Jamila ocuparon el lugar de Xerxes y Thane. Bjorn le abrió la boca al demonio; entonces, Jamila fue arrancándole los dientes a la criatura con un delgado escalpelo.

Cuando los ángeles terminaron su trabajo, el demonio estaba suplicando que tuvieran piedad. Una piedad que él nunca había tenido con sus víctimas. Los esbirros de Enfermedad contagiaban deliberadamente todo tipo de padecimientos a los humanos, y se alimentaban de su debilidad, de la desesperanza, del dolor y del miedo, mientras disfrutaban al máximo del sufrimiento de los demás.

Zacharel se colocó ante la criatura.

—Te lo advertí —le dijo.

—No he mentido, solo he dicho la verdad —respondió el demonio, arrastrando las palabras.

—Has jugado con la verdad. Conmigo.

Entonces, la criatura dejó de forcejear y sonrió entre la sangre negra que manaba de su boca.

—¿Y no te gusta que jueguen contigo, ángel? Lo dudo. Apestas a fémina humana. ¿Has jugado con ella?

Zacharel le hizo un gesto a Thane.

El guerrero volvió a clavarle la daga en el vientre a la criatura, y la dejó allí.

Se oyó un gruñido, y por la boca del demonio brotó un chorro de sangre. Entre jadeos de dolor, dijo:

—Está bien, está bien. No te gusta jugar. Tal vez yo pueda conseguir que cambies de opinión. Dame cinco minutos, y le haré cosas a tu cuerpo… Cosas con las que soñarás durante años.

Mientras la criatura hablaba, él alzó la ampolla y dejó caer una gota de agua sobre su dedo.

—Ah, creo que vas a tener preocupaciones más importantes que esa en un minuto, porque ahora me toca a mí —le dijo.

Entonces, le metió el dedo por la boca para que la gota cayera por su garganta.

Los siguientes gritos fueron mucho peores que los anteriores. El agua atacó a la enfermedad perpetua que portaba la criatura, y extendió por su cuerpo la vitalidad y la salud. El demonio se golpeó contra Koldo con tanta fuerza que algunos de los huesos se le partieron.

Cuando, por fin, se quedó inmóvil, con los ojos llenos de lágrimas, y su olor pútrido desapareció, Zacharel dijo con calma:

—He decidido ser benevolente y darte una última oportunidad. ¿Por qué te has quedado fuera del hospital penitenciario esta noche?

Hubo una breve pausa. Entonces, el demonio respondió:

—Todavía no era mi turno… de entrar.

—¿Según quién?

Una pausa un poco más larga, antes de que la criatura dijera, débilmente:

—Burden.

Burden. Un demonio que, una vez, había sido el lugarteniente del señor de la Avaricia, y que estaba considerado como uno de los guerreros más sanguinarios del infierno. En aquel momento no tenía ningún señor que lo gobernara.

¿Era él quien había marcado a Annabelle?

—No lo sé.

Zacharel no detectó ninguna mentira.

—¿Cómo se puso Burden en contacto contigo?

—Enfermedad está demasiado ocupado con los humanos… Yo tenía que ponerme al mando de alguien. Burden era… el más poderoso…

—¿Qué órdenes os dio?

—Teníamos que… divertirnos con una fémina humana. La que te ha… dejado el olor… en la túnica.

—¿Por qué?

—No… pregunté. No… me importaba.

Era cierto.

—Te has ganado la muerte, esbirro. Es todo vuestro —les dijo a los soldados.

Thane sacó la daga del vientre de la criatura, y ella se desplomó. Un segundo más tarde aparecieron cinco espadas de fuego y cercenaron la cabeza y los miembros del demonio. A los demonios les gustaba el fuego, sí, y podían soportar las llamas. Sin embargo, el fuego del infierno era el fuego de la condenación, y el fuego de las espadas de los guerreros era el fuego de la justicia. Eso, los demonios no podían soportarlo.

Los guerreros mantuvieron la punta de la espada junto a cada una de las partes del demonio, hasta que la carne y los huesos se quemaron y quedaron reducidos a cenizas. Una repentina brisa se encargó de llevarse los restos.

Zacharel tenía las respuestas que quería; solo tenía que averiguar lo que podía hacer con ellas.

Capítulo 5

En realidad, Annabelle no estaba disfrutando del cambio de aires.

Bueno, al principio sí había disfrutado.

Después de haber devorado sus comidas favoritas, con el estómago a punto de estallar, había tomado una ducha; después se había sentido más limpia que nunca durante los cuatro últimos años. Ojalá pudiera decir que se sentía más limpia que nunca, pero no era así. Por debajo de su piel, en su sangre, había una capa de suciedad que no había podido limpiar.

Bah. No iba a lloriquear en aquel momento. Se puso la camiseta y los pantalones de tela suave que había pedido y se quedó inmóvil. Estaba tan cansada que también le había pedido una cama a la nube; ¡a una nube! Entonces, había aparecido en la habitación una enorme cama, vestida con sábanas de seda, y Annabelle se había tumbado en ella con agradecimiento. Sin embargo, no había conseguido dormir. Tenía miedo de quedar en una situación demasiado vulnerable, de las pesadillas que iban a obsesionarla y… de pensar demasiado en Zacharel.

¿Adónde había ido él? ¿Con quién estaba? ¿Qué estaba haciendo?

¿Y por qué tenía que importarle a ella?

Aquella mañana había empezado a sentir pequeños dolores y tensiones en el cuerpo, que le habían hecho olvidar toda su curiosidad. Un poco más tarde había empezado a estremecerse y a sudar debido al síndrome de abstinencia. Después de tantos años de

que le hubieran administrado continuamente una medicación fuerte, había prescindido de ella repentinamente y, quizá, aquello no hubiera sido lo más inteligente. Podía haberle pedido un sedante a la nube, pero se resistió con todas sus fuerzas. Nunca se haría a sí misma lo que le habían hecho los médicos.

El segundo día había empezado a vomitar hasta que no le quedó nada en el estómago. Nada, salvo pedazos de cristal y clavos oxidados. Y, también, un búfalo en continua estampida.

El tercer día había vuelto a temblar y a sudar, y se había quedado tan débil que ni siquiera podía levantar la cabeza.

Al final, pese a su resistencia, se había quedado dormida y se había deslizado hacia el reino de los sueños. En él, sus padres la estaban esperando para abrazarla, para besarla y para decirle lo mucho que la querían. Su hermano mayor, Brax, le había acariciado el pelo con los nudillos. Oh, cuánto lo había echado de menos. Desde que la habían encarcelado, él había dejado bien claro el rechazo que sentía por ella.

Antes, él amenazaba a todos los chicos que querían salir con ella. Le sonreía todas las mañanas y le hacía el desayuno, porque a esas horas, sus padres ya habían salido para el trabajo. De camino al colegio, le decía que tenía que estudiar más y sacar muy buenas notas para poder acceder a una buena universidad y tener el mejor futuro posible.

¿Y qué era lo mejor para una persona como ella? Pese a la euforia que había experimentado al salir de la cárcel, pese a su anhelo de vivir por sí misma y de ser feliz, la verdad era inevitable. El único futuro que tenía era huir de las autoridades.

El sueño cambió. Sus padres y Brax se retiraron a lo más profundo de su mente. El primer plano lo ocuparon los demonios contra los que había luchado durante años. Vio el suelo lleno de sangre y se resbaló en los charcos. Pidió una ayuda que nunca iba a recibir.

Afortunadamente, aquel sueño también cambió. Se vio tendida junto a Zacharel, y él puso sus manos frías sobre ella y le apartó el

pelo de la cara mientras murmuraba algo sobre los fastidiosos humanos, y le dio a comer pedazos de fruta jugosos y dulces, y ella encontraba las fuerzas suficientes como para darle unas palmadas en la mano por ser tan picajoso respecto a todo aquello…

El cuarto día, todo cambió de nuevo. Su sueño se volvió plácido, calmado, y su mente quedó en blanco. Los dolores desaparecieron, e incluso los temblores y los sudores cesaron. Poco a poco, consiguió incorporarse y, cuando se cercioró de que no iba a marearse de nuevo, fue estirando poco a poco cada miembro del cuerpo.

Entonces, miró a su alrededor. Seguía en la nube, pero tenía una ropa distinta. Llevaba una túnica blanca, y estaba limpia de pies a cabeza, a pesar de todos los días que habían transcurrido. ¿Quién la había cambiado de ropa? ¿Quién la había bañado?

¿Zacharel?

Le ardieron las mejillas de rubor. Sí, Zacharel. Aquello no había sido un sueño, sino la realidad.

Qué… amable por su parte.

No parecía que Zacharel fuera de los que se preocuparan por el sufrimiento de los demás, y menos si eso afectaba a su propia comodidad. Sin embargo, se había arriesgado a recibir unos cuantos manotazos de una fémina en pleno delirio con tal de conseguir que comiera…

Pobre hombre. Seguramente se había arrepentido de liberarla.

Bajó los pies de la cama y, al levantarse, se tambaleó. Sin embargo, era hora de encontrar a Zacharel, darle las gracias y pensar en cuál sería su próximo movimiento.

—Humana latosa —murmuró Zacharel mientras se paseaba de un lado a otro en el centro de su nube.

Nunca se había ocupado de una humana enferma. Tampoco de un ángel enfermo, en realidad. Y, para rematar, Annabelle había empeorado con sus cuidados.

¡Y lo había abofeteado varias veces! Ni siquiera su Deidad se atrevía a hacer tal cosa. Darle de latigazos, sí. Zacharel estaba recuperándose del último encuentro con el látigo. Pero ¿darle bofetadas? Nunca. Él se tomaba el tiempo y la molestia de cuidarla y ¿así se lo agradecía aquella fémina?

—Típico de los mortales —gruñó.

La ira que sentía hacia ella no tenía nada que ver con la preocupación, de eso estaba seguro. Se frotó el pecho con la palma de la mano y notó un sabor amargo en la boca.

No iba a decir una mentira, pero la tenía en mente.

Annabelle podía vivir o morir, y a él le daría igual. No iba a preocuparse por ella ni un minuto más. No estaba dispuesto a hacerlo.

Hizo un mohín de desagrado al notar que el sabor amargo se le intensificaba en la boca. ¡Ya era suficiente! Iba a hacer lo que habría hecho cualquier hombre en su situación: llamaría a otra fémina para que se hiciera cargo de la humana: Jamila. Sí, Jamila se ocuparía de la seguridad de Annabelle.

—Informa a Jamila de que requiero su presencia —le ordenó a su nube.

¿Cuánto tiempo tardaría en llegar hasta allí? Él sabía que no iba a tardar ni medio minuto en entregarle a Annabelle y echarlas a las dos a la calle. Estaba harto de pensar en Annabelle, harto de preguntarse si estaba sufriendo mucho y harto de acariciar la ampolla del río de la Vida que llevaba en el bolsillo. Le parecía absurdo pensar en darle a la humana la última gota que le quedaba.

—¿Más amenazas? —le preguntó Jamila en cuanto llegó.

Por fin. Él se giró y la miró de frente.

—Llegas tarde.

Ella tenía los ojos brillantes, pero no era por la ira. No. En su mirada había algo distinto…

—¿Cómo voy a llegar tarde? No me has dado un límite de tiempo —tenía las alas plegadas a la espalda y el pelo rizado y negro le caía

suavemente por los hombros y por los brazos—. Además, no me apetece que vuelvas a echarme una bronca.

—No tengo intención de hacerlo. Desobedeciste la noche de la batalla y yo te impuse un castigo. El asunto está zanjado.

—Entonces, ¿por qué me has llamado?

—Eres una fémina.

Ella sonrió.

—Qué detalle por tu parte, el haberte dado cuenta.

—Quiero que… necesito que…

Zacharel frunció los labios. Después de aquella vacilación, intentó hablar de nuevo, pero las palabras no le salieron de la boca.

Si ponía a Annabelle al cuidado de Jamila, no podría verla sin conseguir que Jamila lo invitara a su nube. Nunca sabría lo que le ocurría. Y Jamila era muy impulsiva; a menudo, se dejaba dominar por las emociones. ¿Y si Annabelle la sacaba de quicio? Annabelle tenía un poco de mal genio, y no siempre tenía cuidado con lo que decía. ¿Cómo iba a reaccionar Jamila ante un comentario descuidado de una humana? No muy bien, seguro.

«No puedo poner a Annabelle en sus manos».

Sintió un alivio extraño, pero tan fuerte que la tensión abandonó sus hombros y su corazón se aligeró. No, no. No podía ser alivio. Se sentía irritado por aquel giro de los acontecimientos. Estaba exactamente igual que al principio, en un punto en el que no quería estar.

Jamila lo estaba mirando con expectación.

—¿Qué necesitan las féminas? —preguntó, sin poder cambiar de opinión a pesar de todo. Annabelle se quedaba en su nube, y punto.

Jamila siguió mirándolo.

—¿Qué necesitan para qué?

—Para satisfacer sus necesidades.

Ella abrió mucho los ojos. Sus pupilas se dilataron y sus mejillas se tiñeron de un suave color rosa.

—No tenía ni idea de que habías empezado a sentir deseo, Zacharel. Deberías habérmelo dicho antes. Podría haberte explicado

que solo necesito tu cooperación.

Y, mientras él intentaba comprender el significado de sus palabras, ella se acercó a él, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

Vaya. El glacial Zacharel era capaz de sentir emociones. Deseo. Aunque eso no le convirtiera en alguien menos estúpido.

Annabelle quería saber dónde estaba, porque el ángel había hecho algo que le impedía salir de aquella habitación, así que le había exigido a la nube que le dijera dónde estaba. Y la nube había cumplido sus órdenes.

Ante ella había aparecido una pantalla parecida a la de una televisión y, en la pantalla, la imagen de una impresionante muchacha morena que estaba besando a Zacharel. Annabelle sintió una punzada de ira que no tenía nada que ver con los celos, sino con su situación. Ella estaba atrapada y, Zacharel, pasándolo bien.

En aquel momento vio a Zacharel apartarse de la chica bruscamente.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió el ángel.

La chica volvió a ceñirse contra él.

—Te estoy besando —dijo—. Vamos, bésame tú a mí.

—No —dijo él.

Con el ceño fruncido, la apartó y la sujetó para mantenerla alejada.

—¿Por qué me has besado?

La seguridad sensual de la muchacha desapareció.

—¿Porque tú me deseas igual que yo te he estado deseando durante todos estos meses?

—Yo no te deseo, Jamila.

Ay. Su tono de voz era totalmente sincero, y la respuesta fue tan brutal que incluso Annabelle se estremeció.

—Pero tú has dicho que… —dijo Jamila, titubeando—. Yo creía que…

«Oh, cariño. Aléjate de él antes de que te pisotee más el orgullo», pensó Annabelle. La solidaridad con aquella muchacha superó, en aquel momento, la furia que sentía contra Zacharel.

—Yo no he dicho nada que pudiera hacerte pensar que te deseo —respondió él, con la misma frialdad de siempre—. Tú eres la que has sacado esa conclusión. Así pues, te lo repito claramente: no te deseo. Nunca te he deseado, y nunca te desearé.

Aquel hombre no tenía sentimientos.

La muchacha sollozó, se dio la vuelta y extendió las alas. No tenían tantas hebras doradas como las de Zacharel, pero de todos modos eran preciosas. Ella salió volando de la nube.

Entonces, él se dio la vuelta y se puso frente a la pantalla, y Annabelle se dio cuenta de que se dirigía hacia ella. Como no quería que Zacharel supiera que le había estado espiando, movió las manos para que la pantalla de televisión desapareciera. Al segundo, solo quedó la pared de nube de la habitación.

Y, un segundo después, Zacharel atravesó aquella pared como si acabara de salir de un sueño. Le caía el pelo negro, espeso y suave por la frente, una frente perfecta. Él la observó con intensidad. Aunque sus rasgos eran los de un joven, en sus ojos verdes había toda la sabiduría de un anciano. Vestía una túnica larga y blanca.

Al entrar en aquella habitación, llevó un frío ártico consigo. Annabelle se abrazó a sí misma.

Él la miró y, en su expresión, se reflejó algo que ella no supo descifrar.

—Estás bien —dijo.

—Y tú eres un idiota. Me has dejado aquí confinada, ¡aunque te dije que prefería la muerte!

Él no se dejó intimidar.

—Esa no es forma de hablarme, Annabelle. Estoy de mal humor.

—Vaya, vaya, el poderoso Zacharel siente algo por fin —replicó ella—. ¡Es como un milagro navideño!

—No estamos en Navidad, y te sugiero que utilices un tono más amable. De lo contrario, tal vez te tome la palabra y te mate. ¿Qué

te parece?

Ella jadeó. Comenzó a caminar hacia atrás hasta que topó con el borde de la cama y se sentó en el colchón.

—No te atreverías, después de haberte tomado tantas molestias por mí.

El odio que sentía por sí mismo le oscureció la mirada.

—Maté a mi propio hermano, Annabelle. No hay nadie a quien no pueda matar.

Un momento, ¿él había hecho algo así?

—No es verdad —dijo ella. Tenía que estar mintiendo.

—Yo no miento. No hay necesidad. La gente miente porque teme aceptar las consecuencias que puede traerle admitir la verdad. Yo no me preocupe por nada. La gente miente porque desea impresionar a los demás. Yo no quiero impresionar a nadie. Deberías recordar todo esto.

—¿Por qué mataste a tu hermano?

—Eso no es de tu incumbencia.

Annabelle insistió.

—¿Por qué mataste a tu hermano?

Silencio.

—¿Fue un accidente?

—¡Annabelle!

En aquella ocasión, su tono de voz fue suficiente advertencia como para que ella decidiera cambiar de tema. Sin embargo, Annabelle se había dado cuenta de que, fuera lo fuera lo que hubiera hecho Zacharel, le causaba un gran sufrimiento.

—¿Por qué me has permitido quedarme en tu nube —preguntó —, cuando está claro que te asusto? Y no me lo niegues; si no te asustara, no me habrías dejado encerrada.

Después de un segundo de silencio, la ira del ángel se desvaneció.

—Creo que quieres engatusarme con esa pregunta. Quieres que yo me avergüence, te pida disculpas y te prometa que no voy a volver a hacerlo.

—No.

Bueno, tal vez un poco.

—¿Deseabas salir de mi nube?

—Deseaba salir de la habitación.

—Y no lo conseguiste.

—Tu nube me lo impidió.

Él puso los ojos en blanco, con resignación.

—¿Por qué querías salir?

En vez de mentir, o abofetearlo de nuevo, que era lo que se merecía Zacharel, decidió responderle con sus mismas palabras.

—Eso no es de tu incumbencia.

Annabelle se dio cuenta de que él estaba a punto de sonreír.

—¿Querías verme? ¿Hablar conmigo?

Ella se ruborizó.

—Tampoco voy a responder a esas preguntas.

—Chica lista. Te has dado cuenta de que es mejor negarte a responder que mentir. Sin embargo, con tu falta de respuestas me has dicho lo que quería saber. Sí, querías verme y hablar conmigo. ¿Sobre qué?

Qué ángel tan exasperante.

—Mira, o me prometes que no vas a volver a encerrarme, o me escaparé en cuanto pueda.

—Está bien. No volveré a encerrarte en esta habitación.

Se lo prometió con tanta facilidad que ella se quedó asombrada.

—Está bien —dijo al cabo de unos instantes—. Muy bien.

—¿Te vas a quedar?

—Sí —dijo Annabelle. Por lo menos un poco más, porque no estaba segura de adónde podía ir, ni de cómo podía volver a la tierra —. Pero ya está bien de hablar de mí —dijo, para evitar que él tuviera la oportunidad de cambiar de opinión—. ¿Tenías que ser tan malo con esa mujer? —preguntó. Al hacerlo, le reveló que había estado espiándolo.

Él entrecerró los ojos.

—Me has espiado —dijo él.

Su tono de voz era calmado, pero se le formó una nube de vapor delante de la cara.

—Pues sí —dijo Annabelle, aunque sabía que no debía provocarlo más. De repente, su olor la envolvió y… a ella empezaron a temblarle las rodillas. ¿Cómo era posible que no hubiera notado su atractivo hasta aquel momento?

Él arqueó una ceja.

—¿Por qué dices que he sido malo con ella? Solo le he dicho la verdad.

—Le has dicho la verdad, pero lo has hecho sin preocuparte por no herir sus sentimientos —replicó Annabelle.

—Sí, y ella me besó sin estar segura de cuáles eran los míos.

Bien, aquello era cierto, y lo cambiaba todo. A Annabelle la habían besado a la fuerza, y lo detestaba. Ella también se había enfurecido con el culpable. La reacción de Zacharel, por lo tanto, era comprensible.

—En realidad —prosiguió él—, si fui malo con ella, y no estoy admitiendo que lo haya sido, fue para ahorrarle sufrimiento en el futuro. Ahora sabe sin ningún género de duda lo que pienso al respecto, y no volverá a cometer el mismo error. Además, es posible que la verdad pueda hacer daño, pero cuando se usa adecuadamente, no es deliberadamente cruel.

¿Qué clase de mujer aceptaría vivir con aquel hombre?, se preguntó Annabelle. Una muy valiente. ¿Y por qué estaba ella pensando en eso? El estúpido olor de aquel ángel debía de haberle aceptado al cerebro.

—¿Estás casado?

—No.

—¿Y sales con alguien?

—No.

—¿Y quieres salir con alguien?

—No. Ya está bien de preguntas.

—¿Has salido alguna vez con alguien?

Él apretó los dientes.

—Nunca he salido con nadie, ni jamás he querido salir con nadie.

Ella abrió mucho los ojos.

—Entonces, eso significa que…

—Que el beso que me ha dado Jamila ha sido mi primer beso, sí.

No, no era posible. No era posible que aquel hombre tan guapo acabara de recibir su primer beso. Pese a lo distante y altivo que era, alguien tenía que haber intentado seducirlo antes.

—¿Te gustó?

—Claramente, no —respondió él. La rodeó y se acercó a la cama; pasó un dedo por las sábanas de seda y, como si no tuviera importancia, le preguntó—: ¿Y a ti? ¿Te han besado alguna vez?

Ella suspiró al recordar. Lo bueno, lo malo y lo horrible. Antes de entrar en el hospital penitenciario, se había besado con un chico a quien ella había elegido. Algunos besos habían sido dulces y otros, apasionados. Sin embargo, todos habían sido deseados. Después de entrar en el hospital… Annabelle se estremeció de repugnancia.

—Sí —dijo. ¿Pensaría Zacharel mal de ella?

—¿Y te gustó?

No hubo un tono de desaprobación en su voz, y Annabelle respondió.

—Depende de qué beso estemos hablando.

Él soltó la tela y se giró hacia ella. Apoyó la palma de la mano en uno de los postes de la cama.

—¿Te ha besado más de una persona?

Seguía sin juzgarla, pero en su tono de voz había algo… cálido. De hecho, era tan cálido que la nieve dejó de caer de sus alas. Era como si, de repente, el frío hubiera desaparecido.

Vaya, caramba. Annabelle volvió a cambiar de opinión. Zacharel no era tan frío. Pura furia mezclada con una sensualidad que irradiaba de sus ojos y de sus labios carnosos y brillantes, y del pulso de su cuello, y de la manera en que apretaba los puños.

—Sí —dijo ella—. Pero solo hay unos que cuentan. Antes de que me encarcelaran tenía un novio. Estuvimos juntos un año, e hicimos cosas. Esos besos sí me gustaron. Después del asesinato de mis

padres, rompió conmigo y nunca más vino a visitarme —explicó, y se encogió de hombros, como si no le importara.

Lo cierto era que sí le había importado. Aquellos días necesitaba a alguien que creyera en ella, que la apoyara y la comprendiera. El abandono de Heath le había dolido más que el de su hermano, y se había quedado vacía y hundida. Ella confiaba en él, y él se había alejado de su lado con mucha facilidad.

—¿Quién más?

—Unas cuantas veces, mientras estaba en la cárcel, algún paciente o algún médico —contestó, y volvió a encogerse de hombros, pero con rigidez.

—¿Y por qué te parecieron tan agradables los besos con tu novio?

—Nos queríamos. Bueno, yo lo quería. Resultó que él solo me estaba usando. Me pregunto si es una cosa de los adolescentes, o algo que formaba parte de la personalidad de Heath —respondió Annabelle. Después se mordió un labio, pensando en la total abstinencia de Zacharel—. ¿Cuántos años tienes, de todas formas?

—Más de los que puedas imaginarte.

—¿Cien? ¿Doscientos?

Él negó con la cabeza.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Quinientos? ¿Mil?

Él volvió a negar con la cabeza, y ella dijo:

—No es posible. No puedes tener más de mil años.

Él arqueó una ceja.

—Los tienes. Realmente, los tienes.

—Tengo miles de años de edad.

—¿Y de verdad nunca has besado a nadie?

Él se acercó a ella, invadiendo su espacio personal, y dijo suavemente:

—Esta duda que expresas sobre mi confesión es tan ofensiva como desconcertante. Yo nunca, en todos mis siglos de vida, he dicho una mentira.

«No pienso retroceder. No voy a mostrar debilidad», se dijo ella.

—Lo siento, es que… llevas tanto tiempo vivo que has tenido que ver a los humanos hacer de todo —dijo Annabelle, e hizo una pausa. Cuando él asintió para confirmárselo, ella añadió—: Estoy sorprendida.

Él tomó un mechón de su melena entre los dedos y lo frotó. El contraste entre el negro azulado de su pelo y la dulzura de la piel bronceada de Zacharel era magnífico, casi mágico.

Si no tenía cuidado, iba a ser ella quien se lanzara por él. Y, entonces, recibiría su rechazo y se sentiría muy avergonzada, como la otra chica.

Ella no estaba interesada en ninguna relación sentimental en aquellos momentos. Después de todo lo que le había ocurrido, ni siquiera sabía cómo iba a reaccionar a las insinuaciones de un hombre.

Aunque no habían llegado a violarla, le habían hecho muchas otras cosas. Tocamientos indebidos y lametazos. Su completa indefensión la había disgustado y la había asqueado. Y el hecho de que Fitzpervert le hubiera sacado fotografías…

¿Se las habría enseñado a alguien? ¿Se reiría algunas veces del daño que le había causado? Annabelle tuvo ganas de vomitar.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Zacharel.

Ella volvió a la nube y se concentró en el ángel que estaba frente a ella. Él había soltado el mechón de su pelo y había retrocedido un poco. La nieve caía de sus alas otra vez, y el aire se había vuelto helado, tanto, que ella tenía la piel de gallina.

—No me pasa nada —murmuró Annabelle.

Él chasqueó la lengua, como si hubiera probado algo desagradable.

—Mientes.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Yo te digo la verdad, pero tú me mientes. Eso es intolerable, Annabelle, y no voy a permitirlo.

¿Y cómo pensaba evitarlo?

—Digamos que, si me ocurre algo, no es asunto tuyo —replicó ella. En realidad, en aquel momento solo había una cosa importante: conseguir respuestas—. Hace unos días me dijiste que a mí me había marcado un demonio.

Él aceptó el cambio de tema.

—Sí.

—¿Y lo hizo para apropiarse de mí, como si yo fuera su posesión?

Recordó que se había despertado con los ojos ardiendo, y recordó a la criatura que había en el garaje, matando a sus padres a zarpazos. Recordó cómo la había besado; el beso más repugnante de su vida.

—Sí. Seguramente, te vio, te deseó y decidió quedarse contigo, aunque no pudiera llevarte con él. ¿Te dijo algo?

—Solo cosas de película de serie B. Ya sabes: «Me encantan los problemas. Esto va a ser divertido».

—¿No te pidió que fueras de su propiedad, y tú no le dijiste que sí?

—No. Pero va a volver a buscarme, ¿no?

Ella siempre se lo había temido, siempre se lo había preguntado. Y, según Zacharel, el miedo atraía mucho a los demonios.

—Sí —dijo él.

Ya no iba a temerlo más. Iba a prepararse.

—Bueno, pues pienso matarlo cuando me encuentre. Así que, tengo otra pregunta para ti: ¿Me darías una de esas espadas de fuego?

Zacharel miró a la mujer humana. Aquella fémina le había hecho sentir más cosas en cinco minutos que el resto de los seres vivientes en toda una eternidad, desde la muerte de su hermano. No entendía nada de aquello, ni la entendía a ella, ni entendía lo que estaba sucediendo.

Aquellos ojos azules y sobrenaturales estaban llenos de secretos. Él quería hundirse en sus profundidades y desvelarlos, descubrir

todo lo que ella intentaba ocultar. Y quería… acariciarla. ¿Sería su piel tan suave como parecía? Él la había tocado, pero su ropa le había impedido conocer la textura de su piel. ¿Podría su calor atravesar todas las capas de frío que lo envolvían y lo consumían?

Quería besarla y descubrir si su sabor era tan suculento como su olor. Quería saber si su beso era distinto al de Jamila. Quería saber si ella iba a disfrutar tanto de sus besos como de los de aquel antiguo novio. Y detestaba que otros la hubieran tocado y la hubieran besado sin permiso; ese pensamiento le producía un deseo implacable de matar a todos los culpables.

Nunca antes se había preguntado aquellas cosas. Él, que había visto a los humanos llevar a cabo todos los actos sexuales imaginables, nunca había contemplado a una fémina de un modo erótico. Nadie le había importado tanto como para sentir celos.

Hasta aquel momento. Hasta Annabelle. La chica era valiente cuando debería acobardarse, vulnerable cuando debería ser fuerte, bondadosa cuando debería ser fría. Exactamente igual que Hadrenial.

Sin embargo, otros también habían sido valientes, vulnerables y bondadosos, y él nunca había tenido aquella reacción hacia ellos. Y el hecho de que ella le recordara a su hermano debería apagar todas las llamas de la pasión.

Pero esas llamas no se apagaban.

Además de todo, aquella muchacha tenía un físico que le atraía: pelo negro, ojos cristalinos y labios rosados y suaves. Oh, y una piel bronceada y brillante.

Zacharel cada vez se sentía más atraído por ella, pero no tenía armas para combatir aquella atracción. No tenía experiencia, nunca se había enfrentado a nada como aquello. Sin embargo, tenía que encontrar la manera de resistirse. Sabía que, una vez que un hombre se sentaba a la mesa de la tentación, ya no podía parar, y se entregaría a la gula una y otra vez.

Sin embargo… Annabelle no era una tentación de las que tenía que resistir para poder permanecer en el cielo, ¿no? Y ¿estaría tan

mal disfrutar con ella, averiguar lo que se sentía abrazando su cuerpo? Aquella fémina no era una fruta prohibida.

Apretó los dientes. Sin darse cuenta, había dado un paso hacia ella.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Annabelle, desconfiadamente—. Creo que no estás pensando en el arma que te he pedido.

Él se sonrojó de vergüenza y se dio la vuelta. No podía mentir, pero tampoco podía decirle la verdad. Por lo tanto, era mejor ignorarla.

—¿Zacharel?

Incluso su voz lo atraía. Era suave, lírica, firme, pero seductora. Él ya se había dado cuenta, pero en aquel momento… Sí, en aquel momento todo había cambiado.

—La espada —dijo—. Has dicho que quieres una espada de fuego, pero ¿crees que podrías acabar con una vida?

—Sí —dijo ella—. Ya lo he hecho. He acabado con la vida de un demonio, no con vidas humanas, que quede claro.

Era sorprendente que hubiera encontrado fuerzas suficientes para vencer a un enemigo a quien la mayoría de sus congéneres no podía ver, y cuya existencia negaba a menudo.

—De todos modos, no voy a darte una espada de fuego. No puedo hacerlo porque solo mi raza puede llevarlas.

—Oh —dijo ella decepcionada.

—Pero hay otros modos —dijo él.

Inmediatamente, Annabelle se animó.

—¿Me vas a enseñar?

Zacharel no tenía tiempo. Tenía que adiestrar a un ejército y tenía que librar batallas. Y no le gustaba pensar en que ella luchara contra miembros de una raza tan depravada. Sin embargo, quien la hubiera marcado querría recuperarla, sobre todo cuando supiera que la tenía él. Los demonios vivían para quedar por encima de los otros demonios, pero, sobre todo, para quedar por encima de los ángeles.

Y aquel demonio no dudaría en hacerle daño a Annabelle, de las peores formas posibles, con tal de conseguirlo.

Zacharel no entendía cómo podía haber sobrevivido durante tanto tiempo.

—Sí —le dijo—. Te voy a enseñar a matar demonios.

Capítulo 6

Thane llegó a la nube de Zacharel con un *dossier* sobre la vida, corta y triste, de Annabelle Miller. El nuevo líder del Ejército de la Desgracia, Zacharel, lo tomó con su falta de cortesía habitual, sin darle las gracias, limitándose a asentir secamente.

A Thane iba gustándole más y más la franqueza de aquel guerrero. Le caía bien Zacharel, algo que le causaba horror. Hacía más de cien años que él no formaba parte de un ejército, y nunca se habría unido a ninguno si su Deidad no le hubiera ordenado seguir a Zacharel.

Al principio, él se había enfurecido. ¿Cómo se atrevía alguien a decirle cómo debía pasar su tiempo? Si quería vaguear en la cama, seducir a todas las féminas que le llamaran la atención y luchar contra todos los demonios que se encontrara, lo haría. Sin embargo, lo que él decidiera, lo decidirían también sus chicos. Bjorn, Xerxes y él estaban juntos en aquello, fuera lo que fuera, y él no podía permitir que se rebelaran porque no podía permitir que sufrieran las consecuencias. Thane podría soportar cualquier cosa, salvo eso.

Habían pasado tres meses desde que había tomado aquella decisión, y se alegraba de no haberse rebelado. Bueno, al principio sí se había rebelado contra Zacharel con insultos de vez en cuando, pero se había unido al ejército. Se había dado cuenta de que no le beneficiaba vivir la vida en el caos, sin una estructura y sin un líder, y de que necesitaba un orden en alguna parte.

Thane fue volando hasta La Ruina, una casa de placeres que estaba en la sección del cielo de la Deidad. A lo largo de los siglos, cada vez habían sido más los ángeles de la Deidad que caían en las tentaciones carnales. Necesitaban algún lugar donde explayarse sin ser juzgados, y Thane se lo había proporcionado.

La Ruina le pertenecía. Bjorn, Xerxes y él vivían allí, junto a sus amantes inmortales. Amantes que nunca duraban demasiado, porque a los guerreros les gustaban las novedades.

Pese a que eran proclives a ello, ninguno de los tres había sufrido todavía el exilio definitivo del cielo, aunque Thane sabía que estaban muy cerca.

Los ángeles de la facción de la Deidad perdían la gracia porque dejaban entrar al mal en su corazón, porque engañaban, robaban y mentían habitualmente, o porque cometían un asesinato a sangre fría. También, porque sucumbían al odio, a la envidia, al miedo o al orgullo, o porque se negaban a renunciar a algún tipo de depravación.

No podían ayudar a un demonio ni vengarse de ningún otro ángel que les hubiera ofendido. Debían llevar sus rivalidades ante el Alto Consejo Celestial.

Desde que Thane había conseguido escapar de la prisión de los demonios, hacía cientos de años, sus chicos y él habían hecho de todo, salvo ayudar a un demonio. No sabía por qué les habían concedido aquella oportunidad.

Si no conseguían corregir su comportamiento, sus pecados terminarían por condenarlos. Él lo sabía. Sin embargo, no conseguía cambiar. Era aquello en lo que le habían transformado los demonios.

Aterrizó en la azotea de su edificio, bajo las estrellas brillantes. Había elegido un edificio de ladrillos en vez de una nube porque había sospechado que muchos clientes habrían aprovechado la oportunidad y le habrían ordenado a la nube que les proporcionara todo tipo de cosas ilegales. Además, las nubes eran caras. Aunque podía permitirse comprar una, y podría vivir separado del club, se

conocía lo suficientemente bien como para saber que él también se habría aprovechado de la situación.

En la azotea había dos puertas: una llevaba al club y la otra a su vivienda particular. Saludó a los dos ángeles que estaban haciendo guardia y entró en el pasillo de su casa. En el salón esperaban Xerxes y Bjorn, ambos sentados en butacas de terciopelo, tomando una copa.

Thane se acercó al mueble bar y se sirvió un vaso de absenta. Después se apoyó en el mostrador de mármol y observó la habitación. Por todas partes había tesoros que le habían regalado reyes, reinas, inmortales e incluso humanos. Mesas talladas y brillantes, sofás y butacas tapizadas con tejidos lujosos, alfombras, lámparas de araña hechas de gemas en vez de cristal…

—¿Ha empezado a acostarse Zacharel con la humana? —preguntó Bjorn.

Era uno de los ángeles más bellos de la creación. Tenía la piel dorada, los ojos morados, azules y verdes, como la amatista, el zafiro y la esmeralda.

Sin embargo, Thane recordaba un tiempo en el que aquel guerrero no era tan guapo. Sus captores habían encadenado a Thane contra el suelo mugroso y habían colocado a Bjorn encima de él. Durante los días siguientes, los demonios habían despellejado poco a poco el cuerpo de Bjorn, con cuidado de no dañar la carne. La sangre de su amigo había llovido continuamente sobre Thane, empapándolo.

Oh, cuánto había gritado el guerrero… al principio. Al final de la tortura, sus pulmones se habían deshinchado y la garganta se le había quedado en carne viva. Los demonios se habían turnado para ponerse la piel de Bjorn como si fuera un abrigo, mientras llevaban a cabo todo tipo de actos lujuriosos.

Xerxes estaba encadenado a la pared más lejana, con el estómago apretado contra la piedra, los brazos atados por encima de la cabeza y las piernas separadas. Le habían obligado a oír todo lo que les hacían a sus amigos, pero no podía verlo. Y tal vez aquello

fuera peor. Él nunca sabía lo que ocurría a su alrededor mientras lo azotaban y… le hacían otras cosas.

El espanto del tiempo que habían pasado en aquella mazmorra le habían dejado totalmente blancos el pelo caoba y la piel dorada. Los vasos capilares de los ojos le habían estallado, y los iris se le habían vuelto rojos.

Ninguno de los tres hablaba nunca de aquellas torturas, pero Thane sabía cómo estaban sus amigos. Después de cada pelea, Bjorn perdía el control. Después de cada acto sexual, Xerxes vomitaba. Sin embargo, ninguno dejaba de pelearse ni de mantener relaciones sexuales.

Thane había aprendido a aceptar aquella faceta de sí mismo.

—Hay alguien que está absorto en sus pensamientos —dijo Bjorn.

Le habían hecho una pregunta, ¿no? Sobre Zacharel, recordó.

—¿Tú qué crees? —respondió, por fin—. Zacharel estaba en su despacho, escribiendo un informe, seguramente sobre nosotros.

—¿Crees que se va a deshelar alguna vez? —preguntó Bjorn.

Thane se estremeció.

—Esperemos que no.

Xerxes se frotó las cicatrices del cuello. Todos pensaban que su inmortalidad le había fallado y que había terminado por parecer un rompecabezas de sí mismo, pero lo cierto era que su cuerpo siempre estaba en proceso de curación de las heridas que él mismo se infligía.

—He matado dieciséis demonios en el hospital penitenciario —dijo. Aquel era uno de sus temas de conversación favoritos.

—Yo, veintitrés —respondió Bjorn.

Thane hizo la cuenta mentalmente.

—Yo, diecinueve.

Bjorn sonrió.

—Yo gano.

Xerxes le dio una palmada en el brazo.

—Tienes mal perder —dijo Thane, chasqueando la lengua—. Y ahora, además, eres niñera. ¿Dónde está ese ángel caído al que tienes que cuidar?

Vio un reflejo de pánico en aquellos ojos púrpura; un reflejo que su amigo enmascaró enseguida.

—Está encadenado en mi habitación.

A Thane, el pánico de su amigo estuvo a punto de partirle el corazón, porque sabía que Xerxes nunca encadenaría a nadie voluntariamente, salvo a un demonio.

—¿Qué vas a hacer con él?

—No lo sé… Supongo que comprar una nube y dejarlo allí encerrado.

—No te lo recomiendo. Si crees que es capaz de cuidar de sí mismo, nunca irás a comprobar cómo está.

Thane sabía que su sentimiento de culpabilidad no se lo permitiría.

—¿Y qué problema hay en eso?

—Los caídos son prácticamente mortales. Podría decidir dejarse morir de hambre, por ejemplo.

«Y tú te culparías a ti mismo».

Xerxes asintió.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo.

—Bueno, por ahora voy a dejarlo allí, e iré a verlo una vez al día. Si es necesario, le obligaré a comer.

—Y, de paso, habla con él —le sugirió Bjorn—. Averigua por qué cayó.

Sus dos chicos sabían que era cuestión de tiempo que ellos también perdieran sus alas y su inmortalidad. Intentarían retrasar lo inevitable todo el tiempo posible, y de ahí que estuvieran cooperando, pero, como él, nunca podrían desviarse del camino en el que estaban.

Los demonios se habían asegurado de ello.

Thane apuró el resto de su bebida y se tomó otra. El potente alcohol le quemó el esófago, pero al llegar a su estómago ya se había convertido en un calor dulce y sedante. Y, sin embargo, aquella placentera sensación no consiguió mitigar la tensión que sentía.

—¿Nos has encontrado chicas para esta noche?

—Sí —dijo Bjorn—. Nos están esperando.

—¿Qué es la mía? ¿Vampiro? ¿Cambiadora de formas? —preguntó. Aunque, en realidad, no le importaba. Una fémina era una fémina.

—Es un fénix.

Bueno, tal vez sí le importara. La excitación se unió a la tensión que siempre vibraba dentro de él. Había muchas razas inmortales: las arpías, las hadas, los duendes, las gorgonas, las sirenas, los cambiadores de forma y los dioses y diosas griegos y titanes, y muchos otros. Los fénix eran los segundos más peligrosos.

Los primeros eran los cambiadores de forma reptiles.

Sin embargo, los fénix eran crueles y estaban sedientos de sangre, y obtenían la satisfacción destruyendo. Vivían y prosperaban en el fuego, y podían obligar a los muertos a levantarse de sus tumbas y a ser sus sirvientes durante el resto de la eternidad.

Thane dejó su vaso vacío en el bar.

—No quiero hacerla esperar más.

Bjorn y Xerxes se pusieron en pie. Los tres salieron de la habitación y se separaron; cada uno se dirigió a una habitación distinta. Al abrir las puertas dobles de la suya, Thane se sorprendió, porque las manos no le temblaban apenas.

Cerró su puerta y oyó que sus amigos cerraban las suyas.

La fémina estaba reclinada sobre la cama, con un montón de almohadones a la espalda. Estaba desnuda; su pelo era dorado y escarlata, como las llamas. La melena le caía por un hombro. Incluso a aquella distancia, él sentía su calor. La fémina llevaba unas finas cadenas, forjadas por un herrero inmortal, en las muñecas y los

tobillos, cosa que la convertía en esclava de su captor, puesto que aquel metal la obligaba a obedecer órdenes.

Bjorn debía de haberla comprado en el mercado del sexo.

—¿Quieres esto? —le preguntó Thane—. ¿Me deseas? Di la verdad.

Ella se relamió.

—Oh, sí.

—¿No te sientes forzada? —inquirió él. Solo había una línea que no estaba dispuesto a cruzar en el dormitorio, y era forzar a otra persona—. Pase lo que pase entre nosotros, tú tendrás la libertad de abandonar esta habitación.

—No, no me siento forzada. Me han dicho que me van a pagar.

Ah, así que deseaba el dinero, no a él. A Thane le parecía perfecto, porque ya había pasado por aquello.

—En efecto.

—Entonces, ¿por qué me iba a marchar? Si me quedo, me espera la riqueza.

—Buena pregunta.

Ella sonrió, y él advirtió que tenía los colmillos afilados, como los de un vampiro. Su cuerpo era un estudio de belleza y sensualidad. Aunque no podía verle la espalda, sabía que la tenía completamente tatuada con la marca de su tribu.

—¿Te han dicho lo que se requiere de ti? —le preguntó.

—Sí, lo que significa que con esta conversación solo estamos perdiendo mi tiempo y tu dinero.

—Y eso no puede ser —dijo él.

Con un solo tirón, se despojó de la túnica y la dejó caer al suelo. Ya desnudo, subió a la cama; el colchón se hundió bajo el peso de sus músculos. Un instante después, la fémina estaba sobre él. Durante un largo rato, Thane no percibió nada más que la quemazón de sus uñas y los arañazos de sus dientes. Después, por los poros de la piel de la mujer comenzaron a salir pequeñas llamas de fuego, que le hicieron pequeñas ampollas en la piel, lo justo para que él gruñera de exquisito placer. Adoraba aquello tanto como lo odiaba.

Ella llevó a cabo todos los actos terribles que él le pidió, sin vacilación alguna, y él sopesó la idea de quedársela más tiempo del que se había quedado con ninguna otra. Normalmente, deseaba cambiar de fémina después de dos o tres sesiones, porque no quería ver la repulsión que se reflejaba en sus ojos, en unos ojos que deberían estar llenos de deseo. Porque, después de un tiempo, las féminas siempre sentían repulsión; pensaban en lo que habían hecho, en lo que él había hecho, y siempre lo lamentaban. Pero aquella fémina se reía con verdadero placer, y él estaba seguro de que siempre iba a reírse. Su avaricia por el dinero lo garantizaba.

Cuando terminó, Thane se quedó inmóvil, intentando recuperar la respiración, disfrutando de la sensación de calor que le surgía de dentro hacia fuera.

A través de la pared de su izquierda, que era muy delgada para que sus chicos y él pudieran oírse si necesitaban ayuda, percibió el desgarrador sonido de las náuseas de Xerxes, que estaba vomitando en el servicio, como siempre hacía después de mantener relaciones sexuales.

Él quería algo mejor para su amigo, pero no sabía cómo ayudarlo.

Se vistió y dejó a la fémina exhausta en la cama. Bjorn ya estaba en el salón, solo, con la mirada perdida y un vaso de vodka en la mano.

Thane se dejó caer en una silla. Bjorn no alzó la vista, estaba absorto en sus pensamientos, en la oscuridad que lo envolvía.

Xerxes salió de su habitación, pálido y tembloroso, y evitó la mirada de Thane. Él también se dejó caer en una silla.

Thane quería a aquellos hombres. Estaría dispuesto a morir por ellos, pero no a verlos morir. Así no. Con aquella tristeza, no.

Habían salido juntos de aquella mazmorra y, de algún modo, iba a conseguir sacarlos de aquel infierno que ellos mismos se habían impuesto.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Zacharel se sentó al borde de su cama y tomó la urna de su hermano. Era un recipiente transparente en forma de reloj de arena, y contenía un líquido viscoso y también transparente, con un ligero matiz de tornasol.

Aquella urna era el mayor tesoro de Zacharel. Su único tesoro. Siempre protegería aquella urna, ya que no había protegido a su hermano.

«Te quiero, Zacharel».

«Yo también te quiero, Hadrenial. Muchísimo».

«¿De verdad?».

«Sabes que sí».

«¿Y harías cualquier cosa por mí?».

«Sí, cualquier cosa».

«Entonces, mátame. Dame una muerte verdadera. Por favor. No puedes dejarme así».

Hadrenial estaba destrozado, ensangrentado, violado de modos indescriptibles.

«No, eso no. Vas a recuperarte, y algún día volverás a ser feliz».

«No, no quiero recuperarme. Quiero dejar de existir para siempre. Ese es el único modo de terminar con mi tormento».

«Haremos que los demonios paguen muy caro todo esto. Juntos. Después volveremos a hablar de esto».

Zacharel había vuelto a negarle lo que le pedía.

«Si no me matas tú, me suicidaré. Y ya sabes lo que me pasará entonces».

Sí, Zacharel lo sabía. Hadrenial habría podido matar su propio cuerpo, pero su espíritu, tan oscuro como estaba en aquellos momentos, habría sobrevivido y habría ido a parar al infierno. Zacharel no se había dejado convencer de ninguna manera, pero Hadrenial había cumplido su promesa y había intentado matarse una y otra vez. Zacharel siempre lo había salvado con el Agua de la Vida.

Aquellos años los había pasado persiguiendo a su hermano, salvándole la vida y, al final, matando a su hermano para terminar con el dolor que sentía. Era una decisión que Zacharel lamentaba profundamente, porque aquella urna que tenía entre las manos era todo lo que le quedaba de Hadrenial.

Zacharel había sacado del pecho de su hermano todo el amor que sentía y, después, lo había envenenado con el Agua de la Muerte. Aquella agua era de un arroyo que discurría junto al río de la Vida, y era lo único que podía acabar con la vida de un inmortal.

Para obtener una pequeña cantidad había que pasar por el mismo proceso que para conseguir el Agua de la Vida: recibir latigazos para demostrar la determinación y asistir a una reunión con el Alto Consejo Celestial, en la que se concedía o se denegaba el permiso. Si se concedía, el Consejo exigía algún tipo de sacrificio.

Zacharel había pasado por todo aquello después de que a su hermano le denegaran el permiso, pero dentro del templo había vacilado. Los dos ríos fluían uno al lado del otro, la vida y la muerte, la felicidad y la tristeza. La elección era suya. Podía haber tomado el Agua de la Vida; debería haberlo hecho. Sin embargo, solo habría conseguido sanar el cuerpo de Hadrenial, no su mente.

Para salvar su mente habría sido necesario estar algún tiempo en presencia del Más Alto, porque el Más Alto podía calmar y salvar a cualquiera, pero Hadrenial se había negado a intentarlo. Su deseo era morir.

—¿Cómo puedes pedirme eso? —le había preguntado Zacharel—. ¿Cómo voy a hacerlo?

Por supuesto, no hubo respuesta. Nunca había respuesta.

Zacharel le había derramado la Muerte a su hermano por la garganta. Había tenido que presenciar cómo se le escapaba la vida, cómo se le apagaba la luz de los ojos. Después, había quemado su cuerpo con una espada de fuego. Había visto a su hermano convertirse en cenizas y flotar.

Había seguido briznas de aquella ceniza durante días.

Se miró la mancha negra que tenía en el pecho. El día de la muerte de su hermano, Zacharel se había quitado su propio sentido del amor, que era mucho más pequeño que el de Hadrenial, y lo había puesto dentro de aquella urna para que se mezclara con lo que quedaba de su hermano. Por lo menos, allí seguían estando juntos.

Una semana después había aparecido un pequeño punto negro en el lugar del que él se había sacado la porción del pecho y, con los años, aquel punto había ido aumentando.

Sin embargo, después de la reunión que había tenido con la Deidad, cuando había empezado a caer nieve de sus alas, el ritmo de crecimiento de la mancha se había acelerado.

Sabía lo que significaba y cuál iba a ser el resultado, pero no le preocupaba. En realidad, le alegraba. Si fracasaba en su misión aquel año y lo echaban del cielo, no tendría que sufrir durante mucho tiempo.

—Me pregunto si Annabelle también te habría fascinado a ti.

Se los imaginó juntos, a su hermano y a ella. Sí, la valentía de Annabelle habría fascinado al bondadoso Hadrenial. ¿Se habrían peleado por ella?

No. Porque él habría renunciado a la chica. De hecho, tenía pensado separarse de ella después de haber cumplido con su obligación.

Zacharel dejó la urna en la mesilla de noche.

Lentamente, se puso en pie. Después se vistió y se acercó a la puerta de la habitación de Annabelle. Allí se detuvo, porque no sabía si debía entrar o no. El día anterior se había enfadado mucho

consigo mismo por haber accedido a enseñarle cómo matar demonios, y la había dejado sola.

Tal y como le había prometido, no la había encerrado en la habitación. Él se esperaba que fuera a buscarlo, pero Annabelle se había quedado en su cuarto, y eso le había enfadado aún más.

¿Qué le estaba haciendo aquella muchacha? Normalmente, él no tenía mal genio; era un hombre frío por dentro y por fuera. Sin embargo, a su lado se sentía como si estuviera siempre al borde del peligro. Incluso en aquel momento estaba tenso; le dolía la mandíbula de rechinar tanto los dientes.

Había estado toda la noche imaginándose que caía en la tentación y la besaba, que la besaba mejor y más profundamente que el hombre que lo había precedido. ¿Por qué? Ella no era especial. Era una carga, una molestia cuya existencia iba a ser muy corta. Había miles como ella.

¿De veras?

El día anterior, al mirar sus labios carnosos y rosados, había sentido el anhelo de besarla. Tal vez porque tenía el sabor de otra mujer en la boca y quería comparar lo que era forzado con lo que era dado. O tal vez no.

El informe que le había llevado Thane hacía que deseara a Annabelle mil veces más. Ella había soportado muchas palizas de humanos y de demonios, pero eso no había hecho mella en su audacia. Tenía un hermano mayor que le había escrito cartas hirientes, cargando contra ella por sus actos; sin embargo, ella le había respondido con bondad y comprensión. Los médicos la habían encerrado, la habían medicado en exceso, le habían hecho un daño irrevocable, pero ella había luchado contra todo aquello con todas sus fuerzas.

No, no había miles como ella.

Debería alejarse de Annabelle en aquel mismo instante, antes de perder el sentido común y quedarse con ella y, más tarde, perderla. Antes de provocar daños colaterales a propósito, solo por vengarla.

Solo tenía que pasar un tiempo con ella, un año a lo sumo, y enseñarla a defenderse del mal que la estaba persiguiendo. Después podrían separarse, y no tendría que volver a pensar en ella. Aunque, en realidad, no sabía adónde podía llevarla ni cómo iba a deshacerse de su responsabilidad hacia ella ante los ojos de la Deidad. Sin embargo, esos detalles eran para otro día.

Entró en el dormitorio de Annabelle con determinación.

Ella estaba sentada en el borde de la cama y, al verlo, se puso en pie de un salto. Su cola de caballo se balanceó.

—Creo que lo mejor será que terminemos ahora mismo con nuestra amistad.

Eso fue lo primero que dijo.

«Entonces, deberías haberte puesto otra cosa», pensó Zacharel con asombro, mientras se bebía su imagen. Ya no llevaba la camiseta azul ni los pantalones vaporosos; llevaba un traje de cuero negro que se ajustaba perfectamente a su cuerpo esbelto y mostraba su fuerza.

De repente, ella debió de sentirse azorada, porque pasó su peso de un pie a otro.

—Le he pedido a la nube un traje para luchar, y me ha dado esto. Los pantalones están llenos de rendijas para dar un acceso fácil a las armas, supongo. Pero no creo que este corpiño sea útil. A menos, claro, que la nube crea que mi escote va a dejar a mis contrincantes atontados —explicó. Con el ceño fruncido, se puso las manos en las caderas y agitó la cabeza—. Mi indumentaria no tiene importancia. Llévame a Colorado.

—No, no tiene importancia y no, no te voy a llevar a Colorado. Creía que habíamos llegado a un acuerdo.

—Sí, pero…

—¿Qué?

—Eres muy frustrante —refunfuñó Annabelle—. ¿Por qué no puedes hacer lo que te pido sin formular un millón de preguntas antes?

—Yo podría decir lo mismo de ti.

—Yo no… Arggg —dijo ella, y alzó un puño hacia él—. Bueno, sí, tal vez sí haga muchas preguntas, pero cualquiera que estuviera en mi situación las haría. Además, soy una chica, y ese es mi trabajo. Tú eres un chico. Se supone que tienes que darte puñetazos en el pecho y gruñir, y hacer todo lo que esté en tu mano por complacerme.

—No creo. Es más probable que el hombre al que has descrito te dé con un palo en la cabeza y te arrastre de un lado a otro de los pelos.

A cada palabra que él decía, los ojos de Annabelle se llenaban de diversión.

Aquella muestra de temperamento seguida de buen humor encantó a Zacharel. Pero solo un poco, se dijo, y solo porque no sabía lo que ella iba a hacer ni a decir después.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó, observándola. Tenía ojeras y estaba temblando—. ¿Te sientes mal otra vez?

—Tengo el síndrome de abstinencia, nada más.

Zacharel recordó la larga lista de medicamentos que le habían recetado. Aquel síndrome de abstinencia debía de ser fuerte. Podría darle la última gota de Agua de la Vida que le quedaba, pero… Apretó la mandíbula. Aquello hubiera estado justificado antes, cuando Annabelle estaba postrada en la cama y él no sabía si iba a sobrevivir. Eso era exactamente para lo que servía aquella agua milagrosa: para asuntos de vida o muerte. No era un bálsamo para aliviar dolores.

—No te preocupes, me voy a poner bien —dijo ella, seguramente, para llenar el silencio—. Bueno, ¿puedes llevarme a Colorado? Sin hacer más preguntas.

—No. Estás más segura conmigo que con cualquier otra persona.

—¿Más segura con un tipo que me ha amenazado con matarme?

Ah. Ya lo entendía. Después de haberlo consultado con la almohada, ella tenía la cabeza clara y recordaba lo que le había dicho él: «Podría matarte ahora». Por eso quería escapar.

—No te he amenazado —le dijo. Y era cierto. Solo había constatado un hecho objetivo: podría matarla en cualquier momento.

—Pero si dijiste que…

—Ya sé lo que dije. Sin embargo, te repito que estás más segura conmigo que con ninguna otra persona.

Aunque él le hiciera daño, incluso aunque decidiera matarla, seguía estando más segura a su lado. Los demás le harían cosas peores.

Por una vez, Annabelle aceptó su palabra. Tomó aire y asintió.

—Está bien. Me quedo, por el momento.

Él tuvo la necesidad de darle las gracias, pero se contuvo.

—Simplemente, tú eres demasiado buena para mí.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Eso es un sarcasmo? Porque me parece que detecto cierto sarcasmo.

—¿Estás segura de que sé lo que significa esa palabra?

Ella chasqueó suavemente la lengua.

—Otra pregunta más —dijo. Después, ladeó la cabeza y lo miró fijamente—. Tus alas…

—¿Sí?

Zacharel estiró una de las alas y, después, la otra, para examinarlas. Seguía cayendo nieve de ellas, pero los cristales eran más pequeños de lo normal.

—Tienes más oro que blanco. Ayer era al contrario.

Tenía razón. La cantidad de oro había aumentado de nuevo. Eso solo podía significar que… se estaba convirtiendo en uno de los Elegidos de su Deidad.

Pero… pero… eso solo podía significar que su Deidad estaba satisfecha con él, y que él era el elegido para reemplazar a Ivar. No había otra explicación.

¿Por qué?

¿Porque había salvado una vida humana, pese al riesgo que corría? ¿Porque se había hecho cargo de su ejército, de una vez por

todas, y se estaba ganando el respeto de sus hombres? Entonces, la Deidad nunca había querido que fracasara, y aquel ascenso iba a ser su premio.

—¿Y bien? —preguntó Annabelle—. Y no creas que me estaba quejando. Tus alas son muy bonitas.

¿Bonitas? Eso no debería haberle ofendido, pero le ofendió. Sus alas eran magníficas.

Él no tenía por qué darle ninguna explicación, y no debía hacerlo. Cuando se separaran, cabía la posibilidad de que apresaran a Annabelle, y podrían torturarla y obtener de ella toda la información. Sin embargo, lo hizo. Se lo contó todo. La entrenaría de tal modo que nunca iban a poder capturarla.

—Un… asc-censo. Q-qué estup-pendo —dijo ella. Le castañeteaban los dientes—. No es por cambiar de te-tema, pero ¿no hace mucho f-frío aquí?

Zacharel recordó el frío que tenía Annabelle cuando la había encontrado, y decidió que ya no deseaba ni agradecía el frío que llevaba consigo. Tendría que pedirle a su Deidad que fuera más benevolente con aquel castigo, puesto que no quería que Annabelle sufriera. Tal vez recibiera una respuesta positiva, ya que parecía que había recuperado el favor de su líder.

—Un abrigo —dijo, y a Annabelle se le iluminó la mirada.

—Debería haberlo pensado antes —dijo ella.

—Seguro que al final se te habría ocurrido —respondió Zacharel; extendió una mano y al segundo apareció en ella un abrigo blanco de lana.

—Gracias —dijo Annabelle—. ¿Sabes? Eres muy contradictorio. Eres malo en un instante y, al siguiente, eres bueno. Eres amenazante y, un segundo después, protector.

—No parece que eso te guste mucho.

—No demasiado. Es difícil leerte el pensamiento.

—No soy un libro.

Ella asintió.

—Exactamente.

—Pero…

—No te preocupes. Sigue con ese comportamiento. Yo no quiero que me caigas bien —le dijo Annabelle.

Aquella era la conversación más desconcertante que él hubiera tenido.

—¿Por qué?

—No tengo por qué responder.

Él ya no estaba dispuesto a admitir sus evasivas.

—No puedes negarte a responder todas mis preguntas.

—No, no es verdad. Claro que puedo.

—Entonces, debemos pensar en algún tipo de recompensa que darte cuando respondas.

Entonces, ella arqueó una ceja.

—¿Y una azotaina cuando no responda?

—No seas tonta. Yo nunca te daría una azotaina por una falta tan leve, Annabelle —dijo él—. Tal vez, por algo más grave… Pero yo nunca te haría nada que pudiera causarte un daño duradero. No eres uno de mis soldados y, además, eres humana. No podrías aguantar mucho.

—Creo que, si conocieras mi verdadera fortaleza, te quedarías sorprendido.

Él quería responder, pero sintió un abrumador deseo de acariciarle las mejillas y los labios con los dedos, para averiguar si ella le quemaría, si a los dos se les aceleraría el pulso. Quería saber si ella se acercaría un centímetro más a él, o si retrocedería. Sin embargo, sabía que no debía convertirse en un esclavo de aquellos deseos humanos, y siguió haciendo preguntas para distraerse y, además, satisfacer su curiosidad.

—Tu madre era japonesa, pero tu nombre no lo es.

Annabelle aceptó el cambio de tema cuadrándose de hombros con una expresión de alivio.

—Ella se pasó casi toda la vida en Estados Unidos. Y a mí me pusieron el nombre de mi abuela paterna, Anna Bella —respondió mientras se ceñía las solapas del abrigo alrededor del cuello—. Yo

me estaba preguntando si vosotros sois como los ángeles de la Biblia. Yo… eh… Anoche la nube me dio una Biblia y estuve leyendo unos cuantos pasajes y… bueno…

—Ves ciertas diferencias entre los ángeles sobre los que has estado leyendo y yo.

—Exacto. Y me acuerdo de que dijiste que eras de una raza diferente… o algo así.

Sin poder evitarlo, él respondió:

—Yo podría negarme a responder, como tú.

—Pero entonces te ganarías una azotaina —dijo ella—. Y tú, que nunca mientes, no me harías algo así.

Una chica lista, su Annabelle. Un momento, ¿su Annabelle?

—Lo que has leído es cierto. En términos humanos, mi Deidad es un rey. Reina en una parte del cielo y rinde cuentas ante el Más Alto, que reina sobre todos los cielos, incluso en la parte que los titanes y los griegos consideran propias. Pero esa es otra historia. Y nosotros no somos como los ángeles del Más Alto, porque no fuimos creados con el mismo propósito.

—Entonces, ¿por qué os llamáis ángeles?

—Tenemos alas y luchamos contra el mal. Es una etiqueta que encaja.

—Pero, si los dos tipos de ángeles lucháis contra el mal, ¿en qué os diferenciáis?

—Todos los humanos sois seres vivos, y tenéis muchas similitudes, pero no todos tenéis el mismo propósito. Algunos construyen casas. Otros entretienen. Otros enseñan.

Justo cuando terminó de hablar, las paredes de la nube se oscurecieron y se hicieron más gruesas. En ellas comenzaron a aparecer vetas de luz, al principio, pequeñas, pero después más intensas.

Annabelle quiso acariciar una de aquellas vetas con la mano, pero él la agarró de la muñeca.

—Nube, ¿qué ocurre? —preguntó.

«Los demonios atacan».

Aquello parecía imposible, pero Zacharel convocó a su espada de fuego. Los demonios casi nunca se aventuraban en el cielo, y menos se acercaban a la residencia de un ángel, pero podían hacerlo.

Annabelle palideció.

—¿Qué ocurre?

—Nos están atacando.

O los demonios no sabían a quién le pertenecía aquella nube, o su deseo de conseguir a Annabelle era tan grande que habían terminado por encontrarla.

La nube podría contenerlos durante un rato pero, al final, caería. Aquel tipo de nube estaba diseñada para la comodidad, no para la batalla, cosa que antes nunca le había molestado.

—Muéstramelo —le ordenó Zacharel.

A su lado se formó una imagen, y a Annabelle se le escapó un jadeo de pánico. Él también se puso rígido. Había, al menos, quince demonios rodeando la nube, clavando las zarpas y los dientes en la parte exterior para conseguir abrirla y entrar. Estaban frenéticos y soltaban espumarajos por la boca; sus uñas estaban impregnadas de veneno.

—Vienen por mí —dijo ella.

Zacharel le rodeó la cintura con un brazo y la ciñó contra su cuerpo.

—Agárrate a mí y no te sueltes bajo ninguna circunstancia.

—Pero… Yo puedo ayudarte a luchar contra ellos —dijo ella, y Zacharel sintió cierto alivio al notar que había recuperado el valor.

Sin embargo, ladró:

—¿Puedes volar o te caerás a la tierra sin mí?

Entonces, ella se abrazó a él y, al sentir su cuerpo, Zacharel tuvo que tomar aire; las sensaciones que le producía aquel contacto eran abrumadoras, pese a la situación en la que se encontraban.

«Concéntrate».

—No es suficiente —dijo él. Posó la mano en su trasero y la elevó —. Piernas.

Ella le rodeó la cintura con las piernas.

Sus miradas se cruzaron, y ella asintió; estaba lista para la batalla.

Era muy valiente.

—Por lo menos, ha dejado de caer nieve de tus alas.

¿De veras? Su Deidad debía de haber escuchado su deseo, aunque él no lo hubiera formulado en voz alta, y había respondido. Él iba a asegurarse de darle las gracias por ello.

—Ojalá hubiera otro modo de hacer esto —dijo.

En aquella posición, Annabelle iba a ser su escudo. Él lo detestaba profundamente, pero no tenía otra solución. No podía teletransportarla a ningún sitio, porque él no tenía aquella capacidad. Solo la tenían unos pocos ángeles, como Koldo, que carecía de alas.

«Te necesito», transmitió mentalmente a Koldo, y, después, a todos los demás ángeles. «Los demonios están atacando mi nube. Hay una batalla».

No había tiempo para esperar sus respuestas.

—Si te entrego a un ángel llamado Koldo, no luches contra él. Él te llevará a un sitio seguro.

—¿Y tú?

Buena pregunta.

—Ahora —le dijo a la nube, ignorando a Annabelle—, quiero que dejes esta situación. Trasládate a un lugar donde los demonios no puedan encontrarte, y protege la urna. Yo volveré a los cielos y te encontraré.

¡Zum!

La nube desapareció, y el suelo que había bajo sus pies también. Annabelle jadeó y se agarró a Zacharel con más fuerza. De repente, la luz de la mañana le resultó cegadora. Estaban rodeados de demonios que aleteaban frenéticamente, sin comprender lo que acababa de suceder. Zacharel blandió la espada de fuego y decapitó al que estaba más cerca de ellos. Con el brillo de la llama y el sonido que hizo el hueso separándose del hueso, los otros se dieron cuenta de que su presa estaba al alcance de la mano.

Todos se lanzaron hacia él. Zacharel se agachó, los esquivó y se retorció, y consiguió abrirse paso entre ellos. Decapitó dos cuerpos más, que estallaron en llamas durante la caída libre hacia la tierra. Quedaban, pues, doce; no iban a luchar con honor, pero él ya lo sabía, y conocía la forma de contraatacar.

—Tengo que soltarte —le dijo a Annabelle—. No aflojes los brazos ni las piernas.

—No te preocupes.

En aquel momento, cuatro de los demonios lo atacaron a la vez, y él tuvo que rodar por el cielo; soltó a Annabelle, tal y como le había dicho, porque tenía que bloquear a dos de las criaturas, que se acercaban por la izquierda, mientras decapitaba a los dos que se acercaban por la derecha.

De repente, ella soltó una de las piernas de su cintura y pateó a los dos demonios a quienes él había bloqueado. Zacharel se quedó atónito.

—¡Annabelle!

—¿Qué? No me he soltado —dijo ella.

Un demonio la agarró del tobillo antes de que pudiera encoger la pierna, y ella gritó. Zacharel giró la muñeca hacia atrás y después abatió la espada. Otra cabeza cayó por el aire, entre salpicaduras de sangre negra.

—¡Detrás de ti! —gritó Annabelle.

Él se giró rápidamente, pero no lo suficiente. Uno de los demonios, que iba a clavarle las garras en el cuello, se contentó con rasgarle una de las alas. Aquello le provocó una descarga de dolor en todo el cuerpo, y le paralizó el miembro.

Zacharel apretó los dientes al caer a través de la luz del día. Annabelle gritó de terror. Él tuvo que invertir todas sus fuerzas y su determinación en volver a mover el ala. Al principio no lo consiguió, pero después aprovechó una corriente de aire y se detuvo en seco.

—Por los pelos —dijo ella. Claramente, estaba intentando contener las náuseas.

Sí, por los pelos.

—Lo importante es el resultado final.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Seguir viva —le dijo él.

No había otros ángeles a la vista. O estaban luchando sus propias batallas en algún lugar, o él no había conseguido transmitirles la llamada.

—De acuerdo, pero tú también.

Los demonios los encontraron y volvieron a atacar desde todos los ángulos. Él atravesó el aire con la espada, pero no fue tan rápido como antes; una de las criaturas volvió a darle un zarpazo en el ala y, en aquella ocasión, él cayó en picado.

No hubo forma de parar; le habían cortado un tendón. La coleta de Annabelle le azotaba las mejillas, los labios y el interior de la boca.

—¡Zacharel!

La fuerza del viento se la arrancó de los brazos, y ella se separó de él dando tumbos por el aire.

Varios demonios la siguieron, riéndose a carcajadas.

Zacharel pensó rápidamente. Los ángeles de la Deidad podían morir físicamente por lesiones físicas, sí. Aquel impacto iba a destruirle los órganos, pero se regenerarían. Sin embargo, Annabelle era humana e iba a morir.

Plegó el ala sana contra la espalda y se lanzó hacia ella como una flecha. Atravesó en cuestión de segundos la distancia que los separaba; se sacó de los bolsillos unas estrellas de puntas afiladas y se las arrojó a cada una de las criaturas que intentaban alcanzarla.

Resonaron aullidos de dolor, los demonios fueron quedando atrás en el aire y Annabelle quedó completamente libre. Él la alcanzó a los pocos instantes, la atrapó entre sus brazos por la espalda y la envolvió contra su pecho.

Al instante, ella comenzó a forcejear y a golpearlo con los codos y las piernas.

—¡Suéltame, bicho asqueroso!

—Te tengo —dijo él y, en aquel momento, supo que solo había una forma de asegurarse de que ella sobreviviera.

Al instante, Annabelle se calmó.

—¿Zacharel? —preguntó. Se dio la vuelta y le rodeó el cuello con los brazos—. ¡Gracias a Dios!

—Sí, soy yo.

Sacó la ampolla en la que llevaba el Agua de la Vida. Solo quedaba una gota, pero aquel era un asunto de vida o muerte. No permitió que ella lo cuestionara o se negara a aceptarla. Se limitó a verter la gota sobre sus labios, para que el agua encontrara el camino al interior de su boca.

—Bebe.

Ella abrió mucho los ojos mientras tragaba. Ya estaba resuelto. Pasara lo que pasara después, iba a sobrevivir. Tal vez deseara lo contrario, pero sobreviviría.

Capítulo 8

«Ya está. Esto es el final», pensó Annabelle, mientras sentía un calor delicioso corriéndole por las venas. Aquella sensación contradecía a la desesperanza. El viento le agitaba el pelo y los mechones le golpeaban la cara como látigos. Y… y… Oh, Dios Santo, notó un dolor muy agudo en el pecho, como si un puño invisible le estuviera apretando el corazón. Aquella deliciosa calidez había terminado. Se puso muy rígida y gritó de dolor.

—Tranquila, Annabelle.

—¿Qué ocurre? ¿Qué me has dado…? ¡Ayy!

—El agua puede hacerte daño mientras te cura.

Los horribles demonios habían provocado todo aquello.

—Pero si yo no estoy… herida.

—Debes de estarlo. La adrenalina puede haber enmascarado tu lesión.

—¿Puedes… conseguir que aterricemos a salvo? —preguntó ella entre el dolor.

—No, no puedo. El impacto va a doler; no te voy a mentir, va a ser el peor dolor que has sufrido en la vida.

«No voy a gritar, no voy a gritar», pensó ella.

—¿Alguna buena noticia?

—El dolor no va a durar. En poco tiempo no sentirás nada, te lo juro.

—Porque estaré… muerta…

Al pensarlo, el corazón se le encogió de verdad, y comenzó a sudar. Se sentía tan mal que, seguramente, el impacto sería un alivio.

—Me he asegurado de que sobrevivas —le dijo Zacharel, que seguía abrazándola con fuerza. La envolvió con una de sus alas, como si quisiera servirle de amortiguación para la caída. Su otra ala se movía con violencia en el aire, y parecía que iba a separársele de la espalda en cualquier momento.

Ojalá el corazón se le saliera del pecho. Lo que él le hubiera dado tenía que ser peor que cualquier impacto. Sintió otra descarga de dolor por todo el cuerpo.

Se acercaban al suelo. Era un terreno verde, precioso; ella lo observó obligándose a conservar la calma. Le ardían los ojos y tenía el pecho constreñido. Más cerca, más cerca… en cualquier momento…

—Lo siento —dijo Zacharel y, en un segundo, giró sobre sí mismo y la colocó sobre sí mismo. Él estaba de espaldas al suelo, mirando al cielo—. Siento el dolor que vas a sentir, por muy pasajero que sea…

—No lo sientas. Has hecho todo lo que podías…

Él se puso muy tenso, y ella lo supo. Iba a producirse el impacto.

¡Zas! Se golpearon con los árboles, cuyas ramas los lanzaron de un lado a otro, y el aire se les escapó de los pulmones a bocanadas, hasta que no les quedó nada que exhalar. Sin embargo, el choque final fue el más violento, el más duro. Y, por fin, quedaron inmóviles.

Annabelle se concentró en recuperar el aliento. Tenía la visión nublada, pero inspiró y espiró, al principio aceleradamente; poco a poco fue calmándose. Los minutos transcurrieron y se transformaron en horas, y las horas en una eternidad. Al final, consiguió reunir fuerzas y se incorporó. Un error. Sintió un mareo horrible y todo comenzó a dar vueltas. Estaba húmeda, empapada, y el daño era tan horrible como le había prometido Zacharel. Un caleidoscopio de palpitaciones, ardor y dolor.

Miró a su alrededor.

Las ramas rotas de los árboles dejaban un hueco perfecto para los rayos de sol, que la iluminaban entre el verdor. Frente a ella se extendía el bosque; las hojas de color esmeralda susurraban con la brisa, y las flores silvestres perfumaban el aire.

Y, a su lado…

A su lado estaba Zacharel, con los ojos cerrados, inmóvil. Tenía las dos alas torcidas en extraños ángulos. Su túnica ya no era blanca, sino granate.

Había sangre por todas partes. Ella estaba mojada con su sangre. Le goteaba de la boca y de los oídos, y tenía hemorragia en todas las heridas del cuerpo. Su torso estaba mutilado, y la carne de uno de sus muslos estaba abierta en dos. Tenía roto un tobillo; el hueso astillado había atravesado los tejidos y la piel, y había quedado a la vista.

Sus padres, destrozados, mirando a la nada.

Sus padres, inertes en un charco de sangre.

Se le escapó una risa histérica. Una vez más, ella saldría de aquella escena sin haber sufrido ningún daño.

¡No! ¡No! No iba a dejar así a Zacharel. No iba a permitir que muriera.

«Ya está muerto», le dijo el sentido común.

¡No! No lo conocía desde hacía mucho tiempo, pero él le había salvado la vida dos veces. Él la había cuidado, había hecho todo lo posible por protegerla.

Se puso de rodillas y le tomó el pulso. Era muy débil, pero existía. ¡Había esperanza!

«Dios, si me estás escuchando, ¡gracias!», pensó, y, con las manos temblorosas, recompuso como pudo a Zacharel, llorando, entre náuseas. «Solo… Por favor, quédate con nosotros un poco más. Zacharel necesita ayuda».

—Te vas a curar —le dijo—. Vas a sobrevivir.

Miró a su alrededor. Tal vez pudiera construir una camilla con ramas y arrastrarlo… ¿adónde? No sabía dónde estaban, pero no

importaba. Lo arrastraría hasta que encontraran a alguien que pudiera ayudarlos.

—¿Qué le has hecho?

Aquella voz áspera sonó a sus espaldas, golpeándola con odio y rabia. Se giró, temblorosa, y vio a un hombre bestial a pocos metros de distancia.

Posó la mano sobre una de las aberturas del pantalón y palpó dos de las dagas que le había dado la nube. Bien, no las había perdido todas durante la caída. Se puso en pie, luchando por mantenerse erguida, y apuntó con ambas dagas al espantoso recién llegado.

—No te acerques, o lo lamentarás.

Él tenía abrasiones en las mejillas, pero el resto de su piel le recordó a Annabelle a la miel con azúcar; aquello era una contradicción muy sorprendente. Tenía los ojos negros, y llenos del mismo odio y la misma rabia que ella había percibido en su tono de voz. Llevaba el pelo largo y trenzado, y aunque llevaba una túnica blanca, ella pensó que no podía ser un ángel. No tenía alas.

Él la fulminó con la mirada y, después, miró a Zacharel. Cuando volvió a mirarla a ella, le lanzó llamas con los ojos. Y, por algún motivo, las llamas fueron mucho peor que las emociones.

Ella pestañeó y, al abrir los párpados, se encontró a aquel hombre delante de ella, aunque no hubiera dado un paso. Él le agarró las muñecas y se las apretó. Ella, sin embargo, no soltó las dagas.

—¡Suéltame! —le ordenó, e intentó darle una patada entre las piernas.

Él esquivó el golpe.

—Suelta las dagas.

¿Y dejarlos indefensos a Zacharel y a ella?

—¡Ni hablar!

Él le apretó aún más las muñecas, pero Annabelle no soltó las dagas ni siquiera cuando le rompió los huesos. Había soportado cosas peores. Apretó los dientes y encontró fuerzas para volver a

patearlo; él debía de pensar que ella se sometería debido al dolor, y había bajado la guardia, porque Annabelle consiguió golpearle la entrepierna con la rodilla en aquella ocasión.

Él no se inclinó hacia delante, sino que la apartó de un manotazo. Annabelle se golpeó contra el tronco de un árbol y cayó al suelo sin fuerzas.

—Quédate ahí —le dijo el hombre, y siguió mirándola mientras se agachaba junto a Zacharel.

—¡No! No voy a permitir que le hagas daño —gritó ella y, de un salto, se levantó. Todavía tenía las dagas en las manos. Todo el cuerpo le dolía de un modo insoportable, pero aquel era un precio muy pequeño que pagar a cambio de proteger a Zacharel.

El hombre se quedó sorprendido un instante. Después, tomó suavemente en brazos a Zacharel. Tal delicadeza en alguien que parecía un monstruo, más que un hombre, no debería ser posible.

De todos modos, ella lo apuntó con las dagas.

—No sé quién eres, ni por qué has venido, pero no voy a permitir que le hagas daño.

—Soy Koldo, y yo nunca le haría daño.

A ella le fallaron las rodillas del alivio. Koldo. Reconocía aquel nombre. No era un ángel, pero era amigo de Zacharel. Zacharel le había dicho, justo antes de ordenarle a la nube que se desvaneciera, que no luchara contra él.

—¿Adónde lo vas a llevar? ¿Qué vas a hacer con él?

—Voy a ponerlo a salvo.

Aquella voz tan áspera debió de despertar a Zacharel, porque abrió los ojos débilmente. Forcejeó un poco y dijo:

—La chica…

¡Seguía con vida!

Annabelle sollozó de alivio y se acercó a él. Sin embargo, no pudo tocarlo, porque los dos hombres desaparecieron. Ella sintió pánico, y giró frenéticamente buscándolos. No los encontró.

«Es lo mejor», se dijo. Koldo le procuraría el tratamiento médico que necesitaba. Además, sin ella, los demonios se mantendrían

alejados de él y…

Unos brazos férreos la rodearon y la ciñeron contra un pecho igualmente férreo. Por instinto, Annabelle comenzó a forcejear, y le golpeó la barbilla a su captor con la cabeza. Él gruñó, pero no la soltó. Entonces, cayó algo, como una cortina blanca, sobre el bosque, una luminosidad que estuvo a punto de cegarla. La hierba desapareció bajo sus pies. Durante unos segundos no pudo respirar ni moverse; tuvo una horrible sensación de vacío.

El pánico volvió, fuerte y angustioso, pero cuando abrió la boca para gritar, a su alrededor apareció un mundo nuevo. Un cuento de hadas. Había una cúpula cubierta de cristales de color rosa claro, con una lámpara de araña de diamantes colgada del centro. Las paredes estaban enteladas con terciopelo y los cristales de las ventanas eran ahumados. Parecía que detrás solo había oscuridad. El suelo era de caoba pulida y, sobre él, había varias alfombras de tonos pastel.

Era una estancia enorme, y estaba dividida en varias partes. La zona de dormitorio, la sala de estar, con un sofá, una mesa de centro de cristal, butacas… Y la cocina. En medio de la mesa de comedor había un jarrón lleno de flores cuyo aroma perfumaba el aire.

En cuanto al dormitorio, la misma tela blanca de las cortinas que vestían las ventanas cubría también una enorme cama, la más grande que ella había visto.

Cama. Aquella palabra rebotó por las paredes de su mente, recordándole todos los horrores que había experimentado allí… y estaba sola con su captor.

«No te quedes aquí parada. ¡Lucha!».

Sintió una descarga de adrenalina y comenzó a forcejear con todas sus fuerzas. Consiguió darle un puñetazo en el ojo a su captor y, finalmente, él la soltó. Entonces, Annabelle se giró con la intención de cortarle el cuello con las dagas. Se encontró cara a cara con Koldo, pero, cuando su cerebro lo registró, ella ya había lanzado

una cuchillada. Él debía de haberlo previsto, porque arqueó la espalda hacia atrás y la esquivó.

«Gracias otra vez, Dios. De verdad», pensó Annabelle, y bajó los brazos.

Entonces, se oyó un gemido desde la cama, algo que llamó su atención. La colcha se movió y, de repente, aquella tela prístina le pareció una tormenta de nieve; se dio cuenta de que no era la colcha, sino Zacharel. Estaba en el centro de la cama; ella no lo había visto porque su túnica era tan blanca como la colcha. Alguien debía de haberle limpiado la sangre durante aquellos breves minutos que habían estado separados.

Soltó las dagas y echó a correr hacia él. Subió a la cama con cuidado para no mover el colchón.

—Estoy aquí, y te protegeré cuanto pueda —le dijo. Para su sorpresa, Zacharel se quedó quieto al oír su voz—. Pero no sé cuánto tiempo será eso —añadió, sobre todo para que Koldo estuviera al corriente de la situación—. Los demonios se sienten atraídos por mí, y parece que pueden encontrarme allí donde esté. Zacharel no puede soportar otro ataque como este.

Él todavía tenía las alas rotas y, sin la sangre, se le veían perfectamente parches donde faltaban las plumas. Estaba muy pálido; el único color que tenía en la cara eran dos ojeras amoratadas. Tenía también un agujero en el centro del labio inferior; alguna rama debía de habérselo atravesado hasta las encías.

—¿Cómo es posible que yo no me haya hecho ni un solo rasguño, mientras que él está así? —preguntó suavemente.

Koldo se acercó a los pies de la cama.

—¿Has tomado algo antes de aterrizar?

—Sí, pero no mucho.

—Lo suficiente.

Buena observación.

—¿Qué era esa cosa?

En vez de responder a su pregunta, Koldo cambió de tema.

—Él no me ha permitido que lo acostara hasta que le aseguré que estabas viva. También me obligó a prometerle que te mantendría a su lado.

Pero… ¿por qué iba a querer Zacharel semejante cosa?

—¿Hay alguna forma de acelerar su recuperación?

—Sí.

Koldo no dijo nada más, y ella lo miró con exasperación.

—¿Y cuál es? ¿El agua que me dio a mí?

—Esa información no voy a compartirla con una humana, y menos con la consorte de un demonio.

—¡Yo no soy tal cosa!

—Ni siquiera con la consorte de un demonio a la que Zacharel ha decidido proteger —añadió él con el ceño fruncido, como si le pareciera algo muy extraño.

—De todos modos, ¿tú podrías conseguir esa cosa secreta que curaría a Zacharel? ¿O ya la tienes?

—Sí, puedo conseguirla. No, no la tengo.

Silencio.

—¡Bueno, pues consíguela!

—No.

Más silencio.

—A no ser que jures que vas a tener a Zacharel alejado del cielo durante un mes, sin decirle nada de este trato. La única excepción sería que lo convocaran para una batalla.

—¿Y por qué quieres mantenerlo alejado del cielo?

Además, ¿por qué pensaba Koldo que ella podía obligar a Zacharel a hacer algo? El ángel quería que ella estuviera con él, sí, y también había dicho que iba a enseñarla a matar demonios, pero eso no significaba que ella pudiera conseguir que cumpliera con su voluntad.

—Lo único que tienes que responder es «sí» o «no», fémina.

Ella volvió a mirar a Zacharel. Era evidente que estaba sufriendo mucho dolor. Tenía los labios fruncidos y los dedos crispados encima

de la colcha. Necesitaba que Koldo consiguiera aquella cosa, o el ángel moriría.

—Sí —dijo. «Estoy en deuda con Zacharel, y yo siempre pago mis deudas»—. Mi respuesta es sí.

Entonces, Koldo asintió una sola vez, con rigidez.

—Muy bien. Ahora, la última pregunta: Cuando me marche, ¿qué le vas a hacer a Zacharel?

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Eso no lo sé.

Lo cual podía significar seis horas, seis días o incluso seis años.

—Me ocuparé de él lo mejor que pueda.

—La frase «Me ocuparé de él» puede tener muchos significados, como matarlo, salvarlo y vengarlo. Incluso dejarlo. Sé más concreta.

—Quiero decir que lo atenderé y lo cuidaré. Nunca le haría daño deliberadamente, ni tampoco lo dejaría solo e indefenso.

Él debió de saborear la verdad de sus palabras, y asintió.

—Él te odiaría por haber dicho que está indefenso —respondió él, y desapareció.

¡Eh!

—¡Koldo! ¡Guerrero!

Nada. No hubo respuesta.

Se sintió muy frustrada. No sabía cuánto tiempo iba a estar fuera, ni qué lugar era aquel en el que estaba, ni lo que tenía que hacer si los demonios la encontraban antes de que él hubiera vuelto. Además, ¡los cuchillos habían desaparecido con él! Qué desconfiado.

Sin embargo, ella estaba acostumbrada a la desconfianza y al ninguneo, y no permitió que aquello hiriera sus sentimientos. En vez de lamentarse, iba a cuidar a Zacharel, el ángel que le había salvado la vida. El hombre con el que estaba en deuda. La primera persona que la había mirado como si fuera algo más que una asesina.

Lo defendería costara lo que costara.

Capítulo 9

—¿Cómo está mi chica?

—Bien, bien, lo juro… Si no os importa que esssté con ese ángel… Eh, bueno, Zacharel.

Aquel nombre fue pronunciado con miedo y admiración.

El señor de lo Implacable estaba apoyado en el respaldo de su trono, que estaba hecho con los huesos de la multitud de ángeles que él había matado durante siglos. El cambio de expresión de su rostro hizo que su sirviente de cuatro patas se estremeciera. Normalmente, cuando él sonreía, era porque estaba a punto de matar a alguien.

Aunque se alegraba de aquella noticia. Era magnífico que Annabelle estuviera con Zacharel; después de todo, aquel era el motivo por el que la había marcado: para llamar la atención del guerrero.

Así, podría torturar a Zacharel, y a ella también.

Implacable sonrió aún más y se rascó la barbilla. Todos los días tenía que limarse las uñas para evitar matar a su presa antes de estar preparado. Porque, cuando la sed de sangre se apoderaba de él, perdía la noción del tiempo y del espacio, olvidaba sus ambiciones y se daba un festín.

—¿Necesitáis algo más de mí, ssseñor? —preguntó el diablo, que seguía encorvado en las escaleras del estrado.

—Sí.

—¿Qu-qué?

—Arrodíllate ante mí. Voy a cortarte la cabeza. Tu hedor me ofende —dijo Implacable. Como le ofendía que su sirviente hubiera demostrado admiración por Zacharel.

El diablo sollozó, pero no se negó a obedecer la orden de su señor. Si lo hubiera hecho, solo habría conseguido condenarse a sí mismo a una espantosa tortura antes de su inevitable muerte.

—Será un… placer, ssseñor.

Se arrodilló.

Implacable sacó su espada y la abatió. La cabeza del diablo rodó por las escaleras.

«Y ni siquiera he tenido que levantarme».

Dejó la espada junto al brazo del trono e hizo un gesto a varios de sus sirvientes para que se acercaran. Estaban alineados junto a las paredes; algunos eran altos y otros bajos, pero todos eran feos, y estaban allí para servirle de cualquier forma, para cumplir todos sus deseos.

—Tú, limpia la sangre. Tú, dale el cuerpo a mi ejército para que coman. Tú, tráeme comida. Y, esta vez, que sea buena, o te reunirás con tu amigo decapitado.

Todos obedecieron apresuradamente. Implacable casi deseaba que alguno lo desafiara. Eso aliviaría el aburrimiento de aquel día. O de aquel siglo.

Implacable estaba allí atrapado. Solo podía salir de allí cuando algún humano lo convocaba y, cuando eso sucedía, solo podía quedarse en la tierra durante el tiempo necesario para llevar a cabo la tarea que le hubiera encomendado el humano, o hasta que el humano en cuestión muriera.

Eso también había empezado a aburrirle, hasta que se había topado con la compañera de Zacharel. Oh, sí. Él la había reconocido al instante. Tal vez pudiera decírselo a Zacharel… o tal vez no. De todos modos, Zacharel, el ángel guerrero que no tenía nada que perder, el soldado que no quería a nadie, ya tenía alguien por quien luchar. Así pues, la verdadera diversión iba a comenzar.

Por fin, Zacharel iba a pagar haberlo enviado allí.

Los altos señores del infierno eran ángeles caídos que habían aceptado al mal en el corazón. Sí, Implacable había aceptado al mal, pero no deliberadamente. ¿Cómo podía saber él que el más ligero de los pellizcos, algo que había recibido sin desearlo, iba a provocar que el mal se extendiera por su alma hasta que no quedara ni un ápice de bien?

Cuando se había dado cuenta de lo que le estaba ocurriendo, había luchado, había intentado salvarse. Sin embargo, el mal era insidioso. Era una enfermedad que se extendía por dentro y, en algunas ocasiones, con tanta lentitud que uno no sabía que estaba allí. Sin una limpieza adecuada, estaba allí, listo para atacar en cualquier momento y, al final, para aplastarlo todo bajo su peso.

Zacharel sabía todo eso, y podía haberlo salvado. Debería haberlo salvado. Por el contrario, lo había traicionado.

—Vuestra comida, sseñor —dijo un demonio, cuya voz se mezclaba con los sollozos de la muchacha a la que arrastraba consigo.

Implacable pestañeó y los miró. El demonio arrojó a la muchacha a los peldaños del estrado y la obligó a arrodillarse entre las piernas extendidas de su rey. La muchacha, de unos veinticinco años, con el pelo castaño y un rostro delicado, le recordaba a Annabelle.

A ella se le caían las lágrimas por las mejillas. Tenía los ojos del color de las avellanas, con matices dorados.

Él capturó una de aquellas lágrimas con el dedo, y ella se estremeció e intentó alejarse de él. Implacable esperaba una reacción así, y disfrutó de ella. Antes, él era un ser magnífico. Las mujeres lo miraban maravilladas. Ahora estaba cubierto de escamas moradas, tenía unos colmillos afilados y siempre manchados de sangre, unos cuernos prominentes y la cola puntiaguda. Era un ser espantoso.

—Ya saboreo tu miedo —dijo.

Ella sollozó.

—Por favor, no me hagas daño. Te lo ruego.

No tenía la valentía de Annabelle. Qué decepción.

Pero… tan solo pensar en el nombre de Annabelle lo llenaba de emoción. ¿Hasta qué punto la desearía Zacharel?

¿De qué estaría dispuesto a salvarla?

Los demonios que le enviaba no podían violarla ni matarla; él mismo disfrutaría de aquel privilegio, y Zacharel tendría que verlo todo antes de morir. Sin embargo, no le concedería la muerte completa: tan solo la muerte del cuerpo, para que se transformara en un ser como él, en un señor de los demonios, y para que los compañeros de su vida eterna fueran la pérdida y el fracaso.

—Por favor —dijo la humana, devolviéndolo al presente.

No debía distraerse, eso podía precipitar su propia muerte.

Implacable agarró a la humana del cuello y acercó su cara.

—¿Por favor, qué?

—Suéltame —dijo ella, ahogándose.

Él sonrió de nuevo.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Tengo que mantenerme fuerte. ¿Y sabes lo que hago para mantenerme fuerte, preciosa?

Temblores.

—No.

Tal vez no, pero lo sospechaba.

—Bueno, pues será un placer enseñártelo.

Capítulo 10

Cuando pasó el primer día y llegó el segundo, Annabelle recordó las alegrías del hogar de Zacharel y pidió unas cuantas armas para estar preparada por si acaso volvían a aparecer aquellos monstruos. Sin embargo, en sus manos, que ya se le habían curado por completo, no apareció nada de nada. Eso significaba que no estaba en una nube. Ya había registrado hasta el último rincón, pero no había encontrado absolutamente nada. Ni siquiera una muda de ropa.

Comenzó a palpar las paredes en busca de alguna vía de entrada que pudieran utilizar los demonios, pero no había ni siquiera uniones entre los muros. Parecía que la única manera de entrar o salir de allí era… ¿el teletransporte? ¿Así se trasladaba Koldo de un lugar a otro? ¿Por eso aparecía y desaparecía de repente?

¿Y por qué quería que Zacharel se alejara de los cielos? Annabelle esperaba no haber cometido un error al hacer un trato con Koldo.

Zacharel había vuelto a sangrar, y la túnica se le había pegado al cuerpo. Ella fue al baño y tomó trapos limpios y agua. Sin embargo, cuando se sentó junto al ángel y se dispuso a limpiarlo, la sangre ya había desaparecido. No era la primera vez que sucedía, y ella había creído varias veces que las heridas se le habían curado por completo.

En aquel momento, levantó suavemente el bajo de la túnica, y sintió de nuevo una profunda decepción. Zacharel todavía tenía unos enormes hematomas y cortes profundos, los miembros torcidos en

extraños ángulos y su abdomen… Oh, pobre. No, sus lesiones tampoco se habían curado en aquella ocasión. Se estaba muriendo.

«Sus padres, muriendo… muertos… para siempre».

Oh, no. No podía pensar en eso.

Intentó concentrarse en otra cosa. Por primera vez desde hacía cuatro años, tenía un propósito, una meta y, si era sincera consigo misma, sentía una gran atracción por aquel hombre. La belleza de Zacharel la tenía hipnotizada. Le encantaba su absoluta insistencia en la verdad y su fuerza. Él la había protegido, y las pocas conversaciones que habían mantenido le habían causado una gran intriga. Él no sonreía, pero ella sospechaba que había estado a punto de divertirlo varias veces.

«Quiero que viva». Él era… ella era… ella…

Se dio cuenta de que se había quedado dormida. Estaba tan agotada que ni siquiera se había dado cuenta. Se puso en pie y se colocó junto a uno de los cuatro postes de la cama, dispuesta a ponerse en acción si entraba alguien.

En el silencio del dormitorio solo se oía la aspereza de su propia respiración, hasta que Zacharel comenzó a emitir gruñidos de dolor.

Ella volvió a su lado e intentó calmarlo, pero sus gruñidos aumentaron.

Comenzó a agitarse y la sangre brotó con profusión, hasta que empapó la túnica y la colcha y, prácticamente, formó un charco debajo de él.

¿Podría soportar aquella pérdida de sangre?

—Matarlos —masculló—. Tengo que matarlos.

¿Se refería a los demonios? Seguramente. Después de todo, ellos eran quienes le habían hecho aquello.

—Tengo que matarlos.

—No te preocupes, ya lo has hecho. Los has matado —le dijo ella con suavidad.

—¡Matarlos!

—Ya lo has hecho, cariño. Ya está —repitió ella.

Entonces, extendió sobre la cama el abrigo que le había dado Zacharel y se tumbó a su lado, y le pasó los dedos por la frente. Tenía mucha fiebre; el frío de su piel había desaparecido. Él se inclinó hacia la caricia, y su rostro se relajó un poco.

—Salvarla.

¿A ella? De eso no estaba segura.

—Ya la has salvado. Lo has conseguido.

—Ya estoy aquí —dijo alguien, con la voz entrecortada, desde el otro lado de la casa.

Ella se sobresaltó y estuvo a punto de gritar, pero entonces vio a Koldo. O, mejor dicho, lo que quedaba de Koldo.

Tenía algo agarrado contra el pecho; era algo delgado y de color claro. Él cayó de rodillas; no podía sostenerse por sí mismo. Le caían gotas de sangre de la cabeza, que estaba afeitada, y no llevaba camisa.

Annabelle se levantó de un salto y se acercó a él.

—¿Qué te ha pasado?

—Haz que beba esto —dijo Koldo entre jadeos.

Cayó de bruces, y lo que llevaba en las manos rodó por el suelo.

Entonces, Annabelle vio cuál era la causa de su debilidad: tenía la espalda en carne viva. Solo vio músculos descarnados y huesos fracturados.

—No me… lo des… a mí —dijo Koldo con los ojos cerrados—. Solo a él.

Ella sintió náuseas. Estaba acostumbrada a la sangre, teniendo en cuenta lo que había visto durante aquellas veinticuatro horas, y estaba habituada a la violencia. Sin embargo, aquello… aquello era demasiado brutal…

Por un momento se quedó paralizada. Los recuerdos del pasado la atenazaron, la ahogaron, la devastaron… Sin embargo, de algún modo, consiguió salir a la superficie.

Koldo le había dicho que le diera aquel líquido a Zacharel.

—¿Es lo mismo que él me dio a mí?

—Sí —dijo Koldo.

Annabelle le quitó el corcho a la pequeña botellita y susurró:

—Lo siento, Zacharel —susurró, porque recordaba el dolor que aquel líquido le había causado a ella antes de curarla.

Como no sabía cuánto iba a necesitar un hombre tan grande como Zacharel, le dio a beber la mitad del contenido de la botella. Pasaron varios segundos, pero no ocurrió nada.

¿Qué esperaba? Él…

De repente, Zacharel gruñó de dolor, y su cuerpo se arqueó. Él golpeó con los puños el cabecero de la cama y resquebrajó la madera. Después comenzó a golpear el colchón con tanta fuerza que Annabelle rebotó y cayó al suelo, y algunas gotas de líquido se le derramaron de la botella.

Se puso en pie rápidamente, con la esperanza de ver que las heridas de Zacharel estaban cerrándose, pero él continuó agitándose violentamente, sangrando y gruñendo de dolor.

Sin embargo, súbitamente, se calmó. Su cuerpo cayó en el colchón, y él exhaló un suspiro. Annabelle vio que los huesos volvían a su sitio, que la piel se cerraba y que los hematomas y las heridas desaparecían ante sus ojos. Miró la botella. ¿Qué era aquel líquido?

—El Agua de la Vida —dijo Zacharel, que se incorporó de golpe y miró a su alrededor—. ¿Dónde está?

—Estás curado —dijo ella. Estaba atónita.

Él la miró con sus ojos de color esmeralda, tan claros como el líquido. ¿El Agua de la Vida? De nuevo, el rostro de Zacharel era un rostro de ensueño, maravilloso como nunca podría haber sido un rostro terrenal.

A ella se le cortó la respiración, y la sangre le hirvió de algo muy distinto a la ira. Quiso gritar de alegría y lanzarse a sus brazos. Quiso bailar y cantar sobre aquel maravilloso milagro. Quiso… más de lo estaba dispuesta a admitir.

—Has sobrevivido —dijo él.

En su voz no había asomo de emoción alguna. Era imposible saber lo que sentía.

—Sí. Y fue por ti, así que te lo agradezco. Ya sé que mi agradecimiento no es pago adecuado, pero lo único que puedo darte son palabras. Lo siento —respondió Annabelle—. Si tuviera más, te daría más.

—Me gustaría decir que fue un placer. Sí, me gustaría decirlo, pero el impacto fue muy doloroso.

Ella se rio.

—¿Acabas de hacer una broma?

—¿Una broma? He dicho la verdad —dijo él, y movió los dedos hacia ella—. Dame el Agua de la Vida.

—Ah. Toma.

Annabelle le entregó la botellita.

—¿Quién te la dio?

—Koldo.

Zacharel perdió su mirada impertérrita. Ni siquiera él pudo disimular el horror.

¿Acaso el otro guerrero había transgredido alguna norma?

—Pero yo me hago responsable de todo —añadió—. Yo le pedí que lo hiciera. Así pues, el castigo debes imponérmelo a mí.

—¿Dónde está?

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacerle?

Él apretó los dientes.

—Yo no le haría daño a un hombre que me ha ayudado, si eso es lo que me estás preguntando.

Entonces, Annabelle señaló a Koldo, que seguía tendido en el suelo.

—Yo tampoco. Se marchó, y volvió así.

Zacharel se puso en pie y tapó la botellita con su corcho. Al instante, la botella desapareció.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó Annabelle, sin poder evitarlo.

—He ocultado el frasco en una pequeña bolsa de aire a la que voy a obligar a seguirme —respondió él, y pasó a su lado sin tocarla, como si ella fuera, de repente, tóxica.

«Mensaje recibido», pensó. Él no quería tener nada más que ver con ella. «Y no has herido mis sentimientos».

¿Qué era un rechazo más? Ella no era más que una asesina, una chica loca que veía monstruos. Eso era lo que le habían dicho cientos de personas. ¿Qué importancia podía tener que se hubiera pasado un día preocupándose por la salud de aquel hombre? Un hombre que, por otra parte, sabía la verdad acerca de ella, y que la había protegido. ¿Por qué había cambiado de repente?

Él silbó de espanto al agacharse junto a Koldo, y pasó la mano por su cuero cabelludo.

—¿Por qué les permitiste que te quitaran el pelo, guerrero? ¿Por qué?

Annabelle imaginaba cuál era la respuesta, pero le había dado a Koldo su palabra de que nunca hablaría de los detalles de su trato, así que permaneció en silencio. Pero ¿por qué Zacharel estaba más disgustado por la pérdida de pelo de Koldo que por la condición de su espalda?

Tal vez, porque ambos eran guerreros, en esencia, y porque el dolor físico no les importaba, después de haber tenido que soportar tanto. Tal vez, perder algo que valoraban, como Koldo debía de valorar aquellos rizos adornados con cuentas de colores, era mucho peor que las heridas.

Y, sí, ella sabía que Koldo valoraba mucho su melena. La complejidad del trabajo hecho con los abalorios demostraba que le había dedicado mucho tiempo y mucha atención a cada uno de los mechones.

—Lo conozco desde hace solo tres meses, pero lo primero que supe de él es que amaba su pelo. No se lo había cortado en todos sus siglos de vida —dijo Zacharel con tristeza—. No sé por qué, pero, por lo que me contó la Deidad sobre este guerrero, sospecho que tiene algo que ver con su padre.

—¿Su padre? Entonces, ¿los ángeles nacéis?

—Algunos de los ángeles de la Deidad nacen, sí, pero otros fueron creados, ya con su forma definitiva, por el Más Alto.

—¿Y tú?

—Yo nací —dijo él mientras tomaba a Koldo con ternura en brazos. Lo elevó y, paso a paso, llevó a su compañero a la cama y lo tendió boca abajo—. El pelo no va a volver a crecerle.

—¿Por qué?

—Porque hizo un sacrificio. Si volviera a crecerle el pelo, ese sacrificio no tendría valor.

«Y yo le he pedido que hiciera esto». Annabelle sintió una enorme culpabilidad sobre los hombros. Estuvo a punto de caerse al suelo de rodillas.

—¿Estás seguro?

—No, no estoy completamente seguro, pero conozco al Consejo. Así es como funcionan.

Bien, entonces…

—Prefiero pensar que hay alguna posibilidad de que vuelva a crecerle el pelo. Él… me dijo que no le diera ese líquido, pero seguramente le ayudaría. Le aliviaría el dolor.

—No. Si lo bebiera, el Agua de la Vida lo destruiría de la peor manera posible, porque no nos está permitido curarnos a nosotros mismos con ella cuando las heridas que tenemos las recibimos para conseguirla. Además, a los demás ángeles les está prohibido ayudar en el proceso de curación.

Pobre Koldo.

—¿Es un ángel?

—Sí. Perdió las alas hace mucho tiempo.

—Y ahora ha perdido el pelo.

A Annabelle se le llenaron los ojos de lágrimas. No era de extrañar que Zacharel ni siquiera quisiera tocarla. Ella era una amenaza que destrozaba la vida de los que la rodeaban. Siempre lo había sido.

Con un suspiro, Zacharel le pasó los dedos por la piel ensangrentada de la cabeza. Al observar con atención, Annabelle se dio cuenta de que no se la habían afeitado, sino que le habían arrancado el pelo.

—Te odiará si le compadeces —le dijo Zacharel a Annabelle.

¿Tal vez, una advertencia para ellos dos?

Koldo le había dicho algo parecido. Si no tenían cuidado, el orgullo les impediría apoyarse los unos a los otros.

—No, porque nunca lo sabrá. Si puedes sacarnos de aquí, claro. Yo no puedo quedarme. Llevo demasiado tiempo en esta casa, y los demonios…

Koldo no estaba en condiciones de luchar contra ellos.

—Los demonios te encontrarán, finalmente, y sería mejor que no encontraran el escondite secreto de Koldo —dijo él.

—Exacto.

—Por muy fuerte que sea la atracción que tú ejerces sobre ellos, no deberían haberte encontrado en mi nube. No deberían haber ido por ti.

—¿Y qué es, exactamente, lo que les atrae hacia mí?

En el hospital psiquiátrico penitenciario, él había mencionado el odio, la mentira o el impulso de cometer actos violentos, pero ella siempre había hecho todo lo posible por concentrarse solo en las cosas buenas.

—Lo que te dije es cierto —le advirtió él, como si le hubiera leído la mente—. Pero tú eres un caso especial. Tu cuerpo lleva la esencia del demonio que te marcó, y esa esencia irradia de ti.

Ella pestañeó por la sorpresa.

—¿Cómo pudo marcarme?

Zacharel caminó hacia una cómoda y abrió los cajones. Por fin sacó una túnica.

Ella sintió tanta urgencia que estuvo a punto de agarrarlo por los hombros y zarandearlo.

—¡Dímelo! El demonio me besó y me lamió, pero yo no había tenido contacto con él antes de eso, porque lo de mis ojos me ocurrió antes que eso y, tal y como tú me has dicho con tanta amabilidad, mis ojos le pertenecen a un demonio.

Él no dijo nada.

Annabelle continuó.

—La mañana de su ataque, yo tenía los ojos como si me los hubieran lijado y después rociado con lejía. Y, después de eso, mis padres… Aquel demonio… —tuvo que detenerse y aclararse la garganta—. No entiendo por qué vino. Era mi cumpleaños, y yo acababa de tener un sueño increíble. Debería haber sido un día perfecto.

Zacharel se puso rígido.

—¿Qué sueño? ¿Lo recuerdas?

—Claro. Lo he revivido mil veces.

Annabelle todavía estaba esperando a averiguar qué tenía de malo. Al principio, le había encantado, pero después, cuanto más pensaba en la escena, más se daba cuenta de que tenía algo raro.

—Cuéntamelo.

—Un príncipe azul guapísimo me salvaba de un dragón. Después me preguntaba si estaba dispuesto a ayudarlo. Yo le decía que sí. Él me dijo: «Te quiero, y quiero estar contigo». Y yo respondí: «Qué bonito». Él me dijo: «Tú serás mi mujer», y yo asentí, y él dijo: «Entonces, somos uno». En aquel momento, me desperté con un dolor terrible.

—El príncipe era un demonio, y te engañó para que accedieras a su posesión.

—No, no. Solo fue un sueño.

—Tú creíste que solo era un sueño. Él manipuló tu mente, que estaba vulnerable mientras dormías. Cuando te pidió que fueras su mujer y tú accediste, te convertiste en su esclava.

—Pero… ¿pueden hacerle eso a la gente?

—Si un humano lo permite, sí.

—¿Y cómo iba a saber yo lo que estaba pasando?

—Podrías haberlo sabido si tuvieras experiencia en distinguir la verdad de la mentira.

Zacharel se puso frente a ella y le metió la túnica por la cabeza.

—Esto es para que te mantengas limpia y caliente.

La tela le cubrió los brazos y formó pliegues a sus pies.

—¿Quieres quitarte ese traje de cuero? —le preguntó él.

—Sí.

Con el cuerpo bien cubierto con la túnica, pudo deshacerse de la ropa, que estaba sucia y estropeada.

Cuando terminó, se dio cuenta de que tenía un cosquilleo por toda la piel. No supo si era la túnica, o la cercanía de Zacharel, lo que le causaba aquella sensación tan extraña.

Él le levantó el pelo del cuello y le rozó la nuca con las yemas de los dedos. A Annabelle se le puso toda la piel de gallina. Su cercanía. Claramente, era la cercanía de Zacharel.

Él no se apartó de golpe, como ella había temido, sino que permaneció a su lado.

—Qué suave —murmuró.

Vaya, así que, después de todo, no tenía tanta aversión a tocarla.

—¿Por qué evitabas todo contacto conmigo antes? —le preguntó —. Y no me digas que no lo hacías a propósito. Te contorsionabas con tal de poder mantener la distancia, y yo me inventé movimientos parecidos para establecer límites con los otros pacientes.

—Pierdo la noción de todo lo que es importante cuando estás cerca de mí —refunfuñó él.

«De todo lo que es importante», había dicho Zacharel. Eso quería decir que ella no lo era. Qué agradable.

—Eres muy romántico —respondió ella, y le apartó la mano—. Tienes suerte de que no sea una de esas muchachas que se echan a llorar cada vez que oyen un insulto.

—No era un insulto —replicó él, con el ceño fruncido—. Y no pienses que estoy intentando ligar contigo.

—Créeme, ya lo sé.

Él frunció el ceño aún más. Se alejó de ella y, por fin, dejó de tocarla.

—¿Acaso quieres que intente ligar contigo?

«Sí».

—No.

«Tú no les tienes mucho cariño a los hombres en este momento, ¿no te acuerdas? Ni siquiera a este ángel tan *sexy*».

—Entonces, tal y como iba diciendo —continuó Zacharel, después de carraspear suavemente—, tenemos que matar al demonio que te marcó. Cuando accediste a ser su esclava, le diste permiso para hacer lo que quisiera contigo. Sin embargo, cuando él muera, la marca desaparecerá, y los demás demonios perderán el interés en ti.

—Así que… ¿el cazador debe convertirse en la presa?

—Exactamente. Si no hacemos esto, nunca tendrás paz.

Un momento…

—Has hablado en plural.

—Sí.

—¿Es que estás dispuesto a ayudarme?

—Sí.

Ella sintió una gratitud abrumadora.

—Yo soy la que está en deuda contigo, y no al revés. Gracias. Muchas gracias.

—De nada. Cuando estés libre de la esencia del demonio, podrás vivir una vida larga y feliz, por ti misma. No estoy diciendo que no vaya a haber problemas; los problemas son parte de la vida. Pero nunca te verás en una situación como esta.

Annabelle se miró los pies. Tuvo la sensación de que lo que quería Zacharel era librarse de ella. Eso le dolió, pero no se quejó. La ayuda era la ayuda.

—Sé que ya estás excediendo tus deberes, pero hay algo más que necesito de ti —dijo, sin alzar la vista—. ¿Estarías dispuesto a pasar el mes que viene conmigo… lejos del cielo, a menos que tengas que luchar en alguna batalla? ¿Y sin preguntarme por qué?

Una pausa.

Una pausa muy larga.

Ella alzó la cara.

Vio la furia y el placer reflejados en los ojos de Zacharel.

¿Por qué la furia? ¿Y por qué el placer?

«No importa».

—Por favor —dijo ella.

—No te voy a preguntar por qué quieres que esté fuera del cielo. No hay necesidad, porque conozco la forma de actuar de los ángeles, y me lo imagino. Quiero saber si has negociado.

—¿El qué? —preguntó ella, intentando aparentar inocencia. Sin embargo, había aprendido algo de Koldo y de Zacharel: que, cuando uno no quería responder a algo, no valían las evasivas. Lo único que valía era hacer una exigencia—. No tiene importancia —dijo—. Vas a pasar un mes conmigo.

—¿O qué? —preguntó él. En un segundo, estaba frente a ella, agarrándola de la nuca.

—O… eh… ¡Ni siquiera puedo contártelo, de lo terrible que es!

—Mentira. El motivo es que no harás nada. Pero, está bien. Te concedo un mes de mi tiempo. A cambio de un precio, claro. Ya ves, yo sé negociar.

Capítulo 11

«Voy a tener a esta mujer», pensó Zacharel. «Aunque solo sea una vez, voy a tenerla. Por fin conoceré su sabor, y nunca tendré que volver a preguntarme cómo es».

El cuerpo de Annabelle estaba junto al suyo, y él cerró las alas para obligarla a que se acercara aún más. Aunque sus tendones y su piel, recién curados, protestaron un poco por el movimiento, eso no lo detuvo. Nada podría detenerlo.

—¿Y cuál es ese precio? —preguntó Annabelle suavemente.

Su olor dulce le llenó las ventanas de la nariz y los pulmones, y lo marcó al rojo vivo.

«Tus besos. Tu entrega», pensó él. Sin embargo, no lo dijo en voz alta.

Quería saber qué trato era el que había hecho con Koldo, por el que ella debía quedarse con él durante un mes, y alejado del cielo. Con aquel trato, Annabelle había conseguido el Agua de la Vida. También deseaba saber por qué Koldo quería mantenerlo alejado del cielo durante tanto tiempo.

Sin embargo, continuó en silencio. Le gustaba el resultado, así que no iba a presionar a Annabelle para conseguir las respuestas. Ella todavía no estaba preparada para dárselas, aunque él se encargaría de que llegaran.

—Ya hablaremos de los términos cuando lleguemos a nuestro nuevo destino —dijo—. Cuanto más tiempo estemos aquí, más peligro correrá el guerrero.

Ella lo observó durante un momento, buscando… ¿qué?

—Está bien. Dejaremos para más tarde la negociación.

Entonces, le rodeó el cuello con los brazos y enlazó los dedos por detrás de su nuca.

Annabelle siempre le sorprendía. Cuando esperaba que protestara, ella cedía. Cuando esperaba que cediera, se resistía. Cuando esperaba…

De repente, ya no pudo pensar más. Annabelle estaba tan cerca de él que parecían las dos mitades de un todo. Aquella idea hizo que le hirviera la sangre, y rompió a sudar.

«Zacharel».

Aquella voz masculina reverberó por su mente.

«¿Thane?», preguntó él. Al instante, había sentido preocupación.

«Sí».

«¿Estás bien? ¿Y los demás?».

«No nos han atacado, pero nos encontramos con los demonios que te perseguían».

«Bien. ¿Habéis dejado a uno con vida?».

«Sí».

«Averiguad quién envió a esos sirvientes. Vinieron a llevarse a Annabelle».

«¿Qué tal está ella?».

«Bien, pero para que esté a salvo, tengo que esconderla. Yo me voy a esconder con ella. Ponte en contacto conmigo cuando tengáis las respuestas. Y, Thane, venid a ver a Koldo cuando podáis».

«¿Por qué? ¿Qué ha pasado?».

—¿Zacharel? —dijo Annabelle—. No quisiera criticarte, pero estás ahí parado, mirándome fijamente.

—No, a ti no. Espera, necesito un momento —replicó él.

Sin embargo, aquella distracción cortó el vínculo mental. Él intentó recuperarlo, pero no lo consiguió.

—Vaya. Ya ha pasado el momento.

—De acuerdo —respondió ella con desconcierto—. Bueno, entonces, ¿cómo vamos a salir de aquí?

—Del mismo modo que salimos del hospital psiquiátrico. Mi pregunta es, ¿vas a disfrutar tanto del viaje como aquella vez?

Entonces, él convirtió en neblina sus cuerpos y los llevó a través del techo de piedra. No quería dejar solo a Koldo, pero ya había estado a punto de traspasar el límite de lo aceptable cuando lo había depositado sobre la cama.

Subieron por encima de la hierba y las flores, por encima de los altísimos árboles, y ascendieron por el cielo del mediodía. El sol estaba oculto tras las nubes. Había pájaros volando en todas las direcciones.

—Nunca me acostumbraré a la belleza —dijo Annabelle, con un jadeo, en tono de asombro y reverencia.

En efecto, estaba disfrutando de aquel vuelo tanto como del otro. ¿Cómo reaccionaría ante las cosas que podían hacer las demás mujeres? Cosas como ir de compras, bailar e ir a una cita.

—¿A ti no te parece precioso? —le preguntó.

—Una vez me lo pareció, sí, y pensé que la belleza nunca se iba a marchitar.

«Nacimos en este asombroso mundo, Zacharel. Nuestra función es proteger esta tierra, y a su gente».

«Lo único que yo veo es la sangre de nuestros padres, salpicada sobre la hierba y los mares».

«Murieron luchando contra los demonios». No habían sido capaces de recuperarse de las heridas. «No hay un honor más grande que ese. ¿Cuántas veces me lo has dicho tú? Entonces, ¿por qué no puedes concentrarte en la pureza y la inocencia que brilla ante nosotros, y olvidar la mancha del pasado?».

Ni su hermano ni él sabían lo que iba a ocurrir después de pocas semanas. Hadrenial había sido capturado y torturado, y Zacharel no había podido rescatarlo hasta después de un año. Hadrenial ya no pensaba que el mundo fuera un lugar lleno de esplendor y gloria. Había visto la fealdad del mal, y había empezado a temer y a odiar.

—¿Estás bien? —le preguntó Annabelle—. Te has puesto tenso.

—Shhh. Tengo que mantener la concentración —dijo él.

—Ni se te ocurra volver a mandarme callar —replicó ella.

A Zacharel se le movieron las comisuras de los labios hacia arriba, como casi siempre que estaba con ella. Miró hacia delante, pero no vio demonios en la cercanía. Sin embargo, no podía correr el riesgo de llevarla a un lugar público. A menudo, los demonios seguían a los humanos sin que estos se dieran cuenta. Debería llevarla a una isla inexplorada del Pacífico, tal y como había pensado, pero… cambió de opinión.

Durante una hora, se deslizó por aquella vasta extensión azul, subiendo y bajando, dibujando un zigzag imposible de seguir.

—Como no quieres decirme qué te pasa, y me doy cuenta de que sigues molesto por algo, podrías explicarme por qué ya no crees en la belleza del mundo.

Aparecieron nubes blancas rodeando picos montañosos cubiertos de nieve. Había praderas de hierba verde y prados llenos de flores silvestres. El agua era azul intenso. Ya no vio las partes de sus padres esparcidas por diferentes lugares del mundo. Ya no se imaginó el horror de los últimos días de su hermano, pero de todos modos…

—Lo que rodea a un hombre está, a menudo, manchado por sus recuerdos.

Ella suspiró, y su respiración cálida le acarició el cuello.

—Es verdad. Después de lo que le pasó a mi familia, mi hermano vendió la casa y todo lo que había dentro. No quería nada que pudiera recordarle el horror que yo había provocado.

—Tú no provocaste ese horror.

—No, pero él piensa que sí —respondió ella con una profunda tristeza.

—Las palabras pronunciadas con fe tienen poder, Annabelle; incluso las negativas. Si quieres que él cambie de opinión, empieza a hablar y a actuar como si fuera a hacerlo.

—¿Y su libre albedrío? Además, yo no puedo decir que él piensa que soy inocente. Eso sería mentir.

—Puede cambiar de opinión. Y no, no sería mentir. Tú hablas de ello, y como las palabras tienen poder, tu fe lo convierte en realidad.

—Pero es que yo no tengo fe en eso.

—Sí, la tienes, aunque sea poca. La fe se puede medir. Va aumentando a medida que tú piensas y meditas en una verdad espiritual. Y no me niegues con la cabeza. Lo que digo es cierto: hay leyes naturales, como la gravedad, y hay leyes espirituales, como esta. Puedes tener lo que dices si crees que lo tienes antes de saber con certeza que lo tienes. Eso es la fe.

Ella reflexionó durante un instante.

—Está bien. Entonces, él quiere volver a ponerse en contacto conmigo.

—Bien. Sigue diciendo eso, y sigue pensándolo. Cuando la idea contraria intente hacerse un hueco en tu cabeza, oblígala a marcharse. Algún día, lo creerás en cuerpo y alma.

—¿Y entonces, él querrá recuperar su relación conmigo?

—Entonces, tú liberarás un poder espiritual que nunca has conocido.

Ojalá él hubiera puesto en práctica aquellas verdades durante su vida.

—Está bien, de acuerdo. Creo que voy a meditar sobre estas cosas —dijo Annabelle, y cambió de tema—: ¿Dónde estamos?

—En Nueva Zelanda —respondió él.

La entrada a la caverna de Thane estaba en la falda de una de las montañas. Los ángeles tenían hogares por todas partes del mundo, porque un guerrero nunca sabía dónde iba a terminar cazando a un demonio en concreto, ni cuándo iba a resultar herido y requerir descanso. Como muchos otros, Thane había elegido un lugar con la menor presencia humana posible.

La llevaría allí, pero más tarde.

—Siempre he querido viajar —comentó Annabelle.

—Y ahora vas a hacerlo a lo grande.

Ella se rio suavemente, y el sonido de su risa anegó de placer los sentidos de Zacharel.

—Eso no puedo negarlo.

Zacharel pasó por delante de la entrada de la caverna y dejó atrás la bahía de Whangaparaoa. Cuando llegó a Auckland, aterrizó en un callejón vacío. No quería soltar a su pasajera, pero se vio obligado a hacerlo.

Con una sencilla orden mental, transformó sus túnicas en pantalones y camisas negros.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó ella—. ¿Y por qué es tan suave la tela?

Annabelle quería acariciarlo, y pronto.

—No es difícil. Puedo hacerlo porque las túnicas acatan mis órdenes, como la nube —dijo él y, mientras hablaban, escondió las alas en una bolsa de aire.

Con expresión de desconcierto, como si no pudiera convencerse de lo que estaba viendo, ella alargó una mano; hizo una pausa, y se mordió un labio.

—¿Puedo?

Al pensar en que sus dedos iban a acariciarle las alas, Zacharel sintió una opresión en la garganta. No podía hablar, así que asintió; sacó las alas por el borde de la bolsa de aire para que ella pudiera verlas.

Contacto. El contacto de las yemas de sus dedos le envió descargas eléctricas por todo el cuerpo.

—Siguen ahí —dijo Annabelle, con reverencia.

Seguían allí, sí, pero solo para ella.

Annabelle lo acarició un momento más, y él estuvo a punto de soltar un gruñido de placer. Después, ella apartó la mano.

—Bueno, ¿y qué estamos haciendo aquí, así vestidos?

Él suspiró cuando sus caricias terminaron.

—Vamos a ir de compras. Podemos comprar ropa, zapatos y todo lo que vayas a necesitar estos días.

Annabelle se posó una mano en el corazón.

—¿Acabas de decir «ir de compras» sin estremecerte?

—Sí, ¿por qué?

—Eso tiene que ser un récord. Todo el mundo sabe que los hombres odian ir de compras.

—¿Cómo voy a odiarlo, si nunca lo he hecho?

Ella sonrió.

—Si no fueras ya un ángel, te consideraría un santo. Pobrecito. No sabes lo que te espera.

Annabelle nunca había disfrutado tanto.

Los edificios eran tan bellos como las montañas que rodeaban la ciudad. Había mucho cristal y muchos letreros brillantes.

El agua era azul como el cielo, y las velas blancas de los barcos parecían un reflejo de las nubes. Sin embargo, lo que acaparó toda la atención de Annabelle fueron los arcos y las columnas de las calles, y la gente que iba en todas las direcciones.

Cuando era más joven, siempre había dado todas aquellas cosas por supuestas. Cuando quería ir de compras, sus padres la llevaban al centro comercial. Se probaba los trajes y ellos le daban su parecer.

«Nunca has estado tan guapa, cariño».

«Todos los chicos se van a volver locos por ti, nena».

«Claramente, has heredado el estilo de tu madre».

Annabelle tuvo que pestañear para que no se le cayeran las lágrimas. Sintió una inmensa nostalgia por todo lo que había perdido, y tristeza. Sin embargo, pronto todo aquello se convirtió en determinación. Era libre, y no quería que aquel tiempo que podía pasar con Zacharel se le estropeara. Solo había que pensar en lo que le había ocurrido a él: había permitido que el pasado lo manchara todo, y ya no podía disfrutar de la belleza del mundo.

—¿No te lo estás pasando bien? —le preguntó Zacharel.

—Sí, te lo prometo.

Él asintió, aunque no parecía que estuviera muy convencido.

—¡Te lo voy a demostrar!

Entonces, comenzó una compra frenética. Al principio, mientras miraba toda la ropa de las perchas de las tiendas, no estaba segura de que la gente pudiera ver a Zacharel. Después se dio cuenta de que todas las mujeres se quedaban mirándolo con la boca abierta.

Se sintió muy bien al pensar que él estaba con ella, pero al cabo de un rato se dio cuenta de que los hombres, incluso los dependientes, se mantenían alejados de ella. ¿Por qué? Miró a Zacharel; él estaba fulminando con la mirada a un hombre que estaba un par de pasillos más allá. El hombre retrocedió y salió de la tienda.

Bien, duda resuelta.

Sin embargo, no pudo reprenderlo. Zacharel era algo más que un guardaespaldas; también era un cajero automático. Cuando ella encontró lo que quería: una camiseta, unos pantalones, unas botas y un bolso, de repente, Zacharel tuvo dinero para pagarlo.

—¿Sigues triste? —le preguntó ella, mientras él ocultaba sus compras del mismo modo que había ocultado sus alas.

—Yo…

—¡Espera! —exclamó Annabelle. Acababa de ver un puesto de galletas. Se dirigió rápidamente hacia el mostrador—. Dos galletas de pepitas de chocolate, por favor —le dijo a la dependienta.

Nunca hubiera creído que podría volver a hacer algo tan frívolo como aquello. Estuvo a punto de echarse a llorar de la emoción. Lo raro era que, desde que había escapado del hospital penitenciario, había tenido que contener las lágrimas más veces que durante los cuatro años que había pasado allí.

—Yo no quiero galleta —dijo Zacharel.

—Eh… ah… Sí, la segunda galleta era para ti.

Él chasqueó la lengua mientras pagaba la cuenta.

—Qué mentirosilla eres, Annabelle.

Una mirada de circunspección demostró que no estaba enfadado. Qué sorpresa. Normalmente resoplaba y refunfuñaba. Sin embargo, en aquel momento tenía una expresión de calidez.

Siguieron paseando por el centro comercial con las galletas en la mano. Después de cinco pasos, Annabelle se había comido la mitad de la primera. Cinco pasos más tarde, había terminado la otra mitad. ¡Aquello era vivir!

Comenzó a mordisquear la segunda galleta con intención de saborearla hasta el final.

—Estás tratando la galleta como si fuera un gran tesoro.

Pues sí, porque lo era.

—¿Tienes algo contra las galletas?

—No lo sé, porque nunca he comido ninguna.

—¿Nunca?

—No, nunca.

—¡Pero eso es una barbaridad!

—No creo.

—¿Por qué no las has probado nunca?

—Porque siempre tomo alimentos que me fortalezcan.

—No sé si te das cuenta de lo absurdo que es eso. Pero, por suerte para ti, Annabelle Miller está aquí contigo, y no va a permitir que sigas un minuto más sin conocer la perfección del éxtasis proporcionado por un buen chocolate.

Annabelle se detuvo, partió un pedazo de galleta y se la acercó a los labios.

—Abre la boca. Estás a punto de conocer el significado de «delicioso».

El calor de Zacharel se intensificó, y su expresión se suavizó. Siempre parecería un guerrero, con sus músculos y su fortaleza, pero en aquel momento parecía más un seductor. El príncipe de su sueño… Solo que él no era un maldito demonio disfrazado.

—Eres como Eva con la manzana.

—¿Eso es un insulto o un cumplido?

—Las dos cosas.

—Entonces, solo estoy medio ofendida —dijo ella, y trazó una línea de chocolate derretido a lo largo del labio inferior de Zacharel —. Vamos, abre la boca. No me hagas que te lo ordene otra vez.

Él obedeció.

Entonces, ella le puso el pedazo de galleta en la lengua, pero antes de que pudiera retirar los dedos, él cerró los labios a su alrededor y succionó. A ella se le escapó un jadeo; todo el calor que había notado a su alrededor se extendió por su cuerpo y la hizo temblar.

Él no pretendía nada con aquello; Annabelle lo sabía. Retiró los dedos lentamente. Zacharel no tenía experiencia, y no sabía lo que implicaba aquel gesto.

Él se comió la galleta y se relamió sin apartar la mirada de ella. Annabelle se maravilló con sus pestañas y sus ojos.

Qué hombre tan guapo.

—Tienes razón —dijo Zacharel—. Deliciosa.

Ella intentó responder con frivolidad.

—Es una pena que no pidieras una para ti —dijo, y se metió el resto de la galleta a la boca.

Para su asombro, él sonrió. ¡Sonrió de verdad! Los labios se le curvaron hacia arriba; mostró su dentadura blanca y perfecta, y se le formaron hoyuelos en las mejillas. Ella sintió una tormenta por dentro. Zacharel era… era… magnífico.

—Podría quitarte ese pedazo de galleta ahora mismo, robándotelo de la boca —le dijo él—. Entonces, ¿qué harías, listilla?

Ella tragó antes de atragantarse.

—¿Ofenderme e indignarme?

—Ya… —dijo él, y su sonrisa desapareció.

Por un momento, ella se sintió como si se hubiera puesto el sol y se hubiera hecho la oscuridad.

—No quería decir que fuera a odiarte por…

—Déjalo. Vamos, termina con tus compras —dijo él. La tomó de la mano y tiró de ella hacia delante.

Más bien, la arrastró.

—Está bien, pero solo porque pagas tú —refunfuñó Annabelle.

—No te preocupes, tendrás que compensarme.

—¿De veras? ¿Y cómo?

Él la miró de una manera que solo podía describirse como abrasadora.

—Ya verás.

Capítulo 12

—Agacha la cabeza —le dijo Zacharel, y pegó las alas a su espalda mientras seguía recorriendo como una flecha aquel túnel estrecho y curvo. Llevaban mucho tiempo volando pero, por fin, él vio su destino. Annabelle se aferró a él y escondió la cara en su cuello.

El túnel terminaba en una enorme caverna cristalizada. Él abrió las alas y frenó, y depositó a Annabelle en el suelo con delicadeza. A ella le temblaban las rodillas y, por un momento, tuvo que agarrarse a él. Después lo soltó y se apartó para que sus cuerpos no siguieran tocándose. De nuevo, él sintió agudamente la pérdida de su contacto, y eso hizo que apretara los dientes de irritación.

Llevaba todo el día obsesionado con ella. El hecho de tocarla, de mirarla y de notar su respiración había aumentado exponencialmente la tensión que sentía. Cada vez que había percibido un cambio en sus emociones se había sentido confuso: de feliz a triste, de juguetona a taciturna. Entonces, él quería abrazarla y conseguir que solo sintiera felicidad, aunque no se lo había permitido a sí mismo. Cada vez que ella se reía, su sangre había hervido más y más, y no habría podido conformarse con un simple abrazo.

Y, cuando ella le había dado la galleta… Cuando él había tenido sus dedos en la boca… Zacharel había tenido que controlarse para no quitarle la ropa y descubrir, de una vez por todas, por qué los humanos disfrutaban tanto cuando había dos personas desnudas.

Un día no muy lejano, se permitiría el lujo de explorar las curvas de su cuerpo y experimentar la pasión. Sin embargo, no iba a permitirse ir más allá, porque no podía convertirse en un adicto a una fémina que era mortal y, además, la consorte de un demonio. Satisfaría su curiosidad y retomaría la vida que conocía, y que le gustaba. Tal vez estuviera mal por su parte, pero era la única opción que tenía.

Un ángel guerrero no podía tener a una humana a su lado. La brutalidad que se producía continuamente entre los ángeles y los demonios era demasiado peligrosa para un ser tan frágil. Además, se avecinaba una guerra entre ángeles, titanes y griegos. Él ya notaba la tensión en el ambiente, oía los rumores de una inminente revuelta. Y, por otro lado, la duración de sus vidas era muy distinta.

—¿Dónde estamos? —le preguntó ella con un temblor de angustia mientras miraba a su alrededor.

Aun sin mirar, él sabía lo que estaba viendo. Un perchero lleno de grilletes para las muñecas y los tobillos de alguien. Una cama vestida con sábanas negras. Una pared llena de instrumentos que él no deseaba usar nunca.

Podía haber elegido cualquier caverna que le perteneciera a un ángel como él, un varón que nunca había experimentado el deseo. Sin embargo, había elegido la morada de Thane porque tenía la esperanza de asquearse y avergonzarse de sí mismo y poder abandonar sus intenciones.

Pero no, eso no había ocurrido… Seguía deseando a Annabelle. Quería hacerle cosas que…

A ella se le heló la mirada, tanto que estuvo a punto de congelarlo a él también. A él, que había conocido un frío como ningún otro.

—¿Qué precio vas a hacerme pagar a cambio de quedarte conmigo? Ibas a decírmelo cuando llegáramos a nuestra nueva situación. Pues bien, aquí estamos, y no puedo decir que me hayas impresionado mucho.

—No es solo que no estés impresionada. Estás disgustada, ¿verdad?

—Sí —dijo Annabelle, y señaló el arsenal que había ante ellos—. ¿Y puedes reprochármelo, después de todo lo que he tenido que soportar? Ya me imagino lo que quieres hacer conmigo.

Aquella respuesta no era un buen presagio, y Zacharel frunció el ceño. ¿Acaso Annabelle encontraba algún defecto en aquellos instrumentos, o en él?

—En primer lugar, yo nunca usaría esas cosas contigo, ni te pediría que tú las usaras conmigo. En segundo lugar, yo solo voy a pedirte lo que tú quieras darme. Voluntariamente.

Ella se quedó mirándolo con la boca abierta durante unos segundos. Después, agitó la cabeza.

—Si me estás pidiendo que te pague con mi cuerpo, entonces las relaciones sexuales no serán consentidas, por muy complaciente que yo te parezca. En realidad, yo no estaría entregándome a ti. Tú me estarías forzando. ¡Como Fitzpervert!

Él se enfureció.

—Yo no soy como él. ¿Me deseas? —le preguntó.

Ella se humedeció los labios y tragó saliva.

—Me siento atraída por ti, sí.

Aquello aplacó su ira.

—Yo también me siento atraído por ti —dijo. Aunque, en realidad, aquella era una afirmación muy suave para el deseo que lo tenía constantemente atenazado—. Entonces, ¿cuál es el problema?

—No voy a volver a permitir que me obliguen a hacer nada que no quiero —respondió ella—. No voy a permitir que me aten de manos, ni figurativamente, ni literalmente.

Él comprendió, entonces, cuál era el error que había cometido, y soltó una maldición. No debería haberla llevado a un lugar así, aunque fuera apropiado para su objetivo, ni debería haber intentado presionarla. Debería haber permitido que las cosas progresaran naturalmente.

—Ya te he dicho que yo no soy como el médico. No soy como los demás hombres a quienes has conocido. ¿Por qué iba a salvarte para hacerte daño después? Pero, muy bien, si no eres capaz de confiar en mí, tendremos que negociar. Ya te he dicho que sé hacerlo.

Eso calmó un poco a Annabelle.

—De acuerdo. Te escucho.

—Me quedaré contigo durante un mes —le dijo él, y pensó que se quedaría más tiempo a su lado si, finalmente, no había conseguido satisfacer su curiosidad—. Si me prometes que vas a besarme cuando sientas la necesidad de hacerlo.

—Pero esa chica… la que te besó sin tu permiso…

—La situación contigo no es la misma. Tú tienes mi permiso. Tienes una invitación para hacerlo —dijo él; se le había enronquecido la voz, y su tono era de deseo.

—Porque tú te sientes atraído por mí —dijo ella.

—Sí.

—Pero ¿qué pasa si nunca siento la necesidad de besarte?

—Entonces, no lo hagas —respondió él. Sin embargo, se aseguraría de que Annabelle quisiera besarlo.

Ella lo miró de pies a cabeza una vez, y otra. Sus expresivos ojos revelaban una combinación de nerviosismo, esperanza y… algo muy apasionado.

—Está bien. Acepto tus términos.

A Annabelle le había parecido buena idea acceder a la petición de Zacharel y hacer aquel trato con él, pero, unas horas después, se preguntaba si iba a tener el valor de cumplirlo.

No había podido pensar en otra cosa.

—Parece que estás acalorada —le dijo Zacharel. Estaba en la cocina, preparándole un sándwich.

—Sí, estoy acalorada —dijo ella. La túnica que se había adaptado a su cuerpo y se había transformado en una camiseta y unos pantalones negros había recuperado su forma de vestido justo antes

de que volaran hasta aquella caverna, y la cubría desde el cuello hasta los pies—. Me vendría bien tomar una ducha. Sola.

—Las túnicas limpian a quien las lleva de dentro hacia fuera. Nunca has estado más limpia que ahora —dijo él.

—Ah. Magnífico —respondió Annabelle—. Bueno, ya me había dado cuenta de esa función de la túnica cuando tú estuviste herido.

—Tal vez deberías ponerte tu ropa nueva.

—Sí, creo que voy a hacerlo.

Sin embargo, no del modo que él debía de pensar.

Zacharel había dejado las compras en la entrada. Ella rebuscó en varias de las bolsas hasta que encontró lo que quería. Entonces, comenzó a vestirse por debajo de la túnica.

—Injusto —murmuró Zacharel. O, por lo menos, eso le pareció oír a ella.

Cuando se puso la ropa interior, la camiseta, los pantalones y las botas, y consiguió hacer dos cortes adecuados para tener acceso fácil a las dagas, se quitó la túnica.

Zacharel la miró de la cabeza a los pies y, después, de los pies a la cabeza.

—Me parece bien. Ahora, vas a comer —le dijo, y llevó el plato a una mesa de madera. Se sentó y le hizo un gesto para que ella se sentara también.

—Y vamos a hablar —respondió Annabelle.

—Por supuesto.

Ella se refería a que continuaran hablando de su trato, pero él comenzó a interrogarla rápidamente.

—El demonio que mató a tus padres —dijo él, mientras le indicaba que tomara un poco más del sándwich más delicioso que ella hubiera probado en su vida—: ¿cómo era?

—Feo. Muy feo. ¿Qué te parece si lo dejamos así? —respondió ella, reticente.

—No, ni hablar.

—Ya me parecía a mí.

Ella dio un mordisco al sándwich y lo masticó, intentando no recordar a la bestia que había aparecido con tanta frecuencia en sus pesadillas durante los últimos cuatro años. Con la voz trémula, se lo describió a Zacharel: los ojos rojos, la cara de humano y los colmillos de vampiro. La piel suave de color púrpura, los cuernos de su espina dorsal y la cola terminada en una punta de metal.

Zacharel fue frunciendo el ceño.

—Esa descripción corresponde a bastantes demonios, pero no al que dictaminó qué demonios podían entrar al hospital psiquiátrico en el que estabas, y cuáles no. De todos modos, encontraremos a Burden y hablaremos con él.

Burden: carga. Qué nombre más horrible.

—¿Y él te dirá la verdad?

—Tal vez, con un poco de persuasión. Sin embargo, algunas veces es posible discernir la verdad desmenuzando una mentira.

—Bueno, si tú estás seguro… Y, para que lo sepas, sé enfrentarme al peligro. Ni se te ocurra intentar dejarme atrás.

Él entrecerró los ojos, pero no consiguió ocultar las llamas verdes que habían cobrado vida.

—Puedo dejarte atrás sin problemas, Annabelle, y tú no puedes hacer nada por evitarlo.

—Y yo puedo odiarte —replicó ella—. Bueno, no te odio, porque ahora me niego a odiar a nadie, ¡pero puedo enfadarme mucho!

—¿Y crees que eso me molestaría? —preguntó él, en tono de indiferencia, como si la respuesta no le importara.

Sin embargo, sí le importaba, y ya no podía ocultarlo más. Deseaba a Annabelle, y le había propuesto que le entregara su cuerpo como pago; cuando ella le había dicho que no, había decidido conformarse con sus besos. Estaba tan desesperado por conseguirla, que se contentaría con lo que pudiera conseguir.

—Te voy a dar un consejito, Maravilla con Alas. No es bueno amenazar a la mujer a la que quieres seducir —dijo Annabelle.

Entonces, él alargó el brazo y le pasó un dedo con suavidad por la clavícula.

—Si amenazándote puedo salvarte la vida, lo haré. Y cumpliré mi amenaza. Será mejor que lo sepas desde el principio para evitar llantos más tarde.

Aunque aquella caricia de Zacharel le había provocado una descarga eléctrica, ella no permitió que se hiciera con el control de la situación.

—Yo quiero a un hombre que sea mi igual, no mi jefe.

Él bajó el brazo.

—Nunca seré tu igual. Siempre seré más fuerte y más rápido.

¿Mejor?

Sí, claro, pensó Annabelle, y perdió toda la seguridad en sí misma. El sándwich se le convirtió en una piedra en el estómago.

—Ni siquiera sé por qué quieres besarme. Haces que parezca un trofeo. Tal vez debiéramos anular nuestro trato.

Él dio un puñetazo en la mesa.

—El trato permanece intacto.

Aquel estallido de ira asombró a Annabelle. Y debió de asombrar también a Zacharel, porque en cuanto se dio cuenta de la fuerza que había ejercido, se humedeció los labios y añadió:

—De lo contrario, yo también podría abandonarte en cualquier momento, y tú no querrás eso, ¿verdad, Annabelle?

No, porque él podría regresar a los cielos. Y esa era la única razón por la que ella había decidido capitular. Sí, de verdad.

—Bien. El trato permanece intacto. Sin embargo, cuanto más hablas, más me desagradas. Lo sabes, ¿no?

—Será todo un placer remediarlo. En primer lugar, no son tu fuerza ni tu velocidad lo que me atraen de ti. Es… todo. Tu risa, tu inteligencia, tus emociones… También tu valor y tu dulzura. En segundo lugar, sí que eres un trofeo para mí. Has hecho que desee algo que nadie más me ha hecho desear: la comunión de los cuerpos.

Bien, nunca volvería a decirle a aquel hombre que no sabía seducir a una mujer. Sus palabras la afectaban profunda e inexorablemente. La comunión de los cuerpos, el suyo y el de ella.

Unidos como si fueran uno. El mero hecho de pensarlo le puso la piel de gallina, y ya no sintió más nerviosismo. Él acababa de recordarle que aquel acto iba a ser algo especial, y no vergonzoso, entre dos personas que estaban destinadas a unirse.

¿Destinadas a unirse? ¿Zacharel y ella?

Él apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—En tercer lugar, el ángel rubio, Thane, es el propietario de esta cueva. Esos instrumentos son suyos —dijo y, con un movimiento de la cabeza, señaló una camilla que le recordó a la suya del hospital psiquiátrico—. Y los usará si te entregas a él. Así que no vas a entregarte a él.

Aquello parecía un ataque de celos. Y el cambio que había sufrido Zacharel, de distante y amenazador a posesivo, le resultó tan asombroso como el puñetazo en la mesa. Annabelle se sintió eufórica y poderosa.

—Tienes razón —dijo, antes de que ella pudiera responder—. Hablar no nos está haciendo ningún bien. Come.

Vaya. Cada vez que ella creía que se había salido con la suya, él tenía que estropeárselo.

—Sí, papá —refunfuñó ella, y se metió otro pedazo de pan en la boca.

Zacharel la miró con ferocidad.

Después de terminar de comer, ella lo observó disimuladamente. Pese a su cambio de humor, parecía que acababa de salir de un cuadro. Su rostro era increíble. ¿Se acostumbraría alguna vez a su belleza?

Después de todo, él siempre iba a tener el pelo negro y la piel tersa. No iba a cambiar nunca. Siempre tendría aquel aspecto, mientras que ella iba a envejecer, ¿verdad?

—Para que lo sepas —dijo, cuando se dio cuenta de que el silencio se había hecho tan tenso como las palabras—. No deseo a Thane.

Él asintió satisfecho.

—Bueno, ¿cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—Unos cuatro días, no más. Necesito saber si los demonios pueden sentir tu presencia cuando estás en un lugar subterráneo. La respuesta a esa pregunta guiará nuestro curso de acción.

Annabel pensó que aquel era tiempo suficiente para que él pudiera enseñarla a luchar contra los demonios. Claro, que aquella lección requería contacto físico y, seguramente, el contacto físico haría que sus hormonas se volvieran locas. Querría besarlo y, entonces, ella tendría que cumplir su parte del trato.

¿Tendría valor suficiente?

Qué pregunta tan tonta.

Había cientos de preguntas que la angustiaban.

¿Y si lo hacía mal? ¿Y si conseguía que Zacharel no quisiera volver a besarse con nadie? ¿Y si se asustaba? Por otra parte, ¿y si le gustaba? ¿Y si quería más? ¿Y si él se negaba a darle más? ¿Y si él la rechazaba, como había hecho con la otra muchacha? ¿Y si él quería algo más que un beso, y ella se negaba a dárselo? ¿Decidiría él, entonces, que ella ya no merecía la pena y la dejaría abandonada en cualquier parte?

No. Zacharel no era un gusano. Tal vez fuera frío y cruel, pero tampoco era un mentiroso. Había accedido a quedarse a su lado durante un mes, y cumpliría su palabra… Sin embargo, ¿se arrepentiría de haber hecho aquella promesa?

La única manera de conocer las respuestas a todas aquellas preguntas…

Lo bueno de aquello era que la primera vez ya habría pasado, y ella dejaría de estar nerviosa de una vez por todas.

—Zacharel —susurró.

Él la miró fijamente.

—¿En qué estás pensando, Annabelle? —le preguntó él, con una voz enronquecida que le acarició todos los sentidos.

Y, como él, ella no pudo mentir. En aquella ocasión, no.

—En besarte.

Inmediatamente, él clavó la mirada en sus labios.

—¿Por qué?

«Porque piensas que soy un trofeo. Porque, cuando me miras, me siento adorada».

—Creo que ya sabes la respuesta.

Él sonrió lentamente.

—Entonces, ¿a qué estás esperando? Ya sabes lo que tienes que hacer.

Capítulo 13

Zacharel esperó mientras Annabelle se acercaba a él. Ya estaba tenso, pero, cuando ella se situó entre sus piernas, se sintió rígido. Una parte de su mente le gritaba que la detuviera, que parara aquello. Después de besarla por primera vez, no habría vuelta atrás. Obtendría un conocimiento que iba a pasar a formar parte de sí mismo.

El resto de su mente le gritaba que la besara. Que continuara. Y aquella última parte fue la que ganó.

Sentía curiosidad, sí, pero, aparte de eso, sentía la necesidad de proporcionarle placer a aquella mujer. Las curvas de Annabelle estaban hechas para sus manos. Posó las palmas en sus caderas pequeñas y frágiles, y ella le puso las manos en los hombros. En cuanto se tocaron, a ella se le escapó un suave jadeo que llenó el aire.

—Acércate más —dijo él, y tiró de ella hasta que estuvieron juntos.

Como él estaba sentado, sus ojos y sus bocas habían quedado a la misma altura. Tenía que probarla ya…

Sin embargo, ella no le dio lo que quería.

—Si no te gusta, dime que pare, ¿de acuerdo? No te pongas como un cavernícola, ni me insultes, ni me culpes…

—Me va a gustar, y tú vas a enseñarme lo que hay que hacer.

—Pero si no te…

—No me des más evasivas.

Zacharel deslizó la mano por su espalda, hacia arriba, y la metió entre su pelo. Cerró el puño alrededor de los mechones de su nuca y la atrajo hacia sí.

—¿Estás seguro?

Él presionó los labios contra los de ella. Eran unos labios muy diferentes a los suyos, tan suaves como los pétalos de una rosa, y carnosos. Lo fascinaron desde el primer roce. Se echó hacia atrás maravillado, y después volvió a besarla. Y, en aquella ocasión, con un gemido de placer, ella abrió la boca.

Deslizó la lengua contra la de él, y Zacharel percibió los sabores del verano: las fresas con nata, las rosas florecidas y las noches calurosas.

Al estar tan concentrado en ella, pudo seguirla. Cuando ella movía la lengua, él sabía cómo responder. Cuando su lengua se retiraba, él sabía que debía perseguirla. Disfrutó de aquella experiencia y pronto deseó más.

Ella pasó las yemas de los dedos por su pelo, y Zacharel tuvo un cosquilleo en el cuero cabelludo; nadie le había tocado la piel de aquella manera.

—No sé a ti, pero a mí me gusta esto —susurró ella, sorprendida.

—Sí.

La sangre de Zacharel había estado helada durante mucho tiempo, pero, en aquel momento, le hirvió en las venas y lo calentó. Comenzó a sudar por la frente, por la espalda, por el estómago.

Incluso la respiración le ardía. Solo había una cura para aquella fiebre, y él supo instintivamente cuál era. Tenía que estar más cerca de ella, tenía que acariciarla. Tenía que poseerla por completo.

—Arriba —le ordenó.

Ella no obedeció de inmediato, y Zacharel la agarró por el trasero y la levantó, haciendo que se aferrara a él con las piernas y posara el peso del cuerpo en él. Y sí, se dio cuenta de que aquello era exactamente lo que necesitaba. Sintió una descarga de placer, algo como una bella forma de tortura.

Ella gimió y le clavó las uñas en el cuero cabelludo, como si quisiera mantenerlo en su sitio, como si le preocupara que él pudiera apartarse. No pensaba hacerlo; estaba perdido, y solo podía ver y sentir a la mujer que tenía en el regazo. Salvo que…

Salvo que aquella nueva posición ya no era la bendición que él había pensado.

—Annabelle —dijo.

Aquel dolor necesitaba algún tipo de alivio.

—Zacharel.

—Haz… más —le rogó él.

—De acuerdo. Sí. Por supuesto. ¿Qué quieres que haga?

—Lo que quieras darme. No sé… tal vez… balancéate contra mí.

Sí. Mientras se besaban sin cesar, él se arqueó hacia ella y se ciñó contra su cuerpo. Comenzó a moverse hacia atrás y hacia delante, mientras los dos gruñían de placer.

¿Cómo era posible que hubiera pasado tanto tiempo sin aquello? No era de extrañar que los humanos estuvieran dispuestos a luchar los unos contra los otros con tal de conseguir el objeto de sus deseos. Aquella conexión… Él nunca había experimentado nada igual. No era solo Zacharel, era el hombre de Annabelle, y se alegraba de serlo.

—¿Zacharel?

Ella tenía los senos aplastados contra su pecho, cosa que le provocó un nuevo dolor. Tenía que sentirla en la piel desnuda, sin barreras. Se rasgó la túnica por el cuello y liberó los brazos de la tela; el resto de la prenda se regeneró a sí misma alrededor de su cintura. Después rasgó el algodón de la camiseta de Annabelle, y ella inhaló con brusquedad.

Le habría desgarrado también el sujetador, pero era precioso. Oh, ella era preciosa. Zacharel se echó a temblar mientras le acariciaba el pecho, maravillándose de que fuera tan pesado y a la vez tan blando. «Tengo que… probarlo…».

—Espera —creyó oír.

Su mente estaba tan embriagada de placer que él no hizo caso; agachó la cabeza y le besó el escote. Annabelle arqueó la espalda para alejarse de él, pero a él no le gustó eso, así que liberó una de sus manos para agarrarla.

—¡Zacharel!

—Annabelle.

La niebla de su mente se hizo más espesa, y no se percató de que unas manos delicadas le estaban empujando los hombros, intentando apartarlo. ¿Por qué se había negado a sí mismo, durante tanto tiempo, aquel tipo de contacto? ¿Y cómo había podido convencerse de que una sola vez con una mujer sería suficiente? Tendría aquello, y tendría a Annabelle. Estaría con ella, al menos, una vez al día, hasta que se hubiera cansado de aquellos actos.

Tal vez nunca se cansara.

Notó algo que le arañaba la mejilla y le hacía sangre. Soltó a Annabelle para apartar de un manotazo lo que fuera. «No puedo permitir que le haga daño a Annabelle». En cuanto lo hizo, ella dio un salto hacia atrás y se puso en pie. Zacharel hizo lo mismo. Tenía la túnica sujeta en la cintura. Intentó agarrar a Annabelle, pero ella le dio un puñetazo en la nariz, y él comenzó a sangrar.

Él frunció el ceño y, pese a todo, siguió tratando de agarrarla. Era exquisita.

—Annabelle, bésame.

—¡Ni lo pienses, rata asquerosa!

Le dio un rodillazo entre las piernas, y él pensó que seguramente necesitaría que le operaran para sacarle los testículos del abdomen.

El dolor hizo que se le cortara la respiración. Por fin, la niebla desapareció de su cabeza, y miró hacia arriba desconcertado por aquella violencia. Ella aprovechó para golpearle la cara de nuevo, y a él le fallaron las rodillas. Cayó al suelo con los ojos llenos de estrellas brillantes… pero no antes de poder ver los ojos de Annabelle, que estaban llenos de terror.

—Annabelle —dijo él, estirando los brazos, intentando demostrarle que no quería dañarla.

—¡No!

Por error, ella pensó que quería atraparla, y lo apuñaló. Se había cambiado de ropa, pero no había dejado las dagas que llevaba atadas a los muslos. Él tenía que haberlo sabido.

—No vuelvas a tocarme nunca más —le escupió ella.

Él gruñó. Annabelle le había atravesado el riñón.

Ella se irguió y dejó caer la daga ensangrentada como si quemara. Con un puño, se agarró la camiseta para mantenerla cerrada, y, con el otro, se frotó el pecho, justo encima del corazón.

Temblando, comenzó a retroceder.

—¿Me has oído? ¡Nunca jamás!

Zacharel se dio cuenta de que él le había hecho eso. La había reducido a eso.

Se sintió avergonzado. Se puso en pie con dificultad. El dolor del costado era muy fuerte, pero no le prestó atención. Pronto se le curaría.

—Annabelle…

Ella siguió retrocediendo hasta que llegó a una de las paredes de la cueva. Entonces, extendió un brazo para mantenerlo alejado.

—¡No! —exclamó con pánico. Un momento más tarde, se inclinó hacia delante y gritó de dolor.

Zacharel corrió hacia ella. Al sentir su cercanía, ella se irguió y se echó hacia la derecha para evitar que la tocara.

—¡Basta! ¡Lo digo en serio! —gritó—. Tienes un corazón muy negro.

Él se detuvo y se miró. Tenía el pecho desnudo, y justo encima de su corazón había una mancha negra que era cada vez más grande y que se extendía por su cuello y su torso.

Otra parte de su espíritu había muerto.

«No me extraña que Annabelle no quisiera mi abrazo».

Desde que había entendido lo que significaba aquella mancha, que tenía los días contados, que estaba muriendo poco a poco, estaba satisfecho con el resultado; sin embargo, ya no lo estaba. Si

ocurría lo imposible y él moría antes que Annabelle, no habría nadie para protegerla.

Se colocó debidamente la túnica y alzó las manos con las palmas hacia fuera para tranquilizarla.

—Siento haberte hecho daño. No era mi intención —le dijo.

Poco a poco, paso a paso, fue acercándose a él.

Ella negó con la cabeza, sin dejar de frotarse el pecho.

—Te he dicho que no te acerques. ¡Atrás!

En aquel momento, él habría hecho cualquier cosa que ella le hubiera pedido, salvo eso. Si se retiraba, Annabelle no volvería a confiar en él, y él necesitaba su confianza. Ella construiría murallas a su alrededor, y él nunca podría derribarlas, porque estarían fortificadas por su terror y su furia. Así pues, se acercó más, puesto que no quería que aquello siguiera acrecentándose.

En cuanto la tocó, ella se revolvió y luchó contra él con todas sus fuerzas. Zacharel tardó más de lo que hubiera creído, pero al final consiguió agarrarla de las manos y girarla. Le quitó la camiseta rasgada y la sujetó mientras sacaba de la bolsa de aire una camisa que había comprado para ella porque tenía el mismo color azul que sus ojos.

Ella gritó y gritó, y forcejeó con todas sus fuerzas. Él le metió el cuello de la camisa por la cabeza, y después le puso las mangas.

Durante todo aquel rato, no dejó de susurrarle al oído:

—No te voy a hacer daño. Estás a salvo conmigo. No tienes nada que temer de mí.

Pero Annabelle estaba demasiado aterrorizada como para oírlo.

Tampoco iba a poder llegar hasta ella de aquel modo, así que, sin saber muy bien qué hacer, extendió las alas y se la llevó a la boca de la caverna. Ella se retorcía con tanta fuerza que estuvo a punto de caérsele dos veces, pero por fin consiguió depositarla en el suelo. En cuanto la soltó, ella echó a correr por el túnel para alejarse de él.

Entonces, él adoptó la invisibilidad y voló por encima de ella. Annabelle no dejaba de lanzar miradas de terror a su espalda, buscándolo. Aunque no lo vio, ni sintió su presencia, no aminoró el

paso. Corrió sin parar, estornudando y llorando. Al ver la luz del sol a la entrada de la cueva, aumentó el ritmo.

Salió al exterior y se tropezó con una gran piedra. Aunque el dolor le arrancó un gemido, se puso en pie y continuó. Zacharel percibió el olor de la sangre y se dio cuenta de que ella se había raspado las rodillas.

Los pájaros echaban a volar al verla y los animales salían huyendo. Ella cayó en un charco y volvió a tropezarse, en aquella ocasión con la raíz de un árbol. Paró la caída con las palmas de las manos, pero se torció el tobillo. Ni siquiera eso pudo aminorar su velocidad. Las ramas le hicieron cortes en las mejillas, y las hojas se le engancharon en el pelo.

Pronto se cansaría. Zacharel pensaba dejar que corriera hasta ese momento. Cuando no tuviera fuerzas, él aparecería e intentaría convencerla de que estaba arrepentido y de que aquello nunca volvería a suceder.

Aunque no sabía exactamente qué era lo que había hecho mal. Ella había disfrutado de sus besos y sus caricias, ¿no?

—Es igual que ellos —sollozó Annabelle, sin dejar de frotarse el pecho—. ¿Por qué tenía que ser como ellos? Le dije que se calmara, que fuera más despacio, pero él no lo hizo y ahora yo… yo…

Al oír sus palabras, Zacharel lo comprendió. Después de todo lo que había tenido que soportar Annabelle en el hospital psiquiátrico, él la había presionado demasiado. Le había destrozado la ropa, y seguramente eso también se lo habían hecho quienes habían abusado de ella. Había hecho caso omiso de sus protestas con tal de conseguir lo que quería.

Annabelle tenía razón. Era como ellos.

¿Habría algún modo de arreglarlo, de convencerla de que no era un monstruo? En el pasado, cuando alguien le había causado un perjuicio tan grande como aquel, él nunca había sido de los que perdonaban.

«Annabelle no es como tú. Es más tolerante, es mejor».

Irónico, ¿verdad? Él era el ángel, ella era la humana y, sin embargo, era él quien necesitaba el perdón.

Se oyó una risotada maligna que acaparó todo su interés. En un segundo, el miedo se apoderó de él. Aceleró y se situó delante de Annabelle. La habían encontrado; había una horda de demonios a poca distancia, entre los árboles.

La habían encontrado rápidamente, y él tendría que encargarse de ellos. Sin embargo, en aquella ocasión, Annabelle no iba a confiar en él más de lo que confiaba en aquellas criaturas. Tal vez, incluso, se enfrentara a él mientras él luchaba contra ellos.

Si conseguía sacarla de allí con vida, sería un milagro.

Capítulo 14

—¿Qué te ha pasado?

Thane acababa de llegar a la casa subterránea de Koldo, en la bahía de Half Moon, y había visto al guerrero tendido en la cama, con la cabeza afeitada y la espalda en carne viva.

Koldo entreabrió los ojos e intentó enfocar la mirada. Gruñó algo como «Agua de la Vida».

Tenía que habérselo imaginado. Thane solo había pedido permiso al Alto Consejo Celestial para acercarse al río en una sola ocasión. Antes, ellos le habían ordenado que viviera entre los humanos, como uno más, durante un mes. Él no tuvo que pensarlo dos veces: rehusó. Así pues, le negaron su petición. Pero convertirse en un ser mortal era equivalente a quedar completamente indefenso, y no había nada que compensara tal peligro.

Se cruzó de brazos y dijo:

—Te han quitado el pelo.

—Sí.

—Y tú se lo has permitido.

—Sí.

—¿Por qué?

Koldo cerró los ojos.

—¿Para qué has venido, guerrero?

A Thane no le sorprendió la respuesta. Koldo no era de los que contaban sus problemas. Ninguno lo era. Sin embargo, sí le sorprendió la facilidad con la que Koldo estaba hablando con él.

Normalmente, aquel ángel solo respondía con un «sí» o un «no» bruscos.

—Zacharel me ha ordenado que viniera.

—Acaba de marcharse. Ha estado aquí con la chica.

Otra sorpresa. Zacharel estaba llevando voluntariamente a una humana de un lado a otro.

—¿Estaban bien?

—Sí —respondió Koldo de nuevo—. Él no quería perderla de vista. No le gustó que yo la tocara, ni siquiera inocentemente.

Cuántas palabras. El dolor debía de haber acabado con sus inhibiciones.

Sin embargo, eso no pudo distraer a Thane de lo que acababa de contarle. Zacharel, posesivo y celoso, cuando nunca había demostrado ninguna emoción.

—¿Dónde están tus chicos? —le preguntó Koldo—. Normalmente siempre están contigo.

—Bjorn está buscando a Jamila. Ella salió de la nube de Zacharel hace unas noches, y nadie ha vuelto a verla desde entonces. Xerxes está examinando los restos de una horda de demonios que ha encontrado bajo esa misma nube.

—Y tú estás buscando a Zacharel.

—No, no exactamente. ¿Te dijo adónde iba, o cuáles eran sus planes?

—Si lo hizo, yo estaba demasiado inconsciente como para haberlo oído.

Thane sonrió sin poder evitarlo. El repentino sentido del humor de Koldo era tan desconcertante como la obsesión de Zacharel por aquella humana. Y empujó a Thane a hacer algo que sabía que no debía hacer.

Fue a la cocina y buscó los ingredientes necesarios para preparar un sándwich. Debería estar buscando a otro demonio para torturarlo. El que había capturado antes no le había dado ninguna información; había soportado estoicamente el dolor. También debería

avisar al resto del ejército de aquellos nuevos cambios. Sin embargo, quería ayudar a Koldo de algún modo.

—No puedes darme de comer —le dijo Koldo desde la cama.

No, no podía. Quien lo hiciera estaría obligado a soportar para el resto de la eternidad el mismo dolor que había intentado aliviar.

—Tengo hambre y necesito comer algo. Si quieres lo que deje, es cosa tuya.

Tal y como estaba aprendiendo, siempre había algún modo de cambiar una regla.

Thane le dio un mordisco al sándwich y volvió hacia la cama. Dio un par de mordiscos más y dejó el plato en la mesilla de noche. Después volvió a la cocina, sirvió zumo de naranja en un vaso y se bebió la mitad del contenido. De nuevo, lo depositó en la mesilla.

Koldo observó la comida durante un instante. Después miró a Thane.

—Te diré por qué quería el Agua de la Vida si no cuentas ni una sola palabra.

Los juramentos eran sagrados entre los suyos. Él nunca había faltado a su palabra, y nunca iba a hacerlo.

—Te lo juro.

Una pausa. Después, Koldo dijo:

—Zacharel se estaba muriendo. La chica me prometió que lo mantendría alejado de los cielos durante un mes si yo lo curaba. Así que fui por el Agua de la Vida, sabiendo que era lo único que podía curarlo.

—¿Y por qué un mes?

—Necesitaba el tiempo para curarme, para investigar y para actuar.

—Cuéntamelo.

—¿Tu juramento también afecta a esto?

—Sí.

Koldo asintió.

—Todo el mundo cree que fue un demonio el que me arrebató las alas, y yo he permitido que lo creyeran porque no quiero que nadie

me haga preguntas al respecto. No quiero tener que decir la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? —le preguntó Thane.

—Fue un ángel fémina quien me arrebató las alas, y voy a matarla.

Thane se había preguntado muchas veces por qué el estoico Koldo, el inalterable e impertérrito guerrero en el que todo el mundo confiaba, había sido asignado a aquel ejército de las últimas oportunidades. Había oído el rumor de que Koldo había pegado una paliza a alguien, pero él nunca había visto al guerrero furioso. En aquel momento, las piezas comenzaron a encajar. Aunque el rumor de la paliza fuera cierto, Koldo formaba parte del ejército de Zacharel porque tenía un propósito de venganza en el corazón.

—Si Zacharel sospecha de ti, intentará detenerte.

—Sí.

—¿Y no crees que yo intentaré detenerte?

—No. Tú conoces el valor de la venganza.

En realidad, él conocía la desesperación. Después de que los rescataran de las mazmorras, después de que sus cuerpos se hubieran curado, Thane, Bjorn y Xerxes habían vuelto allí. Se habían peleado violentamente durante tres días para ganarse el derecho a arrasar aquella mazmorra. Podían haber matado a todos los demonios que había dentro, haber quemado el lugar y haber terminado en menos de una hora, pero no querían eso. No querían que sus carceleros tuvieran una muerte rápida ni lenta.

Así pues, no lo habían hecho. Los tres habían entrado en la mazmorra y habían dejado vivos a todos sus ocupantes. Los gritos de dolor todavía resonaban en la mente de Thane. Sin embargo, eso no hacía que se sintiera mejor con respecto al pasado… y sabía que sus chicos tampoco se sentían mejor.

—Tú harás lo que creas que debes hacer —dijo por fin—. No voy a decírselo a Zacharel —añadió, y ladeó la cabeza con curiosidad—. ¿Quién fue la mujer que te traicionó?

—Eso no te lo voy a decir.

—Porque crees que la protegería. Interesante. Debo de conocerla. Pero no importa. Hay algo que debes saber sobre mí: yo quiero a dos hombres, y a nadie más. Tu fémina no es nada para mí.

Silencio.

Thane suspiró.

—Si hay algo que pueda hacer para ayudarte en tu búsqueda, dímelo.

—No, no hay nada. Esto tengo que hacerlo solo. Ella se esconde de mí, y no quiero que sea ningún otro quien la saque de las sombras. Yo seré quien la desentierre.

Entendido.

—Muy bien. Te dejo solo…

Entonces, se quedó callado. Tuvo un fuerte presentimiento, y varias imágenes se le aparecieron en la mente. Zacharel y él debían de tener un fuerte vínculo mental, porque sentía el miedo y la furia de su líder.

«Zacharel», pensó, proyectando la voz hacia su líder.

Nada. No hubo respuesta.

«Zacharel, ¿qué sucede?».

No hubo respuesta.

¿Lo estaba ignorando Zacharel? ¿O estaba demasiado herido como para responder?

—Tengo que irme —le dijo a Koldo. Tendría que perseguir al ángel a la vieja usanza.

—¿Hay algún problema?

—No te preocupes, porque esto no es asunto tuyo —respondió Thane, evasivamente. No iba a permitir que el guerrero se preocupara cuando no podía hacer nada—. Volveré en cuanto pueda.

Annabelle estaba en el centro de la carnicería, sin aliento, pero llena de adrenalina. A su alrededor había charcos de sangre negra. Se frotó el pecho, con la esperanza de aliviar la quemazón que había

empezado a sentir en la caverna, cuando Zacharel había… cuando había… En aquel momento, la sensación de quemadura aumentó, y ella se frotó con más fuerza. «No pienses en eso».

Los cuerpos de los demonios estaban apilados a su alrededor, y el hedor a huevos podridos llenaba el aire, provocándole arcadas. Sí, prefería pensar en eso. Sería mucho más agradable.

Zacharel había sacado su espada de fuego y había empezado a encargarse de todos los demonios. Para su sorpresa, le había entregado dos dagas cuando ella había dejado caer las suyas, para que pudiera pelear.

Y había peleado, clavando las afiladas hojas de metal en cuellos, rodillas y espaldas.

—¿Estás herida? —le preguntó Zacharel, caminando hacia ella entre los cuerpos decapitados.

Antes de que a él se le ocurriera quitarle las dagas, Annabelle las metió por las rendijas de sus bolsillos y las puso en las fundas que llevaba atadas a los muslos.

—Estoy bien.

Tenía cortes y sangraba, y se había torcido un tobillo, pero estaba dispuesta a soportar aquel dolor si eso servía para vencer al enemigo.

—¿Y tú?

Él la miró y evaluó si había algo de cierto en sus palabras. Ella también lo miró atentamente; Zacharel también estaba sangrando, y las gotas de sudor le caían por la frente. Tenía la túnica tan mojada que se le pegaba al cuerpo.

—Estoy bien. Vamos, tenemos que limpiarte.

Entonces, le ofreció su mano.

No la obligó a que se la tomara, sino que esperó a que ella iniciara el contacto. Annabelle se humedeció los labios. Ojalá hubiera algún otro modo de salir de allí. Sin embargo, él había pronunciado las únicas palabras que podían convencerla: «Tenemos que limpiarte». Ella tenía salpicaduras de sangre negra en la piel, y ya estaban empezando a corroerla.

Con una expresión vacía, él dijo:

—Annabelle, siento mucho lo que te hice. De veras. No quería… Estaba absorto en lo que… Lo siento —repitió.

A Annabelle no le sorprendió aquella sinceridad.

—Sé que lo sientes.

Y lo sabía de verdad, una vez que su mente se había librado de las ataduras del miedo. Aquel había sido el primer beso de Zacharel, y él se había abandonado a las sensaciones, igual que ella… hasta que le había rasgado la camiseta y le había desnudado el pecho, y los recuerdos de Fitzpervert y su cámara la habían llenado de vergüenza.

—Pero, para que lo sepas, no voy a volver a besarte.

Aquella parte de su relación había terminado. Zacharel no tenía intención de hacerle daño, pero se lo había hecho. Había destrozado la frágil confianza que ella había ido acumulando. No se había detenido cuando se lo había pedido, y Annabelle no podía correr el riesgo de que volviera a suceder.

Apretó los dientes mientras la miraba con frialdad. Aquello era una muestra de su genio mal controlado.

—Cambiarás de opinión.

Si alguna vez, aquel genio se descontrolaba del todo…

—No, ahí no, y no voy a irme contigo hasta que lo aceptes. A propósito, ¿te habías dado cuenta de que vuelve a caerte nieve de las alas?

Él movió las alas y observó las plumas de ambas extremidades.

—Debo de haber causado el disgusto de mi Deidad. Y creo que sé por qué.

La expresión de Zacharel se volvió de desilusión. Parecía un muchacho inexperto, como cuando la deseaba tan profundamente en la caverna. «No, no me voy a ablandar», pensó ella. Sin embargo, y afortunadamente, la quemazón de su pecho se disipó.

—Entonces, ¿la nieve es por eso? —le preguntó—. ¿Y por qué estaba disgustado contigo en primer lugar?

—Maté a humanos para poder matar a demonios. No me di cuenta de que merecía la pena salvar a aquellos humanos. Era gente que podía haber sido como tú. Me alegro de no haberte considerado culpable y de no haberte matado sin pensarlo dos veces.

Zacharel dio un paso hacia delante. Ya no se conformaba con esperar a que ella lo tomara de la mano.

—Habría sido una pena —dijo.

Ella se puso en pie y retrocedió para aumentar la distancia que había entre ellos. Sin embargo, su espalda dio contra el tronco de un árbol. Tenía el corazón acelerado, pero no estaba asustada.

—¿Qué estás haciendo?

Zacharel la atravesó con su mirada verde.

—Volverás a besarme, Annabelle, porque te doy mi palabra de que no perderé el control una segunda vez. He aprendido bien la lección.

—Eres demasiado optimista, pero no te va a servir de nada.

—¿De veras? No me digas que no sigues deseándome. Puede que sea nuevo en esto, pero no soy tonto. Tienes las pupilas dilatadas y el pulso acelerado en la base del cuello. Además, te gustaba lo que estaba haciendo antes de perder el control de la situación. Todavía oigo tus gemidos.

Ella tragó saliva y pensó en mentir, pero, al final, no lo hizo.

—Me gustó. Pero, después, me desagradó mucho.

—Por tu tono de voz, me doy cuenta de que no vas a concederme una oportunidad para redimirme. De que quieres castigarme. Bien, acepto el castigo. Durante un rato.

Ella tragó saliva.

—Volverás a confiar en mí, Annabelle. Me desearás de nuevo, y estaremos juntos. Voy a saber comportarme, ya lo verás.

Aquella arrogancia debería de haber molestado mucho a Annabelle, pero el hecho de saber que la deseaba tanto y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por estar con ella, tuvo más de afrodisíaco que de disuasorio. Además, sabía que estaba diciendo la verdad: por el momento, iba a controlarse.

—Ni siquiera estoy segura de por qué nos deseamos —refunfuñó.

—Yo tampoco, pero el hecho es que nos deseamos.

—Tal vez es que soy un poco superficial. Tú eres guapo.

—Por ahora, eso me vale.

Qué hombre tan irritante. No podía tomarse un insulto como era debido. Annabelle suspiró y le rodeó el cuello con los brazos.

—Está bien, me marcho contigo.

Con una expresión muy satisfecha, él la estrechó contra la fuerza de su cuerpo y salió volando.

—¡Espera! Mis bolsas —dijo Annabelle, al darse cuenta de que no iban a volver a la caverna.

—No quiero volver y correr el riesgo de que nos encontremos con más demonios. Ya compraremos cosas nuevas.

¿Otra salida de compras?

—Eso parece un soborno.

—Lo que sea necesario.

Ella estuvo a punto de echarse a reír.

—Bueno, pues ya puedes ir pensando en que te vas a gastar mucho dinero sin ninguna recompensa.

—Siempre y cuando compremos galletas además de ropa, me parece bien.

Galletas. Ángel astuto; tenía que recordarle su disfrute, su deleite sensual.

—Es la hora de tu baño. Contén la respiración —dijo él.

Entonces, se lanzó en picado hacia un lago, antes de que ella pudiera preguntarle por qué.

Al instante, se vio sumergida en un agua helada. Se estremeció, jadeó y se atragantó. Justo cuando creía que no iba a poder soportarlo más, él salió del lago y subió como una flecha hacia el cielo.

El hecho de que se elevara con tanta facilidad, pese a que tenía las alas empapadas, era una prueba de su asombrosa fuerza.

—La próxima vez… avísame un poco antes… —le dijo ella, entre toses.

—Te pido disculpas. ¿Con cuánto tiempo de antelación?

—Con una hora, tal vez. O tal vez dos horas.

Sin embargo, ni todo el tiempo del mundo podría prepararla para un baño tan glacial.

—Muy bien. Aunque tengo que admitir que cuidar de una fémina es más difícil de lo que nunca hubiera imaginado.

—¡Eh! A mí no es difícil cuidarme. No necesito muchas pamplinas. Tengo agallas.

Él la miró fijamente.

—Para un hombre que se ha pasado siglos ocupándose tan solo de sus propias necesidades, tú sí necesitas muchas pamplinas, pero me estoy dando cuenta de que no me importa nada.

Capítulo 15

Zacharel pensó en sus opciones. Los demonios habían encontrado a Annabelle en las nubes y en la caverna. Claramente, no podía mantenerla ni en el cielo ni en la tierra. Así pues, ¿dónde?

¿Qué podía hacer? ¿Dejarla inconsciente? Mientras estaba dormida nadie la había atacado. Un momento.

—¿Cuánto tiempo llevabas en el hospital psiquiátrico cuando te encontraron los demonios?

—Un mes, más o menos.

Un mes. La gente que la rodeaba debía de haber enmascarado su olor y su atracción. Así pues, entre la gente. La gente no era una amenaza, sino una pantalla.

Zacharel la llevó a un hotel muy concurrido que estaba a las afueras de Auckland. No le resultó difícil conseguir habitación: se limitó a convertirlos en niebla y a atravesar las paredes hasta que llegó a un espacio desocupado, pero con clientes arriba, abajo y a ambos lados.

—Dúchate para entrar en calor —le dijo él.

Después, se marchó a buscar comida y ropa. En las cocinas del hotel encontró arroz, pollo y fruta, y tomó un uniforme limpio de una de las habitaciones del fondo. Dejó dinero suficiente para pagar la comida, la ropa y la habitación.

Dejó el uniforme en el baño, aunque no le gustaba que fuera tan áspero. A ella le rasparía la piel, y eso no era aceptable. Hubiera

querido volar a otro sitio y encontrarle algo más suave, pero no podía soportar la idea de dejar el hotel para comprar algo mejor.

Cuando ella emergió de la ducha entre una nube de vapor, Zacharel vio que la ropa era demasiado corta para ella. Sin embargo, no parecía que a Annabelle le importara y, para ser sincero, estaba adorable con aquel uniforme.

Sin decir una palabra, ella dejó una de las dagas bajo la almohada de la cama, y la otra la puso en la mesilla de noche.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

—Me muero de hambre.

Comieron en silencio. Ella olía a jabón, y tenía el pelo húmedo recogido en una coleta. Los mechones le brillaban como si fueran ébano. Aquel peinado dejaba despejado su rostro, y no había nada que pudiera ocultar sus ojos cristalinos, ni las mejillas rosadas. En realidad, adorable no era la palabra. Annabelle era la belleza personificada.

¿Cómo estaría tendida en la cama, con el pelo extendido como si fuera terciopelo, los ojos entrecerrados, las mejillas ruborizadas de pasión y los labios separados?

—Gracias por la comida —dijo ella.

—De nada.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora, relájate. Hace mucho tiempo que no descansas.

—Conseguí dormir un poco en la caverna de Koldo, y durante el vuelo hacia aquí, y no estoy cansada —dijo ella. Sin embargo, bostezó—. Bueno, tal vez un poco. Pero es que tengo el cerebro demasiado activo como para descansar.

Era comprensible. A él no le costaría mucho calmar su mente, pero tal vez ella no deseara eso. Después de un día tan duro, seguramente tendría pesadillas. Zacharel se preguntó si sería la estrella de aquellas pesadillas.

—¿Qué haces normalmente para relajarte?

—Ojalá lo supiera. En el hospital psiquiátrico me daban medicación.

Y, después, la obligaban a hacer todo lo que querían los médicos. Zacharel cada vez podía tolerar menos aquella idea.

—Túmbate en la cama y pon algo que te apetezca ver en la cama —le dijo. Llevaba mucho tiempo viendo a los humanos hacer aquello.

—Sí, señor —dijo ella. Sin apartar la vista de él, subió a la cama y encendió la televisión. Comenzó a cambiar de canal pero, al final, apagó la tele y dejó el mando a distancia sobre la colcha—. ¿Y qué vas a hacer tú? Porque supongo que tendrás algo que hacer, o no estarías intentando distraerme.

Él debía permanecer alerta, protegerla… pensar.

—Yo voy a elaborar un plan e instrucciones para mi ejército.

Eso también debía hacerlo.

—¿No necesitas dormir?

—Sí, un poco. Pero no mucho.

—Qué suerte. Yo desprecio tener que dormir.

Porque cuando dormía era más vulnerable.

—Ya te he dicho que no tienes nada que temer de mí. Y sabes que no miento.

Hubo un instante de silencio. Después, un suspiro.

—Sí, ya lo sé.

—¿De veras? —preguntó él, mirándola fijamente. Al verla allí, entre los almohadones, supo qué aspecto tendría en una cama, debajo de él, y casi no pudo soportarlo.

Fue al escritorio y se sentó. La silla tenía el respaldo demasiado alto y le aplastaba las alas… de las cuales ya no caía nieve. ¿Por qué?

—Sí, lo sé —dijo ella—. De veras.

Él podía verla por el rabillo del ojo. Suave, cálida, seductora.

—Bien.

Zacharel se levantó de nuevo y se acercó a la ventana. El sol del atardecer lanzaba rayos morados, rosas y azules por el horizonte. Vio los árboles frondosos y la hierba verde. Él ya había estado allí

una vez. Pasaba volando y no pensaba parar, pero lo había hecho para presenciar una boda que se estaba celebrando en los jardines.

Dos personas que prometían que iban a quererse durante el resto de su vida, en la salud y en la enfermedad. ¿Habría soñado Annabelle hacer algo así alguna vez? ¿Con su novio del instituto, tal vez? Zacharel apretó los dientes.

—Así que… diriges a un ejército entero de ángeles —comentó ella, con otro bostezo.

—Sí. La Deidad tiene tres grupos de ángeles: los Siete de la Elite, que fueron creados, los guerreros y los portadores de alegría.

—Tú eres un guerrero.

—Sí, pero como ya te he dicho, creo que me estoy convirtiendo en un miembro de la Elite.

Se preguntó si la metamorfosis se detendría si no continuaba agradando a su Deidad.

Annabelle frunció el ceño con desconcierto.

—¿Y puedes conseguir ese título? Tú naciste, no fuiste creado.

—Uno de los Siete ha muerto recientemente, y alguien tiene que ocupar su lugar, sea nacido o creado.

—¿Y qué hacéis normalmente vosotros? —le preguntó Annabelle —. ¿Os reunís y vais a la batalla para matar demonios?

—Sí, básicamente sí. Yo recibo órdenes de mi Deidad, convoco a mi ejército y los soldados vienen a mi nube. Les transmito las órdenes y nos marchamos.

—Pero tú no eres el único del ejército que hace esto, ¿no?

—No. Hay muchos ejércitos de ángeles al mando de la Deidad. La mayoría patrullan y protegen una ciudad concreta, y van a la batalla dos veces al mes. Mi ejército no tiene asignada ninguna zona concreta, sino que viaja por el mundo. Ayudamos a los humanos, luchamos contra las hordas de demonios y hacemos lo que se nos ordena. En los descansos, nos curamos si hemos recibido alguna herida y ayudamos a otros ejércitos que lo necesiten.

—¿Y por qué os asignan a tus hombres y a ti más misiones que a los demás? ¿Porque sois más fuertes y tenéis más posibilidades de

ganar?

O porque tenían menos que perder, pensó Zacharel.

—Tendrás que preguntárselo a mi Deidad —dijo él—. Todavía no me ha dado la respuesta.

Ella se soltó el pelo y se pasó los dedos entre los mechones. Él no debería haberse dado cuenta de aquel gesto, pero había girado el cuerpo hacia ella al notar que iba relajándose.

—Tal vez lo haga —dijo Annabelle—. ¿Y cómo encontráis a los demonios a los que cazáis individualmente?

—Podemos seguir su rastro de maldad y destrucción, pero la mayor parte de las veces es la Deidad la que nos guía en la dirección correcta.

—¿Y por qué no había enviado a ningún ejército al hospital psiquiátrico antes?

—Lo hizo, y muchas veces. Pero en cuanto una horda de demonios era exterminada, acudía otra.

—Vaya. Me estaban ayudando todo el tiempo, y yo no tenía ni idea. Siempre pensé que estaba sola, que no podía contar con nadie.

—El Más Alto, y la Deidad, siempre quieren ayudar a los humanos.

—Me encanta saberlo. Es reconfortante. Pero, aunque enviaran a otros ángeles, tú fuiste el primero que me visitó.

Y nunca se había alegrado tanto. Esperaba que ella también.

El edredón y la colcha crujieron cuando Annabelle se movió sobre la cama. Zacharel hubiera dado cualquier cosa por poder tenderse a su lado.

—Varias veces —dijo ella— he oído pronunciar la palabra «consorte», pero nadie me ha contado lo que quiere decir. Más o menos, me lo imagino, pero como tú eres tan agradable y me das siempre tanta información, y además me debes una, ¿podrías explicármelo con claridad? Por favor.

Él se giró completamente hacia la cama. Annabelle tenía las manos debajo de la barbilla, y la melena le caía por encima de un

brazo. El deseo que sentía por ella se multiplicó.

Sin embargo, iba a comportarse como un caballero.

—Ya me doy cuenta de que tú tampoco tienes reparos a la hora de manipular.

—Ni un solo reparo.

Él contuvo la sonrisa.

—Hay que usar todas las armas que se tienen a mano.

Y él disfrutaría usando aquellas armas, pensó.

—Ser una consorte es el equivalente a llevar una alianza cuando dos humanos se casan. Significa que le perteneces a tu compañero… que llevas su apellido.

Ella se sentó de golpe, con furia.

—¡Yo no le pertenezco a nadie!

—¿Nunca?

—¡Nunca!

Él apretó los dientes. Ya no se estaba divirtiendo.

—Tienes que entender una cosa, Annabelle. Mientras nuestro trato siga en pie, tú me perteneces a mí. No puedes estar con ningún otro hombre. No pienso compartirte con nadie —dijo. Esperó, pero ella no respondió—. Quiero que me des tu asentimiento.

—Estoy demasiado ocupada pensando.

Si ella se entregaba voluntariamente a otro hombre… No. No iba a hacerlo. Iba a ser suya, y solo suya. Fin de la historia.

—Voy a pensar que no eres un cavernícola —dijo entonces Annabelle—, y voy a prometerte que no estaré con ningún otro hombre… siempre y cuando tú no estés con ninguna otra mujer.

Aquella exigencia de fidelidad, después de todo lo que había pasado, deleitó a Zacharel.

—Prometido. Además, este es uno de los motivos por los que tenemos que encontrar y matar a este señor de los demonios que piensa que te posee —dijo.

—¿Sabes dónde está?

—No, pero voy a averiguar quién es y dónde está muy pronto.

—Sí, lo conseguirás. Lo conseguiremos los dos.

A Zacharel le gustó que tuviera fe en él.

—Siento curiosidad. No sé por qué te abandonó después de marcarte. ¿Recuerdas algo más de él, algo que no me hayas contado?

Ella se recostó de nuevo en los almohadones de la cama y cerró los ojos.

—Ya te lo he contado. Llegó, conquistó y se marchó.

—¿Y no intentó llevarte con él?

—No.

—Es asombroso.

Zacharel pasó la mirada por su cuerpo, intentando admirar las curvas suculentas que había bajo el uniforme. «No, no hagas nada de eso. Ella está cansada y estresada, y es demasiado pronto».

Se puso en pie y fue al baño. Allí, preparó una bañera de agua caliente y echó una buena cantidad del jabón de baño del hotel. Muy pronto, comenzó a oler a flores. Annabelle ya se había duchado, pero a los humanos les gustaba tomar baños calientes, y no solo para limpiar su cuerpo. Puso una toalla junto a la bañera y asintió con satisfacción al ver que todo estaba en orden.

Salió a la habitación.

—Tu baño está preparado.

La colcha crujió.

—¿Para mí?

—Claro. Yo no quiero oler a flores.

—Seguramente, se me va a caer la piel a tiras después de tanta agua, ¡pero hace cuatro años que no me doy un baño!

Pasó corriendo por delante de él y entró en el baño. La puerta se cerró tras ella. Zacharel permaneció donde estaba, torturándose con los sonidos de la ropa que caía al suelo, del chapoteo del agua y de los gemidos de placer.

Si ya la deseaba, en aquel momento la deseaba con todas sus fuerzas. ¿Cuánto iba a tardar Annabelle en volver a desearlo a él? ¿Y en confiar en él? Debía de tener algo de confianza en él, sí, porque,

de lo contrario, no estaría allí. Sin embargo, tal y como estaba aprendiendo, el sexo requería algo más.

Cuando salió del baño, tenía un olor aún más delicioso que antes, y llevaba puesto el uniforme.

—Muchísimas gracias —susurró, y se tendió de nuevo en la cama, de frente a él. Tenía la piel sonrosada, llena de salud—. No sabía lo mucho que necesitaba algo así.

Zacharel sintió algo más que deseo por ella. Sintió satisfacción por haber conseguido relajarla y deleitarla con sus acciones.

—¿Has estado ahí todo el tiempo? —le preguntó ella.

Él asintió con rigidez.

—Pero… si he tardado más de una hora.

Zacharel lo sabía. No había hecho otra cosa que contar los segundos. Una hora tenía tres mil seiscientos segundos, y ella había pasado tres mil seiscientos cuatro segundos metida en el baño.

Annabelle se mordió el labio inferior. Estaba un poco nerviosa. Zacharel no pudo evitar mirarla fijamente.

—¿Estás pensando en besarme? —le preguntó ella.

—Sí —respondió él.

Ella tragó saliva.

—No puedo creer que yo misma esté pensando en hacerlo, después de haberme dicho a mí misma, y a ti también, que nunca volvería a suceder. Sin embargo, estás siendo tan encantador que no puedo evitarlo.

A él se le tensaron todos los músculos del cuerpo.

—¿Quieres decir que…?

—Sí, eso es lo que quiero decir. Pero antes, tengo que hacerte una pregunta.

—Adelante.

—¿Me permitirías que… te atara?

Zacharel, que ya tenía la sangre hirviendo, se sintió como si llevara lava en las venas.

—Si lo deseas, sí. Pero tienes que saber que no hay ninguna cadena que pueda sujetarme. Solo serviría para que tú te sintieras

más segura.

—¡Vaya, no es muy reconfortante saber que podrías soltarte en cualquier momento! —dijo ella—. De todos modos, no sería capaz de hacerlo.

—¿Besarme?

—No, atarte.

—Porque tú has estado atada muchas veces, y lo odias.

—Exactamente. Pero… de acuerdo, está bien. Podemos intentar besarnos de nuevo. Aunque yo llevaré las riendas —añadió Annabelle apresuradamente—. Tú tendrás que hacer lo que yo te diga, cuando yo te lo diga.

A través de la fisura que tenía en el pecho, la euforia se desbordó. Después, Zacharel se juró que iba a hacer bien aquello. Ella no iba a darle más oportunidades.

—No te voy a decepcionar. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión? —le preguntó.

Ella bajó la mirada y susurró:

—El baño. Estaba en la bañera, disfrutando del calor del agua, pero solo podía pensar en que estaba sola. Me imaginé cómo sería que estuvieras ahí conmigo, lavándome el pelo y frotándome los hombros… No sé, abrazándome.

Aquella fantasía fue explicada con tanto anhelo que él ya no pudo contenerse más.

Se acercó a la cama. Ella lo observó y se humedeció los labios. Zacharel apoyó una rodilla en el colchón y se inclinó hacia delante. A ella se le aceleró la respiración, así que él se dijo que debía ir despacio, con calma. Se le acercó y la tomó por la cintura con delicadeza. Entonces, los hizo rodar a los dos; se colocó a Annabelle encima del cuerpo y extendió las alas. Ella no se asustó ni intentó escapar, pero no quiso reclinarse contra su pecho. Se incorporó y quedó sentada a horcajadas sobre él.

Él esperó, pensando que ella iba a relajarse. Annabelle tenía los ojos cerrados; sin embargo, a cada segundo que pasaba, iba poniéndose más y más tensa.

—Annabelle.

—Sí.

—Mírame.

Ella apretó los párpados.

—No.

—Annabelle, por favor.

—¿Y ahora me lo pides por favor?

—Annabelle.

—Mis ojos —susurró ella—. Sé que odias sus manchas.

Él debería ir a las profundidades del infierno por haber dicho semejante cosa.

—Son preciosos.

—Pero si tú dijiste que…

—Fue un error. Aunque parezca imposible, yo también cometo errores.

—Está bien —dijo Annabelle.

Después de unos segundos, abrió los ojos y lo miró.

—Gracias.

Por fin, ella se tendió contra él, y Zacharel sintió que sus labios se curvaban en una sonrisa.

—De nada.

—Voy a abrazarte —le dijo él. Al ver que ella no protestaba, lo hizo.

Annabelle suspiró suavemente.

—Bueno, ¿y qué estamos haciendo ahora?

—Tomarnos un momento para disfrutar el uno del otro —dijo él, mientras le acariciaba la espina dorsal con los dedos—. Por lo menos, eso es lo que estoy haciendo yo. ¿Y tú?

—Yo también. Te late el corazón con mucha fuerza.

—Solo tú tienes ese efecto en mí.

—Bueno, pues entonces estamos empatados.

Pasaron minutos; tal vez, horas. Cada segundo fue una tortura y un éxtasis. Él inhaló su olor, se dejó envolver por su calor, y juró que se quedaría así toda la noche si eso era lo que ella quería. Sin

embargo, para su deleite, ella comenzó a moverse sobre él para urgirle a que hiciera algo… Le acarició el ombligo con las yemas de los dedos.

—¿Zacharel?

Él la soltó y se agarró al cabecero de la cama.

—No me voy a soltar —dijo él. Y no lo haría, por mucho que quisiera acariciarla—. Tú lo controlarás todo.

De todos modos, ella vaciló.

—Lo digo en serio. Aunque rompa la cama, no me voy a soltar del cabecero. Por lo menos, hasta que tú me lo pidas.

—Qué complaciente estás —dijo ella.

Se incorporó y volvió a sentarse a horcajadas sobre él. Zacharel sintió un dolor y un placer exquisitos, e inhaló bruscamente una bocanada de aire.

Ojalá pudiera quitarse la túnica.

Ella se inclinó lentamente hacia él.

—Bésame —le dijo.

Entonces, Annabelle posó su boca sobre la de él, y sus lenguas comenzaron a jugar. Su dulzura era embriagadora.

Durante un rato, ella alternó los besos con miradas, como si estuviera evaluando su capacidad de controlarse. En todas las ocasiones, él adoptó una expresión reconfortante, porque sabía que ella volvería a besarlo.

No sabía cómo estaba consiguiendo dominar la excitación. Se sentía como si fuera una goma tirante que iba a romperse en cualquier momento. ¿Qué podía hacer para provocarle a ella el mismo deseo? ¿Moverse contra su cuerpo, como estaba haciendo ella?

Se movió ligeramente, frotándose contra ella, pero eso no fue suficiente, y solo sirvió para aumentar su deseo. Sin embargo, a Annabelle se le escapó un gemido y, por fin, olvidó mirarlo para examinar su expresión y le dio un beso abrasador. Estaba tan entregada como él.

Metió los dedos entre su pelo y le ladeó la cabeza para mantener un contacto más profundo. Los besos continuaron hasta que comenzaron a mordisquearse el uno al otro, a decir cosas incoherentes. Él deseaba muchas más cosas, y tenía los músculos encogidos por el esfuerzo de continuar agarrado al cabecero.

Entonces, ella comenzó a mecerse sobre él, frotándose contra su cuerpo. Zacharel estaba desesperado por acercarse más y más a ella, todo lo que un hombre pudiera acercarse a una mujer. Lo necesitaba desesperadamente.

—Zacharel, quiero… necesito.

Exactamente lo mismo que él.

—Lo que quieras. Dilo, y te lo daré.

—Túmbate de costado.

Él obedeció inmediatamente y la tendió junto a él. Quedaron pegados el uno al otro, cara a cara, cuerpo a cuerpo. Sus respiraciones estaban entremezcladas, se habían convertido en una.

—Quiero que me acaricies —le ordenó ella—. Pero solo si tú quieres hacerlo. Si no, podemos parar ahora mismo.

—No, no —dijo él apresuradamente, pero después intentó calmarse y añadió, más despacio—: Quiero hacerlo. Lo deseo más que ninguna otra cosa. Pero no tengo prisa. Me moveré lentamente, con suavidad.

—Está bien, sí. Por favor. Lentamente.

Entonces, él soltó tan solo una mano, y le levantó el bajo de la camisa. Annabelle tenía la piel bronceada, y él, de un color dorado un poco más claro. Era un contraste tan delicioso que su fiebre aumentó un grado más.

—Eres tan preciosa, Annabelle…

—¿De verdad?

Sí. Oh, sí.

—¿En qué estás pensando?

—En ti, solo en ti —dijo ella, y emitió una risita de nerviosismo.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó él.

—¿Qué quieres hacer tú? —susurró ella.

Desnudarse, desnudarla, acariciar, saborear, consumir, aprender y saber. Quería descubrirlo todo. Sin embargo, no creía que ella estuviera preparada para todo eso. «Tranquilo».

—Voy a posar mis manos en tu cuerpo, tal y como me has pedido.

Entonces, él le tomó un pecho con delicadeza, y esperó su reacción. Ella gimió de placer, y eso le entusiasmó. Comenzó a sentir un ardor delicioso en la palma de la mano, y la acarició.

Ella gimió de nuevo.

Sí. Más.

—Tienes la piel de fuego —dijo Annabelle, entre gemidos.

—¿Mal?

—Maravilloso.

Entonces, él apretó un poco su pecho y empezó a pasarle la yema de los dedos por el pezón rosado, una y otra vez.

Hasta que ella le dijo con un jadeo:

—Zacharel, estoy lista para el siguiente paso, te lo prometo.

Entonces, él le tomó la palabra. Comenzó a inclinar la cabeza, pero cuando sus labios estuvieron directamente sobre ella, se detuvo y esperó. Aunque Annabelle jadeó y gimoteó, no se alejó de él ni trató de empujarlo.

Zacharel movió la lengua para explorar, y percibió una dulzura que estuvo a punto de matarlo. El hecho de probar el calor de su piel con la lengua… su sabor… ¿Había algo mejor en el mundo?

—Estoy bien —susurró ella.

Entonces, él siguió jugando con la lengua. La pasó por su pecho, de un lado a otro, y aprendió algo: cuando más jugaba, más súplicas entrecortadas obtenía de ella, y su excitación aumentaba más y más. No sabía cuánto iba a poder resistir.

Con sumo cuidado, deslizó las manos por la planicie de su estómago y le abrió los pantalones. Sus gemidos de aprobación no cesaron, así que él deslizó los dedos hacia abajo, hacia abajo… Annabelle no llevaba braguitas.

—Espera —suspiró ella, y apretó las piernas.

Él se quedó helado.

Con las mejillas muy sonrojadas, ella le preguntó:

—¿Estás…? ¿Sabes… lo que vas a encontrar?

Ella no estaba preocupada por lo que estaba ocurriendo, sino por él.

—Sí.

—¿Y te parece bien?

—Cariño, me parece mejor que bien.

Una pausa.

—Me has llamado cariño. Eso me gusta.

«Entonces, volveré a hacerlo».

Zacharel continuó su viaje, y encontró la perfección. Annabelle era perfecta. A ella le habían gustado sus besos y sus caricias, y también le gustaba lo que le estaba haciendo en aquel momento, a juzgar por su respiración agitada.

Durante un largo rato, Zacharel se limitó a conocerla, a analizar sus reacciones para saber qué era lo que más la hacía disfrutar. Él adoraba que se estirara contra él, que murmurara palabras inconexas. Le encantaba saber que le estaba provocando unas sensaciones tan fuertes.

—Eres la criatura más deliciosa de la creación, cariño —le dijo él.

Entonces, separó las manos de su cuerpo, y ella gimió de consternación.

—Estoy aquí —le aseguró Zacharel, y no me voy a ir a ninguna parte—. Solo quiero elevarte un poco para poder acariciarte más profundamente.

Le colocó una almohada bajo las caderas y retomó lo que estaba haciendo. A los pocos segundos, ella estaba gimiendo, moviendo las caderas hacia él, acariciándolo con tanta intimidad como él a ella… volviéndolo loco… haciendo que deseara algo que no entendía…

Deseándola de un modo desesperado.

Sentía dolor, pero no podía parar aquello. Necesitaba más. Tenía que obtener más.

La misma niebla que había experimentado antes estaba intentando envolverlo y consumirlo, pero él resistió. Su sangre se había convertido en fuego y le estaba quemando hasta el hueso. Tenía los músculos agarrotados, y sentía más dolor que nunca. Sin embargo, él era el dueño de su cuerpo, y no el deseo. Conseguiría que aquello fuera especial para Annabelle. No iba a destrozarlo.

Por lo menos, eso fue lo que se dijo a sí mismo antes de que ella le levantara la túnica y tomara su miembro con una mano. Zacharel estuvo a punto de rebotar en el colchón. Ella comenzó a acariciarlo de arriba hacia abajo, y viceversa. A él le encantó. Y lo odió, al mismo tiempo. Necesitaba más, más, más, pero no podía aguantar más. Era algo…

Le estaba ocurriendo algo.

Cuando ella gritó y arqueó el cuerpo contra él, Zacharel sintió un absoluto placer, que borró cualquier vestigio de dolor. Aquella sensación asombrosa comenzó en mitad de su espina dorsal y se le extendió por todo el cuerpo. A él también se le escapó un grito de éxtasis.

Lo único que pudo hacer fue abrazarse a Annabelle y pedir que nunca se separara de él. Aquella experiencia lo estaba convirtiendo en un hombre diferente, más fuerte y mejor y, al mismo tiempo, más débil y peor. Porque, en aquel momento de vulnerabilidad completa, parecía que no había nada más importante que aquella fémina, que le había otorgado la dicha divina, y él supo que se había convertido en un adicto a todas las sensaciones que ella le había provocado.

¿Dejarla?

No. Nunca.

Capítulo 16

Annabelle y Zacharel pasaron la noche uno en brazos del otro. Ella se acurrucó contra él, contra su calor y su fuerza, y él la abrazó con ternura y la acarició para que volviera a dormirse cada vez que los malos sueños aparecían.

Ella se despertó descansada y preparada para lo que pudiera suceder. Al menos, eso era lo que creía; cuando se duchó y se lavó los dientes, se dio cuenta de que tenía que enfrentarse a Zacharel, y eso le causó un gran nerviosismo.

Las cosas que él le había hecho… Le había dado más placer que nadie en toda su vida; había acabado con los terrores del pasado, y solo le había dejado recuerdos nuevos e increíbles, con los que iba a suspirar durante toda la vida. Quería disfrutar de eso nuevamente, pero ¿y él?

Seguramente, no, pensó, al salir del baño, vestida nuevamente con el uniforme del hotel, porque no tenía cara de estar muy contento de verla.

Y ella quería ver su sonrisa de nuevo.

Zacharel estaba junto a la cama, vestido con su túnica blanca y prístina, cruzado de brazos. Olía al cielo de la mañana, a sol, y tenía el pelo perfectamente peinado y brillante.

—¿Por qué estás de mal humor? —le preguntó ella, encontrando el valor necesario para superar su timidez y su inseguridad—. Anoche no nos atacó ningún demonio.

—No estoy de mal humor —dijo él—. Tal vez solo estoy un poco abrumado por mi primera experiencia sexual.

Ah… bien. Ella se ruborizó.

—Te aseguro que no parecías un principiante —admitió.

—Gracias. Aparte de eso —continuó Zacharel—, estoy contento. Yo tenía razón. A los demonios les cuesta más encontrarte cuando estás rodeada por otros humanos. Ahora sé cómo puedo protegerte mejor.

—Acepto el cambio de tema —murmuró ella.

—No era mi intención —respondió Zacharel, y frunció el ceño al mirarla bien—. Tu brillo es más intenso —dijo—, y no es por la iluminación. He dejado mi marca en tu piel. Mi esencia.

A ella se le aceleró el corazón. Estiró un brazo y lo giró hacia arriba y hacia abajo.

—Yo no noto nada.

—Has brillado desde el primer día que te conocí, pero el hecho de que ahora brilles más me da a entender que tu brillo no es algo natural.

—A mí no me ha tocado ningún otro ángel, si es eso lo que quieres decir.

—No. No hay dos esencias iguales, y tú, claramente, llevas la mía. Me pregunto sí… ¿Puede ser que tú nacieras con mi esencia, que estés destinada a ser mía y solo mía? Nunca había oído que pudiera suceder algo así, pero… Supongo que cualquier cosa es posible —dijo. Mientras hablaba, sacudió las alas—. Voy a comprobar…

Ella perdió el hilo de sus palabras, porque se quedó absorta contemplando la belleza de aquellas alas. Eran fuertes, majestuosas, y cada vez más doradas.

—Ya te he dado permiso para tocar mis alas, Annabelle.

Ahora sí que parecía que estaba irritado.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué estás apretando los puños en vez de hacerlo?

—Porque parece que a ti te entusiasma demasiado la idea.

Él abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Al cabo de unos segundos, preguntó:

—¿Sarcasmo?

—Exacto.

Él suspiró.

Entonces, ella extendió los dedos y acarició el arco de las alas doradas. Eran tan duras como el hierro, hasta que los dedos daban con las plumas. Las plumas eran lo más suave del mundo. Annabelle le acarició las puntas, y se quedó maravillada al ver que una de las más largas se desprendía y caía en la palma de su mano.

Zacharel la agarró por la muñeca, pero no le apartó la mano ni le pidió aquella pluma dorada.

—Mírame, Annabelle.

Ella sintió cierta aprensión, pero obedeció. ¿Acaso había hecho algo mal?

—No puedes hacerle esto a ningún otro ángel. Nunca. ¿Entendido?

Ella frunció el ceño con desconcierto.

—¿Va contra las normas?

—A los ángeles que han experimentado el deseo sexual no les gusta que los manejen de ningún modo, y menos los humanos. Si haces esto, lo considerarán una invitación a mantener relaciones sexuales.

—No voy a acariciar a nadie salvo a ti, te lo prometo.

Hubo un prolongado silencio.

—Ese hombre, el doctor Fitzherbert… te tocó sin permiso. ¿Te tocó como yo hice ayer?

En un instante, Annabelle volvió a sentir miedo, vergüenza, odio, culpabilidad, tristeza… Sin embargo, todos aquellos sentimientos se desvanecieron tan rápidamente como habían aparecido. Ella se negó a dejar que la dominaran, y los apartó de su mente. Aquellas cosas eran como llamadas directas a los demonios, y ella no iba a consentirlo.

—Sí —dijo.

—Tal vez ya es hora de que coseche lo que ha sembrado —dijo Zacharel.

—¿Qué significa eso?

—Voy a provocar que le suceda algo horrible.

En vez de entusiasmarla, aquella afirmación le produjo una gran preocupación. Ella quería que Fitzpervert perdiera aquella posición de autoridad desde la que podía hacerle daño a mucha gente, pero, por encima de todo, quería que Zacharel estuviera a salvo. Ya le había causado suficientes problemas.

—¿Eso forma parte de tu trabajo? —le preguntó, aunque ya sabía cuál era la respuesta.

—Entonces, te meterías en un lío si lo hicieras, no lo niegues. Recuerdo perfectamente que me dijiste que no está permitido que le hagáis daño a los humanos.

—Hay cosas por las que merece la pena buscarse problemas.

¡No!

—Entiendo que les hagas daño a los demonios, porque son pura maldad y nunca sienten remordimientos por lo que le hacen a la gente. Sin embargo, no es necesario perjudicar a los humanos. Eso te convertiría en alguien parecido a Fitzpervert: él me hacía daño solo porque podía.

A él se le reflejó un arrebato de ira en la mirada, pero ella insistió.

—Algún día, yo misma haré lo que sea necesario con tal de que el mundo sepa que Fitzpervert es un monstruo, te lo prometo. Pero lo haré de la forma correcta. Así que quiero que me digas que vas a dejar este asunto, Zacharel… como sea tu apellido. ¿Tienes apellido?

—Ven acá —dijo él, ignorando su alarde, su exigencia y su pregunta. Le soltó la muñeca, pero le rodeó la cintura con un brazo y la estrechó contra sí.

—Zacharel Venacá. Es un apellido un poco feo. Lo lamento por tu mujer, si decides casarte algún día.

Él frunció los labios y, finalmente, sonrió.

«Yo he conseguido este pequeño milagro. He conseguido que sonría», pensó ella con satisfacción.

—Hoy tenemos muchas cosas que hacer, Annabelle.

—¿Y qué? Ya te lo he dicho. No me voy a conformar hasta que retires lo que has dicho que vas a hacer.

Él deslizó la mano hacia arriba, por su espalda, y se puso a juguetear con las puntas de su pelo.

—Por lo menos, dame tiempo para pensármelo —le dijo—. No te voy a mentir, así que puedes concederme algo de tiempo para sopesar todas mis opciones.

Parecía lógico. Era irritante e irrefutable.

—De acuerdo —respondió ella.

Sin embargo, se saldría con la suya, pensó, mientras se ataba el final de la pluma a la chaquetilla. El oro brillaba maravillosamente contra el color azul del uniforme.

A Zacharel, los ojos le brillaron con un calor distinto al de antes.

¿El de la ira?

—¿Y qué cosas tenemos que hacer? —preguntó Annabelle. Si estaba enfadado, estaba enfadado. Que se aguantara.

—Lo primero, ir de compras —dijo él con frialdad.

Claramente, estaba enfadado. Annabelle se apartó de él, preguntándose qué era lo que podía provocar aquellos cambios de humor tan bruscos. Se cruzó de brazos y le advirtió:

—Tengo otra condición: estás obligado a decirme qué es lo que te molesta.

—Yo no tengo por qué obedecerte, Annabelle.

—Pero lo harás —dijo ella, con una convicción que no sentía.

Lo que había ocurrido aquella noche le daba el derecho a hacer peticiones, y a desafiarlo.

Él le mostró los dientes, con cara de pocos amigos, y se sentó al borde de la cama. Posó las palmas de las manos en los muslos, ¿tal vez para evitar zarandearla?

—No te va a gustar lo que voy a decirte.

—Dilo de todos modos. Soy una adulta, y puedo aceptarlo.

Tal vez. No, no podía. Se le había formado un nudo de miedo en el estómago. Zacharel estaba demasiado serio.

—Ahora esperas indulgencia por mi parte, pero eso no puedo dártelo. Tenemos que seguir el rastro de un señor de los demonios, y mi atención no puede estar dividida. Y, pese a todo, ahora tengo que hacer un esfuerzo por mantenerme alejado de ti, porque solo puedo pensar en lo gozoso que es abrazarte, y en lo mucho que he disfrutado de tus suspiros en mis oídos, y de lo fácil que sería desnudarte y estar contigo aquí, ahora mismo.

«Oh, Dios Santo…».

—Zacharel, me encanta que me hayas dicho eso…

—¿De verdad? —dijo él. Entonces, la miró fijamente—. Porque hoy no vas a estar con tu amante, sino con tu líder. Cuando yo dé una orden, espero que la obedezcas sin cuestionarme.

—Por supuesto que…

Un momento.

En un primer momento, lo que él había pedido le parecía razonable. Sin embargo, al pensarlo con más detenimiento, se dio cuenta de que su forma de interactuar aquel día iba a definir su forma de interactuar en el futuro. Siempre habría algún demonio que cazar. Y, con su… consorte por ahí suelto, ella siempre correría peligro.

Aunque Zacharel y ella no fueran a estar juntos para siempre.

De todos modos, si ella se comportaba como un soldado obediente en aquella ocasión, Zacharel siempre esperaría que fuera un soldado obediente. Nunca serían iguales.

—Mira, escucha —le dijo—. Durante cuatro años me han dicho lo que tenía que hacer, lo que tenía que ponerme, lo que tenía comer, qué medicinas tenía que tomar, cuándo podía salir de mi habitación y cuándo podía quedarme en ella. Si desobedecía, me castigaban con dureza y me obligaban a obedecer. No quiero tener ese tipo de relación contigo. Para eso, prefiero que no tengamos ninguna relación.

—¿Lo ves? Sabía que iba a ocurrir esto.

Los nudillos se le pusieron blancos.

—Si alguno de mis hombres se atreviera a desafiarme, yo…

—¿Qué harías? ¿Le darías una paliza? —preguntó ella—. Bueno, pues yo no soy uno de tus hombres.

—Le daría una paliza, sí. Ya lo he hecho. Y he hecho cosas peores. Y tú quieres ser uno de mis hombres; me has pedido que te entrene para matar demonios.

—Claro, pero hasta este momento no me has enseñado absolutamente nada.

Hubo un momento de silencio tenso.

—De acuerdo. Vamos a remediarlo.

Zacharel se puso en pie, la rodeó con los brazos y la elevó por el aire. Ella volvió a experimentar aquella extraña sensación de ingravidez cuando él la llevó hasta el jardín atravesando las paredes.

Sin previo aviso, la dejó caer al suelo. Al aterrizar sobre el trasero, todo el aire se le escapó de los pulmones, y el cerebro se le golpeó contra la parte superior del cráneo. Se dio cuenta de que había gente dando vueltas por los senderos empedrados, pero nadie les prestó atención.

—No voy a cambiar de forma de tratarte porque tengamos público —le dijo a Zacharel—. En todo caso, te has ganado un buen ataque.

—No pueden vernos ni oírnos —respondió él.

¿De veras?

—Eh, tú… —gritó, mirando a su alrededor. Nadie se giró. Vaya, no, no podían.

—A propósito, por si no ha quedado claro, eres un animal —le recriminó ella, mientras se levantaba.

—Querías entrenarte, y vas a hacerlo —dijo él, y su túnica se transformó en un par de pantalones negros. Zacharel no llevaba camisa—. Pero, antes…

Su piel dorada se oscureció hasta volverse morada. Le brotaron unos cuernos de los hombros, y sus alas se convirtieron en algo

repugnante: una membrana fina y manchada de sangre. Le creció una cola con el final metálico y en forma de cabeza de flecha.

A ella se le escapó un grito. Sacó las dagas de las fundas, que llevaba atadas a los muslos, y, por instinto, se lanzó hacia aquella criatura que formaba parte de sus peores pesadillas para intentar apuñalarlo. Aquel era el demonio que la había engañado.

—¡Me asqueas! —gritó, intentando cortarle la garganta.

Él la agarró con facilidad de las muñecas, la giró y la estrechó, de espaldas, contra su pecho.

—Cálmate y piensa, Annabelle.

Pese a su grotesco aspecto, su voz era la de Zacharel y, al darse cuenta, su pánico se mitigó en parte.

—Sigues estando a salvo conmigo —continuó él—. No sientes las vibraciones del mal. No he cambiado. Solo he cambiado la percepción que tú tienes de mí.

De todos modos, ella siguió forcejeando para liberarse.

Él no la soltó.

—Cálmate —le repitió—. Piensa. Has visto que mi ropa se transformaba en un segundo. Me has visto cambiar el color de mis alas. Soy yo, Zacharel, el hombre que te abrazó, te besó y te acarició.

Su pánico desapareció por completo, y Annabelle se calmó. Respiró profundamente y exhaló…

Los demonios emitían un olor pútrido que resultaba inconfundible. Zacharel olía como el cielo.

—¿Por qué has cambiado de aspecto? —le preguntó, entre jadeos. Tal vez, su mente hubiera captado la realidad, pero su cuerpo todavía se estaba recuperando, y la respiración le irritaba los pulmones.

—No puedo enseñarte a buscar una cola de metal si no tengo una cola de metal. Además, ¿no te acuerdas de que te dije que se puede superar el miedo con la acción, que tu modo de actuar es más importante que lo que sientes? Quiero que aprendas a

enfrentarte a un demonio aunque tengas el corazón desbocado y te tiemblen las rodillas.

De acuerdo, podía hacerlo.

—Ya puedes soltarme. Me comportaré como es debido.

—¿Y por qué vas a empezar a hacerlo ahora?

Entonces, él la empujó tanto como para hacer que se tropezara. Ella se giró rápidamente y se encaró con él, sin soltar las dagas. Sus ojos seguían siendo de un verde hipnótico, y la ayudaban a permanecer en la realidad y a no dejarse atenazar por los recuerdos del pasado mientras miraba aquella cola metálica golpear el suelo.

—¿Acabas de hacer un chiste, Zacharel?

—Dímelo tú.

De repente, él estiró la cola, le rodeó el tobillo y dio un fuerte tirón, aunque se las arregló para no cortarle la piel. Annabelle cayó al suelo con fuerza, y lo fulminó con la mirada.

—Deberías haber saltado inmediatamente y haberme lanzado una de las dagas —le dijo él, con despreocupación—. Ahora, yo podría atacarte otra vez, y tú no podrías defenderte.

Eh… sí podría apuñalarlo, porque todavía tenía las dagas. Él no había sido tan listo como para quitárselas.

—Bueno, para empezar, no me has dicho que tenía permiso para empezar a destriparte.

—¿Es que un demonio te lo va a decir? ¿Crees que te va a avisar?

Buena observación. Annabelle se sintió avergonzada por su debilidad y su estupidez. Se puso en pie y refunfuñó:

—¿Y este es tu método pedagógico? ¿Prueba-error?

—No te gustaría mi otro método. Vamos. Esta vez, cuando veas que voy a atacar, actúa primero.

Bien. Esperó y observó el movimiento de su cola… que se lanzó por ella de nuevo. Annabelle dio un salto, y el pincho metálico de la cola bailó por el aire. Sin embargo, él ya esperaba su movimiento, así que la cola cambió de dirección, volvió a rodearle el tobillo y volvió a derribarla.

¡Demonios!

—Para que lo sepas, normalmente soy mejor. El hecho de que esté viva debería demostrártelo.

—No, el hecho de que sigas viva me demuestra que los demonios no estaban intentando matarte de verdad. Y, para que lo sepas, yo podría haberte matado dos veces ya —replicó él—. En una batalla, los demonios siempre jugarán sucio. Te golpearán por la espalda, te patearán mientras estés en el suelo y atacarán tus puntos más débiles.

—De acuerdo —dijo ella, y se puso en pie de nuevo—. Los demonios se pueden ir a la mierda. La próxima vez que me ataques, me las vas a pagar.

—Está bien —dijo él, pero no le dio más aviso que aquel. Volvió a mover la cola, pero ella la esquivó, y volvió a intentar atraparle el tobillo, pero falló de nuevo.

Al dar aquel último salto, Annabelle se las arregló para caer sobre la cola y pisarla, y eso provocó un grito de dolor por parte de Zacharel. Entonces, ella le dijo, sonriendo:

—Aunque eres un profesor horrible, creo que me va a gustar esta clase.

Él sonrió ligeramente, pero después alzó una de las alas hacia ella. Saltar no le iba a servir de nada, puesto que la membrana era demasiado grande, así que Annabelle hizo lo único que podía hacer: Se agachó y lanzó una cuchillada con una de las dagas, y atravesó el ala del demonio.

Él soltó un silbido y plegó el ala de nuevo. Entonces, Annabelle se dio cuenta de que brotaba sangre de entre las plumas doradas, que enseguida habían reemplazado a la membrana negra, y temió haber ido demasiado lejos.

Sin embargo, Zacharel asintió con satisfacción.

—Excelente. Después de todo, no soy tan mal profesor.

—En realidad, ha sido mi instinto el que me ha ayudado a apuñalarte, no tu fantástica tutela.

Otra sonrisa.

—Me esforzaré por hacerlo mejor.

—¿Quieres decir que soy la primera que se queja?

—No, pero de las dos quejas que he recibido, la tuya es la única que voy a tomar en consideración.

Qué dulce por su parte.

«Sin embargo, eso no va a impedir que te dé una buena en la siguiente ronda».

—¿Y de quién era la otra queja?

—De mi hermano.

Hasta aquel momento, cada vez que Zacharel había mencionado a su hermano, después se había encerrado en sí mismo. Annabelle esperaba que hubieran fortalecido tanto su confianza como para que él le contara los detalles de lo que había ocurrido.

—¿Del hermano al que… mataste?

—Sí —dijo él, en un tono de tristeza que hablaba por sí solo.

Por lo menos, Zacharel no cambió de tema.

—¿Por qué lo hiciste?

Al principio, ella había especulado con la posibilidad de que hubiera sido un accidente, pero después había llegado a la conclusión de que Zacharel no era proclive a tener accidentes. Era demasiado precavido.

Su mirada de color esmeralda se volvió muy fría.

—Estaba mejor muerto.

Aquello, claramente, marcaba el final de la conversación. Sin embargo, Annabelle se preguntó si su hermano habría padecido alguna enfermedad incurable… Esa sería una razón lógica para que estuviera mejor muerto.

Pobre Zacharel.

—Bueno, siento mucho lo que ocur…

Antes de que ella terminara de hablar, él se lanzó hacia ella y la derribó con las garras, aunque sin herirla. Ella se sorprendió tanto que cayó hacia atrás moviendo los brazos, y perdió una de las dagas.

En un pestañeo, él se había tumbado sobre ella y la estaba aplastando contra el suelo. Le sujetó las manos por encima de la cabeza, de modo que la privó de la posibilidad de usar el otro cuchillo. ¡Arg! Annabelle dio una sacudida y, después, otra, pero no consiguió zafarse de él.

—Si yo fuera un demonio de verdad —le preguntó él—, ¿qué harías para escapar ahora?

—Te mordería en cuanto te inclinaras hacia mí.

Eso era lo que había tenido que hacer una y otra vez en el hospital psiquiátrico.

—¿Y arriesgarte a tragar sangre de demonio?

—¿Y qué pasa cuando tragas sangre de demonio?

—Enfermas.

Por su tono de voz, parecía que uno podía morir si tragaba aquel líquido negro. Ella intentó dominar el pánico y pensó en los últimos cuatro años. Las únicas veces que se había puesto enferma había sido a causa de las sobredosis de medicamentos que le había administrado, a la fuerza, el personal sanitario. Así pues, no debía de haber tragado nunca sangre de los demonios que la habían atacado.

—Préstame atención —le ordenó Zacharel, y la agitó por los hombros—. Para liberarte, tienes que apuñalarme uno de los cuernos.

—De acuerdo. Pero no todos los demonios tienen cuernos.

—La próxima vez te enseñaré a luchar contra los demonios sin cuernos. Hoy, vas a aprender a ocuparte de los que sí los tienen.

—Pero… Tú me estás inmovilizando las manos.

—¿Y no puedes engañarme de alguna forma para conseguir que te suelte?

—Digamos que lo consigo. Si te apuñalo, ¿no se va a quedar la daga ahí clavada y me voy a quedar completamente desarmada?

—Efectivamente, y eso es precisamente lo que tienes que conseguir. El cuerno tiene una capa exterior dura que protege otra parte blanda y vulnerable. Si consigues cortar bien los nervios,

puedes paralizar al demonio durante unos segundos. A veces, durante minutos.

Vaya, ese era un buen truco.

—De acuerdo. Vamos a probar tu teoría.

Justo cuando se preparaba para engatusar al demonio y conseguir que la soltara, aparecieron tres enormes sombras sobre ellos. Zacharel se levantó de un salto, y ella creyó que los demonios la habían encontrado, así que también se levantó todo lo rápidamente que pudo. Sin embargo, en vez de una horda de demonios, se encontró con el guerrero rubio al que había conocido en el hospital, Thane. Aterrizó a su izquierda con las alas estiradas.

A su izquierda apareció otro ángel con el pelo y la piel blancos, que tenía el cuerpo lleno de cicatrices. El único color que poseía era el encarnado de sus ojos.

Y, justo enfrente de ella, apareció el hombre más grande que hubiera visto en la vida. Tenía la piel de color dorado y los ojos como el arcoíris.

—Te estábamos buscando, Zacharel —dijo Thane—. Intenté ponerme en contacto contigo mentalmente, pero no me respondiste.

Era interesante que hubiera reconocido a Zacharel, aunque él hubiera adoptado aquella forma de demonio. Y también era interesante que no lo llamara «Majestad», tal y como había hecho en el hospital.

—Cerré la mente a los mensajes telepáticos.

¿Como si hubiera apagado un teléfono móvil?

—¿Quieres que nosotros también cambiemos de forma y nos unamos a la fiesta? —le preguntó el guerrero, que frunció el ceño al fijarse bien en Zacharel—. Estás sangrando —dijo, y se volvió hacia sus compañeros—. Está sangrando.

—Ella le ha hecho un corte —dijo el guerrero de los ojos arcoíris con incredulidad—. Su daga está manchada de sangre.

El tipo de las cicatrices dio un paso hacia ella. Su actitud era amenazante.

Annabelle separó las piernas y se preparó para enfrentarse a él.

—¿Es que tú también quieres probar mi daga?

Zacharel se colocó delante de ella. En un instante, su aspecto volvió a ser normal.

—A la chica no la toca nadie. Nunca. Si alguien la toca, morirá.

—Sí —dijo ella, que se colocó de un salto delante de él, y recibió un empujón suyo hacia atrás—. Morirá.

¿Acaso nadie la iba a considerar inocente a primera vista, nunca jamás?

Los tres hombres se quedaron mirándolos con la boca abierta. Después, asintieron. Y después, se miraron con sorna. Aquellas caras de diversión dejaron asombrada a Annabelle.

—Dos sorpresas el mismo día —comentó Thane—. Primero, preocupación por mi comandante. Segundo, ver a esa poca cosa haciendo de protectora tuya. ¿No te sientes avergonzado, Zacharel?

Zacharel la miró con irritación, como si estuviera echándole la culpa de aquellas burlas.

Ella se encogió de hombros; no sentía ni el más mínimo arrepentimiento.

—Bueno, ahora que sabemos que Zacharel está tan bien protegido —dijo el guerrero de los ojos arcoíris con sarcasmo—, podemos irnos. Tenemos cosas que hacer —añadió. Y, finalmente, la sonrisa se le borró de los labios—. Creíamos que te interesaría saber que fue Burden quien envió a los demonios que atacaron tu nube, y que sabemos dónde está.

Zacharel agarró de la mano a Annabelle, como si necesitara comprobar que estaba allí, y que estaba bien.

El ángel de los ojos encarnados la miró de arriba abajo, y después miró a Zacharel.

—Burden está en el Velo Negro. Hemos seguido su rastro, pero no hemos tenido oportunidad de enfrentarnos a él. Nos ha dicho que tiene a Jamila, y ha exigido que le entreguemos a «la débil y vulnerable Annabelle». Además, añadió que ella tiene que acudir a la cita sin compañía de ningún tipo. Si no cumple con sus exigencias, él decapitará a Jamila.

Annabelle tradujo aquella información: en resumen, Zacharel estaba en una situación complicada.

Capítulo 17

El Velo Negro era un club nocturno para humanos que se encontraba en el centro de Savannah, en Georgia. Zacharel había encontrado a muchos demonios en aquellas calles sofocantes a medianoche, así que no le extrañaba que Burden hubiera fijado allí su residencia, ni que hubiera poseído el cuerpo del dueño del local, con tal de alimentarse de la agitación de los clientes.

En aquella época del año, Savannah era una ciudad muy calurosa, y la elevada humedad del ambiente dejaba una capa sobre la piel de todo el mundo, incluso en la piel de un ángel. De no haber sido por Annabelle, Zacharel le hubiera pedido a la Deidad que le devolviera la nieve.

No llevaba la consabida túnica, sino una camiseta negra, unos pantalones de cuero negros y unas botas de combate del mismo color. Para completar aquella apariencia humana, se había puesto el pelo de punta y se había pintado los ojos con kohl. Tenía tatuajes en ambos brazos y había ocultado las alas a la visión de los humanos. Todos los cambios necesarios, en suma.

Para conseguir la ayuda de los dos únicos hombres que podían colarse dentro del club y cubrirle las espaldas sin que Burden lo supiera, había tenido que vestirse de aquella forma y dejar que lo viera todo el mundo.

Annabelle se maravillaba, alternativamente, de sus cambios y de la luminosidad de la luna llena. Los demás humanos se apartaban a su paso, pegando la espalda a las paredes para poner distancia.

Annabelle iba bailando a su alrededor, con una gran sonrisa.

—¿Puedo decirte que tienes aspecto de chico muy malo en este momento?

—Claro que puedes. Acabas de hacerlo.

—No, no, quiero decir que… Bah, no importa. Lo has estropeado —dijo ella, e hizo un mohín.

Un mohín que él quiso borrar con un beso. Tal vez él tuviera aspecto de chico malo, pero ella estaba… comestible. Llevaba tirabuzones en el pelo, y él la había vestido con un vestido ajustado de cuadros blancos y negros, con volantes, para que nadie pusiera en duda que formaban pareja. El bajo del vestido le llegaba justo por las rodillas, y dejaba ver sus pantorrillas suaves y sus sandalias rojas de tacón. Parecía un ama de casa gótica de los años setenta, lista para esperar a su marido con una copa.

Además, cuanto más inocente pareciera, más la subestimaría Burden. Zacharel pensaba que Annabelle y el demonio iban a luchar, pese a que él habría dado todos los miembros de su cuerpo solo por evitar que respiraran el mismo aire.

Por encima de todo, él quería que ella estuviera a salvo. Estaba desesperado por mantenerla a salvo. Sin embargo, también sentía mucha preocupación por Jamila, y culpabilidad por el modo en que la había tratado. Y, por irracional que fuera, estaba muy enfadado con ella por haber permitido que la capturaran.

Jamila llevaba días en manos de Burden. En ese tiempo, a un ángel femenino podían hacérsele muchas cosas.

Él había intentado ponerse en contacto telepático con ella, pero Jamila no había respondido. Su Deidad sí se había comunicado telepáticamente con él.

«Estoy muy disgustado. Ella está a tu mando, es responsabilidad tuya. Soluciona este problema».

Lo haría. Sin embargo, pensó que debería haber dejado a Annabelle en un lugar seguro. De hecho, todavía podía hacerlo; no era demasiado tarde.

Pero, si lo hacía, ella iba a odiarlo. ¿No le había dicho que prefería morir a que la encerraran bajo llave? Y, para dejarla atrás, habría tenido que encerrarla. No podía hacerle eso a Annabelle.

Además, ¿y si era eso lo que quería precisamente Burden? Tener a Annabelle sola, desprotegida, para poder secuestrarla. Pero… no. No podía ser así. Aquel señor de los demonios no podía saber lo que había llegado a significar para él aquella humana. Burden pensaría que a Zacharel le interesaba más Jamila, un ángel de su ejército, que la humana. Por lo tanto, si Zacharel llegaba sin ella, le estaría dando a entender a todo el mundo que Annabelle era más importante para él que el hecho de cumplir con su deber, que su deseo de venganza y que su ejército. Sería más codiciada por los demonios, aún, de lo que ya era. Claro que, al final, lo averiguarían de todos modos…

El hecho de que Annabelle estuviera cubierta de la esencia de Zacharel le revelaría a todo el mundo que habían estado juntos. Aunque solo eso; no lo que ella significaba para él.

—¿Te acuerdas de lo que te he dicho? —le preguntó él—. ¿Cómo debes comportarte?

—Sí. Que me quede a tu lado. Que no hable. Que no me distraiga. Que no, que no, que no… No, no se me ha olvidado. Sin embargo, no sé cuál es el plan.

—¿Tienes alguna pregunta que hacerme, que no sea sobre el plan?

—Sí, bueno. Ahora que sabes dónde está este tal Burden, ¿por qué no puedes entrar ahí y luchar contra él, mientras tus amigos secretos de los cuales todavía no me has hablado, salvan a Jamila?

—Burden es un cobarde, y ha poseído el cuerpo de un humano. No puedo hacerle todo lo que quiera.

—¿Y si él te ataca a ti?

—De todos modos, no le haré daño —dijo él. No demasiado.

—¡Pero eso no es justo!

—No, creo que casi nada es justo —respondió Zacharel—. De todos modos, aunque no pueda destrozar al humano, él no se va a

marchar de rositas. Asociarse con un demonio solo puede traer sufrimiento. Es una ley espiritual, y él va a aprender esa verdad esta misma noche.

—Muy bien. Sin embargo, ¿estás seguro de que este Burden no es quien mató a mis padres, aunque sea el que les ha ordenado a los otros demonios que vayan por mí?

—Sí. Entre los demonios también hay rangos, y Burden no tiene un rango lo suficientemente alto como para manifestarse en presencia de los humanos.

—¿Y cómo ha poseído a un humano, entonces?

—El humano lo admitió en su cuerpo. Le dio entrada en él, de una forma u otra.

—¿Como… en un sueño?

—Algunas veces sí. Algunas veces, un demonio vigila a un humano hasta que llega el momento perfecto para atacar. Si ese momento no llega, el demonio lo crea. Comienza a susurrarle al oído al humano, le pide que mienta, que diga crueldades, que haga algo salvaje. Si el humano no reprende al demonio, el demonio se va apoderando de él y, finalmente, permite que la criatura ocupe su mente.

—Pero, ¿cómo se reprende a un demonio? ¿Y cómo vamos a saber que tenemos que reprender a un demonio?

—Hay formas de hacerlo, y te las enseñaré. Pero ahora, no.

Annabelle necesitaba una fe que todavía no poseía. Una fe que no provenía solo de las palabras. Necesitaría un tiempo que no tenían para escuchar una lección divina no solo con los oídos, sino con toda el alma. Si él intentara enseñárselo pese a todo, ella se asustaría, y las cosas empeorarían.

—¿Por qué los demonios no poseen a los ángeles de la Deidad? Parece que vosotros tenéis tantos defectos como nosotros, los humanos —refunfuñó Annabelle.

—A nosotros también nos atormentan, no lo dudes.

Él la empujó suavemente con el hombro y la guio hacia un callejón oscuro. El olor a orina lo invadió todo. Zacharel podría haber

volado hasta la entrada del club, pero los espías de Burden lo verían y se lo contarían a su jefe. De hecho, había visto a tres sirvientes demoníacos durante los últimos cinco minutos, acechando por los rincones.

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

Un adolescente humano salió de entre las sombras y les cortó el paso. Estaba subiéndose la bragueta del pantalón, y Zacharel pensó que acababa de terminar de orinar contra el muro del edificio. Apestaba a alcohol y a tabaco.

—Una chinita que está buenísima y un tipo molesto que debería salir corriendo si quiere seguir vivo.

—No soy china —le espetó Annabelle.

—Lo que sea. Estás buena, que es lo único que importa.

Entonces, otros dos adolescentes se unieron a él.

Ninguno estaba poseído por los demonios, pero los tres eran idiotas. Zacharel medía el doble que ellos, pero como iban armados con dos cuchillos, creían que eran invencibles.

—¿Qué llevas debajo del vestido, eh?

—Sé buena chica y enséñanoslo.

Oh, sí. Eran idiotas.

Zacharel notó el miedo de Annabelle por un segundo, antes de que ella respirara hondo e irguiera los hombros.

—Me estáis enfadando —les dijo a los chicos—. Y será mejor para vosotros que no me enfadéis.

Los tres chicos se echaron a reír.

—¿Por qué? ¿Es que te vas a convertir en la Masa?

Sonaron más carcajadas.

—Puedes hacerlo antes de que te demos una buena paliza —le dijo el líder.

Otro de ellos añadió:

—Puedes quedarte con la chica, cuando terminemos con ella. Prometido.

—No deberías haber dicho eso —respondió Annabelle, con calma —. Dales una buena lección, Zacharel, por favor.

—Como quieras —dijo él.

Zacharel rodeó a Annabelle con los brazos por delante de él para protegerla de lo que iba a suceder. Entonces, sacó las alas de la bolsa de aire y, en pocos segundos, creó un viento muy fuerte. Los jóvenes cayeron de bruces muy pronto.

Trataron de levantarse, pero el viento se lo impidió. Él siguió batiendo las alas, cada vez más rápidamente, cada vez con más fuerza, y el silbido del aire amortiguó los gritos de dolor. La presión iba en aumento, y Zacharel sabía que podía aplastarlos sin esfuerzo, romperles el cuello, destriparlos.

Sin embargo, recordó lo que le había dicho Annabelle: que asesinar a un humano no era necesario, y que eso no le haría mejor que Fitzpervert.

No. No iba a matar a aquellos chicos. No los destruiría solo porque tuviera el poder necesario para hacerlo. Eso sería un terrible defecto.

Annabelle le rodeó las muñecas con los dedos y se las apretó.

—Ya está bien. Te vas a meter en un lío, y esta noche te necesito. Además, tu bienestar es más importante que darles a estos chicos lo que se merecen.

—Ya estaba parando —admitió él. Detuvo el movimiento de las alas, y la presión se mitigó.

Los adolescentes permanecieron en el suelo, sollozando.

—¿No tenéis nada que decirle? —les preguntó él.

—Lo siento mucho, tío. De verdad —dijo uno entre lloros.

—No volveré a hacerlo nunca más.

—Por favor, déjanos marchar. Te pagaré. Tengo dinero.

—¡Ya está bien! —dijo Zacharel, y los obligó a ponerse en pie—. Ahora mismo vais a ir a una comisaría y vais a confesar vuestros delitos. Si no lo hacéis, iré por vosotros.

Los muchachos asintieron. Así pues, no había necesidad de que se convirtiera en la Masa.

—¿Todavía estáis aquí? —inquirió con un gruñido—. ¡Marchaos!

Los chicos salieron corriendo.

Annabelle le dio una palmadita en el hombro.

—Buen trabajo, Zacharel. Impresionante.

—¿Esto también es sarcástico?

—Esta vez no, Maravilla con Alas.

Él sonrió.

—Gracias.

—De nada.

Aquella mujer se las arreglaba para divertirlo en cualquier situación, y eso dejaba bien claro que sentía una enorme atracción por ella. Y no tuvo miedo de reconocerlo. Se estaba acostumbrando a lo que sentía.

—¿Sabes? Te pones muy guapo cuando sonríes —le dijo Annabelle, dándole una palmadita suave en la mejilla.

—Feroz, nena. Soy feroz.

—Si tú lo dices…

Siguieron andando. Al final del callejón, tomaron otro, y después giraron a la izquierda. Por fin, llegaron a la entrada del club.

Había dos gorilas en la puerta; eran dos humanos poseídos que controlaban la fila de clientes que esperaba para entrar en el local. Por la rendija de la puerta se oía *rock* duro, aunque tenía un fondo sensual, un fondo que tal vez él no hubiera percibido antes de conocer a Annabelle. Ahora sabía lo suavemente que podían moverse dos cuerpos siguiendo aquel ritmo.

Los hombres tragaron saliva al verlo y, rápidamente, se hicieron a un lado. Zacharel pasó sin incidentes y abrió la puerta con un hombro.

—Vaya, este chico tiene mundo —murmuró Annabelle.

Él no sabía exactamente a qué se refería. Oyó que alguien de la multitud preguntaba a gritos por qué ellos podían pasar sin esperar, pero no se quedó para oír más. Las puertas se cerraron y cortaron el resto de la queja.

Dentro del club, vio pasar a una camarera con una bandeja llena de copas. Había hombres y mujeres bailando en la pista, tal y como él había imaginado, buscando sus bocas y moviendo las manos por

encima de los cuerpos. Varios hombres y varias mujeres tenían pequeños demonios sobre los hombros; eran criaturas parecidas a un mono, con un pelaje marrón oscuro y una cola larga y enroscada.

—¿Ves a los demonios que están sentados en sus hombros, susurrándoles cosas al oído? —le preguntó a Annabelle—. Quieren influir en sus actos y conseguir levantar un bastión.

—¿Dónde?

—Ahí.

—No… No.

Y parecía que no le agradaba el hecho de no poder verlos.

—Supongo que solo puedes percibir a los demonios a partir de cierto rango.

—¿Y no deberíamos… no sé, luchar contra ellos? ¿Y qué es un bastión?

—¿Nosotros? No. Eso es cosa de los humanos. Y un bastión es eso que te he contado ahí fuera, un lugar dentro de la mente de un humano, donde las maldades del demonio consumen todos los pensamientos y las acciones.

—¿Es como lo de reprender al demonio? ¿Esos humanos tienen que aprender a luchar contra algo que no pueden ver?

—Sí. Deben aprender las verdades espirituales y las leyes, y actuar en consecuencia.

Más allá de la pista de baile había unas cuantas mesas y, sobre ellas, botellas y vasos vacíos. Él atravesó la oscuridad y vio entregas de dinero a cambio de drogas y a las prostitutas examinándose las uñas mientras les manoseaban el pecho, pero no encontró a quienes debían ayudarlos.

—Eh, tío, ¿tienes fuego?

Zacharel se detuvo. Había un hombre delante de él, con un cigarrillo entre los labios.

Era tan alto como Zacharel, con el pelo rubio y espeso. Tenía los ojos azules y un rostro perfecto, maravilloso, que no encajaba con su cuerpo de guerrero.

Por fin.

Annabelle jadeó como si acabara de ver algo precioso, y Zacharel tuvo que apretar los dientes de irritación.

—Fumar es muy malo —le dijo Zacharel al hombre.

—Bueno, y muchas cosas también —respondió el fumador. Miró a Annabelle de pies a cabeza y añadió—: Guapa chica. ¿Es tuya?

—Sí —dijo Zacharel.

Paris, el guardián del demonio de la Promiscuidad, sonrió lentamente, y su satisfacción solo sirvió para provocarle aún más enfado.

—¿Es muda?

—No.

Aunque podía parecerlo, porque se había quedado boquiabierta y no pronunciaba palabra.

Paris se echó a reír, y Zacharel se maravilló de cuánto había cambiado. Pocos meses antes era un ser completamente desgraciado y triste. Sin embargo, la mujer adecuada podía devolverle la vida a cualquier hombre, ¿no?

—Intenta no ofenderte —le dijo Paris a Zacharel—. Ella no puede evitarlo.

Después, se alejó silbando en voz baja.

—Siempre tienes algo que decir —le reprochó Zacharel a Annabelle—. ¿Y tienes que quedarte callada justo delante de él?

—Es por su olor —respondió ella sin avergonzarse, y sin dejar de mirar la espalda de Paris—. Nunca había olido nada igual. Huele a chocolate, a coco y a champán. Se te hace la boca agua.

—Está poseído por el demonio de la Promiscuidad —le dijo Zacharel.

—¿Cómo? ¡No! ¡No es posible!

—Claro que sí.

—Poseído —repitió ella.

Bien. Ya no volvería a mirar a Paris con tanto anhelo. ¿Era mezquino por su parte? Tal vez. ¿Le importaba algo? No.

—La mayoría de la gente de este club está bajo la influencia de un demonio, pero hay pocos que estén realmente poseídos. Burden

les da trabajo. A los demonios, quiero decir. Les paga para que traigan al Velo Negro a clientes que todavía no han caído del todo en el mal.

Ella se aferró a él, y él supo que quería que le diera fuerzas.

—Entonces, ¿qué se supone que tenemos que hacer ahora?

—Ahora, esperamos.

Afortunadamente, no tuvieron que esperar mucho. Entre la gente apareció una mujer que se encaminó hacia Zacharel. Era una de las mujeres más bellas que ella hubiera visto nunca. Tenía una melena rubia y sedosa, la piel del color de las rosas y los ojos dorados.

Sus curvas eran muy voluptuosas, y llevaba un vestido rojo, corto y escotado, que dejaba a la vista sus interminables piernas y su voluminoso escote.

Era bella, sí. Pero también estaba poseída por un demonio.

Sintió a la humana golpeándose contra las paredes de su mente, desesperada por escapar de la posesión del demonio. Así pues, era una posesión reciente.

La mujer se detuvo justo delante de Zacharel, pero miró a Annabelle.

—Aquí está mi dulce *geisha*. Cuánto te he echado de menos.

A Annabelle se le escapó un jadeo.

—¿Qué es lo que acabas de llamarme?

Zacharel recordó que Fitzherbert la había llamado exactamente igual: mi dulce *geisha*. El demonio que había poseído a aquella mujer debía de haber poseído antes a alguien del hospital psiquiátrico penitenciario; no a Fitzherbert, puesto que para él habría sido fácil percibirlo, sino a alguien que pasaba mucho tiempo dentro del edificio. Tal vez un paciente. Burden querría tener controlado a alguien que pudiera acercarse a Annabelle con facilidad, que la escuchara y la observara y, seguramente, que animara a los demás a hacerle daño. Y que lo informara a él, por supuesto.

La mujer sonrió seductoramente.

—¿Tú también me has echado de menos, pequeña *geisha*? Puedo sacarme fotografías y regalártelas. Así, cuando nos separemos, podrás verlas y acordarte de mí.

Por algún motivo, aquel comentario enfureció a Annabelle; sacó las dos dagas de las fundas y se las clavó a la mujer en el pecho.

—Me gustaría tener una foto tuya así, tal y como estás ahora —dijo Annabelle con desprecio—. ¿Qué te parece?

La mujer chilló de dolor y de asombro, y después emitió una ristra de maldiciones, y terminó con un:

—¡Te voy a matar!

Algunos de los que bailaban en la pista se dieron cuenta de que había violencia en el local, y salieron corriendo hacia la puerta. La mayoría siguió bailando.

—No vas a hacer tal cosa —le advirtió Zacharel a la rubia.

La mujer apretó los dientes y se sacó las dagas de un tirón.

—Controla a tu mascota, ángel.

—Al contrario que tú, demonio, yo no prospero controlando a los humanos.

Y, si su Deidad pensaba castigar a Annabelle, él soportaría el castigo por ella.

—Lo siento —murmuró Annabelle—. La rabia me ha sacado lo peor.

Él le apretó la mano.

—Es por la carga demoníaca que hay en el ambiente. Protege tus emociones.

—¡Ya está bien! —gritó el demonio, y entrecerró los ojos, que ahora se habían vuelto de color rojo y brillaban como el fuego. Claramente, no le gustaba que lo ignoraran—. Por aquí —les dijo, y se dio la vuelta para guiarlos por el club—. Pero no esperéis que Burden os reciba tan bien como yo.

Capítulo 18

Annabelle se esforzó por mantener la calma durante todo el camino hasta la oficina. Los tres tuvieron que subir una escalera de caracol y atravesar el salón para clientes importantes, que estaba lleno de humo. Consiguió llevar la cabeza alta, incluso cuando la gente dejaba de hacer lo que estaba haciendo, mantener relaciones sexuales, esnifar cocaína y pincharse en las venas, para fulminarlos con la mirada.

Seguramente, tenían demonios sentados en sus hombros, tal y como le había dicho Zacharel, pero ella no podía verlos.

Cuando, por fin, pasaron a la zona siguiente, tuvo que esforzarse mucho más. Todo parecía normal, pero, en lo más profundo, Annabelle sabía que había algo muy malo. La sala era espaciosa y tenía las paredes blancas; el suelo estaba cubierto de moqueta a cuadros blancos y negros. Había una gran estantería llena de libros en una pared y, junto a ella, un escritorio en forma de media luna. Del centro del techo colgaba una lámpara de araña que lo iluminaba todo.

Era bonito, sí, pero… Detrás de aquel escritorio había un hombre sentado. Era un hombre guapo, de unos treinta y cinco años, rubio y delgado, que tenía un aire de crueldad.

¿Quién era? ¿El último encargado de la seguridad antes de que llegaran al despacho del demonio?

Tenía los ojos de color azul oscuro, e iba vestido con un traje azul marino de rayas. Olía a dinero, a perfume masculino y a alcohol.

Tras él había dos guardias vestidos de negro, que estaban a la expectativa. Sin duda, eran de los que disparaban primero y preguntaban después.

La bella chica rubia del club, la que había recibido las puñaladas de Annabelle, se dejó caer sobre un sofá, junto a la puerta, murmurando formas de torturar a una humana fastidiosa, mientras se curaba las heridas.

—Hola, Burden —dijo Zacharel.

Burden. ¿Aquel era Burden? ¿El hombre poseído por un demonio que había ordenado a los otros demonios que la atacaran dentro del hospital?

Burden sonrió, pero su sonrisa era siniestra.

—Ah, Zacharel —dijo—. Me alegro mucho de que recibieras mi invitación.

—Quiero ver a Jamila —dijo el ángel.

—Vaya modales. Qué vergüenza —respondió Burden—. ¿Primero los negocios? Qué poca amabilidad. ¿No puedo ofrecerte una copa? ¿Una chica? ¿Un pico?

Silencio.

—¿No? ¿Y tú, querida? —le preguntó a Annabelle, desnudándola con la mirada—. ¿Te gustaría algo en particular?

Zacharel se puso tenso cuando ella respondió.

—Hay algo que me gustaría, sí. Recoger tu cabeza del suelo después de que se te haya separado del cuerpo. Después de eso, podemos hablar de mi siguiente petición.

Él le había dicho claramente que no hablara, que no se hiciera notar. «Ya eres uno de sus objetivos. Por favor, no lo empeores», le había dicho.

Aquel habría sido un buen consejo, si no tuvieran que enfrentarse a un demonio. Ella no quería parecer débil. Los demonios se alimentaban de la debilidad y le sacaban el mayor provecho posible. Sin embargo, a partir de aquel momento iba a contenerse.

Zacharel tenía un plan. Los otros tres ángeles y él habían estado más de media hora mirándose, en silencio; su expresión facial cambiaba cada poco tiempo. De algún modo, habían estado comunicándose los unos con los otros, pero a ella no le habían dicho nada al terminar.

Burden se echó a reír.

—Tu sed de sangre me enorgullece, Annabelle. Pero me pregunto si llevas más armas escondidas. Seguramente, sí.

No, no las llevaba, y lo lamentaba mucho.

Burden le hizo un gesto a uno de sus guardias; obviamente, era una orden para que la cacheara.

En un abrir y cerrar de ojos, Zacharel se movió y le puso la espada de fuego en el cuello al demonio.

Los guardias no se movieron. O temían demasiado a Zacharel, o tenían órdenes que obedecer.

Burden se movió en su asiento.

—Si me decapitas, mi gente matará a Jamila.

—No sería un buen líder si protegiera a uno de mis subordinados más que a otro. Así que nadie va a tocar a la chica. Nunca.

—Muy bien. Nadie la tocará mientras tú estés aquí —dijo Burden.

—De acuerdo.

La espada de Zacharel desapareció, y el demonio volvió a sonreír.

—Como soy tan generoso, permitiré que tu chica conserve sus armas.

—Muy amable por su parte —dijo Annabelle, comportándose como si tuviera unas cuantas sorpresas escondidas.

Burden la ignoró, pero le dijo a Zacharel:

—Ya se dará cuenta de que no soy tan fácil de herir como la bella Driana.

Señaló a la mujer rubia que estaba en el sofá con un gesto de la cabeza.

—Esta conversación se me está haciendo muy pesada —dijo Zacharel—. Sigamos.

—Ya veo que sigues tan impaciente como siempre —respondió Burden—. Para ser sincero, me sorprende que hayas venido. Tenías que saber que no iba a cumplir mi parte del trato y entregarte a Jamila.

Zacharel lo miró impasible.

—Sí, ya lo sabía.

—Entonces, ¿para qué has venido, ángel?

—Te lo diré después de haber visto la prueba de que Jamila sigue con vida.

—Supongo que hay cosas que no cambian nunca. Es reconfortante saber que sigues siendo tan desconfiado como impaciente.

—Y tú sigues siendo tan poco digno de confianza como repulsivo.

El demonio inclinó la cabeza como si acabara de recibir un cumplido.

—Gracias. Y, ahora, lo mejor será que hagamos algo inesperado para animar la fiesta. Te daré tu prueba, después de que tú me des tu palabra de que no hay ningún otro ángel guerrero por los alrededores del club.

—Mis ángeles no están aquí.

—¿Y los ángeles de otro?

—No. Yo soy el único ángel con el que vas a tratar.

—Vaya. Qué decepción. Pensaba que ibas a oponer algo de resistencia. Tengo que preguntarme por qué has accedido a reunirte conmigo. Sabías que no ibas a poder salvar a Jamila. Sabías que estabas trayendo a la humana a una zona de peligro.

—Y tú sabes que no tengo por qué darte esa información.

—Sí, es cierto, pero tenía que intentarlo. Seguro que lo entiendes —dijo el demonio y, con una sonrisa, apoyó los codos en la mesa—. Esto es lo que va a ocurrir: te enseñaré a tu preciosa Jamila. Después, tú saldrás de mi club sin derramamiento de sangre, o te quedarás y mirarás mientras mis hombres y yo disfrutamos de la humana.

A Annabelle se le aceleró el corazón, aunque sabía que Zacharel nunca la dejaría sola.

Zacharel sonrió con crueldad.

—¿De veras crees que tus hombres, o tú, podríais conmigo?

—No lo sé, pero tu Jamila morirá mientras luchamos.

Zacharel se encogió de hombros.

—Enséñame lo que has prometido.

Entonces, Burden apretó unas cuantas teclas del ordenador que tenía en su escritorio; acto seguido, miró a Zacharel con satisfacción.

—¿Estás seguro de que quieres verlo?

—Sí.

Burden giró el monitor hacia ellos.

A Annabelle le fallaron las rodillas al ver la imagen de la pantalla. Jamila estaba tendida en una cama, boca abajo, y tenía la espalda destrozada.

Estaba viva, tal y como había prometido Burden, pero alguien le había cortado las alas.

—Grita mucho —dijo Burden, con un deleite palpable, y volvió a girar el monitor—. Creo que dejaré que se cure y, cuando se le regeneren las alas, se las cortaré por segunda vez. Y una tercera.

—Lo vas a pagar muy caro —le dijo Annabelle—. ¿Dónde está? ¡Dínoslo ahora mismo!

El demonio volvió a ignorarla y se dirigió a Zacharel.

—Siempre me ha gustado hacer negocios contigo, Zacharel, pero creo que ya he cumplido mi parte del trato. Ya has visto que está viva y, a cambio, tú me has concedido a esta deliciosa humana. No la tocaré hasta que hayas salido del edificio —dijo. Después le hizo una seña a Driana, que seguía sentada en el sofá—. Enséñale la salida.

—¿Yo? Pero si yo…

—Vamos, acompáñalo.

—Sí, señor —dijo ella.

—Vosotros, id con ellos —les ordenó Burden a los guardias—. Si intenta hacer algo, o habla con alguien, matadlo.

Sin embargo, Zacharel no se movió.

—¿Y por qué me dejas marchar sin intentar hacerme daño, al menos? —preguntó.

—No me malinterpretes. Me encantaría matarte a ti, y matar a tu dulce Jamila, pero habría un juicio y, ¿quién tiene tiempo? Así, no hay nada que puedas hacer, salvo acordarte de tu fracaso.

Zacharel se quedó inmóvil, rígido. Annabelle esperó a que actuara, a que por fin le enseñara a aquel monstruo cuáles eran las consecuencias de actuar de aquel modo. Sin embargo, Zacharel se dio la vuelta y salió de allí.

«Ahora mismo se dará la vuelta y atacará», pensó.

Driana abrió la puerta; los guardias salieron en primer lugar y se detuvieron para esperar a Zacharel en el pasillo.

Zacharel los siguió.

Annabelle sintió pánico.

—Zacharel —murmuró.

A él se le pusieron rígidos los hombros, pero no se giró. No le dijo nada.

Driana salió tras él.

—Te voy a cuidar bien, Ojitos Verdes. Te lo prometo.

«No, no te vayas», gritó mentalmente Annabelle. Sin embargo, él no se dio por aludido.

Driana se giró hacia ella, sonrió y le dijo adiós con la mano. La puerta se cerró.

Annabelle se quedó paralizada. Zacharel lo había hecho. La había traicionado. La había llevado allí con engaños y la había abandonado en manos de unos hombres que iban a destrozarla. La había usado para tratar de salvar a Jamila.

«Ahora no puedes resolver esto», se dijo. «Ahora, tienes que encontrar la manera de salir de aquí».

Burden se echó a reír.

—¿Qué te parece, preciosa?

Annabelle lo miró.

—Me parece que es hora de terminar con esto. Tú, contra mí, y el ganador se queda con todo.

—Ya veo por qué has generado tanto interés. Admiro tu valentía, por muy estúpida que sea… Y sé que voy a disfrutar mucho destruyéndote. Cosa que voy a hacer, antes de llevarte ante tu nuevo amo.

—Ah, un nuevo amo. Qué miedo. ¿Por qué no te quedas tú conmigo? —le sugirió—. Puedes darme un *tour* por tu club. Así podremos conocernos mejor y… ¿quién sabe?

—Querida, es imposible engañarme. Yo…

La puerta se quebró por la mitad y, de repente, Annabelle se vio envuelta en unas alas que le bloquearon la vista de toda la habitación.

—Ya estoy aquí —le dijo Zacharel—. Tenía que sacar a los guardias de la habitación.

—Oh, Dios Santo —murmuró ella, pero no pudo seguir hablando.

De repente, estalló un tiroteo y el ruido de las balas reverberó por toda aquella sala. Se oyeron gruñidos y gritos de dolor, pero ella permaneció entre las alas de Zacharel, aferrada a su túnica.

¿Túnica? Sí. Annabelle se dio cuenta de que su ropa humana se había transformado de nuevo en aquella tela vaporosa.

—¿Son amigos tuyos? —le preguntó.

—Sí, aunque han tardado más de lo que debían. Tendrían que haber entrado en esta oficina mucho antes —añadió él, en voz más alta.

—¡Eh! —dijo alguien—. Hemos subido lo antes que hemos podido.

—Entonces, necesitáis entrenaros más.

Annabelle lo zarandeó.

—¿Puedo ayudar?

—No. No es necesario que hagas nada. Burden ya está bajo control.

—Eso es cierto. Hemos terminado, querido amigo. A propósito, de nada. Ha sido un placer —dijo alguien, con una voz ronca que

Annabelle reconoció.

Era una voz que nunca olvidaría. Por supuesto, el aroma a chocolate, coco y champán que percibió confirmó sus sospechas.

El hombre poseído por el demonio de la Promiscuidad estaba allí.

—No, no habéis terminado hasta que no limpiéis el desorden —dijo Zacharel con aspereza.

Se oyeron unos gruñidos.

—Como quieras, guapo —dijo una mujer—. Me pido decirles a los demás lo que tienen que limpiar.

—Kaia —refunfuñó un hombre—. Eres una caradura.

—Haberlo pensado tú primero.

—Cierto, cierto.

Annabelle oyó diferentes sonidos. Distinguió que arrastraban algo, tal vez un cadáver, y que abrían una bolsa de basura. Cayeron cosas pesadas al suelo, y hubo algunas quejas.

—¿Por qué no me contaste cuál era el plan? —le preguntó a Zacharel.

—Porque los demonios pueden saborear el miedo.

—Y tú necesitabas que saboreara el mío para que te creyera —dijo ella.

—No. Aunque tú estás aprendiendo a dominar esas emociones, yo necesitaba que tus reacciones fueran sinceras.

Al cabo de un largo rato, Zacharel bajó las alas.

Annabelle se giró. Había manchas de sangre en el suelo y en las paredes, aunque se notaba que alguien había intentado limpiarlas. Por lo demás, no quedaba ni rastro de que allí se hubiera producido una batalla campal.

Había cuatro guerreros con salpicaduras de sangre en la ropa, y tres féminas en el centro de la habitación. Todos la observaban con curiosidad.

Ella también hubiera querido observarlas, pero vio a Burden. Había un hombre lleno de cicatrices horribles que le sujetaba la cabeza contra el escritorio, y lo mantenía quieto con una espada sobre su espalda.

—¿Qué quieres que haga con él, ángel?

—Mis hombres vendrán y se lo llevarán. Nosotros tenemos preguntas, y él tiene respuestas.

—Has dicho que tus hombres no estaban aquí —masculló Burden.

Zacharel sonrió.

—Y no están. Pero van a llegar enseguida. Yo te prometí que no había traído ángeles, y soy hombre de palabra. Sin embargo, no te prometí nada sobre unos cuantos demonios, ¿no? Permíteme que te presente a los Señores del Inframundo.

Capítulo 19

Thane, Xerxes y Bjorn entraron en la oficina sin decir una palabra, y se marcharon inmediatamente después de recoger a Burden. Todos observaron la escena en silencio.

Después de que el sonido de sus pasos se extinguiera, Zacharel le presentó a Annabelle al grupo que les había salvado la vida.

La mayoría estaban poseídos por diferentes demonios, pero Zacharel los conocía y, aparentemente, los apreciaba. Lucien llevaba al demonio de la Muerte. Strider llevaba a Derrota. Amun llevaba a Secretos y, por supuesto, Paris llevaba a Promiscuidad.

Ella inclinó la cabeza al oír sus nombres; sin embargo, los demonios eran demonios, y no quería tener nada que ver con ellos.

Las mujeres no estaban poseídas, pero parecían igual de peligrosas que los hombres. Kaia era una arpía pelirroja, Anya era una rubia impresionante, y diosa de la Anarquía, y Haidee era… Sin duda, también era algo, aunque nadie lo diría.

Haidee tenía la piel tersa, brillante y rebosante de salud y de vitalidad. Zacharel se negó a mirarla, y apenas la saludó, pero Annabelle tuvo que contener el impulso de acercarse a ella y abrazarla.

¿Por qué?

Y mejor pregunta aún: arpías, diosas, chicas con aspecto humano pero de origen misterioso… ¿Qué más había ahí fuera? ¿Qué cosas ignoraba ella?

De repente, Annabelle vio un brillo plateado en el suelo y se dio cuenta de que era una daga. ¡Bien! La batalla había terminado, sí, pero era mejor estar bien preparada, teniendo en cuenta lo que la rodeaba.

—Estás mirando fijamente a mis amigos, y ahora estás armada. ¿Por qué estás mirando a mis amigos, humana?

La pelirroja había invadido su espacio personal y se puso de puntillas para darle un toquecito en la coronilla.

—No importa, ya me imagino el por qué. Piensas que, como están poseídos, son pura maldad. Pues no, chinita. Los demonios son malvados, pero los chicos que los albergan son pura miel. Yo soy la auténtica pesadilla aquí.

Annabelle era mucho más alta que la arpía, y miró a Zacharel como preguntándole si podía darle una bofetada. ¿Acaso nadie comprendía la diferencia entre China y Japón?

Él negó con la cabeza.

—No te enfrentes nunca a una arpía.

—No sé lo que es una arpía —dijo Annabelle.

—Una máquina de matar —dijo Kaia.

—Pero…

—Sin peros, Annabelle —dijo Zacharel, y miró a la pelirroja—. Y tú, Kaia, compórtate como es debido. Annabelle todavía no ha aprendido que un hombre no es lo mismo que el demonio que lo atormenta, y que puede luchar contra el mal y vencer, como los Señores. Y no puedo culparla; yo mismo he aprendido la lección hace poco.

Entonces, ¿los señores del Inframundo habían luchado contra el mal de sus demonios y habían ganado? Semejante victoria debía de haberles costado un precio terrible, pensó Annabelle. Ella había luchado muchas veces, y había perdido. Sintió respeto por ellos, y relajó la mano en la que tenía la daga. Entonces, se dio cuenta de que Kaia le había agarrado la muñeca y le estaba clavando las uñas. Además, irradiaba un calor muy fuerte.

—Estás demasiado caliente —dijo Annabelle, entre dientes. Más caliente que el propio Zacharel.

Aquella pequeña fémina sonrió sin inmutarse.

—¡Ya lo sé! Pero mi hermana está más caliente todavía, te lo prometo.

¿Hermana? ¿Eran dos?

—Kaia —le dijo Zacharel.

—Suéltame, pequeña. Ahora —dijo Annabelle.

—«Pequeña». Qué mono. Pero ¿cuál es la palabra mágica?

—¡Kaia! —dijeron Zacharel y Strider al unísono.

—No. No es esa.

Annabelle dijo, con la voz ronca:

—Te voy a patear si no lo haces.

—¡Bingo! —dijo Kaia, y fue soltando, dedo a dedo, la muñeca de Annabelle, dejándole las marcas enrojecidas de las uñas.

—Eres la persona más extraña que he conocido —dijo Annabelle malhumoradamente.

—Y tú eres la más dulce. Bueno, y dime —prosiguió Kaia, e hizo un globo de chicle—, ¿es buen amante Zacharel? Porque yo he apostado un buen dinero a que no. Tiene las manos grandes, y sabe usarlas para luchar, pero ¿has intentado bromear con él alguna vez? No tiene ni la menor idea. Me imagino que eso le ocurre también en la cama.

—Oh… —de repente, todo el mundo las estaba mirando, incluido Zacharel—. Es estupendo.

Annabelle nunca se había sentido tan incómoda.

—Oh, vaya —dijo Kaia, y se le hundieron los hombros.

Strider, el guardián de la Derrota, se acercó a ella.

—¿Lo ves, nena? Te lo dije.

Kaia se giró y lo fulminó con la mirada.

—El hecho de haber ganado una apuesta sobre la sexualidad de otro hombre no es algo de lo que estar orgulloso, bobo.

Él le lanzó un beso.

—Te pones muy *sexy* cuando pierdes.

Ella se animó, y se atusó el pelo.

—Claro que sí, pero te reto a que me lo demuestres.

—Con gusto —dijo él.

Al instante, comenzaron a besarse.

«¿A nadie más le parece extraño todo esto?», se preguntó Annabelle.

Parecía que no. Los demás se pusieron a hablar rápidamente.

—¿Y el club? —preguntó Zacharel.

—Ya está limpio —dijo el guerrero de las cicatrices, el guardián de Muerte.

—¿Y los humanos?

—Están desarmados, tal y como pediste —dijo Promiscuidad.

—¿Y los demonios y poseídos por demonios?

Anya, la diosa de la anarquía fue quien respondió:

—¡Los maté!

—¿Cómo?

—Bueno, está bien. Solo los maté mentalmente. Le pedí a Lucien que se los llevara y los encerrara, como tú ordenaste. ¿Contento?

El enorme guerrero negro de ojos oscuros, Amun, dijo algo mediante el lenguaje de signos y, después, pasó un brazo por los hombros de Haidee. Era evidente que estaban juntos.

Zacharel agarró a Annabelle de los brazos y la obligó a que lo mirara. Cuando sus ojos se cruzaron, el resto de la habitación dejó de existir. Solo existía aquel ángel de ojos verdes. Él le dijo:

—Voy a dejarte aquí, con los guerreros y sus mujeres. No te harán daño, y tú no les harás daño a ellos.

Al principio, ella tuvo un ataque de pánico; después, sintió ira y, finalmente, determinación. ¿Quién mejor iba a enseñarle, mejor que aquellos seres, cuáles eran los distintos tipos de demonios? Aunque… ¿podría creer lo que le contaran?

—Bueno, como quieras —dijo ella, tratando de aparentar despreocupación—. ¿Y adónde vas?

Él hizo caso omiso de la pregunta.

—Júralo.

Ella suspiró.

—No voy a hacerles daño a tus amigos, a menos que ellos me ataquen. Lo juro. Y, ahora, ¿adónde vas?

—Abajo. No voy a salir del club sin ti, y nadie te va a atacar en esta habitación. Ellos te protegerán incluso aunque tengan que arriesgar la vida por ti. Aunque no confíen en ti. ¿Verdad?

Hubo silencio.

—¿Verdad?

Vaya. Annabelle nunca le había oído levantar tanto la voz.

Entonces, hubo murmullos de asentimiento.

—Para que lo sepas, yo soy digna de confianza —refunfuñó ella.

—¿De verdad? —le preguntó Zacharel, y la zarandeó suavemente —. Es una pena que no pienses lo mismo de mí. Creíste que te iba a abandonar aquí. Pensaste que iba a permitir que Burden y sus hombres te hicieran daño para poder salvar a otro ángel.

Zacharel acababa de ponerse furioso, y ella se avergonzó.

—¿No querías que pensara eso?

—Sí, pero tú no tenías por qué hacerlo.

—Bien… Ummm. Tal vez no.

—Pero lo pensaste, no lo niegues.

—Está bien, lo siento. Nunca había tenido a mi lado a nadie que me protegiera. Esto es demasiado nuevo para mí.

Él se acercó más a ella.

—¿Lamentas haber creído algo equivocado, o lamentas solo que yo dedujera tus pensamientos? Reflexiona sobre ello mientras estamos separados y, la próxima vez que me veas, vuelve a disculparte con sinceridad.

Entonces, Zacharel se marchó de la habitación, seguido por Amun y por Haidee.

Annabelle siguió observando a los que se quedaron. Inmediatamente, todos se dieron la vuelta inocentemente, algunos de ellos murmurando y, otros, inspeccionándose la cutícula de las uñas.

Aquello iba a ser divertido.

Y, sí, aquel pensamiento era todo un sarcasmo.

«Me lo merezco», pensó Zacharel. Se merecía a una mujer que le causara tantos problemas como él le había causado a su Deidad.

Sin embargo, se suponía que aquella lección tenía que enseñársela su ejército, no su amante.

Porque Annabelle era su amante, aunque todavía no hubieran consumado la relación. Él no toleraría nada menos. Pero… ¡cuánto añoraba los días de feliz ignorancia, cuando no sabía el placer que podía hallarse en un cuerpo suave y cálido! Cuando aún no conocía la fuerza de la ira.

Sí, de la ira.

Él podía ignorar la ira. Siempre la había ignorado. Sin embargo, la fisura que tenía en el pecho estaba a punto de estallar. Annabelle había dudado de su integridad, y él había deseado zarandearla. Gritarle, tal vez. Sin embargo, se había quedado encogido al pensar en hacerle daño, en hacer que llorara, y no había hecho ninguna de las dos cosas.

—Voy a darte un consejo —le dijo Haidee, que se le acercó y caminó a su lado. Había sido la guardiana del Odio, pero ahora llevaba una pizca del amor de Hadrenial, porque Zacharel la había salvado.

Tal vez aquello hubiera sido un error, porque mirarla le hacía daño. Sin embargo, él quería que viviera, porque su pérdida hubiera sido devastadora para Amun; el dolor del guerrero le recordaba al suyo cuando había perdido a Hadrenial.

—No necesito tus consejos —le dijo a Haidee.

Entraron a la sala de los clientes especiales del club y bajaron a la zona de baile. Thane, Xerxes, Bjorn y Axel estaban esperando allí.

Axel, otro de los guerreros de Zacharel.

—Tengo entendido que es hora de hacer una fiesta —dijo, con su sonrisa irreverente de costumbre.

—Solo si consideras la tortura como una fiesta.

—¿No es esa la definición clásica?

Hasta que encontraran a Jamila, su sustituto sería aquel hombre. Tal vez no hubiera sido la mejor elección…

«Concéntrate», se dijo.

Burden estaba clavado con dagas a la pared. Le habían metido un trozo de tela en la boca, pero sus ojos hablaban por él. Odiaba a Zacharel, y habría dado cualquier cosa por poder matarlo.

«Muy pronto, Burden querrá morir».

Los demonios no podían ser asesinados si poseían a un humano, pero una de las desventajas de la posesión era que se les podía atar fácilmente, y hacer mucho daño.

—Un segundo —dijo Haidee, y se colocó delante de Zacharel para captar su atención—. He decidido darte mi consejo de todos modos, porque te debo una. Y, antes de que decidas que vas a dudar de lo que te diga, me gustaría recordarte que Amun le ha leído la mente a tu Annabelle.

—Está bien, Haidee. Dime lo que quieras, pero deprisa.

—Yo puedo leerle el pensamiento a Amun, lo que significa que sé lo que él sabe. Y lo que sabe es que tu mujer necesita ser lo más importante de tu vida. Más que tu trabajo, eso está claro. Su hermano le dio la espalda y su novio la dejó. Nunca ha tenido un amor incondicional, aparte del de sus padres; si no te comprometes con ella, la destrozarás.

—Me he comprometido con ella —protestó él. Después de lo que habían hecho en la cama, estaban más que comprometidos. Había decidido quedarse con ella—. Además, tiene fuerza de espíritu. Nadie podría destrozarla.

Sin embargo, se dio cuenta de que él sí podría hacerlo. Annabelle había confiado en él en su mayor momento de vulnerabilidad, hasta que él había salido del despacho de Burden. Eso era algo que no habría hecho si su corazón no estuviera comprometido. Ella se estaba enamorando de él, igual que él se estaba enamorando de ella.

Si no tenía cuidado, le haría más daño que nadie, con compromiso o sin él.

—Pensaré en lo que me has dicho.

—Bien. Si no lo haces, la emparejaré con Kane. O con Torin. Me cae bien, y ellos dos necesitan a una buena mujer que…

Zacharel la fulminó con la mirada antes de atravesar la pista de baile, hacia sus hombres y su presa.

—Bueno, ahora, vamos a hacer lo que hemos venido a hacer —dijo Zacharel, y le quitó la tela de la boca a Burden.

—Te pareces mucho a él, ¿sabes? —le dijo el demonio, sin preámbulos, de manera petulante—. Me pregunto si gritarías tanto como él.

«No muerdas el anzuelo».

—¿A quién te refieres? —preguntó, pese a que ya conocía la respuesta. Seguramente, el demonio no se atrevería a contestar.

—¿A quién va ser?

Su hermano. Burden se había atrevido a sugerir que estaba presente cuando torturaban a Hadrenial.

«Sabes que no debes enzarzarte así con un demonio», se dijo. Sin embargo, solo podía pensar en que tal vez fuera cierto. Hadrenial nunca había dicho los nombres de sus torturadores.

Sintió una furia inmensa. Qué fácil sería clavarle un cuchillo en aquel cuello humano tan frágil. El cuerpo moriría y Burden quedaría libre, sería capturado y volvería al infierno, o moriría. Tal vez fuera eso lo que quería. Provocar a Zacharel hasta que él reaccionara violentamente y poder escapar.

Zacharel miró a Amun. Él había pedido su presencia porque el guerrero tenía la capacidad de hurgar en la mente del demonio y descubrir sus secretos.

«Sus pensamientos son un caos», dijo Amun con los signos. «Una mezcla de los del humano y de los suyos».

—Tengo que saber dónde tiene a Jamila, una de mis soldados. También necesito saber para quién trabaja —dijo Zacharel—. Alguien le dijo que atrapara y torturara a Annabelle, y quiero saber quién es.

«Ha estado pensando mucho en el ángel, Jamila. Siento tener que decirte esto, Zacharel, pero ha muerto».

Aunque percibió el sabor de la verdad, Zacharel luchó contra aquella idea. Recordó las imágenes que les había mostrado en el monitor.

«Era una grabación anterior», le dijo Amun. «Lo siento muchísimo, pero ya la han matado. Sus heridas eran demasiado graves como para que pudiera sobrevivir».

El corazón le golpeó como un martillo en las costillas. Intentó consolarse diciéndose que el sufrimiento de Jamila había terminado, pero no le sirvió de nada. Ella había muerto porque él había fracasado; no había podido protegerla.

Sintió culpabilidad y vergüenza… peores que un par de balazos en el pecho. La Deidad iba a castigarlo, por supuesto, pero, en aquella ocasión, aceptaría el castigo sin protestar. Se lo merecía.

«Voy a explorar su mente para averiguar algo sobre su líder», le dijo Amun. «Aunque tal vez tarde un poco».

—Haz lo que sea necesario, salvo matarlo. Y, cuando lo hayas averiguado, dile a Lucien que venga a buscarme.

—Yo voy a ayudar a mi hombre —dijo Haidee, acercándose. De repente, de los poros de su piel salieron cuentas de hielo, y ella se convirtió en una escultura viviente.

—¿Qué-qué es? —preguntó Burden, con verdadero espanto.

—Es exactamente lo que te mereces —respondió Zacharel.

Haidee podía congelar a un demonio y, para aquellos que vivían entre las llamas del infierno, no era una sensación agradable. Los gritos de Burden iban a resonar por aquellas paredes durante mucho tiempo.

O no.

Cuando abrió la boca para gritar por primera vez, Haidee le pasó los dedos por los labios y se los congeló. El hielo se le extendió desde una oreja a la otra, y lo silenció.

En cualquier otro momento, Zacharel se habría quedado a presenciar lo que iba a suceder. En aquella ocasión, sin embargo, se

despidió de sus hombres y le dijo a Amun:

—Si alguna vez tus hermanos o tú queréis libraros de vuestros demonios, acudid a mí. He aprendido la forma en que puedo ayudar.

Después, fue a recoger a su mujer.

Había más de un lugar al que podían acudir en busca de respuestas.

Capítulo 20

Thane y sus chicos pasaron el resto del día buscando el espíritu de Jamila. No lo encontraron, así que fueron a la cárcel donde había estado confinada con intención de quemarla. Sin embargo, Burden tenía el lugar bien escondido, porque tampoco dieron con él, ni en el cielo, ni en la tierra.

Thane buscó con todas sus fuerzas. Cada minuto que un ángel pasaba en poder de un demonio dañaba su espíritu, su cuerpo y su alma, y él detestaba saber que Jamila había muerto sin un solo rayo de esperanza.

No había trabajado mucho tiempo con ella, pero le caía bien. Admiraba su fortaleza. Si Jamila hubiera sobrevivido a aquella experiencia, habría salido muy cambiada de ella y, seguramente, no para mejor. Sin embargo, Thane no encontraba consuelo en eso.

Por el momento, no podía hacer nada más, y necesitaba una distracción.

Necesitaba una nueva amante.

Entró en la sala principal de La Ruina. Vio a los guerreros y a los portadores de alegría, bebiendo y riéndose. Sin embargo, no todo era diversión; en algunos rincones oscuros, los vampiros bebían de víctimas voluntarias. Había unas cuantas arpías en la barra del bar, y una fénix en la pista de baile. Ella le hizo un gesto para que se acercara, pero él la ignoró. Su amante todavía no se había recuperado de la pasión que habían compartido y él prefería tenerla

a ella que a otra de su raza. Si tomaba a otra, ya nunca más podría tomar a la primera, por mucho que pagara.

Los fénix eran unos seres posesivos y egoístas, sobre todo con los de su raza, así que, hasta que ella estuviera lista para él, prefería probar con otro tipo de criatura.

Otras féminas se le insinuaron, pero él las ignoró. Necesitaba a alguien diferente aquella noche…

Y la encontró hablando con una sirena macho en una de las mesas. Thane se acercó y esperó a que se percataran de su presencia. La sirena lo miró.

—Disculpe… Ah, Thane —dijo, con una voz tan maravillosa como una sinfonía—. ¿Ocurre algo?

Él se cruzó de brazos.

—Está ocupada esta noche. Ve a buscar a otra.

—Pero…

La sirena se quedó callada. Miró más allá de Thane y vio a los guardias, que se acercaban a su jefe. Aunque Thane no pudiera matarlo sin sufrir un castigo, los guardias sí, y la sirena lo sabía.

Apartó la silla de la mesa, se levantó y se alejó.

Thane ocupó su lugar.

Cario, una mujer de origen cuestionable que frecuentaba el bar últimamente, lo fulminó con la mirada. Thane tenía fichados a todos los clientes habituales.

—Me gustaba —dijo ella.

—No tenía ni una sola oportunidad contigo, y lo sabes.

—Eso no puedes saberlo.

—Sé que yo te gustaré más.

—Tampoco puedes saber eso.

—Espera. Siento no haberme explicado mejor. No era una sugerencia, sino una orden.

Por fin, la reacción que él deseaba. Lentamente, ella sonrió; se apoyó en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos.

—¿Y por qué iba a gustarme un hombre que opina que tengo orígenes cuestionables?

—Yo nunca he dicho eso.

—No lo has dicho en voz alta, pero lo piensas.

Thane frunció el ceño al darse cuenta de que era capaz de leer el pensamiento.

Cario no era bella en el sentido clásico. En realidad, no era bella en ningún sentido, pero era fuerte. Tenía el pelo platino y le llegaba hasta la barbilla, y sus rasgos eran marcados. Era una fémina musculosa. Él disfrutaría sometiéndola.

—No sé discernir tu raza —dijo, por fin—. Pareces humana, pero te comportas como una arpía. Por eso, tus orígenes son cuestionables.

Su sonrisa se transformó en una expresión malhumorada.

—Vosotros, los ángeles, y vuestra sinceridad. Es muy molesta.

—Y, sin embargo, nunca tendrás que preguntarte si de verdad pienso lo que digo.

Thane le indicó al camarero que le llevara otra copa a Cario. Estaba tomando ambrosía con vodka, por el olor de la bebida. Pocos minutos después, el camarero se la sirvió. Ella apuró el vaso de un trago y lo depositó con fuerza sobre la mesa, dando un golpe.

—Umm… Qué bueno.

—Solo lo mejor para mis amantes.

—Yo no soy tu amante.

—Pero podrías serlo.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Quieres saber que otra cosa es buena, Cario, mujer de orígenes cuestionables?

—Si me dices que tu pene, me voy a morir de la risa.

Él se encogió de hombros e intentó no sonreír.

—Entonces, no lo diré.

—Mira, no voy a acostarme contigo. Ni contigo, ni con ninguno de tus amigos. Vuestros gustos son legendarios, y no coinciden con los míos.

—Creo que sí te gustaría si…

—Te gustaría si lo probaras, bla, bla, bla… No. La respuesta es no. Sin embargo, tengo que preguntarte una cosa; si yo dijera que sí, ¿a quién elegirías tú? ¿Estaría contigo, o con uno de tus amigos? Tal vez tu respuesta me haga cambiar de opinión.

Inmediatamente, Thane se borró de la rifa. Él necesitaba distraerse, pero los chicos lo necesitaban mucho más, y él siempre ponía sus necesidades primero.

Cuando se habían separado, al llegar a La Ruina, Bjorn tenía los ojos enrojecidos y una expresión tensa. Le iría bien relajarse. Xerxes se había abstenido de mantener relaciones sexuales la noche anterior y, aunque no quisiera que hubiera ninguna caricia, necesitaba el contacto. Y, de los dos, Bjorn era el más fácil de contentar, y el que más posibilidades tenía de conseguir a una mujer.

—Así que Xerxes. Está bien, acepto. Me acostaré con él —dijo Cario, y asintió con los ojos brillantes.

Tenía una mirada de intriga y de impaciencia, y Thane pensó que, tal vez, hubiera ido con tanta frecuencia al bar porque deseaba a su amigo.

Por muy contento que estuviera por su cambio de opinión, Thane apretó los dientes.

—Te agradecería que te mantuvieras fuera de mi cabeza.

—Qué agradable —dijo ella, y él supo que no tenía intención de hacerlo.

Bien, entonces, tal vez pudiera conseguir que Cario se arrepintiera de leerle la mente.

«¿Por qué deseas a Xerxes? ¿Te has enamorado de él? ¿Por eso vienes al bar con tanta frecuencia? ¿Por eso nunca te vas a casa con otro hombre? Seguramente, sabrás que un amor así no tiene ninguna posibilidad…».

—Cállate —le espetó ella—. No, no amo a Xerxes.

—Debes de sentir algo, porque has aceptado muy rápidamente mantener relaciones sexuales con él.

—No voy a hablar de él.

—¿Vas a hacerle daño?

—No. Nunca.

Era cierto. Así pues, Thane se puso en pie y le tendió la mano.

—Entonces, vamos.

La acompañaría junto a Xerxes y, después, Bjorn y él beberían hasta quedar inconscientes.

Cario titubeó un instante, pero después le dio la mano. Thane la llevó al piso superior.

—Nunca había subido aquí —dijo ella.

—Ni volverás a subir.

—Un revolcón de una noche, ¿no?

¿Para ella?

—Sí.

Nunca tolerarían a nadie que pudiera leer el pensamiento en más de una ocasión.

Además, Xerxes, como Thane, había sido despojado de los sentimientos más suaves. Una relación entre dos seres endurecidos como Cario y él nunca funcionaría. Se matarían el uno al otro.

En aquel momento, Bjorn apareció en el salón, con una copa en cada mano.

—¿Dónde está Xerxes? —preguntó Thane. Tomó uno de los vasos y apuró el contenido.

Bjorn miró a Cario y asintió con un gesto de aprobación.

—Ha ido a ver a su prisionero.

—Yo me ocuparé de McCadden y enviaré aquí a Xerxes.

Entonces, salió al pasillo y se acercó a la puerta de la habitación de su amigo, que estaba cerrada. Se oían voces alteradas desde el interior.

—… tenerme encerrado. ¡Estoy harto!

—A mí eso no me importa. No me han dicho que te haga feliz. Me han dicho que te mantenga a salvo y que no permita que te metas en líos.

—Ya te lo he dicho. No voy a molestar a los señores del Inframundo. No me acercaré a mi diosa.

—¡Ella no es tu diosa! —gritó Xerxes.

—¡Sí lo es! Me enamoré de ella. La quiero, y sé que ella me quiere a mí.

—Ese es precisamente el motivo por el que no vas a salir de esta habitación.

Se oyó una oscura maldición y, después, los sonidos de una pelea. Thane abrió la puerta, pero se calmó al ver que Xerxes había sometido a McCadden. Lo tenía agarrado por el cuello y le estaba sujetando las manos por encima de la cabeza. El guerrero tenía la respiración entrecortada y miraba a McCadden con determinación.

—¿Te rindes?

—Nunca.

—Eres idiota.

—No, solo quiero demostrar una cosa. Y, ahora, quítate. ¡Suéltame! —exigió McCadden—. ¡Vamos!

Xerxes se apartó del hombre de un salto. Después, se pasó la mano por el pelo, pero no vomitó.

—¿Qué es lo que quieres demostrar?

—Que no puedes obligarme a hacer cualquier cosa.

—Sí puedo, y lo he hecho. Y volveré a hacerlo.

—Si eso es lo que crees, entonces te engañas a ti mismo.

Thane no sabía por qué Xerxes había podido aguantar el contacto con aquel ángel caído, cuando no podía soportar el de ningún otro ser.

—¿Puedo interrumpir?

Xerxes lo miró.

—Voy a darle una paliza para someterlo, si es necesario —dijo.

—Sí, claro —murmuró McCadden. Después, se alejó y cerró de golpe la puerta de su dormitorio.

Thane arqueó una ceja, pero no dijo nada acerca del desafío del ángel caído.

—Te he encontrado una mujer, amigo.

—Esta noche no. Estoy muy cansado.

—Pero…

—No. No puedo.

A Xerxes le ocurría algo. Algo más de lo normal.

—Entonces, se la daré a Bjorn.

El guerrero asintió con tirantez.

—De todos modos, a mí me vendría bien tener compañía. ¿Vienes conmigo?

—Yo… sí —dijo, y miró hacia la puerta de McCadden—. De acuerdo.

Se había contenido antes de decir que no. Xerxes no iba a negarle nada. Thane sabía que su amigo habría preferido quedarse allí para intentar conseguir que el ángel caído le prometiera que iba a tener un buen comportamiento, pero él no estaba seguro de que fuera buena idea. Tal vez volvieran a pelearse, y tal vez Xerxes hiciera algo de lo que después se arrepintiera.

—Te quiero. Lo sabes, ¿no? —le dijo a su amigo, a medio camino del salón—. Pase lo que pase, te quiero.

—Como yo te quiero a ti.

Cuando Thane entró en el salón, se sorprendió al ver a Bjorn y a Cario de pie, uno frente al otro. Estaban en silencio, lanzándose puñales con los ojos.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Thane.

Ambos pusieron mala cara, pero fue Cario quien respondió.

—No, nada. Solo estaba… disfrutando del ingenio de tu amigo —dijo.

Entonces, miró a Xerxes. Se humedeció los labios, y cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Hola —susurró.

Su amigo no reaccionó.

El sabor agrio de su mentira llamó la atención a Thane. Ella no había disfrutado de nada. Con un gesto de repulsión, se acercó al bar y sirvió tres cervezas. Se bebió una y les entregó las otras dos a sus amigos, puesto que sabía que detestaban el sabor repugnante de las mentiras tanto como él. Ambos aceptaron la cerveza con gratitud.

—No puedo estar con esta criatura —dijo Bjorn.

—Lo mismo digo —respondió ella secamente, sin apartar la mirada de Xerxes.

—Entonces, es una suerte.

—Déjame en paz, idiota.

Thane se enfureció.

—No insultes a mis amigos. Has dicho que no ibas a hacerles daño, y yo percibí que era cierto.

Ella alzó la nariz.

—Debo de haber mentido.

No; él lo habría sentido. Sin embargo, era evidente que había cambiado de opinión, porque parecía que estaba a punto de pegarle un puñetazo a Bjorn.

—Márchate —dijo Thane—. Yo mismo te acompañaré a la salida.

—No te preocupes, conozco el camino.

Ella miró por última vez a Xerxes, como si esperara que él dijera o hiciera algo. Xerxes se mantuvo inmóvil y, finalmente, ella pasó por delante de Thane y de Xerxes, con mucho cuidado de no tocarlo. Al salir, cerró la puerta de golpe.

Thane miró los monitores de vigilancia para asegurarse de que ella se marchaba del local. Con una rápida llamada, añadió su nombre a la gente que tenía prohibida la entrada en La Ruina.

—¿Puedo hacer algo por ti? —le preguntó Bjorn a Xerxes.

—No —dijo él.

—Siento haber elegido tan mal —dijo Thane—. Si os apetece otra fémina, puedo…

—¡No! —exclamaron sus amigos, al unísono.

De acuerdo.

—¿Qué te ha dicho después de que yo me fuera? —le preguntó a Bjorn.

—Puede leer la mente —dijo el guerrero, frotándose la nuca.

Xerxes abrió mucho los ojos y dio un paso hacia la puerta, como si quisiera perseguirla y asesinarla por tener tal don.

—Ya lo sé —dijo Thane—. Pensé que no importaría, con tal de tener una hora de su tiempo. Además, no podía sacar mucho de

nosotros. Tan solo pensamientos sexuales.

Bjorn respondió con rabia:

—Ha mencionado lo que nos ocurrió. Sabía todos los detalles.

—Imposible.

—Sí, lo sabe.

«Debería haberla matado», pensó Thane. Llamó por teléfono a la entrada.

—He cambiado de opinión. Si alguna vez vuelve esa mujer llamada Cario, no la echéis. Detenedla —ordenó. Después, colgó de golpe e intentó recuperar la calma—. ¿Qué vamos a hacer esta noche?

—Quiero hablar de las maneras de rescatar el cuerpo de Jamila para que podamos hacerle un funeral adecuado —dijo Xerxes.

—Si queda algo de ella —murmuró Bjorn cabizbajo.

—No lo sabremos hasta que la encontremos —dijo Thane—. Tenemos que buscar en todos los escondrijos de los demonios.

—Entonces, arriesgaríamos la vida por una criatura que ha muerto —dijo Bjorn.

A ellos los habían capturado, precisamente, cuando estaban buscando el escondite de un demonio.

—Algunos ángeles viven. Nosotros, con respecto a lo que cuenta de la vida, ya hemos muerto —respondió Xerxes suavemente.

Capítulo 21

Annabelle se paseó por la habitación del hotel mientras Zacharel estaba perezosamente tumbado en la cama. Después de que ella se hubiera disculpado, con sinceridad, él los había llevado volando por todo el globo. Habían pasado varios días y, en cuanto estuvieron seguros de que no los seguía ningún demonio, habían decidido tomarse un respiro.

—Estamos en Denver —dijo ella con agitación—. A pocos minutos de casa de mi hermano.

Habían ido allí en primer lugar, pero no había nadie en casa. Annabelle no sabía si aquello era una bendición o una maldición.

—Sí.

—Quiero hablar con él. Quiero verlo.

Y preguntarle por los días previos al asesinato de sus padres. Sintió un escalofrío por la espalda. ¿Podría hacerlo? ¿Tendría el valor necesario? Ella podía enfrentarse a demonios sin problema, pero ¿a su hermano?

Recordó las tres últimas frases de la carta que le había enviado.

«No quiero volver a hablar contigo. Me has quitado a las únicas personas a las que quería, y nunca te lo voy a perdonar. Por lo que a mí respecta, puedes pudrirte en el infierno».

—Él no nos va a ayudar —dijo.

—Sí, ya lo verás. Ahora, quiero que lo digas tú.

—¿Por ese asunto de la fe?

—Sí.

—De acuerdo. Nos ayudará.

Miró a su ángel y… se quedó quieta. Él le cortó la respiración. Estaba despeinado y tenía los ojos brillantes y llenos de deseo.

¿De deseo… por ella?

Un fuego intenso la consumió en segundos. Recordó que antes su contacto era glacial, pero ahora era cálido y, Dios Santo, ella quería sentir aquel calor…

—Voy a cumplir con nuestro trato —le dijo.

Entonces, fue él quien se quedó sin aliento. Extendió las palmas de las manos sobre la colcha.

—No puedo detenerte.

—¿Acaso quieres hacerlo?

—No. Sin embargo, me parece que en este momento llevas demasiada ropa.

Ella se echó a reír.

—Bien, veamos cómo puedo solucionarlo.

Temblando, se agarró las solapas del albornoz del hotel, el que se había puesto después de darse una ducha, y se deslizó la prenda por los hombros. El pelo le cayó por la espalda como una cascada, y él sintió que se le tensaba el cuerpo.

—El resto, cariño —dijo Zacharel—. Sigue con el resto.

Annabelle se dio cuenta de que quería verla desnuda. Vulnerable. Suya. Y se dio cuenta, también, de que a ella le parecía muy bien.

Se bajó las braguitas y se irguió. Se encontraba bien, pero también estaba un poco nerviosa por su reacción.

—Eres maravillosa, Annabelle. Una obra de arte.

Zacharel se incorporó lentamente y extendió las alas. Se quitó el albornoz y se acercó al borde de la cama.

Oh, vaya. Él sí que era una obra de arte. Su cuerpo estaba formado por músculos duros y tendones potentes. Tenía la piel dorada y luminosa. Sin embargo, aquella mancha negra de su pecho seguía allí, justo encima de su corazón, y había aumentado de tamaño. Además, tenía ramificaciones en distintas direcciones.

No era un tatuaje. No podía serlo.

—Zacharel —dijo con preocupación, olvidando su deseo momentáneamente.

—Sabes que no tienes nada que temer de mí.

Él había malinterpretado su inquietud.

—Zacharel…

—Ven aquí, cariño, por favor.

Cariño. ¿Cómo iba a resistirse ante aquella expresión de afecto? Sí, la había convencido. Ya hablarían después de aquella mancha.

Mucho después.

Dio un paso hacia él.

—Sé que esta es tu primera vez —le dijo—. No quiero que te preocupes si…

—Hoy no vamos a hacer el amor —respondió él.

—¿Por qué?

—Cuando por fin estemos juntos, no me tendrás miedo en ningún sentido.

—Pero… si yo no te tengo miedo…

—He pensado mucho en esto, Annabelle. Nunca he hecho nada con ninguna mujer, pero ahora sé que contigo lo haría todo. Y, haciendo cosas, iremos acercándonos poco a poco al sexo.

Eh… ¿a qué se refería con aquel «todo»?

Bien, quizá sí estuviera un poco asustada. Sin embargo, eso no iba a detenerla.

—Te deseo, Annabelle —le dijo él, con la suavidad de la seda.

—Yo también te deseo —susurró ella.

—Entonces, ven aquí.

Ella dio un paso y, después, otro… Hasta que él pudo envolverla con sus alas. Las plumas le hicieron unas deliciosas cosquillas.

Y Zacharel, sin poder contenerse, la besó. Le dio un beso lánguido, de consuelo, que ella no iba a poder olvidar nunca.

—Me gusta esto —dijo él.

—Sí.

—Y creo que me gustará aún más el resto.

A ella se le aceleró el pulso.

—Vamos a averiguarlo.

—Si estás segura…

—Sí.

Zacharel la tendió sobre la cama y se situó entre sus piernas.

Durante las horas siguientes, exploró hasta el último centímetro de su piel, lentamente, con diligencia. Se aprendió de memoria su cuerpo. No hubo ningún tabú. Ella solo podía gemir y suspirar a causa de aquel placer tan increíble. Al principio, Zacharel se sentía vacilante, tenía demasiado cuidado con las manos, y sus caricias eran demasiado suaves. Sin embargo, eso fue cambiando pronto, y sus caricias se volvieron más fuertes cuando llegó a sus pechos… cuando la exploró más abajo…

Utilizó los dedos, y ella gritó de placer. Se retorció. Le clavó las uñas en la espalda.

—Lo siento —jadeó.

—Yo no —respondió Zacharel, con un sonido gutural—. Hazlo de nuevo.

Ella quería… lo necesitaba a él, solo a él. Sin embargo, Zacharel se había quedado inmóvil de repente; había terminado con el contacto entre ellos dos, y estaba de rodillas, mirándola desde arriba y humedeciéndose los labios.

—¿Zacharel?

Él se inclinó hacia delante y comenzó todo de nuevo. Empezó a explorarla centímetro a centímetro pero, en aquella ocasión, lo hizo con la boca. La besó y le provocó orgasmo tras orgasmo, hasta que ella tuvo que suplicarle que parara.

Y, sí, él paró. Pero lo hizo para situarse mejor, y la aprisionó contra la cama con su peso.

—No tengo palabras… no sé cómo decirte… Maravilloso…

Él sintió un arrebato de necesidad y devoró su boca, ladeándole la cabeza para poder saborearla desde todos los ángulos posibles. El placer de Annabelle volvió a extenderse como un fuego por su sangre. Todo su mundo se había centrado en aquel hombre que estaba totalmente dedicado a su cuerpo.

—Anna… acarícíame. Es tu turno.

Entonces, ella cumplió su petición. Comenzó a explorar su cuerpo tan lentamente, con tanta minuciosidad como había hecho él. Y, como él no había observado ningún tabú, ella tampoco lo hizo.

A cada caricia, a cada roce de su lengua, él gimió. Su fuerza, la suavidad de su piel, su belleza y su perfección la fascinaron. Cada una de las caricias de sus dedos y de su boca eran como una revelación. Así se suponía que debía ser el sexo, aunque ellos no fueran a llegar tan lejos. Ellos habían hablado exactamente de aquello: de la unión de sus cuerpos.

Al final, cuando él no podía soportarlo más, la subió hasta que pudo besarla en los labios.

Annabelle se estiró a su lado y lo miró con atención. Ya no era el ángel sofisticado y refinado al que ella estaba acostumbrada. Estaba despeinado y tenso. La mordisqueaba, rugía y se frotaba contra su cuerpo.

—Quiero que sientas el placer de nuevo —le dijo él entre dientes.

—Estoy muy cerca, pero quiero que tú lo sientas también.

—Sí, ya lo estoy sintiendo —respondió él.

Deslizó la mano entre sus piernas, y ella sintió el calor de sus dedos. Al instante, llegó al éxtasis y vio estrellas detrás de los párpados. Perdió la noción de todo, incluso de Zacharel. Sin embargo, él también debía de haber llegado al clímax, porque ella lo había agarrado con mucha fuerza, y su rugido de satisfacción la llevó de vuelta a la cama.

Annabelle abrió los ojos con aquel sonido en los oídos. Estaba temblando, pero poco a poco, un delicioso letargo se apoderó de ella.

Halló la fuerza necesaria para alzar la cabeza y miró a Zacharel. Él estaba a su lado, con las mejillas sonrojadas y los párpados entornados. Tenía la respiración entrecortada y, como ella, temblaba.

—Anna… apóyate aquí —le dijo él, dándose una palmadita en el pecho, justo en la mancha negra.

—Esa es una orden que voy a obedecer sin ninguna duda —respondió, y se tendió sobre él.

Su piel sudorosa se fundió con la de Zacharel, y sus corazones comenzaron a latir al unísono.

—Me ha gustado —dijo él.

—¿Qué parte? —preguntó ella, en broma.

—Todo. Cuando termine el mes que tenemos que pasar fuera de los cielos, voy a conocer tu cuerpo mejor que el mío. No habrá nada que no hayamos hecho juntos, nada que no hayamos intentado.

Al oírlo, a Annabelle se le encogió el estómago. Aquella relación no era algo duradero para él. Ella lo sabía desde el principio, porque él no lo había mantenido en secreto. Además, también pensaba que estaban mejor separados, por muchos motivos.

Pero… Al final, quería algo más.

—¿Te he asustado con lo que te he dicho? —le preguntó él, que había malinterpretado su reacción, y le acarició la espalda con las yemas de los dedos.

—No.

Y era la verdad. Le había hecho daño, pero no la había asustado. En aquel momento, tenía a Zacharel, y eso debía ser suficiente. Y, cuando llegara el momento de la separación, ella sería quien se alejara. Ya la habían abandonado demasiadas personas, y no iba a ver cómo la abandonaban de nuevo.

Nunca más.

Capítulo 22

Zacharel nunca había experimentado nada tan intenso como estar con Annabelle. Hicieran lo que hicieran, se sentía distinto. Renovado. Rehecho.

Después, sin embargo, siempre sentía aprensión.

Ella le hacía sentir demasiadas cosas. La deseaba con desesperación. Una relación así no podía funcionar permanentemente, tal y como él deseaba.

Cuando terminara su mes en la tierra, le pediría que fuera a vivir con él a su nube. Ella le diría que sí, por supuesto. Él no iba a aceptar ninguna otra respuesta.

—Bueno, y ahora, ¿qué? —preguntó Annabelle con un bostezo.

—Ahora vamos a dormir.

—No. Lo siento. Ahora vamos a hablar. Quiero saber más cosas de ti.

—¿Como por ejemplo?

—Mira, te voy a decir lo que ya sé. Sé que naciste, que no fuiste creado. Tenías un hermano gemelo, pero por algún motivo que no quieres explicarme, tuviste que matarlo.

Él esperó, en silencio, a que ella continuara.

Annabelle suspiró.

—Bien, ya veo que todavía no estás listo para hablar de él. ¿Qué más sé? Ah, sí. Tienes una mancha negra que te está creciendo en el pecho, y eso me preocupa. Diriges un ejército de ángeles, y creo

que estás empezando a descubrir lo mucho que respetas a tus hombres.

—En primer lugar, no debes preocuparte por la mancha. En segundo lugar, ¿por qué piensas que respeto a mis hombres?

—Desde el día en que nos conocimos, en el hospital penitenciario, hasta el día en que esos tres ángeles nos encontraron en Nueva Zelanda, tu actitud y tu tono han cambiado con ellos.

Muy observadora, su Annabelle.

—Sí, es cierto. Respeto a mis hombres. Cuando más los necesitaba, acudieron a mi lado. A mí me dijeron que no podían estar en los cielos, que eran demasiado violentos y demasiado irresponsables como para cumplir con su deber. Sin embargo, ya no lo creo. Todos han sufrido mucho, de un modo u otro, y tienen que enfrentarse a su dolor de la única manera que sepan.

Como había hecho él.

—Estoy de acuerdo contigo. Solo he conocido a unos cuantos y, aunque parecen peligrosos, todos tienen algo especial. Algo por lo que merece la pena luchar.

A Zacharel le gustó que defendiera a sus soldados.

—¿Qué más sabes de mí?

—Solo una cosa más: que eres amigo de una pandilla de guerreros poseídos por demonios.

—¿Y quieres saber más? ¿Qué es lo primero que quieres que te cuente? ¿La diferencia entre los ángeles creados y nacidos, o cómo llegué a relacionarme con guerreros poseídos?

Ella suspiró con dulzura y comprensión. Entendía que él había vetado el tema de su hermano por completo, y no lo presionó.

—La diferencia entre nacidos y creados, por favor.

Él no debería revelar sus secretos, pero quería compartir con ella todo lo que era, para que ella también lo compartiera con él.

Tal y como le había dicho a Haidee, estaba comprometido con su relación. Sin embargo, no sabía cómo demostrarle a Annabelle que era muy importante para él. Antes tenía que ocuparse de su ejército y de cumplir con su deber.

—Eh… ¿Zacharel?

Él reaccionó y comenzó a hablar.

—Los nacidos son solo una parte del ejército de la Deidad, y necesitan protección durante los primeros diez años de su vida. Son débiles, y tienen que aprender a comer, a caminar y a volar.

—Como los humanos —dijo Annabelle—, salvo por el vuelo, claro.

—Sí —Zacharel jugueteó con uno de los mechones de su pelo—. Los creados son fuertes desde que abren los ojos, pero nunca llegan a entender a los humanos a los que deben salvaguardar. Sin embargo, ese es el motivo por el que tanto los nacidos como los creados son útiles: destacan en áreas diferentes, y uno complementa las funciones del otro.

—¿Quién los creó?

—El Más Alto.

Pese a su estatus, Zacharel nunca había llegado a comprender a los humanos, ni a simpatizar con ellos. Eran seres débiles que se malograban con facilidad.

«¿Y qué pasa con la humana que tienes entre los brazos? Ella no es débil, y nunca podrás olvidarla».

No, no era débil, y él nunca podría olvidarla.

—Estoy intentando imaginarme al pequeño Zacharel —le dijo ella, y su respiración le acarició la mejilla—. Cuando erais pequeños, ¿podíais jugar?

—No. Hadrenial y yo ya teníamos deberes. Debíamos entrenarnos, hacer de mensajeros y de exploradores y, algunas veces, teníamos que acompañar a las almas humanas a su morada eterna.

Hadrenial odiaba aquella parte de su vida. Zacharel había querido asumir aquella tarea de acompañar a las almas para que su hermano no sufriera con el dolor de los demás. Sin embargo, no se lo había permitido a sí mismo. Esperaba que su hermano fuera perdiendo una parte de aquella sensibilidad tan acusada, que ya no sintiera tanta ternura y tanta empatía.

Se equivocaba.

—Lo siento mucho —dijo Annabelle, devolviéndolo al presente.

—¿Por qué?

—Eso es una carencia en la infancia. Todos los niños tienen que relajarse y divertirse. Mi hermano y yo jugábamos al escondite por casa y, una vez, yo me escondí demasiado bien. Pasó una hora buscándome, pero no me encontró, y yo me quedé dormida. Entonces, él les pidió ayuda a mis padres, y entre los tres pusieron la casa patas arriba hasta que me encontraron.

—¿Y dónde estabas?

—En la secadora, acurrucada entre las toallas —dijo ella con una risa suave—. Tal vez algún día, tú y yo podamos jugar también. Podríamos…

Annabelle se quedó callada.

—No importa —prosiguió después de unos segundos—. Bueno, ¿y cómo es que te hiciste amigo de esos demonios?

Zacharel se dio cuenta de que ella se había interrumpido a sí misma porque quería hablar del futuro, de su futuro, pero se lo había pensado mejor.

—Vas a quedarte conmigo, Annabelle —le dijo él.

—Por ahora —replicó ella.

—Mucho más.

—Lo sé. Un mes.

—¿Es que después piensas dejarme? —le preguntó él.

—Bueno, sí. ¿Y por qué te pones de mal humor? Mi plan debería hacerte feliz.

—Pues no, no es así.

—Pero… si tú mismo dijiste que querías que nos separáramos después de nuestro mes juntos.

—Yo no he dicho tal cosa. Te quedarás conmigo, y punto.

—No, en realidad, no…

Zacharel la acalló.

—Ahora te voy a contar mi historia —le dijo, y no hizo pausas, porque no quería darle la oportunidad de que siguiera hablando—. Cientos de demonios estaban atormentando a uno de los guerreros

y, por ese motivo, sin saberlo, él estaba envenenando a los que estaban a su alrededor. En aquel tiempo, yo formaba parte de otro ejército, y nos enviaron a salvarlo o a matarlo, si lo primero era imposible. Sus amigos… protestaron. Yo nunca me había relacionado con los de su raza, pero enseguida me di cuenta de que luchaban contra sus demonios con más valentía y honor que muchos otros. Nunca permitirían que el mal dominara sus vidas.

—Bueno, tú también eres valiente y honorable, Zacharel.

Él no percibió el sabor de la mentira. Annabelle lo pensaba de verdad.

—Entonces, ¿por qué quieres dejarme?

Ella guardó un obcecado silencio.

¿Acaso quería dejarlo porque no conocía la verdad sobre él?

Nunca había hablado con nadie de los sucesos que habían provocado la muerte de Hadrenial, ni siquiera con su Deidad. Sin embargo, a Annabelle iba a contárselo todo. Por fin, ella lo sabría y, a partir de ese punto, podrían construir juntos su futuro.

—Secuestraron a mi hermano. Estábamos juntos. Íbamos acompañando a un alma hasta el cielo cuando nos atacó una horda de demonios. Yo luché contra ellos, pensando que Hadrenial podría llevarse al espíritu y ponerlo a salvo. Sin embargo… aunque ese espíritu llegó al cielo, Hadrenial no lo consiguió. Desapareció.

—Oh. Esa incertidumbre debió de ser horrible.

—Sí. Lo busqué durante un año entero, interrogué a todos los demonios que pude, pero… ellos siempre negaron que lo conocieran. Un día, cuando volví a casa, me lo encontré allí, atado a mi cama. Solo era una sombra de sí mismo. Sus carceleros lo habían pegado y le habían negado la comida. Habían conseguido minar sus ganas de vivir mediante la tortura. Si quería comer, si quería pasar un día sin sufrir una paliza, debía hacer algo censurable, como, por ejemplo, herir a un humano que pusieran en su misma celda.

Zacharel sintió unas gotas cálidas en el pecho, y supo que Annabelle estaba llorando.

—Lo siento muchísimo —susurró ella.

—Yo no tuve que soportar esa tristeza.

—Pero tú sí sufriste.

—No tanto como mi hermano.

—El dolor es el dolor —dijo ella, y le besó el pecho—. ¿Y has sido célibe durante todos estos años a causa de lo que tuvo que soportar él? Como él no hallaba placeres en la vida, tú renunciaste también a ellos, ¿verdad?

—No, claro… que no —dijo él. Sin embargo, nunca se lo había planteado así y, dicho de una manera tan clara, le resultaba difícil de negar—. No lo sé.

—Cuando me detuvieron y me llevaron al hospital, al principio, no luchaba cuando los demás pacientes me acosaban. No discutía con mis médicos y me tomaba todas las pastillas que me daban. Quería estar entumecida, ausente. Había visto el enorme sufrimiento de mis padres y sabía que les había fallado, así que creía que me merecía todo lo que me estaba sucediendo.

—Eras una niña. ¿Qué podías hacer?

—Tú también eras un niño cuando se llevaron a tu hermano.

Él apretó los dientes con tanta fuerza que sintió dolor en la mandíbula. Annabelle estaba intentando absolverlo de sus culpas, pero en sus historias había una diferencia capital: ella había luchado por salvarles la vida a sus padres, y él le había quitado la vida a su hermano.

—Hadrenial me suplicó que lo matara, pero yo no podía hacerlo. Lo quería tal y como era y, por fin, lo había recuperado. Creía que iba a curarse física y psicológicamente. Sin embargo, él estaba empeñado en morir e intentó suicidarse varias veces. Además, les hacía daño a otros para provocar que acabaran con él. Supe que, algún día, lo conseguiría y, entonces, su espíritu iría directamente al infierno. Y yo no volvería a verlo.

—Así que, al final, lo hiciste.

—Sí. Lo maté para salvarlo.

—¿Y para poder encontrarte con él algún día?

—No. Hadrenial no deseaba vivir, ni siquiera después de la muerte. Tuve que proporcionarle la muerte verdadera. Envenené su espíritu.

—No lo entiendo.

—Nosotros tenemos espíritu, como los humanos. El espíritu es la fuente de la vida. Tenemos un alma, que es el lugar de las emociones y de la lógica, y tenemos un cuerpo. Para que se produzca la verdadera muerte, hay que destruir las tres cosas. Yo le di agua del río de la Muerte, y maté su espíritu y su alma. Después, incineré su cuerpo.

Y, sin embargo, Zacharel todavía albergaba la esperanza de poder volver a verlo…

—Lo siento, Zacharel. Sé que tuvo que ser muy doloroso para ti.

Si decía algo más, iba a derrumbarse. Zacharel se dio cuenta de que se le iba a desbordar el dolor del pecho.

—Ahora, duérmete, Annabelle —le dijo, y le dio un beso en la cabeza—. Mañana, tú debes enfrentarte a tu hermano.

Aquella mañana, despertar con Annabelle entre sus brazos había transformado el deseo de Zacharel en una necesidad mortal. Ella se movía y frotaba su cuerpo contra el de él, y lo acariciaba.

Él no había hecho nada al respecto. Y no iba a hacerlo hasta que no consiguiera que Annabelle le prometiera que se iba a quedar a su lado.

Mientras ella tomaba una ducha, él llamó a Thane y le ordenó al guerrero que consiguiera una camiseta de color rosa, unos pantalones vaqueros y ropa interior, también de color rosa. Zacharel quería verla con aquel color femenino, e iba a conseguirlo.

Para su asombro, Thane ya tenía aquellas prendas en una bolsa de aire. Mientras Zacharel quitaba las etiquetas, se preguntó si el guerrero tenía la intención de dárselas a sus amantes.

—¿Tienes un conjunto extra? —le preguntó por si acaso.

—Claro que sí —dijo Thane, y le entregó la ropa, que Zacharel colocó en una bolsa de aire—. Estoy seguro de que también va a necesitar esto —añadió, y le entregó un par de dagas.

Zacharel las tomó y dijo:

—Espera aquí.

Dejó a Thane en el balcón de la habitación y puso el primer conjunto en el baño. El aire estaba lleno de humedad y olía a champú de flores. Annabelle estaba cantando desafinadamente. Zacharel sonrió. Era adorable. Sin embargo, lo que más le asombró era que parecía… feliz.

Volvió al balcón y encontró a Thane en la barandilla, preparado para partir.

—Tu siguiente misión es traerle comida —dijo Zacharel.

—¿Es que ahora soy su sirviente?

—No. Eres mi sirviente.

Hubo una pausa.

—¿Y por qué no me ofende esto? —murmuró el guerrero—. ¿Por qué me estoy divirtiendo?

Batió las alas blancas y se alejó en el aire. Diez minutos más tarde, volvió con una bolsa llena de pan, queso y fruta.

—Gracias.

A Thane le brillaron los ojos, que eran azules como zafiros, e inclinó la cabeza.

—De nada. Es un placer, creo.

Zacharel garabateó una dirección en un papel.

—Asegúrate de que el propietario está en casa. Si no está, espéralo. Cuando hayas verificado su presencia y yo haya ocupado tu lugar, tienes el resto del día libre.

Thane desapareció.

Quince minutos más tarde, justo cuando Annabelle salía de la ducha, Thane le comunicó por telepatía que el dueño estaba en su casa.

Y, al mismo tiempo que recibía aquel mensaje, Zacharel se quedó embobado. Solo podía mirar a Annabelle. El vapor formaba una nube

a su alrededor y creaba una imagen onírica. Ella se había secado el pelo, y lo tenía brillante y liso. Llevaba el sujetador rosa, y los vaqueros se le ceñían a las piernas. No sabía si le sentaba muy bien que Thane hubiera acertado plenamente con las tallas…

Annabelle parecía tan joven, tan fresca, tan… inocente.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Me encanta. Estás preciosa.

—Es por el color rosa.

—No. Es por la mujer.

Ella sonrió.

—Vaya, alguien se está portando muy bien esta mañana —dijo. Después, miró la mesa y vio la comida—. Estoy demasiado nerviosa como para comer.

—Pero tienes que tomar fuerzas. No quiero excusas.

—Sí, señor —dijo ella, burlonamente—. Y, a propósito, retiro el comentario de que alguien se está portando bien.

—No puedes.

—Sí puedo.

Zacharel supuso que la naturaleza de su relación, después de lo que había ocurrido la noche anterior, ya no volvería a ser igual. Ella se lo había advertido: nunca aceptaría órdenes suyas, e iba a tener que aceptarlo.

Siempre y cuando la tuviera a su lado, eso le gustaría.

Ella comió un poco de fruta y, después, se marcharon a casa de su hermano. Cuando llegaron, Zacharel vio de refilón a Thane, que se alejaba volando, al mismo tiempo que ellos aterrizaban en el porche. Aunque Zacharel quería entrar directamente, Annabelle se empeñó en llamar a la puerta y esperar a que alguien abriera. Sin embargo, Zacharel sospechaba que su hermano no iba a abrirle la puerta, y se aseguró de que solo su cara fuera visible desde las ventanas, y no la de Annabelle. La escondió en una bolsa de aire.

—Tal vez debiéramos irnos —dijo Annabelle, frotándose el centro del pecho.

Lo hacía siempre que estaba nerviosa o asustada. ¿Por qué?

—No te va a hacer daño. No se lo permitiré.

—Hay miles de formas de herir a alguien, Zacharel.

Eso lo sabía bien.

—También hay mil formas diferentes de curarse, hazme caso. Tu fe está aquí. Has dicho que querías tener relación con tu hermano y ya empiezas a creer que puede suceder, aunque no te des cuenta. Por eso estás aquí. Así que continúa creyéndolo. Si no te rindes, obtendrás resultados.

Cuando él tocó con los nudillos a la puerta, su túnica blanca se transformó en ropa de calle. Esperaron un par de minutos, pero nadie abrió. Zacharel volvió a llamar y, después, tocó el timbre. Sabía que Brax Miller estaba dentro de la casa. Thane no hubiera permitido que se marchara.

Por fin, alguien dijo:

—Voy, caramba.

Sonaron unos pasos y, por fin, un muchacho de veinticuatro años, alto y delgado, abrió.

Brax tenía el mismo pelo negro que Annabelle, pero sus ojos eran dorados, no azules. Seguramente, aquellos eran los ojos que había tenido Annabelle una vez.

—¿Sí? —preguntó el hombre. No llevaba camiseta y estaba claro que se había puesto los vaqueros apresuradamente, porque no se había subido la cremallera.

Annabelle inhaló aire bruscamente. El humano no la oyó; Zacharel se había ocupado de que no pudiera percibirla con ninguno de los sentidos.

—Eres Brax Miller —dijo.

El hombre que había heredado un montón de dinero después de la muerte de sus padres, y que había gastado por completo antes de que terminara aquel año, según el informe que le había dado Thane, el informe sobre la vida de Annabelle y sobre la vida de su familia.

—Sí, ¿y qué?

Tenía los ojos enrojecidos y cierta tensión en el rostro. Zacharel percibió el olor de la heroína. Magnífico; Brax era drogadicto.

Seguramente, sus recuerdos estaban manchados.

No importaba. Tenía que intentarlo.

—Vas a dejarme entrar en casa para hablar de tu hermana.

El hombre se quedó inmóvil. Una terrible mezcla de emociones se reflejó en sus ojos.

—¡Yo no tengo ninguna hermana! —rugió.

Intentó cerrar la puerta, pero Zacharel puso el pie.

—Ya lo hemos intentado a tu manera —le dijo a Annabelle—. Ahora lo haremos a la mía.

Entonces, posó la mano en el pecho de Brax y lo empujó hacia dentro. Con un pequeño empujón como aquel, lanzó al chico hacia la pared del vestíbulo.

Zacharel entró y arrastró a Annabelle consigo. Cuando Brax se puso en pie con intención de lanzarse contra él, Zacharel hizo visible a Annabelle.

Brax se tropezó. Después, retrocedió.

—Sorpresa, estoy fuera —dijo ella.

—Vamos, ten fe —le dijo Zacharel, al oír su tono de voz inseguro.

Ella tragó saliva y asintió.

—Me alegro de verte y, algún día, tú también te alegrarás de verme a mí.

Su hermano recuperó la capacidad de pensar y se cuadró de hombros.

—¿Qué estás haciendo aquí? Tu fuga ha salido en las noticias, pero no creía que fueras tan estúpida como para acudir a mí.

Zacharel lo agarró por el cuello y lo subió, contra la pared, hasta que sus pies quedaron colgando. Hasta que ella manifestara su fe, él tendría que asegurarse de que Brax tuviera un buen comportamiento.

—Vigila tu forma de hablarle, o vas a sufrir.

Sintió una mano suave en el hombro, y una voz dulce al oído.

—Zacharel, déjalo en el suelo, por favor. Pese a todo, yo quiero a Brax del mismo modo que tú querías a Hadrenial. No quiero que lo pase mal.

—Solo un poco más —dijo Zacharel, mientras incrementaba la presión de su mano, y Brax abría mucho los ojos—. Te ha tratado mal.

—Piensa en todo lo que ha pasado. Vio los cuerpos de nuestros padres en el garaje, y vio su sangre. Después, tuvo que revivirlo todo, cuando la policía le mostró las fotografías del escenario del crimen. Y cree que yo soy la culpable.

A Brax se le estaban poniendo los labios azules. Sin embargo, Zacharel no cedió.

—Además —insistió ella—, necesitamos respuestas, y puede que él tenga algunas. Si lo matas, yo no voy a poder cambiar nada con mi fe.

—Oh, es cierto —dijo Zacharel.

Abrió los dedos y dejó que Brax cayera al suelo.

—No voy a ayudarte a escapar —dijo su hermano entre jadeos.

—No necesito tu ayuda —respondió ella.

—Entonces, ¿has venido a hablarme otra vez de los monstruos que mataron a papá y a mamá?

—No, no eran monstruos. Fue un monstruo, en singular. Pero no, no he venido a eso. Quiero saber qué hiciste durante los días previos a sus asesinatos. ¿Hiciste algo fuera de lo corriente, como visitar a un adivino o jugar a la Ouija?

Él la miró con odio.

—No me importa lo que me haga tu amigo. Estás más loca de lo que pensaba si crees que voy a hablar de esto contigo.

—Te lo advertí —dijo Zacharel, antes de que Annabelle pudiera responder, y sonrió—. ¿De verdad no te importa lo que te haga? Vaya, pues vamos a ver si consigo que cambies de opinión.

Capítulo 23

En un abrir y cerrar de ojos, Brax y Zacharel desaparecieron.

Annabelle esperó durante mucho tiempo, pero ninguno de los dos volvió a aparecer. Estaba muy preocupada, porque sabía que, finalmente, iban a volver, pero no sabía si su hermano estaría vivo o muerto, y ella lo quería vivo. Él iba a querer tener una relación con ella, tal y como había dicho Zacharel. Había echado mucho de menos a su hermano.

Aquel día, al verlo, había estado a punto de echarse a llorar. No por la nostalgia, sino de tristeza. Parecía que, durante aquel tiempo, el chico feliz se había convertido en un adulto atormentado.

Tenía solo dos años más que Annabelle, y ella siempre lo había admirado. En el instituto, todas las chicas querían salir con él, y todos los chicos querían ser sus amigos. Él siempre tenía algún plan y, en varias ocasiones, se había metido en un lío por salir a escondidas. Un par de veces, también, se había chocado con el coche. Después había ido a la universidad y había madurado.

En aquel momento, sin embargo… era una sombra de sí mismo.

Annabelle se paseó por la casa. Era una construcción de madera y piedra que tenía una maravillosa vista de las montañas desde el patio trasero. Primero, ella se dio cuenta de que Brax era muy desordenado. Había ropa, envoltorios de comida y latas de cerveza vacías por todas partes. No había ni una sola fotografía de ella ni de sus padres.

En realidad, sí tenía una fotografía de sus padres, pero estaba boca abajo en la mesilla de noche, junto a una cama de matrimonio enorme. ¿Y por qué boca abajo? Ella la tomó y, al ver a sus padres sonriendo, se le encogió el corazón y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Oyó la suave voz de su madre y sintió sus caricias en las mejillas. Y oyó la risa de su padre.

Annabelle tuvo que contener los sollozos y se obligó a salir de allí. El baño principal estaba abierto, y ella entró. Sin embargo, se detuvo en seco después de dar dos pasos, al ver una jeringuilla usada, una cucharilla, un encendedor, una goma, una bolsa de plástico con bolitas de color marrón… Aquello era droga, aunque ella no sabía de qué droga se trataba.

Recordó a Brax cuando había abierto la puerta de su casa. ¿Tenía marcas rojas en los brazos? No lo recordaba. Estaba demasiado abrumada por las emociones. Tal vez su hermano no fuera un drogadicto. Tal vez tuviera un compañero de piso y…

No. Sus ojos enrojecidos, la cara demacrada y las ojeras eran pruebas de su drogadicción. No le extrañaba que tuviera la fotografía de sus padres boca abajo. Seguramente, no quería que vieran lo que estaba haciendo.

A ella se le hundieron los hombros al pensar que, seguramente, su hermano había empezado a drogarse para escapar del dolor por todo lo que había perdido.

—Cariño, ya estoy en casa —dijo una voz femenina desde el piso de abajo.

Annabelle se quedó helada. Aquella voz le resultaba familiar, pero… ¿de qué?

—Cariño, ¿no me has oído?

Entonces, lo supo. Era Driana, la bella mujer del club. Estaba poseída por un demonio; era malvada. A Annabelle se le cortó la respiración. Comenzó a buscar cualquier arma a su alrededor. Tenía las dagas que le había dado Zacharel, pero la última vez esas dagas le habían fallado. Buscó algo mejor por toda la habitación y,

finalmente, encontró una pistola debajo de un cojín. Nunca había disparado una pistola, pero, tal vez, con la amenaza de recibir un disparo, Driana decidiera marcharse corriendo. Annabelle se preparó y apuntó con la pistola hacia la puerta.

—¿Brax? —preguntó Driana, acercándose a la habitación—. Sé que estás ahí. A menos que estés muerto, claro —dijo, y se echó a reír—. Vaya, eso sería una pena.

Un segundo después, Driana apareció en el hueco de la puerta y vio a Annabelle. Después de la sorpresa, la mujer sonrió de satisfacción.

—Vaya, vaya. Veo que has decidido unirte a nosotros.

Annabelle permaneció inmóvil. Driana no llevaba el vestido de prostituta, sino un traje gris oscuro, de estilo conservador, bien adaptado a sus curvas.

—¿Estás saliendo con mi hermano? —le preguntó.

—¿Saliendo? —preguntó Driana—. No. Yo prefiero decir que estoy teniendo orgías con él. Pero, bueno, como tú quieras. A mí me da igual.

—Será mejor que tengas cuidado con lo que dices. Yo soy la que tiene la pistola.

—Adelante, dispárame y atrae a la policía. Están ahí fuera, vigilando la casa, esperando a que te pongas en contacto con tu hermano. Con un solo disparo, pensarán que has venido a acabar lo que empezaste hace cuatro años: aniquilar a tu familia.

«No reacciones. Has venido aquí en busca de respuestas. Consíguelas».

—¿Por qué te has apoderado de mi hermano?

—¿Yo? Yo nunca haría tal cosa…

—Claro que sí, demonio. No voy a escuchar tus mentiras.

Otra sonrisa.

—Se me olvida que sabes lo que soy, y que no tengo que fingir. Driana llevaba un año con él antes de que yo llegara, pero él nunca le había pedido que se casara con él, y yo la ayudé a que se diera cuenta de que necesitaba algo más para convencerlo de que la

quería para toda la eternidad. Ella me permitió gustosamente que la ayudara.

—¿Y por qué has venido por ellos? No te habían hecho nada.

—Humanos. Cuántas preguntas, cuando las respuestas no tienen importancia. Me pidieron que vigilara si tu hermano se ponía en contacto contigo, que me asegurara de que siempre te tuviese odio para que tú no pudieras huir a ningún sitio, y yo aproveché la oportunidad. Bueno, ya me he cansado. Vamos a animar un poco la fiesta, ¿quieres?

Driana sacó un pequeño revólver de su bolso y disparó antes de que Annabelle pudiera reaccionar.

Ella sintió un terrible dolor en los dos hombros y cayó de rodillas. Notó que le resbalaba un líquido caliente por el pecho. De repente, comenzaron a pesarle mucho los hombros, y ya casi no podía sujetar el arma. Solo habría tenido que apretar el gatillo, y todo habría terminado.

—No te preocupes —dijo Driana—. Ninguno de los dos disparos es mortal. Pero la policía los habrá oído y, seguramente, entrarán en cualquier momento.

Levantó el arma con lentitud, superando el dolor.

—Gracias, demonio, porque ahora ya no importará que oigan un tercer y cuarto disparo.

Por fin, Annabelle apuntó y disparó.

Driana reaccionó igual que ella; cayó al suelo de rodillas y, después, se desplomó. Tras ella, en la pared, había una gran mancha de sangre. Su mirada quedó fija en algún lugar por encima de Annabelle.

Estaba muerta.

Ella no quería matarla. ¿Qué había hecho? La pura maldad le había arrebatado a sus padres y, en aquel momento, ella le había arrebatado a Brax a su novia.

De repente, el cuerpo de Driana comenzó a emitir un humo verde y negro, y a convertirse en un monstruo. Tenía los ojos rojos, la cara esquelética y los hombros encorvados. Sus colmillos eran

prominentes y estaban cubiertos de un líquido amarillento. Silbó a Annabelle de una manera amenazante y rabiosa.

Ella ni siquiera tenía fuerzas para gritar.

En aquel momento, se abrió la puerta de la casa y se oyeron voces masculinas, órdenes policiales. Después de silbar otra vez, el demonio atravesó el techo y desapareció.

Annabelle dejó caer el arma y buscó una vía de escape. Tenía la visión borrosa y apenas podía moverse.

Zacharel apareció frente a ella. Debía de estar cerca y debía de haber oído los disparos. La tomó en brazos y la sacó de la casa. En pocos segundos estaban sobrevolando la ciudad.

Ella apoyó la mejilla en su hombro y cerró los ojos.

—¿Y mi hermano?

—Está vivo. No debería haberte dejado sola. Lo siento muchísimo.

—La he matado.

—Ya lo sé.

—Su demonio se ha escapado.

—Eso también lo sé.

Él la depositó sobre una cama, y ella abrió los ojos. Estaban en la habitación de un motel, y su hermano estaba sentado en la cama que había enfrente. Brax estaba temblando y tenía arañazos en las mejillas. Había llorado tanto que tenía los ojos hinchados. Ella intentó incorporarse, pero Zacharel se lo impidió.

—¿Qué le ha pasado?

—Le he enseñado que los monstruos existen de verdad.

—¡Y me ha dejado caer dos veces desde el cielo! —exclamó Brax, estremeciéndose.

Zacharel le arrancó a Annabelle la camiseta ensangrentada del pecho, sin esfuerzo, y después le quitó los tirantes del sujetador con más suavidad. Annabelle no entendía cómo habían podido quedar intactos.

—Como ves, también lo he cazado dos veces al vuelo —dijo el ángel, y después, murmuró—: Las balas te han atravesado los

hombros.

Esperaba que eso fuera bueno.

Brax se frotó los hombros.

—¿Quién te ha disparado?

—Tu novia —dijo ella. De repente, sintió tanto frío que comenzó a temblar incontrolablemente.

—¿Driana?

—¿Tienes alguna otra novia? —le preguntó Zacharel.

—Pero si ella… ella nunca haría algo así…

«No se lo digas. Cállate».

—Lo siento, pero ha muerto —dijo Annabelle. Brax se merecía saberlo—. Le he pegado un tiro.

Él la miró con espanto.

—¿Qué clase de monstruo eres tú? Ah, sí, espera. Eres la carnicera de Colorado.

Zacharel abofeteó a Brax en un abrir y cerrar de ojos.

—Tu novia estaba poseída por un demonio e intentó matar a tu hermana. Annabelle se estaba defendiendo.

Brax comenzó a llorar de nuevo.

—No es verdad. ¡No podía estar poseída! Últimamente no ha sido ella misma, pero… pero…

Sollozó con fuerza, acurrucado sobre la cama. Y, por fin, aceptó lo que Zacharel le había dicho.

—Lo siento, Annabelle. Si hubiera sido ella misma, no te habría hecho nada.

—No te preocupes por eso —dijo Annabelle, mientras Zacharel volvía a su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó Brax.

—Me voy a poner bien, sí. Me he recuperado de cosas peores —murmuró ella—. ¿Verdad, Zacharel?

El ángel asintió.

—Y esta vez también te vas a curar —sentenció. Alargó la mano y sacó un frasquito de una bolsa de aire. El Agua de la Vida—. Vamos, abre la boca.

—No, yo…

Él le pasó la mano por la nuca y le levantó la cabeza, y se aseguró de que le cayera una gota de líquido en los labios antes de que ella pudiera terminar con sus protestas. Annabelle notó un sabor a frío y a limpieza. La sensación se le deslizó por la garganta hasta el estómago y, desde allí, se le extendió por todo el cuerpo. A medida que se creaban células nuevas y se regeneraban los músculos y los tejidos, su dolor aumentó y el frío sustituyó al calor.

Sin embargo, sabía que unos minutos después habría recuperado las fuerzas y el dolor se habría mitigado.

No ocurrió así. El dolor no se mitigó; tan solo cambió de lugar. Empezó a sentir un ardor insoportable en el pecho, justo encima del corazón, un dolor que fue empeorando.

—¿Y ahora qué le pasa? —preguntó Brax.

Zacharel frunció el ceño.

—¿Todavía te duele? —le preguntó a Annabelle.

—Sí —musitó ella, frotándose el pecho e intentando respirar rítmicamente—. ¡Ayuda!

Zacharel la sujetó contra el colchón y le pasó la mano, suavemente, en círculos, por el pecho, creando fricción. Después, incrementó la fuerza del masaje.

—Respira, nena. Respira.

—Lo intento.

—Inspira, espira. Inspira, espira. ¡Ve por hielo! —gritó.

—No puedo.

—No, tú no. Tú sigue respirando. Inspira, espira. Buena chica.

Debió de desmayarse en algún momento, porque lo siguiente que supo era que estaba en un charco de agua fresca y que su pecho estaba recuperando la normalidad. Podía respirar sin ayuda.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, muchas gracias, pero escucha —dijo, mientras se pasaba los dedos por el esternón. Tenía la piel helada y húmeda—. No quiero que vuelvas a darme esa agua. Al final, me habría recuperado de los

disparos por mí misma, y ya no puedo tolerar esa sensación de quemadura.

—Ya no sientes ningún dolor. A mí me parece que es beneficioso.

—Bueno, es que tú no eres el que acaba de volver del infierno.

—Estás viva, ¿no?

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Estás discutiendo conmigo en estos momentos?

—¿Y qué tendría que hacer?

—Darme todo tipo de mimos.

Él sonrió.

—Es cierto. He cometido un error —dijo.

Entonces, sacó una camiseta del aire y la ayudó a vestirse y, después, se giró hacia su hermano.

—Cuéntale lo que me has contado a mí.

Ella miró a Brax. Él había dejado de temblar, por lo menos.

—Te has curado —dijo, chasqueando los dedos—. Así, como por arte de magia.

—Díselo —le ordenó Zacharel con aspereza.

—Después de que me expliques por qué no has curado a Driana.

—El agua no puede resucitar a los muertos. Y ahora, habla.

Brax tragó saliva.

—Yo volví a casa para tu cumpleaños. Mamá, papá y tú salisteis a cenar y al cine para celebrarlo con antelación, porque en la fecha señalada tú ibas a salir con tus amigos. Yo dije que no me encontraba bien. Mientras estabais fuera, vino a visitarme un amigo del instituto. Llevó a casa un libro y… un porro. Hacía tanto tiempo que no fumaba marihuana, y me sentía tan mal, que…

—¿Cómo se llama ese libro? —preguntó ella, con el estómago encogido.

—No me acuerdo.

—¿Qué tipo de libro era?

—Era un libro de… encantamientos. De magia.

Ella miró a Zacharel. Él había intentado decirle que había algo, algún motivo por el que el demonio se había sentido atraído por su

casa. Ella no se lo había creído, y nunca había pensado que fuera por causa de su hermano.

Zacharel asintió, dándole a entender que el motivo era aquel libro.

—¿Y por qué no te mataron a ti? —le preguntó ella a Brax—. ¿Por qué no te despertaste la mañana del… del…? Yo te llamé a gritos, una y otra vez, pero tú no abrías los ojos.

—Estaba colocado por la marihuana. Yo… lo siento, Annabelle. De veras.

—¿Por qué no lo mataron a él? —le preguntó a Zacharel.

—Los demonios no suelen matar inmediatamente a quien los convoca. Quieren poseer un huésped para poder quedarse en la tierra. Sin embargo, creo que tu hermano no fue poseído porque tú eras deseada por el demonio, y su necesidad de marcarte lo distrajo. Tus padres se interpusieron en su camino. Después de eso… No estoy seguro del motivo por el que te dejó allí.

Por fin conocía el móvil del asesinato de sus padres. Sin embargo, no encontró consuelo en aquellas respuestas.

Zacharel miró a Brax con dureza.

—¿Te das cuenta de que tú eres el culpable de la situación en la que se encuentra tu hermana? Tus actos fueron la causa de la muerte de tus padres, no los suyos, pero tú permitiste que ella sufriera por tus crímenes. La abandonaste cuando más te necesitaba. Tú.

Brax negó violentamente con la cabeza.

—No, no. O, si lo hice, no lo sabía. Prometo que no lo sabía. Tenéis que creerme.

¿Igual que él la había creído a ella cuando le había dicho que era inocente?

—¿No recuerdas nada más de aquel día? —le preguntó ella, quitándose aquel pensamiento de la cabeza—. ¿Un sueño, tal vez, en el que alguien te pedía que hicieras algo horrible?

—No, lo siento —dijo él, con las mejillas llenas de lágrimas—. Lo siento muchísimo.

Ella no pudo negarle una pequeña sonrisa de perdón.

—No te preocupes. Vamos a superar todo esto —dijo.

Él era la única familia que le quedaba.

Brax cerró los ojos, como si su perdón fuera algo muy difícil de soportar.

—¿Y qué hacemos ahora? —le preguntó Annabelle a Zacharel. Al mirarlo, soltó un jadeo y se sobresaltó—. Tus alas…

—¿Qué…?

Zacharel aleteó suavemente. Después, masculló una maldición.

De nuevo, la nieve caía de las puntas de sus plumas.

Capítulo 24

Su Deidad estaba disgustada con él. Zacharel lo supo con certeza. Él había asumido la responsabilidad por Annabelle, y ella había matado a una humana, aunque estuviera poseída por un demonio.

Zacharel no la culpaba por sus actos; la culpa era suya. Él era quien la había entrenado para luchar contra los demonios, pero no la había preparado para enfrentarse a una situación así.

—La policía querrá hablar contigo —le dijo a Brax—. Si les cuentas lo que hemos estado hablando, terminarás encerrado como tu hermana.

En la cara del chico se reflejaron muchas emociones. Era como un niño, aunque tuviera dos años más que Annabelle. Carecía de su valor y de su pasión.

—¿Me vais a dejar aquí? Pero… los monstruos…

—¿Lo vamos a dejar aquí? —repitió la pregunta Annabelle.

—Sí. La que atrae a los demonios eres tú, no él, y eso significa que siempre estás en peligro, y que pones en peligro a tu hermano si te quedas a su lado. Cuando os separéis, seguramente estará bien.

—¿Seguramente?

—Sí, estará bien —se corrigió Zacharel. Enviaría a uno de sus soldados para que protegiera a Brax en secreto—. Yo me aseguraré de ello.

Los hermanos se miraron silenciosamente, sin saber qué decir. Brax no se merecía una hermana como Annabelle, pero Zacharel

sentía envidia de él y de aquel momento. Él habría dado cualquier cosa por tener a Hadrenial a su lado.

—Bueno, entonces —dijo Annabelle, y carraspeó—, cuídate, Brax.

—Tú también. Y… ¿Annabelle?

De repente, una brisa cálida sopló en la mente de Zacharel. Aquella era la señal de un llamamiento de su Deidad. Él se puso rígido y perdió la noción de todo lo que le rodeaba, de los hermanos y de su despedida.

«Zacharel, soldado», dijo una voz suave, pero llena de autoridad. «Necesito tus servicios. Reúne a tu ejército y detén a los demonios que están intentando infiltrarse en mi templo. Como esta batalla se va a librar en el cielo, no tendré que preocuparme por los daños colaterales, ¿verdad?».

No era una pregunta, sino un reproche por su actuación pasada. Y también, una orden de su Deidad.

—¿Zacharel?

Él volvió a la realidad. Annabelle y su hermano lo estaban mirando fijamente, con desconcierto.

—Vamos —dijo él—. Tenemos que irnos.

—Zacharel, ¿qué ha pasado? Tu imagen aparecía y desaparecía, como si estuvieras aquí, pero, al mismo tiempo, no estuvieras.

—Eso es, exactamente. Una parte de mí estaba con mi Deidad, en su templo del cielo. Los demonios están atacando ese templo, y a mí me han encargado que lo defienda.

Ella palideció.

—No te preocupes. Me marcharé en cuanto el templo esté a salvo, y volveremos a la tierra.

Y no solo por el trato que había hecho con ella, sino porque estaría desesperado por devolverla a la seguridad.

—Yo… gracias —dijo Annabelle.

—De nada. Y ahora, vamos.

Ella le dijo adiós a su hermano, se acercó a Zacharel y le rodeó el cuello con los brazos. Él convirtió sus cuerpos en niebla y la llevó directamente hacia el cielo. Brax gritó, mientras intentaba seguirlos:

—¡Cuídate, Anna!

Ella tuvo que contener las lágrimas.

El cielo estaba encapotado. Ellos dos atravesaron las nubes grises en su ascenso, hasta que los únicos puntos de color fueron los ángeles, tanto guerreros como portadores de alegría, que iban de un lado a otro cumpliendo con sus tareas.

—Cuántos hay —dijo Annabelle con sorpresa.

Pasaron unos segundos más y, por fin, su hogar apareció ante ellos. Sin embargo, los muros de la nube ya no eran azul claro, sino negros y pegajosos, como si estuvieran cubiertos de la esencia del mal. A Zacharel se le encogió el estómago. No se esperaba algo así. Ni siquiera sabía que fuera posible. Una nube no podía cambiar de forma tan drástica, y menos tan rápidamente.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Annabelle.

—No lo sé. Tal vez se esté muriendo.

Los demonios que la habían atacado debían de haberla envenenado de algún modo.

—Mi habitación. Muéstramela.

Apareció su cama, y también su mesilla de noche. Él metió la mano en una bolsa de aire y sacó… Sintió tanto alivio que le flaquearon las piernas. La urna estaba intacta.

—Sígueme al templo y permanece siempre a la vista —le ordenó a la nube—. Protégela, dale todo lo que te pida y, cuando yo vuelva, terminaré con tu sufrimiento.

Sintió una punzada de remordimiento. Aquel hogar había sido su único… amigo durante mucho tiempo.

Annabelle se agarró a su túnica.

—Déjame ayudarte.

—No tienes alas y, si tengo que llevarte, serás una carga para mí.

—Pero seguro que puedo…

—No. Me ayudas más quedándote aquí y protegiendo mi mayor tesoro.

—¿Los muebles de tu dormitorio? —preguntó ella secamente.

—Dentro de esa urna están los restos de mi hermano. Es todo lo que me queda de él.

Antes de que ella pudiera hacerle preguntas que él todavía no podía responder, Zacharel la besó apasionadamente. Alzó la cabeza, la miró y le acarició la mejilla.

—Aunque tal vez… esa urna no sea mi mayor tesoro —susurró, y se fue.

Cuando se quedó a solas, Annabelle estudió la urna que debía proteger. Estaba llena de un líquido transparente que era más espeso que el Agua de la Vida, y que tenía cuentas moradas y brillantes flotando por toda su masa. ¿Cenizas de ángel?

Fuera lo que fuera, iba a proteger aquella urna tal y como le había pedido Zacharel. Estaba en deuda con él; la había reunido con su hermano y había convencido a Brax de la verdad. Aunque la relación con su hermano no era fluida, al menos ya no estaba basada en el odio. Y siempre existía la posibilidad de conseguir más y mejores cosas.

—Necesito cambiarme de ropa y conseguir una buen arma —le dijo a la urna—. También estarían bien unas alas —añadió con un suspiro—. Tu hermano me ha protegido y me ha cuidado maravillosamente, pero me encantaría demostrarle que soy capaz de cuidarme por mí misma.

—Muy bien —dijo una voz sobrenatural, llena de risa.

No provenía de la urna. La nube se agitó tan violentamente, que ella tuvo que agarrarse a uno de los postes de la cama.

—¿Qué sucede? ¿Quién está ahí?

No apareció nadie. Seguía estando sola.

En cuanto cesó el movimiento, miró a su alrededor. Todo parecía igual, hasta que se miró a sí misma. ¿Su camiseta y sus pantalones habían sido sustituidos por un *sexy* traje de demonio?

Llevaba un vestido rojo corto. La tela de la cintura había sido recortada y el bajo terminaba justo por la curva de su trasero. A sus

pies había una cola terminada en pico y, como calzado, llevaba unas sandalias de tacón de aguja de diez centímetros. Tenía unas medias de malla sujetas con ligas y… unas bragas rojas a juego. Magnífico. Y sus dagas habían desaparecido.

—¿Se supone que esto es divertido? —preguntó—. Será mejor que me digas quién eres y dónde estás. Ahora mismo.

Se oyeron más carcajadas y la nube se agitó más. Entonces, sobre la cama apareció una herrumbrosa horqueta con un cristal afilado en cada una de las púas.

—No podemos olvidar el resto de las cosas que querías.

Su arma, pensó Annabelle, la que había pedido. Un momento… ¿Acaso la nube podía hablar?

—¿Qué se supone que voy a hacer con…?

Hubo más risotadas, y la nube empezó a moverse de nuevo, más intensamente que las veces anteriores. Le había pedido ropa y un arma, y había conseguido aquello… Le había pedido alas. ¿Qué era lo que iba a conseguir?

Cuando la risa cesó, y la nube se quedó quieta, sintió un dolor punzante en la espina dorsal. Pero eso fue todo; un dolor momentáneo. Durante un largo rato, no ocurrió nada más, y ella comenzó a relajarse.

—Nube —dijo—. He cambiado de opinión acerca de la ropa, el arma y las alas, ¿de acuerdo?

—Lo siento, chica traviesa, pero no soy la nube, y no puedes cambiar de opinión. Además, piénsalo mejor. Tal vez te guste.

Entonces, comenzó a sentir un calor entre los omóplatos… un calor que fue intensificándose hasta que se convirtió en verdaderas llamas.

—¡Para esto! ¡Seas quien seas, páralo!

La carne de su espalda se abrió, y la sangre salió a borbotones. Algo muy afilado le cortó los músculos para abrirse paso.

A Annabelle le fallaron las rodillas, y cayó al suelo.

—¡Para! ¡Por favor!

—¿Y por qué iba a parar ahora? Te he estado esperando. Sabía que ibas a volver.

La voz llegaba desde el otro lado de la habitación, y ella consiguió levantar la cabeza lo suficiente como para ver a un demonio sonriente que atravesaba uno de los muros negros. No era la nube, después de todo.

«No pierdas la calma. No permitas que se alimente de tus emociones».

Annabelle luchó contra el dolor. Consiguió ponerse en pie y agarró la horca.

—¿Cómo te has… escondido… de Zacharel?

—Tu ángel no es todopoderoso, y no puede verlo todo. Seguí a la nube después de nuestro ataque, y establecí una vigilancia.

Aquella criatura era alta y delgada, y estaba cubierta de escamas negras y brillantes. Tenía los ojos rojos, pero no con el brillo de un rubí, como muchos de sus congéneres, sino teñidos de óxido.

—Ahora, la nube es mía. Yo la controlo para que cumpla mi voluntad.

—Una nube no puede… darle alas… a un humano.

—Bueno, pero tú eres más que una humana, ¿no? Le perteneces a un demonio.

Calma…

—Yo me pertenezco a mí misma.

Reunió todas las fuerzas que le quedaban e intentó clavarle la horca. Sin embargo, el demonio esquivó el ataque. Le mostró los colmillos afilados, y dijo:

—No es necesario ponerse violento. No voy a hacerte daño… demasiado daño.

De nuevo, ella intentó pincharlo con la horca y, en aquella ocasión, lo consiguió. Las púas se le hundieron profundamente en el muslo. Sin embargo, él se echó a reír.

—¿De verdad crees que soy tan idiota como para darte un arma con el que puedas hacerme daño?

—Sí —jadeó ella—. Lo creo.

Él no se ofendió.

—La belleza de esa horca es que el que la sujeta siente el dolor de las heridas que causa. Dime si te duele esto —dijo, y se sacó las púas del muslo.

Ella gritó. La visión se le nubló por completo. No a causa del muslo, aunque eso dolía mucho, sino por el pecho. Cada vez que recibía una herida en cualquier otro lugar del cuerpo, parecía que unas cuchillas le raspaban la quemadura que tenía allí, como si Zacharel acabara de verter el Agua de la Vida por su boca.

—¿Y bien? —preguntó el demonio.

—He soportado cosas peores.

—Ojalá no me hubieran prohibido saborearte —dijo el demonio. Se le acercó y se agachó frente a ella, y su olor fétido invadió todos sus sentidos—. Mi amo tiene a la otra fémina de Zacharel, ¿lo sabías? A ese ángel tan guapo.

—Quieres decir que tiene los restos de su cuerpo.

—No. Ella vive.

—Mientes.

—¿De veras?

—Yo… Dime quién es tu amo, un amo que puede hacer cosas que están fuera del alcance de Zacharel, y traer a alguien de vuelta de entre los muertos.

—No voy a decírtelo. Voy a presentarte ante él. Y, si se lo pides de una forma agradable, seguro que soltará a la fémina. O no. Seguramente no. Pero eso no significa que no puedas intentarlo.

Su amo debía de ser el señor de los demonios que había matado a sus padres. El demonio que la había marcado, que la había manchado… que le había destrozado la vida. ¡Cuántas veces había soñado con enfrentarse a él!

Así que tuvo la tentación de rendirse e ir. Sin embargo, ¿iba a permitir que aquella criatura saliera con vida de la nube? No. Nunca. Tal vez no tuviera las dagas, y tal vez la horqueta no le sirviera de nada, pero tenía los puños y sabía usarlos.

El demonio miró hacia la mesilla de noche.

—Y, por supuesto, vamos a llevarnos también al hermano de Zacharel. No sé qué es lo que le va a molestar más, si la muerte de su mujer o la pérdida de los restos de su adorado hermano. Vamos a averiguarlo.

Aunque se sentía como si fueran a estallarle las costillas, Annabelle golpeó.

Capítulo 25

Zacharel y Thane estaban sobrevolando el templo de la Deidad, observando a cientos de demonios de bajo rango que revoloteaban por el cielo nocturno, y solo aminoraban su ritmo cuando llegaban a los ríos que rodeaban la estructura. Los ríos fluían hasta los bordes de la nube y caían por los lados formando unas impresionantes cascadas.

La mayoría de los demonios superaban con éxito las corrientes y conseguían arrastrarse por los jardines hasta los escalones de alabastro, hasta el interior del pórtico y hasta las enormes puertas de madera del edificio. Sin embargo, aquellas puertas no podían romperlas, por mucha fuerza que usaran y por mucho que golpearan y patalearan.

Zacharel recordó por un momento la noche en que había conocido a Annabelle. Los demonios también atacaban el edificio del hospital psiquiátrico de una manera frenética, empeñados en alcanzarla… Sin embargo, Annabelle no estaba dentro de aquel templo, así que él no sabía cuál podía ser su propósito en aquella ocasión.

—Nunca habían atacado así a la Deidad —dijo Zacharel. Sus alas pesaban más de lo normal, y la nieve seguía cayendo de ellas—. ¿Y por qué ahora? ¿Con qué intención?

—Están cumpliendo órdenes —dijo Thane.

—Sí, pero ¿de quién?

—Al menos, sabemos que no pueden ser de Burden, porque está fuera de combate.

—Entonces, ¿es el que tira de los hilos?

—Puede ser.

—¿Qué otro iba a sacrificar a una horda entera en una misión suicida? ¿Y para qué?

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Sí. Un interrogatorio.

—No me gusta nada esto —dijo Zacharel, y observó su propia nube, que era una horrenda mancha negra en mitad del cielo azul.

Aunque Annabelle estuviera dentro, los demonios no intentaban entrar en la nube; la miraban con anhelo, incluso se movían hacia ella, pero todos se controlaban y volvían a profanar el templo.

Thane suspiró.

—Los demonios están aquí solo para distraernos. Habrá otra horda en cualquier sitio, esperando hasta que nos hayamos lanzado a la batalla para poder actuar con más libertad. Sin embargo, no podemos marcharnos de aquí. Tenemos órdenes de la Deidad, y debemos cumplirlas.

—Tienes razón. Pero eso no significa que todo mi ejército tenga que estar aquí.

Imaginó a la mitad de sus tropas y proyectó su voz hacia la mente de sus soldados.

«Patrullad por el cielo en busca de cualquier cosa sospechosa, cualquier tipo de presencia demoníaca».

Si a los ángeles les sorprendió aquella nueva forma de comunicación, lo disimularon bien. Aquello era más fácil y más rápido, y se lamentó de no haberlo hecho antes.

Recibió la respuesta afirmativa de todos ellos.

«Cuando yo dé la señal», le transmitió a la otra mitad de su ejército, «atacaremos».

Entonces, le dijo a Thane:

—Xerxes, Bjorn y tú llevadle tres demonios vivos a Koldo.

El guerrero todavía no estaba lo suficientemente bien como para luchar, pero se había levantado de la cama.

—Sacadles toda la información que podáis. Yo me uniré a vosotros cuando hayamos limpiado el templo.

Thane le dio una palmada en un hombro.

Era la primera vez que lo tocaba, fuera de los entrenamientos.

—Considéralo hecho.

Y, con aquello, el ángel se marchó en busca de sus amigos.

Zacharel volvió a mirar hacia su nube. No podía evitarlo. No había ningún demonio intentando entrar. ¿Qué estaría haciendo Annabelle? ¿Estaría todavía furiosa por su abandono, o estaría preocupándose por él?

«Eres un guerrero. Compórtate como tal».

Puso la mente en blanco, alzó una mano y creó la espada de fuego. En un abrir y cerrar de ojos, los demás soldados también alzaron la espada. Nadie rompió filas; todos esperaron la señal de su comandante. Eso también era algo nuevo.

El grito de guerra de Zacharel reverberó por el cielo.

—¡Ahora!

Los ángeles se lanzaron en picado, incluido él. Los demonios se quedaron paralizados; algunos gritaron, pero ninguno se marchó.

Zacharel se abrió paso a espadazos. El alabastro de la fachada del templo se llenó de salpicaduras de sangre negra y viscosa a medida que rodaban cabezas y sus oponentes morían… con una sonrisa. Zacharel se dio cuenta de que sonreían, como si conocieran un secreto que él ignoraba.

De nuevo, miró hacia su nube, pero los demonios no la habían atacado. Tal vez debiera ir a comprobar si Annabelle estaba bien…

Sintió una embestida brutal. La espada se le cayó de la mano y desapareció. Él se desplomó sobre los escalones del templo, sin aire en los pulmones. Un par de cuernos se le habían clavado en el pecho, y le habían inoculado un veneno paralizante.

Las distracciones eran fatales, y él lo sabía. Lo sabía, e iba a pagarlo muy caro. Sintió espasmos en los músculos, y los miembros

dejaron de obedecerle. El demonio se liberó, entre risotadas de felicidad, y llamó a gritos a sus amigos. Muy pronto, varios de aquellos monstruos lo rodearon y comenzaron a morderle sin que él pudiera evitarlo.

«¿Todavía estás en el templo?», le preguntó a Thane.

«Muy cerca», respondió el guerrero.

«Yo estoy al final de las escaleras… Ayúdame».

Nunca había tenido que pedir ayuda, y le resultaba humillante.

Tuvo la sensación de que transcurría una eternidad antes de que se oyeran gruñidos y gemidos de dolor a su alrededor. Los dientes fueron arrancados, los cuernos cercenados y, uno por uno, los demonios comenzaron a caer.

—No te preocupes, yo ya he estado ahí —le dijo Thane, sin moverse de su lado—. Las toxinas perderán el efecto dentro de pocos minutos.

Zacharel no podía moverse, pero, al menos, podía observar su nube. Su nube, que tenía tres manchas rojas en el centro. Manchas de un color rojo oscuro, que iban extendiéndose.

¿Sangre? ¿La sangre de Annabelle?

Un demonio cayó del centro y se precipitó hacia la tierra.

«La nube», le gritó mentalmente a Thane. «¡Annabelle está en mi nube! ¡Ayúdala!».

Thane salió corriendo y, al instante, los demonios se abalanzaron sobre él. La tensión y el dolor fueron tan intensos que estuvo a punto de morderse la lengua. No le sorprendió que el hueso del hombro se le saliera de su cavidad. Le clavaron las garras en la cara, le rasgaron el pecho y le cortaron las piernas. Los demonios estaban demasiado felices y demasiado distraídos como para notar que sus músculos recuperaban la movilidad poco a poco, a medida que el efecto del veneno se mitigaba. En cuanto pudo, se colocó el hombro en su sitio y se puso en movimiento. Creó otra espada de fuego y comenzó a decapitar demonios.

Cuando consiguió liberarse, voló a toda velocidad hacia su nube.

—¡Annabelle!

Al tratar de entrar en la nube, rebotó contra el muro. Los huesos le vibraron a causa del impacto.

Thane llegó volando desde el otro lado.

—Hay algún tipo de bloqueo. No puedo entrar sin matar tu casa.

—Lo siento —le dijo Zacharel a la nube, y atravesó la niebla negra con la espada de fuego.

Tenía que llegar hasta Annabelle lo antes posible. Cuando consiguió abrir un hueco entre la niebla, entró en su hogar y sintió espanto. Había sangre en las paredes, en la cama y en la mesilla de noche. Había incluso algunos charcos por el suelo. Sin embargo, no había ningún cuerpo, ni tampoco estaba la urna.

Thane se le acercó.

—Es más fuerte de lo que parece. Se recuperará.

—Sí, sí —dijo él. Claramente, allí había tenido lugar una batalla brutal—. Annabelle —gritó.

No obtuvo respuesta.

—No está aquí. ¿Cómo es posible?

—¿Puede haberse caído? —preguntó Thane.

¡No! Zacharel salió de la nube y bajó hacia la tierra. Thane lo siguió.

«He visto a un demonio salir de la nube», le proyectó a su guerrero. «Puede que ese demonio se la haya llevado sin que yo me diera cuenta».

Si era así, Annabelle habría luchado contra el demonio hasta el límite de sus fuerzas para impedir que la capturara. Estaría herida, gravemente herida, pero Zacharel prefería eso a que estuviera muerta.

Podía salvarla de las heridas, pero no de la muerte.

Claramente, el ataque de los demonios al templo de la Deidad solo había sido una distracción para los guerreros. El verdadero propósito de alguno de aquellos monstruos era llevarse a Annabelle sin encontrar obstáculos. Se sintió furioso consigo mismo por no haberlo deducido antes, y debido a su furia, se enderezó demasiado

tarde para el aterrizaje. El impacto le golpeó todo el cuerpo. Zacharel cayó de bruces.

Lo primero que notó fue que había un cadáver de demonio, hecho añicos, en el suelo. Acababan de matarlo, porque la sangre estaba fresca, y lo habían matado a zarpazos. ¿Dos demonios luchando entre sí? Tal vez para quedarse con Annabelle. Zacharel miró a su alrededor, intentando dar con alguna señal suya. Aquel bosque se extendía kilómetros y kilómetros hacia ambos lados, pero los animales guardaban un silencio antinatural.

A su izquierda, la luna se estaba reflejando en algo. ¿Algo de Annabelle? Corrió hacia el brillo y recogió un objeto. Era la urna de su hermano, y estaba vacía.

El cristal se hizo añicos en su mano.

—¿Qué es eso? —preguntó Thane, mientras aterrizaba.

Zacharel se agachó y palpó el suelo. Estaba seco. La esencia de su hermano no se había derramado allí. Tal vez hubiera caído dentro de la nube, pero, de cualquier modo, lo había perdido para siempre, porque su esencia se habría convertido en cenizas. Sin embargo, Zacharel no percibía el olor…

Sí, un momento. Percibía el olor de su hermano. Olía al cielo de la mañana y a gotas de rocío, y tenía un matiz tropical. Alguien había absorbido su esencia.

Al inhalar de nuevo, Zacharel se dio cuenta de que el olor se debilitaba. Quien la llevara estaba huyendo.

¿Annabelle? ¿El demonio? ¿O los dos?

—¿Zacharel?

—Vete, Thane. Ayuda a tus chicos a interrogar a los demonios —le dijo él. Si tenía que destruir el mundo con tal de salvar a Annabelle, lo haría, pero no iba a permitir que su soldado cargara con ninguna culpa por ello.

No esperó la respuesta de Thane. Salió corriendo, pese a sus heridas y las emociones que lo atenazaban. Las ramas le golpearon la cara y se le engancharon en la túnica. Se cortó los pies con las rocas afiladas; los demonios debían de haberle quitado los zapatos.

Por el camino se topó con dos de ellos. Uno había muerto, y el otro estaba agonizando. Sin detenerse, creó una espada de fuego y lo cortó por la mitad.

En el límite del bosque había una valla electrificada. Annabelle era humana, así que no podía haber cruzado por allí. Sin embargo, quien llevara la esencia de su hermano sí lo había hecho. Así pues, estaba persiguiendo a un demonio. Lo que no sabía era si aquel demonio arrastraba a Annabelle consigo.

Se sintió furioso y aleteó con fuerza para elevarse y sobrevolar el terreno, pero, de repente, se fijó en una pequeña mancha roja que había sobre el metal de la valla.

Era roja, no negra. Y era fresca. Y estaba saturada con la esencia de Annabelle.

Bien, entonces ya no quedaban más preguntas que responder. Annabelle estaba allí y lo necesitaba. Haría lo que fuera necesario para salvarla, aunque le costara la vida.

Capítulo 26

Annabelle luchó por tomar aire. Tenía la garganta hinchada y las vías respiratorias bloqueadas. El poco oxígeno que conseguía respirar no hacía más que empeorar el problema.

Los demonios caían del cielo y se dirigían hacia ella. Aunque se escondiera entre los arbustos, o en las copas de los árboles, o en algún agujero del suelo, la encontraban como si tuviera una señal luminosa sobre la cabeza.

Tenía muchas heridas, y aquellas alas… Aquellas espantosas alas que le habían crecido no eran más que unas ramas deformes y llenas de membranas bulbosas. Le impedían guardar el equilibrio. Además, llevaba al hombro el cuerpo de un demonio muerto, y eso ralentizaba su paso. Sin embargo, no podía avanzar sin él.

—Eh, ¿qué essstás haciendo? El amo nosss llama…

Annabelle se sobresaltó al ver a quien se había dirigido a ella. Estaba sobre la rama de un árbol, y era mitad hombre y mitad serpiente. Los demonios no dejaban de hacer aquello: se dirigían a ella como si fuera uno de los suyos; era lógico. Tenía escamas en vez de piel, garras en vez de uñas y su cara… no tenía ni idea de lo que le había ocurrido en la cara, pero notaba las grotescas formas de sus huesos.

La metamorfosis había sucedido mientras luchaba contra el demonio en la nube, y cada uno de los cambios surgía del calor que tenía en el pecho. Aquella quemadura se había ido extendiendo y se había hecho más y más intensa a medida que su miedo y su ira

aumentaban. Ella había intentado calmarse, incluso después de haber conseguido ganar la batalla, pero cuando había comprendido la conexión entre aquellos cambios de su cuerpo y sus emociones, ya era demasiado tarde.

—Vamos. ¿Y por qué llevas a un muerto? —le preguntó el demonio-serpiente, e intentó alcanzarla—. ¿Para comer? Yo ayudo a comer.

—¡No te acerques a mí! —gritó ella, y el mundo se volvió negro durante un segundo.

Cuando recuperó la visión, tenía las manos y la boca llenas de sangre fresca. Su sabor repugnante le provocó náuseas. Y la serpiente… su cuerpo estaba hecho trozos, a sus pies.

Se inclinó hacia delante y vomitó. Aquello tampoco dejaba de suceder. Cuando se le acercaban los demonios, perdía la visión momentáneamente y, cuando la recuperaba, los encontraba muertos.

«No solo parezco un demonio, sino que me he convertido en uno».

¿Qué pasaría si Zacharel la encontraba así? ¿La rechazaría? ¿La mataría? ¿O sería ella quien perdiera la cordura y lo mataría a él?

Se echó a llorar. «No, no puedo ser uno de ellos. Tiene que haber otra explicación».

Se tropezó con la rama de un árbol y cayó de bruces, pero no soltó su carga. El torso decapitado del demonio le golpeó la espalda y la hizo gritar. No estaba segura de…

Hubo algo más que la aplastó contra el suelo. En aquella ocasión, sí tuvo que soltar su botín, y el demonio salió disparado hacia delante y se golpeó contra un árbol.

Antes de que Annabelle pudiera reaccionar, unos dedos fuertes le giraron la cabeza, y se encontró con los ojos verdes de Zacharel. Estaba tan rabioso que sus rasgos habían cambiado; parecían más marcados, y tenía los labios más finos. Incluso su cuerpo parecía más grande.

—Zacharel, por favor. Suéltame.

—Silencio —le ordenó él, y la abofeteó con todas sus fuerzas. Si no la hubiera tenido agarrada del vestido, ella también habría salido disparada hacia otro árbol—. No hables a menos que yo te lo diga, ¿entendido?

La zarandeó salvajemente, y ella gritó.

—¿Qué has hecho con la chica humana? Hueles a ella.

«Mantén la calma», se dijo Annabelle.

—Yo… soy ella. Soy Annabelle.

Él entrecerró los ojos.

—No.

Oh, no. Zacharel no la creía.

La agarró por el cuello y la levantó del suelo. La mantuvo así suspendida durante un momento, y ella no dejó de patearlo. Iba a matarla. Iba a asfixiarla.

—Saborea… —consiguió decir. «Saborea la verdad».

A pocos metros por detrás de él, una ramita se partió. Entonces, Zacharel se giró y la dejó caer. Mientras ella intentaba tomar aire, se arrastró hacia atrás. Si pudiera ponerse en pie, podría huir. Si pudiera correr, se escondería hasta dar con el modo de llegar a él. Sin embargo, las piernas le fallaron.

Vio a Zacharel abatir una espada de fuego sobre un arbusto. Se oyó un grito agudo, y el aire se llenó de olor a hojas quemadas y a pescado podrido. La cabeza de un demonio cayó al suelo con un golpe seco y, después, con otro golpe, el cuerpo hizo lo propio.

Él se giró hacia ella con la espada en la mano. Dio un paso, y otro…

—Zacharel. No-no. Soy yo. Annabelle. Saborea la verdad.

Él siguió acercándose.

Annabelle pestañeó. La oscuridad estaba empezando a envolverla.

—Por favor. Saborea…

—Yo nunca voy a saborear a un demonio.

—Las palabras… saborea las palabras…

Ella lo miró a los ojos con esperanza y, después, se desmayó.

Zacharel observó al demonio hembra mientras ella se ponía en pie con una súbita fuerza. Sus ojos pasaron de ser azul como el hielo a ser morados, y la melena negra azulada se le levantó del cuero cabelludo como si hubiera sido alcanzada por un rayo. Las uñas se convirtieron en garras, y…

Ojos azules como el hielo. Como los de Annabelle.

Pelo negro azulado. Como el de Annabelle.

«Soy yo, Annabelle».

Zacharel estudió a la criatura con más atención. Llevaba un vestido rojo parecido al de Driana. La tela estaba rasgada y manchada de sangre. Tenía el cuerpo cubierto de escamas verdes, pero la forma de aquel cuerpo… Sus manos la conocían íntimamente. Tenía los hombros encorvados y unas alas monstruosas que se le extendían por detrás de la espalda.

«Saborea la verdad».

Los demonios mentían y engañaban. Sin embargo, él no percibió el sabor de ninguna mentira cuando hablaba aquel ser. Solo saboreaba la dulzura de la verdad.

Aquella criatura era Annabelle.

¿Cómo había podido suceder aquello? Y, oh, por la Deidad, ¿qué le había hecho él? La había tirado al suelo, la había golpeado y había intentado ahogarla. Zacharel soltó la empuñadura de la espada de fuego y las llamas se extinguieron al instante. Sintió tanta vergüenza que cayó de rodillas. Le había hecho daño, y nunca se lo perdonaría.

—Lo siento, Annabelle. Lo siento mucho.

Ella ladeó la cabeza, como si lo hubiera oído, como si lo entendiera, pero sus ojos de color púrpura brillaron aún más, como si no le importara nada su disculpa. Y, durante los minutos siguientes, se lo demostró. Le clavó las zarpas, le golpeó con los puños. Se giró con una habilidad que antes no tenía, y le cortó con las puntas de sus alas.

Él no trató de detenerla ni una sola vez. Se lo merecía. Se merecía aquello y mucho más, y si ella quería cortarle la cabeza, él se lo permitiría. «Soy peor que cualquier demonio».

Sin embargo, finalmente, ella se alejó de un salto. Entonces, se detuvo y pestañeó.

—¿Annabelle?

Ella cerró los ojos. Pasó un instante antes de que fuera capaz de enfocar de nuevo la vista, pero él se dio cuenta de que sus iris se habían vuelto azules nuevamente.

—¡Annabelle!

—¿Zacharel? —dijo ella. La palabra fue casi inaudible.

—Estoy aquí —respondió él, y se acercó a ella lentamente. No quería asustarla.

Entonces, Annabelle cayó de nuevo al suelo.

Él se movió con rapidez y la agarró en el aire, antes de que se golpeara. La depositó con delicadeza en el suelo del bosque.

—Lo siento, mi amor. No sabía que eras tú.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Zacharel —repitió.

—Sí, amor. Estoy aquí.

Annabelle cerró los ojos con fuerza.

—¿Te he matado?

Su pobre mente no distinguía entre la realidad y la pesadilla.

—No, mi amor —dijo él, y le acarició la mandíbula magullada con un dedo—. No me has matado. Estoy aquí.

Ella tosió, y por la comisura del labio se le deslizó un hilo de sangre. Entonces, susurró con vergüenza:

—Me pasa… algo… malo.

Él respondió con ternura.

—Lo sé, amor mío, pero vamos a encontrar la manera de curarte.

—Había… un demonio… en la nube. Estaba esperando y… quería llevarse a tu hermano.

—Shh. No te preocupes ahora por eso.

Ella insistió.

—No se lo permití… Luché.

—Lo sé, mi amor, lo sé. Ya me lo contarás después, ¿de acuerdo? Ahora quiero que duermas. Yo te protegeré, lo juro.

—¡No! ¡Escucha! —exclamó ella, con un arrebato de fuerza—. No puedes dejar al demonio aquí… Tienes que llevártelo, por favor.

Por fin, Zacharel lo entendió: el cadáver del demonio debía de llevar la esencia de Hadrenial. Y ella había estado intentando escapar para salvar la vida portando aquel pesado cadáver, porque había jurado que protegería su más preciado tesoro.

—No lo voy a dejar abandonado, cariño. Ahora duérmete —le dijo de nuevo.

Cuando estuviera dormida, no sentiría dolor. Comenzaría a curarse.

—Gracias —dijo ella con un suspiro, y dejó caer la cabeza en el suelo.

Sin embargo, no cerró los ojos, como si no confiara en él lo suficiente como para creer que iba a hacer lo que le había pedido. Zacharel no sabía lo que podía hacer, así que le presionó la carótida para cortarle el flujo de oxígeno hacia el cerebro y conseguir que se desmayara. Aunque lo hacía para evitarle sufrimientos a Annabelle, Zacharel estuvo a punto de ahogarse.

Quería derramar las gotas de Agua de la Vida que le quedaban en su garganta, pero no podía. No estaba seguro de lo que le habían hecho, y temía que el líquido actuara como un veneno con ella, como hacía con los otros demonios.

«¡Ella no es un demonio!», le gritó el instinto.

Con ternura, la depositó en el suelo; después, se ató el cadáver del demonio a la espalda y volvió a su lado. La tomó en brazos, con sumo cuidado para no dañarle más las alas, y apenas sintió su peso; Annabelle era muy ligera.

Emprendió el vuelo con calma, con lentitud, hacia la nube de su antiguo líder. Al llegar, solicitó que le permitieran entrar. Mientras esperaban, Annabelle comenzó a temblar. Tenía una temperatura muy baja. ¿Habría perdido demasiada sangre?

La nube se abrió, y él se deslizó al interior. Para su consternación, no fue Lysander quien lo recibió, sino Bianka, la fémina de Lysander, una arpía con tendencia a crear problemas.

La arpía los observó sin dejar de mascar chicle y sin dejar de enroscarse un mechón de pelo alrededor del dedo.

—Ya era hora de que me trajeras un regalo para mi casa nueva. Sin embargo, ¿tenías que elegir al demonio más feo del mundo?

—Eres una maleducada por despreciar así el regalo del guerrero —dijo otra fémina. Era Kaia, la hermana gemela de Bianka, que se le acercaba con una botella de cerveza medio vacía. En la oficina de Burden iba vestida para la batalla, pero en aquel momento llevaba una túnica de ángel y estaba muy relajada—. Además, los he visto mucho más feos.

—Ya está bien —gruñó él.

Antes le fascinaban las conversaciones de aquellas dos hermanas, pero, en aquel momento, solo le importaba Annabelle.

Las chicas se echaron a reír, y él se dio cuenta de que estaban borrachas.

—Déjala por ahí —le indicó Bianka, señalando a algún lugar por detrás de ella y, después, por delante y a los lados—. Junto a la alfombra de piel de demonio que seguramente te regale por Navidad. O debajo de la mesa. O, mejor todavía, en el porche, donde alguien podría empujarla sin querer de una patada a la tierra.

¿Cómo era posible que su líder la soportara?

—¿Dónde está Lysander?

Ella le mostró los colmillos con un súbito enfado.

—Alguien, y no voy a mencionar tu nombre, Zach, abandonó su puesto en el templo de la Deidad, así que mi hombre tuvo que ir a sustituirte. Por eso he decidido pasar la noche con mi hermana.

Otro crimen por el que tendría que responder. Sin embargo, en aquel momento no tenía importancia.

—Mi mujer necesita atención médica. ¿Os importaría dejarme un dormitorio…?

—Ya te dije que Zacharel estaba loco por alguien…

—Y yo te respondí que Zacharel no tiene interés en nadie —replicó Bianka, poniéndose las manos en las caderas—. Dile a mi hermana que no te gusta ninguna mujer. Ni un demonio. Ni nada que tenga pulso.

—¡No es un demonio! —gritó él, y la intensidad de su furia hizo vibrar la nube.

La arpía morena se tapó los oídos.

—¿Quieres que te arranque la lengua y te abofetee con ella?

Él se controló. Intentó hablar con más calma.

—Annabelle es humana. Mi humana. Y necesita ayuda, por favor.

—¿Esa es Annabelle? —preguntó Kaia, y se acercó para apartarle el pelo de la cara y poder observarla—. Pues sí. Vaya. Sí que es ella. ¿Qué le ha pasado?

—No estoy seguro, pero dadme una habitación, por favor.

—Será mejor que lo hagas, Bianka —le dijo Kaia a su hermana, con un suspiro—. ¿Te acuerdas de cómo se pone Lysander cuando tú te raspas una rodilla? Bueno, pues Zacharel es peor con su princesita. Tal vez sea porque se trata de una humana, un ser inferior. Aunque creo que ahora podemos quitar la palabra «humana» de la lista de sus defectos.

—No es inferior —rugió él—. Y es humana.

Bianka lo observó en silencio.

—Tienes razón, Kaia. Zacharel es peor. Está bien, ángel. Sígueme —le dijo, y se adentró en un pasillo.

Zacharel la siguió, dejando un rastro de nieve.

—Eh, Zacharel —le dijo Kaia—. ¿Sabes que llevas el cadáver de un demonio atado a la espalda?

—Claro. Yo mismo lo puse ahí.

Bianka se detuvo delante de una puerta de neblina azul, y la abrió.

Zacharel entró en el dormitorio.

Había una enorme cama en el centro de la estancia, perfecta para guerreros con alas más grandes de lo normal y, en aquella ocasión, perfecta para humanas con alas de demonio. Con ternura,

dejó a Annabelle sobre el colchón, le apartó el pelo de la cara y la tapó con la colcha.

—No nos vamos a quedar mucho tiempo. Los demonios perciben su presencia y atacan.

—Kaia y yo estamos muy necesitadas de una buena pelea. Quédate todo el tiempo que quieras.

Aquello era típico de las arpías. Tal vez fueran exasperantes, pero siempre apoyaban a los suyos. Además, eran impresionantes guerreras. Sin embargo, no quería poner en peligro a Bianka y a Kaia, porque eso sería incurrir en la ira de Lysander y de todos los señores del Inframundo.

—Gracias, pero nos iremos dentro de una hora.

—Bueno, te estás perdiendo a la mejor luchadora de *nunchucks* que existe, pero como quieras. Yo te he ofrecido mi ayuda, y es todo lo que puedo hacer.

Bianka salió y dijo, mientras volvía junto a su hermana:

—¡Eh, guárdame algo de vino, fresca!

Después, Zacharel solo oyó la respiración de Annabelle.

Se quitó al demonio de la espalda y dejó caer el cadáver al suelo. Aquella repugnante criatura debía de haber abierto la urna, y debía de haber tocado lo que había dentro, porque su piel había absorbido la esencia de Hadrenial.

Zacharel convirtió su mano en neblina, la metió en el pecho del demonio y… Sí, notó la sangre cálida de su hermano en la palma, el burbujeo de algo más que la sangre, algo que lo buscaba porque quería salir del caparazón del demonio.

Por un momento, Zacharel volvió a la noche en la que le había hecho aquello mismo a su hermano. Igual que en aquella ocasión, lo agarró con fuerza y, cuando sacó la mano, tenía en ella una sustancia espesa y transparente. Era lo que quedaba de su hermano.

Antes de que su propio cuerpo pudiera absorber una sola gota de la esencia de Hadrenial, le ordenó a la nube que creara una urna, y fue vertiendo la sustancia en su interior, hasta que hubo caído la última gota. Puso la tapa y guardó el recipiente en una bolsa de aire.

Después, se concentró en Annabelle. Le limpió la sangre, le vendó las heridas y le puso una túnica limpia. Durante todo aquel proceso, las emociones lo embargaban: la vergüenza, la furia, la impotencia y la desesperanza. No se imaginaba lo que podían haberle hecho para convertirla en aquello. Cuando un demonio poseía el cuerpo de un humano, el aspecto de aquel humano no cambiaba.

Annabelle era la consorte de un demonio, pero si aquello estuviera destinado a cambiar su apariencia, habría sucedido cuatro años antes, cuando el demonio la había marcado. Entonces, ¿qué les quedaba?

En realidad, a él no le importaba su aspecto. Antes era guapa, pero así también lo era. Era su Annabelle. Sin embargo, ella se sentiría muy mal, y él no podía soportarlo.

Zacharel le acarició la mejilla con suavidad, y ella gimió y se inclinó hacia la caricia. Cabía la posibilidad de que hiciera lo contrario al despertar, de que se apartara de él. Recordaría lo que le había hecho, cuánto la había herido y, seguramente, huiría. Y Zacharel sabía que tendría que permitírselo, porque no iba a poder expiar sus pecados hacia ella. Sin embargo, la seguiría y la protegería durante el resto de su vida, aunque tuviera que abandonar su sitio en el cielo.

Haidee le había dicho que Annabelle tendría que ser una parte muy importante de su vida.

Y lo era. Mucho más importante que su trabajo y que su hogar.

La acarició sin poder contenerse y, cuanto más la acariciaba, más se le cerraban las heridas y más le desaparecían las escamas, hasta que solo quedó su piel bronceada. Las alas se encogieron y se marchitaron y, finalmente, desaparecieron.

Annabelle había vuelto a su forma humana. Zacharel no sabía ni cómo, ni por qué, pero ofreció una oración de gratitud, algo que no había hecho desde siglos antes.

Oyó el susurro de la ropa de alguien a su espalda, y se giró rápidamente, echando mano de su espada de fuego.

Lucien, el señor del Inframundo poseído por la Muerte, alzó las manos con las palmas hacia fuera.

—Tranquilo, ángel. Vengo a traerte noticias —dijo, en un tono de suprema fatiga.

Zacharel soltó la espada, pero ni siquiera se dio cuenta de que desaparecía.

—Cuéntamelas.

—Amun ha terminado de sacar la información de la mente de Burden. El señor al que estás buscando, el que marcó a Annabelle, se llama Implacable.

Implacable. El nombre le resonó en la mente. Por fin, una respuesta; sin embargo, no le proporcionaba ningún alivio.

—Nunca me he enfrentado a él —dijo.

Aunque sí había oído hablar de aquel señor de los demonios. ¿Quién no? Era el peor de los peores. Zacharel lo había perseguido en unas cuantas ocasiones, pero Implacable siempre se había escondido antes de su llegada.

—Gracias —le dijo a Lucien, mientras le pasaba la información a Thane.

«Hemos conseguido capturar a tres demonios más», respondió Thane. «Vamos a averiguar lo que saben sobre este tal Implacable».

Lucien inclinó la cabeza.

—De nada. Y ahora, espero que estemos en paz y no tengamos que volver a trabajar juntos.

Con aquellas palabras, el guerrero desapareció.

Zacharel envolvió a Annabelle en la manta de la cama y la tomó en brazos para llevársela de la nube.

«Oh, Annabelle. ¿Podrás perdonarme alguna vez por lo que te he hecho, cuando ni siquiera yo estoy seguro de si podré perdonarme a mí mismo?».

Capítulo 27

Annabelle se despertó sobresaltada y se incorporó. Estaba jadeando y sudaba copiosamente. Había tenido una horrible pesadilla en la que se convertía en demonio y corría por el bosque, y luchaba contra Zacharel.

Zacharel.

Al pensar en él tuvo una sensación de pánico inexplicable, y miró a su alrededor. Estaba sola en una habitación de hotel. «Tengo que huir», pensó. Sin pensarlo dos veces, bajó los pies al suelo; sin embargo, antes de que pudiera ponerse en pie, Zacharel apareció frente a ella.

Tenía una expresión indescifrable y el pelo muy revuelto.

«Calma. Cálmate. Tienes que mantener la calma».

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

Con un gemido de dolor, Zacharel se puso de rodillas ante ella y, en aquel preciso instante, Annabelle pudo leer la expresión de su semblante: era de agonía, de arrepentimiento, de horror, de vergüenza…

—Yo… yo… ¿Zacharel?

—Lo siento, Annabelle. Lo siento muchísimo.

Entonces, lo comprendió todo: lo que recordaba no había sido un sueño. Se había convertido realmente en un demonio, y había tenido que huir a través del bosque. También había luchado contra Zacharel.

Con los ojos muy abiertos, extendió los brazos y se subió las mangas de la túnica. Solo pudo respirar con tranquilidad al ver su propia piel bronceada.

Entonces, se palpó la espalda y comprobó que no tenía alas. ¡Gracias a Dios!

Bajó los brazos.

—Me pegaste —le dijo a Zacharel. Ya no sentía miedo, sino una gran decepción.

Él estaba cabizbajo.

—Lo sé.

—Y no sabías quién era.

—No, no lo sabía.

Ni siquiera trataba de defenderse con excusas.

—¿Por qué me transformé en un demonio? ¿Y cómo me has devuelto a la normalidad?

Él no alzó la vista.

—Primero, explícame lo que ocurrió en la nube. Después, yo te contaré todo lo que sé y todas mis sospechas. No te ocultaré ni un solo detalle.

—De acuerdo.

Él escuchó mientras ella hablaba, asintiendo de vez en cuando. Al final, Zacharel tenía los hombros hundidos, como si tuviera que soportar una carga muy pesada.

—Las nubes pueden hacer muchas cosas —dijo Zacharel—, pero no pueden convertir a un humano en demonio. El demonio te mintió en eso. Ni tampoco un sirviente tendría el poder suficiente para hacer tal cosa.

—Pero, ¿cómo he podido cambiar, si no fue por la nube ni por el demonio? ¿Eso quiere decir que ya no soy humana, y que mi apariencia exterior está adaptándose a lo que hay en mi interior?

—Tal vez. Creo que, cuando te marcaron, te hicieron algo más de lo que pensábamos. Creo que el demonio cambió una parte de tu espíritu.

—¿Cómo es posible?

—Debió de introducir en tu cuerpo una mano espiritual y tomó lo que quería. Seguramente, fue una parte pequeña, no más grande que una moneda. Después, sustituyó esa pieza con una suya. Eso os unió como a un matrimonio. No, más. Os fundió y os mezcló.

Ella sintió una furia incontenible, y comenzó a golpearle los hombros a Zacharel.

—¡Por última vez, no estoy casada con el demonio que mató a mis padres! ¡No lo estoy! ¡Y mucho menos estoy fundida con él!

Él ni siquiera levantó la mano para defenderse.

—Si te hizo eso, tu vida está vinculada a la suya. Tú vivirás siempre y cuando viva él. No había pensado en esta posibilidad, pero ahora lo veo muy claro.

—Pero… pero… ¿por qué mandó a otros demonios a buscarme? Si me hubieran matado, él habría muerto.

—¿Te acuerdas que Thane mencionó que había algo que les impedía, a él y a los demás, tomarte físicamente? Creo que eso mismo fue lo que les impidió a los demonios asestarte un golpe mortal.

—Pero… yo no puedo estar fundida con un demonio.

Por supuesto, el ardor de su pecho comenzó a aumentar justo en aquel momento, como siempre que las emociones negativas se apoderaban de ella.

¡Exacto! Aquella sensación de quemadura había tomado parte en el cambio, y sus emociones habían formado parte de la sensación.

Se lo dijo a Zacharel, y él asintió.

—Eso tiene sentido. La única pregunta que nos queda es: ¿Por qué lo hizo el demonio? Con el sueño que tuviste, él no pudo conseguir tu consentimiento voluntario, y de ese modo, infringió una de las más altas leyes del cielo: la ley de la propia voluntad.

—Y tú eres uno de los que deben hacer cumplir esas leyes. No… no… no puede ser…

—Sí —dijo él.

—Entonces, ¿tú serás quien ejecute su sentencia?

Zacharel asintió.

—¿Y cuál será esa sentencia?

Hubo un silencio tenso. Entonces, él la miró fijamente.

—La muerte.

Annabelle se rebeló contra aquel pensamiento. Al cumplir con la ley, Zacharel tendría que matar al demonio y, al mismo tiempo, la mataría también a ella.

—¿Cómo es posible que… que ese vínculo me haga transformarme en un demonio después de cuatro años?

—Yo he visto cómo cambian los señores del Inframundo cuando se dejan llevar por sus emociones negativas. Pierden el control de su humanidad y la capacidad de razonar. El demonio que estaba en la nube sabía lo que te ocurrió hace cuatro años, así que sabía cómo podía conseguir sus respuestas.

—Estoy de acuerdo con tu teoría; creo que tiene que ver con las emociones. Sin embargo, no entiendo cómo he podido pasar cuatro años llenos de horror sin experimentar un solo cambio y entonces, de repente, ¡zas!

—Esos cuatro años estuviste medicada, y las drogas que te administraban suprimían lo más intenso de tus emociones. Seguramente, tu organismo se ha liberado del efecto de las medicinas durante estos días, y por eso has sufrido este cambio.

—Pero… superé el síndrome de abstinencia hace bastantes días —replicó Annabelle, aferrándose a la idea de que estuvieran equivocados.

—Pero también has estado herida, o en proceso de recuperación. Débil.

Sí, era cierto.

—¿Y qué pasa con el Agua de la Vida?

—Sanó tu parte humana, pero atacó a tu parte demoníaca, y eso también ha podido ralentizar tu transformación.

Annabelle perdió la esperanza, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Tuvo que aceptar que era, en parte, un demonio.

—¿Voy a cambiar de nuevo? —preguntó, con la voz entrecortada, aunque ya conocía la respuesta. Sentía la quemadura en el pecho.

—Si tienes alguna emoción negativa extrema… sí, creo que sí.

—¿Y no puedo sacarme ese pedazo demoníaco del cuerpo y sustituirlo por otra cosa?

—No. Ha pasado demasiado tiempo.

Annabelle tuvo que contenerse para no llorar.

—El demonio que llevabas por el bosque —dijo Zacharel— absorbió la esencia de mi hermano. También había una parte de mí en él. Sin embargo, yo no he muerto cuando murió el demonio porque no se había arraigado. Y yo pude sacarlo todo sin problemas porque la esencia me reconoció. Lo que tú tienes dentro sí está arraigado, y se resistiría. No me reconocería, no querría ninguna parte mía.

Annabelle entendió sus palabras: si él intentaba liberarla, ella sufriría y, seguramente, moriría de todos modos.

—No me importa sufrir dolor, ni tampoco morir. ¡Sácame el demonio de dentro!

—Tal vez a ti no te importe morir, pero a mí sí me importa que mueras —respondió él—. No voy a hacer eso, así que no me lo pidas.

Annabelle tardó solo un segundo en entender su vehemencia. Zacharel había pasado por aquello con su hermano, y no podría soportarlo una vez más. Así pues, ella no podía pedírselo.

—Entonces, ¿qué es lo que debo hacer?

—Voy a encontrar a ese señor de los demonios, y lo encerraré para siempre —dijo Zacharel, y apoyó la cabeza en su regazo, abrazándose a su cintura. Comenzó a temblar—. Siento muchísimo todo esto, Annabelle.

Ella notó algo húmedo y cálido en la tela de la túnica. ¿Eran lágrimas? No. Aquel guerrero fuerte y orgulloso no podía estar llorando.

—¿Lo encerrarías, en vez de matarlo, pese a tus leyes y tus órdenes?

—Por ti estoy dispuesto a hacer cualquier cosa —respondió él, y la miró. Estaba llorando—. Y te juro, Annabelle, que no voy a

matarte, ni voy a permitir que te mate ningún otro ángel.

Y, seguramente, lo matarían a él por todos los crímenes que cometiera para impedirlo.

—No hagas eso.

—Voy a encontrar al demonio que te hizo esto, y lo voy a encerrar para siempre. Te voy a proteger. Y, si no puedes soportar mirarme, lo haré en secreto.

—No, yo…

—Por fin he comprendido lo que trataba de enseñarme la Deidad: los daños colaterales. La gente a la que he matado, o a la que he permitido que mataran, eran poseídos, o tenían relación con los demonios, y yo pensaba que sus asesinatos estaban justificados. Pero ¿y si eran como tú? ¿Y si eran inocentes? Además, no solo les hacía daño a ellos, sino a la gente que los amaba, y que tenía la esperanza de que se salvaran, finalmente. En realidad, siempre hay esperanza. Ahora lo sé.

Zacharel siguió llorando, y la abrazó con fuerza.

—Lo siento, Anna. Siento haberte causado dolor.

El hecho de verlo tan afectado fue como un bálsamo calmante para ella. Se dio cuenta de que le importaba. Él estaba arrepentido. Por fin, sentía algo.

Annabelle le acarició el pelo con un suspiro. Más tarde, tendría que preocuparse de su enorme problema, pero, en aquel momento, solo quería disfrutar del hombre que la quería.

Zacharel la quería. Tal vez no se hubiera dado cuenta, porque llevaba siglos negando sus emociones, pero ella estaba segura de que la quería. La había salvado y la había protegido; había visto lo mejor de ella. No había permitido que nadie le faltara el respeto, y solo quería lo mejor para ella. Había dicho que nunca iba a dejarla, y ella nunca lo dejaría a él.

Ciertamente, era un hombre difícil, complejo, y no estaba acostumbrado a la ternura que estaba sintiendo, pero, de todos modos, se la brindaba a ella, y ella se la devolvería.

Lo consoló hasta que él se calmó y, por fin, se salió de entre sus brazos. Él no protestó, pero mantuvo la cabeza agachada, sin mirarla.

—Espérame un segundo, Zacharel. Ahora mismo vuelvo —le dijo, y salió corriendo hacia el baño.

Se lavó los dientes rápidamente y se quitó la túnica. Estaba desnuda, perfectamente limpia. Tan limpia, de hecho, que brillaba. No sabía cómo funcionaban aquellas túnicas de los ángeles, pero estaba muy agradecida de que existieran.

Zacharel la necesitaba, y ella lo necesitaba a él. Los dos necesitaban olvidar lo que había sucedido, aunque solo fuera durante unos momentos.

Abrió la puerta y salió a la habitación. El aire frío le acarició la piel.

Zacharel estaba sentado al borde de la cama, con la cabeza agachada. Sus alas estaban completamente extendidas, y en ellas ya no quedaba ni un solo rastro blanco. Se habían vuelto completamente doradas. Ya no dejaban caer copos de nieve.

—Según el trato que hicimos, se supone que tengo que besarte siempre que sienta el impulso de hacerlo, y tú tienes que aceptar mis besos.

Él alzó la vista.

—Annabelle —susurró, con un suspiro entrecortado, mientras la miraba—. Después de todo lo que ha ocurrido, no pensarás que…

—Claro que sí —replicó ella, y se le acercó.

Cuando estuvo entre sus piernas, posó las manos en sus hombros. Zacharel tenía los músculos muy tensos.

—Quiero estar contigo —le dijo. Sin embargo, pensó en algo que le hizo fruncir el ceño—: A menos que tengas prohibido estar con una mujer que es, en parte, un… —no pudo pronunciar las palabras, y apretó los labios. Después, continuó—: Si no puedes, no pasa nada, yo…

Zacharel la abrazó con todas sus fuerzas y la colocó sobre su regazo. Ella tuvo que sentarse a horcajadas en sus piernas.

—Eres mía —dijo él con la voz ronca—. Solo mía. Acepto lo que eres, y podemos estar juntos.

Annabelle sintió un enorme alivio, tan grande como una cascada bella y fresca.

—Vas a alegrarte mucho de haberme dicho eso, Maravilla con Alas —bromeó.

Después, con mucha delicadeza, lo besó, y comenzó a explorar sus labios con suavidad.

—¿Me perdonas?

—No tengo nada que perdonarte.

—Gracias, Anna. Gracias. Y ya sé que las palabras no son suficientes. Te voy a demostrar lo que siento. Deja que te lo demuestre.

Ella abrió la boca y, al instante, probó su sabor a vino envejecido, a fresas con chocolate, tan fresco como un río en primavera.

El beso fue tierno y dulce, hasta que él se reclinó en el colchón y comenzó a acariciarla. Aquel contacto íntimo encendió todas las sensaciones del cuerpo de Annabelle. Sus lenguas danzaron y sus labios se apretaron con más fervor, y bebieron el uno del otro sin poder parar.

Él adoró su pecho, exploró su vientre y besó cada centímetro de sus piernas hasta que ella comenzó a retorcerse sin poder evitarlo, y él también. Annabelle le quitó la túnica y tomó las riendas de la situación. Ella también adoró su cuerpo, lo exploró y lo besó. El sabor de su cuerpo era tan delicioso como sus besos. Era el sabor de un caramelo dulce y adictivo… y ella sabía que iba a anhelar aquel sabor durante el resto de su vida.

—Anna, necesito…

—Más —susurró ella.

—Sí.

—Pues entonces, tómalo.

—Quiero tomarlo, pero necesito otro beso —dijo Zacharel, y comenzó a besarla.

Al principio, el beso fue suave, pero enseguida se hizo firme, duro, salvaje… Los dos perdieron el control de aquel beso. Él le acarició el pecho y jugueteó con sus pezones, y Annabelle sintió el calor de su piel, que era como el de una llama. Era un calor muy diferente al que ardía dentro de ella, y acabó con el recuerdo del demonio.

—Otro —susurró él, y su boca siguió dando y recibiendo, exigiendo y rindiéndose.

Ella le pasó los dedos por la espina dorsal, y entre las alas, y arqueó las caderas para encontrar un contacto más íntimo. Aquel hombre la tenía consumida, y eso la hacía muy feliz.

—Me encanta verte así —dijo él.

—¿De bajo de ti?

—Mía —dijo él, y deslizó una mano entre sus cuerpos, entre las piernas de Annabelle. Había aprendido a jugar con ella; había aprendido a acariciarla lentamente, y sabía cuándo debía aumentar la velocidad. Sabía cuándo iba necesitando más… y más…

—Zacharel… —susurró ella—. Por favor… Te lo suplico…

Él se quedó inmóvil.

—Tú no tienes que suplicarme nada, Anna. Nunca.

—Entonces, tienes que… Necesito… —ella se mordió el labio y se frotó contra su cuerpo—. Por favor.

—Me necesitas a mí.

—Sí…

Siempre lo necesitaría.

Él le acarició la nariz con la suya.

—¿Vas a ser mía?

—Sí, Zacharel. Completamente. Siempre.

—¿Completamente? ¿De verdad? Porque me he prometido que no iba a hacer el amor contigo hasta que me prometieras que ibas a quedarte conmigo. Aunque sé que no me merezco esa promesa.

—Seguramente no, pero de todos modos, te lo prometo.

Acababa de darse cuenta de lo mucho que lo quería, y de que nunca podría vivir sin él.

—¿Podrías tú hacerme la misma promesa?

Zacharel la miró con alegría.

—Sí, puedo hacerla. Y te la hago, Annabelle. Eres mi primera amante, y serás la única, Annabelle. Nunca estaré con otra.

—Oh, Zacharel… Tú también serás mi único amante.

—Ahora puedo hacerte mía.

Y se hundió en su cuerpo, lentamente, mientras la reclamaba y la marcaba.

—Estoy… Yo… Esto es maravilloso.

—Ummm —ronroneó ella—. Sí.

—Me perteneces.

—Sí.

Se besaron, y sus lenguas volvieron a enredarse. Él le acarició el pecho, entre suspiros de felicidad, y comenzó a moverse lentamente.

—¿Así?

—Sí, por favor. Así, exactamente así.

Poco a poco, Zacharel comenzó a moverse más deprisa. Y más. Al final, ella lo rodeó con las piernas y se aferró a él, y ambos gimieron de placer sin poder controlarse.

—Anna… Voy a… Tengo que…

—Sí…

Zacharel rugió, y todo su cuerpo se arqueó. Se hundió en ella tan profundamente como pudo, pero ella se arqueó también e intentó tomarlo más profundamente aún. Mientras él se estremecía de éxtasis, ella gimió y se agarró a él con rigidez… con todas sus fuerzas.

Ni siquiera se soltó de su cuerpo momentos después, cuando Zacharel se desplomó sobre ella. Entonces, él rodó y se tumbó boca arriba y, en el mismo movimiento, la tendió sobre su pecho.

—No tengo palabras, Anna —dijo suavemente.

—Bien.

Ella tampoco podía hablar. Solo sabía que ya nunca volvería a ser la misma. Aquello la había cambiado para siempre.

Aquello lo había cambiado también a él.

Él le besó la sien, solemnemente.

—Tal vez sí tenga una palabra: gracias.

Ella se echó a reír.

Tal vez, un pequeño cambio de vez en cuando fuera una buena cosa.

Capítulo 28

Zacharel y Annabelle hicieron el amor durante toda la noche. Él supo que nunca podría tener lo suficiente de ella, ni del placer que le proporcionaba. Adoraba su pecho, perfectamente exuberante; adoraba su vientre y su ombligo, y adoraba sus piernas largas y suaves.

Sin embargo, lo que más adoraba era estar dentro de ella, formar parte de ella. Las sensaciones físicas eran deliciosas, pero las emociones… eran incluso mejor.

La adoraba. La amaba.

Amor. Él era el que nunca había conocido el verdadero significado del amor. Aquella no era solo una bonita palabra; era un don especial y necesario. Su propio hermano había intentado enseñarle aquella lección, pero él lo había ignorado. Hasta aquel momento.

En aquel momento, Annabelle brillaba por la esencia de Zacharel, con una luz sutil que irradiaba de sus poros, como si el sol viviera por debajo de su piel.

«Es mía», pensó. «Es mía, y no voy a compartirla con nadie».

—Si puedes soportar que nos tomemos un descanso, bestia insaciable, hay algo que quiero hacer —le dijo ella, y se levantó de la cama. Estuvo lejos de él tan solo un momento, pero fue un momento horrible e interminable.

Annabelle tomó un bolígrafo del escritorio, volvió a la cama y se sentó a horcajadas sobre él. Él recostó la espalda en el colchón de nuevo, mientras lo consumía una satisfacción diferente. Estaban

juntos, aunque no estuvieran haciendo el amor. Otra cosa que él adoraba.

—Y, a propósito, esto no es una insinuación —dijo ella—. Esta vez, no.

—Fresca —le dijo él.

Cómo lo conmovía en todos los aspectos. Era maravillosa: tenía el pelo suelto por los hombros y las mejillas sonrojadas y brillantes. Le brillaban los ojos azules, y tenía los labios hinchados por sus besos.

—¿Para qué necesitabas el bolígrafo?

—Ya te lo explicaré. Primero tienes que decirme una cosa. ¿Voy a meterme en algún lío por haberte corrompido?

—¿Estás segura de que me has corrompido? Porque yo no estoy tan seguro. Tal vez debieras intentarlo una vez más.

Su risa cálida llenó la habitación, y lo hechizó. Zacharel quería que se riera así, como mínimo, cien veces al día.

—Típico de un hombre, decir algo así, pero esta noche no va a haber más intentos de corrupción. Tengo que dejar algo para mañana.

El hecho de que quisiera pasar otro día con él, el hecho de que acabara de darle una esperanza para el día siguiente y de que lo hubiera perdonado de verdad… Zacharel sonrió con una enorme gratitud.

Ella le pasó un dedo por los labios.

—Me encanta que sonrías así —dijo, y le acarició también la mejilla y el hoyuelo de la mejilla—. Eres… En realidad, no hay palabras para describir cómo eres. «Bello» no es un adjetivo adecuado, y «exquisito» solo llega a la superficie.

A él nunca le había importado el aspecto, hasta aquel momento.

—¿Gracias?

Annabelle se rio de nuevo, y al ver su rostro lleno de vitalidad, Zacharel pensó que era ella quien desafiaba cualquier descripción.

—Sí, ha sido un cumplido. Pero vamos a volver al problema.

—No, Annabelle. Tú no vas a tener ningún problema. Acuérdate de que los ángeles de la Deidad tienen un objetivo distinto que los ángeles del Más Alto y, por lo tanto, se rigen por las mismas reglas que los humanos. En realidad, nos parecemos mucho a ellos, aunque nunca queramos admitirlo.

—Bien. Entonces, te voy a explicar lo del bolígrafo. Quiero jugar a una cosa contigo —dijo ella, y posó la punta en su pecho. Frunció el ceño y lo miró a los ojos—. Espera, tengo otra pregunta. ¿Qué es esta mancha negra? ¡Cada día está más grande!

—Cuando murió mi hermano, yo salvé su esencia. Su amor.

—¿Su espíritu, o su alma?

—El amor es una emoción, pero también es poder. Lo saqué de su espíritu. También saqué una parte del mío, para que siempre pudiéramos estar juntos. Al quitármelo, maté esta parte de mí —dijo Zacharel, tocándose el pecho—, porque no lo reemplacé por nada.

—¿Y por qué se extiende?

—Se extendía muy lentamente, pero sin cesar, hasta que mi Deidad me castigó con la nieve por incumplir sus órdenes. Después, comenzó a crecer rápidamente.

—Pero, ¿por qué?

—Es… la muerte.

Ella se quedó boquiabierta.

—¡Reemplaza la parte que quitaste ahora mismo! Así detendrás la mancha.

—No puedo. Lo que hay en la urna es una combinación de Hadrenial y de mí. No puedo separar las dos partes. Ya se han unido.

—Entonces, utiliza esa combinación.

—No, Annabelle. No pude salvarle la vida a mi hermano. Incluso fui yo quien lo mató. No me merezco vivir de él.

—Le diste lo que quería. Terminaste con su tormento. Te mereces…

—Annabelle…

—Zacharel, eres mucho mejor de lo que piensas. ¿Cuántas veces me has salvado a mí? ¿Qué habría hecho yo sin ti? ¿Qué me pasará si tú… si tú…? ¡Ni siquiera puedo decirlo! Vamos. Hazlo, por favor.

¿Cómo podía negarle algo a Annabelle?

—Yo… lo pensaré —dijo.

Iba a pensarlo, sí, pero sabía que no iba a cambiar de opinión. Si hacía lo que ella le había pedido, siempre llevaría una parte de su hermano en el espíritu, y él no se merecía aquella bendición.

—Gracias.

Se sintió muy culpable, pero no dijo nada más.

—Bueno, enséñame para qué es ese bolígrafo.

—Será un placer —dijo ella, aunque con una sonrisa más apagada que las anteriores—. ¿Has jugado alguna vez a las tres en raya?

—No, nunca he jugado a nada.

—Bien, entonces, prepárate para sufrir la dominación. Soy una maestra. Gano contra mí misma cada vez que juego.

Él soltó un resoplido.

Con mano firme, ella comenzó a escribir en su pecho, como si fuera un folio, y trazó muchos tableros de tres en raya. Él tenía las equis y ella tenía las oes, y quedaron en tablas en todas las partidas.

Bien, empataron hasta que ella usó su pezón como la o central, y le causó tal excitación que Zacharel gimió sin poder evitarlo. Ella se echó a reír y, por supuesto, su risa lo distrajo. Annabelle ganó aquella partida.

Cuando terminaron, él estaba marcado de los pies hasta el cuello, y ella también. Aunque no habían jugado a las tres en raya sobre Annabelle, él le había escrito su propio nombre por todo el cuerpo y, de repente, se dio cuenta de que le gustaba ver su nombre en su carne dorada. Sospechó que también le gustaría ver el nombre de Annabelle en su propia piel.

Annabelle formó un círculo con los dedos y lo miró a través del hueco, como si fuera la lente de una cámara.

—Quiero hacerte una fotografía tal y como estás. Eres…

Entonces, los ojos se le oscurecieron, y se quedó callada.

—¿Qué te ocurre?

—Él me quitó la ropa y me hizo fotografías.

Su mirada perdida le agujereó el pecho a Zacharel.

—¿Quién? —susurró él, con ferocidad.

—Fitzpervert. E hizo algo más que sacar fotografías. Me tocó.

—¿Dónde te tocó? Cuéntamelo todo, Annabelle.

En un segundo, Zacharel se sintió como si respirara fuego. Mientras Annabelle estaba drogada y atada a la camilla, el médico responsable de su tratamiento la había manoseado y lamido, y le había tocado lugares que no debería. Además, había hecho fotografías de aquellas violaciones y, seguramente, estaría disfrutando de ellas…

—Siento que te hiciera todo eso.

—Cuando sea más fuerte, voy a volver.

Ya era lo suficientemente fuerte, pero Zacharel captó el miedo en su tono de voz. Aquella era una parte del pasado que Annabelle no había podido superar todavía; inconscientemente, esperaba que el médico la drogara y volviera a encerrarla, y volviera a tenerla a su merced.

Zacharel se levantó y se vistió. Después, tiró de Annabelle y la puso en pie, y la ayudó a vestirse con ropa nueva que Thane les había dejado en la puerta; le puso una túnica por encima de aquella ropa y la tomó entre sus brazos. Sin decir una palabra, la sacó del edificio y voló hacia el cielo nocturno. Ella también permaneció en silencio; sin duda, sabía adónde la estaba llevando.

En el informe de Annabelle que le había proporcionado Thane, figuraba la dirección de todas las personas que tenían contacto con ella. Cuanto más se acercaban a Colorado, más frío hacía, y a pesar de que aquella túnica tenía un forro de piel, Annabelle se echó a temblar.

—Ahora no tenemos tiempo para esto.

La casa del médico apareció ante su vista.

—Sí tenemos tiempo —replicó Zacharel.

Entró en la casa, aterrizó y la soltó. Comenzó a caminar por la vivienda; Annabelle lo siguió.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó en voz baja.

—¿Yo? Nada —respondió él, en su tono normal. Aquella era su guerra, y ella era quien debía conseguir su victoria—. A menos que desees algo de mí.

—¡Shh! ¿Y si está aquí?

—Está aquí. Oigo su respiración. Pero él no nos siente.

Todavía.

Annabelle se relajó un poco.

Las luces estaban apagadas, pero Zacharel veía sin problemas en la oscuridad. Encontró el dormitorio y se situó a los pies de la enorme cama. Fitzherbert estaba en el centro, roncando plácidamente.

Annabelle se puso muy tensa.

—Está divorciado y tiene dos hijos adolescentes —le dijo Zacharel —. Viven con su madre, así que él está solo.

—¿Crees que debería… matarlo?

Si lo hacía, la culpa caería sobre los hombros de Zacharel. Sin embargo, al igual que con Driana, la mujer poseída por un demonio, no le preocupaban las consecuencias.

—¿Eso te proporcionaría paz?

Hubo un momento de silencio. A ella se le hundieron los hombros.

—No. Recordaría lo que le he hecho durante el resto de mi vida, en vez de recordar lo que él me hizo a mí. Habré matado a un ser humano, como hizo el demonio con mis padres.

—Si lo deseas, yo mismo lo mataré, y te prometo que puedo hacerlo de un modo doloroso. De lo contrario, puedo hacerlo rápidamente. Quedaré satisfecho de ambas formas.

—No. No quiero que tengas problemas por algo así.

Entonces, Zacharel nunca le diría que él debía asumir toda la responsabilidad por sus actos.

—¿Te importaría despertarlo y hacer que esté inmóvil?

En un instante, Zacharel agarró al médico por el cuello y lo sujetó contra la pared. Fitzherbert se despertó de repente y comenzó a forcejear.

Annabelle encendió una luz, y el humano los vio. Se quedó inmóvil, y su piel comenzó a teñirse de un color verde repugnante. Se quedó boquiabierto, y se le cayó un poco de saliva por la comisura de los labios.

—Dile dónde están las fotografías —le ordenó Zacharel, y aflojó un poco la mano para que el hombre pudiera hablar. Fitzherbert se puso aún más verde.

—No-no sé de qué… De acuerdo, de acuerdo —dijo, al notar que Zacharel le apretujaba el cuello—. Las borré, por supuesto. Lo juro.

Zacharel notó un sabor asqueroso en la boca.

—Es mentira. Y a mí no me gustan los mentirosos, doctor Fitzherbert —le dijo al médico, y volvió a apretarle el cuello. Notó que los huesos del hombre comenzaban a crujir.

«No puedes matarlo, ¿recuerdas?».

—No se habrá arriesgado a revelarlas —dijo Annabelle, con la voz temblorosa—. Seguro que todavía están en su teléfono móvil. O en su ordenador.

Fitzherbert comenzó a forcejear con fuerza, y le clavó las uñas a Zacharel en el brazo.

—Seguro que sí —le dijo Zacharel a Annabelle.

Ella, que estaba cada vez más pálida, tomó el teléfono del médico, que estaba sobre la mesilla de noche. Apretó unas cuantas teclas y frunció el ceño.

—Me equivoqué. No tiene ninguna fotografía guardada en el móvil.

El doctor se relajó.

—Te lo dije —chilló, con dificultad.

—Has mencionado el ordenador. Compruébalo. Está dos habitaciones más allá —le dijo Zacharel a Annabelle.

El médico volvió a forcejear.

Cuando Annabelle salió de la habitación, Zacharel soltó a Fitzherbert. El médico cayó al suelo, intentando tomar aire. Antes de que pudiera arrastrarse para alejarse de él, Zacharel se agachó y le puso la rodilla en el pecho.

—No vas a ir a ninguna parte. Le has hecho daño a mi mujer.

El humano alzó las manos con las palmas hacia fuera, como si fuera inocente.

—No sé quién eres, pero sé que ella es una asesina. Está enferma. Soy su médico, y yo nunca…

Zacharel lo abofeteó y le rompió la mandíbula para conseguir su silencio.

—Ya te he dicho que no me gustan los mentirosos. Le has hecho daño y, de un modo u otro, vas a sufrir por ello.

El doctor se encogió en el suelo, mirándolo con terror. Sabía que había llegado al límite de sus posibilidades.

—Conozco a los tipos como tú. Eres débil, pero te gusta fingir que eres fuerte. Por eso eliges a víctimas que no puedan defenderse —dijo Zacharel, arqueando una ceja—. Me pregunto si tu mujer sabe que eres un cobarde y un desgraciado. ¿Acaso te dejó por eso? ¿Y lo saben tus hijos? No te preocupes, si todavía no lo saben, muy pronto lo sabrán.

Annabelle entró en la habitación a grandes zancadas, con las mejillas llenas de lágrimas y la mejilla temblorosa.

—¡Pervertido! ¡Monstruo!

Se abalanzó sobre el médico y lo pateó.

Zacharel se apartó y esperó a que terminara de desahogarse. Ya tenía parches de escamas en la piel, y las uñas se le habían convertido en zarpas. Se había quitado la túnica, y él vio que la espalda de su camisa estaba rasgada porque las alas membranosas trataban de salir y desplegarse.

Finalmente, ella se quedó sin energías y se alejó del hombre, que estaba sangrando, entre sollozos.

—Cuéntamelo —le dijo Zacharel en voz baja.

—Las fotografías estaban en su ordenador. También las tiene en un marco digital, junto a las de otras mujeres. Van pasando mientras él trabaja.

—¿Las has borrado?

—No. Quería hacerlo, pero… Quiero denunciarlo ante la policía, y quiero que haya pruebas. Que pague por lo que ha hecho.

Fitzherbert volvió a forcejear. Su pánico se había vuelto palpable.

—Eso es lo que va a ocurrir —dijo Zacharel.

Aunque les costó un poco convencerlo, y Zacharel tuvo que usar los puños para conseguirlo, fue el propio Fitzherbert quien confesó sus crímenes a la policía por teléfono. Después, Zacharel lo amordazó, lo desnudó y lo dejó en el jardín delantero de su casa esperando a que la policía fuera a arrestarlo. Los vecinos salieron a mirar. Nadie intentó defenderlo, así que Annabelle pensó que no era la única que aborrecía al buen doctor.

Annabelle se había convertido totalmente en demonio cuando llegó la policía, así que Zacharel la mantuvo escondida de la vista de los demás, metida en la misma bolsa de aire que sus alas.

Al principio, ella intentó separarse de su cuerpo.

—No… No me toques cuando estoy así. No puedo soportarlo.

Una mentira. Sí podía soportarlo, y necesitaba mucho su contacto. Él le había hecho daño en su forma demoníaca, y ella pensaba que se debía a su fealdad. Zacharel tenía que demostrarle lo contrario.

—Acércate más a mí —le dijo; la agarró y la estrechó contra su cuerpo—. Te dije que nunca volvería a hacerte daño, y lo dije en serio.

Silencio.

—Tienes razón —respondió ella—. Lo siento. Iré donde quieras que vaya.

—Buena chica. Y, tal y como tú me dijiste una vez, te vas a alegrar mucho de haber dicho eso.

Capítulo 29

Koldo se despertó al oír gritos de dolor y súplicas. Se incorporó tan rápidamente que se le abrieron las cicatrices de la espalda, y brotó sangre fresca. A su izquierda, Thane, Bjorn y Xerxes estaban interrogando a tres demonios que habían encadenado a una de las paredes de su morada. Olía a podredumbre y a enfermedad.

Se puso furioso. Su casa estaba destrozada. Había pasado siglos construyendo y decorando aquella casa escondida para poder relajarse y descansar plenamente. Era la lujosa prisión donde quería encerrar al ángel que le había quitado las alas. Sin embargo, el plan se había venido abajo desde el momento en que había llevado allí a Zacharel y a la humana, así que… solo podía culparse a sí mismo.

Se rascó la cabeza y los pequeños parches de pelo que conservaba. Estaba calvo, y seguramente se quedaría calvo para siempre; sería la viva imagen de la gente de su padre.

—¿Habéis averiguado algo? —preguntó.

Thane abandonó momentáneamente su tarea, la de arrancarle las zarpas a su víctima, y dijo:

—Recibieron órdenes de su señor, Implacable.

Implacable. Koldo nunca había luchado contra él, pero sabía que era un verdadero monstruo, un diablo que causaba más problemas que ninguno de sus congéneres.

—¿Y qué órdenes son esas?

—Todavía estamos trabajando en esa parte.

Koldo miró a los demonios. Estaban encorvados y sangraban. Apenas podían respirar, e incluso lloraban. Sin embargo, Koldo no sentía lástima por ellos. Sabía que eran capaces de cualquier cosa, y sabía que seguirían sembrando la destrucción a su paso si eran liberados.

Pensar que un demonio era un ser redimible constituía un grave error.

Se levantó de la cama con las piernas temblorosas y, lentamente, se acercó a Thane, que estaba sentado en un taburete delante de su víctima. Le dio unas palmadas en el hombro, con cuidado de no rozarle las alas.

El guerrero, de pelo rizado y ojos celestiales, lo miró y frunció el ceño.

—¿Deseas sustituirme?

—No. Deseo que dejes marchar a ese demonio con vida.

Thane se levantó de golpe, y los otros dos guerreros hicieron lo mismo, situándose en sus flancos. Formaban una pared de músculos que nadie podría derribar.

—Creo que todavía debes de tener mucha fiebre para pedirme algo así. Esta criatura solo sirve para poseer, violar y asesinar.

Qué bajo concepto tenían de él aquellos hombres. Sin embargo, al contrario que Zacharel, él no iba a utilizar su capacidad telepática para hablar con ellos y convencerlos. Aquello era una forma de invasión, pura y llanamente, y él no quería que los hombres se limitaran a escuchar sus palabras y no examinaran su propia mente, sus recuerdos.

Se abrió paso entre Thane y Bjorn y agarró al demonio por el cuello para obligarlo a que lo mirara. Al monstruo le faltaba un ojo, y estaba sangrando por la cuenca vacía.

—Solo uno de los tres va a salir vivo de aquí —anunció.

A su espalda, los tres ángeles silbaron de indignación. Sin embargo, no lo contradijeron.

—Tengo un mensaje para vuestro señor. ¿Quieres ser tú el que se lo lleve?

La criatura se animó al instante.

—Sí, sí, por supuesto. Será un placer para mí servirte de ese modo.

—No, no. Yo se lo llevaré —dijo el demonio que estaba a su lado —. Yo.

—No, yo —intervino el tercer—. Haré cualquier cosa. ¡Cualquier cosa!

Koldo siguió mirando al que tenía agarrado del cuello.

—No te creo. Por eso, voy a guardar un pedazo de tu cuerpo aquí. Si quieres recuperarlo, tendrás que venir a traerme una prueba de que has cumplido tu promesa.

Entonces, Koldo le arrancó el brazo derecho.

Se oyó un grito de agonía, y la criatura expelió un chorro de sangre negra.

Koldo tiró el brazo al suelo. Los demonios eran tan avariciosos y egoístas que no podían soportar que nadie tuviera lo que les pertenecía.

—Iré —dijo la criatura, entre jadeos—. Iré y volveré. Juro.

¿Era verdad, o mentira? Los otros ángeles sabían distinguirlo, pero él, a causa de su padre, no tenía aquella habilidad.

—Cuando veas a Implacable, dile que es un cobarde por esconderse, y que no va a salvarse de nuestra ira.

Koldo desencadenó al demonio.

En menos de un segundo, la criatura atravesó la pared y desapareció, riéndose con euforia.

—¿Y ahora qué? —preguntó Thane con irritación.

—Ahora —respondió Koldo—, voy a seguirlo hasta su señor. He establecido un vínculo con el rastro espiritual de la criatura —explicó. No le había mencionado aquella habilidad suya al demonio, por eso le había mentido diciéndole que esperaba una prueba suya—. Cuando descubra dónde está el escondite de Implacable y de su horda, llevaré a Zacharel directamente hacia él. Vosotros, mientras, matad a estos dos. Ya no los necesitamos, y ahora tienen una información que no deberían conocer.

Entre protestas de los demonios y gruñidos de aprobación de los guerreros, Koldo se escondió en una bolsa de aire. Ni siquiera los ángeles podían sentir ya su presencia. Comenzó a seguir al demonio; era como si un coche hubiera ido dejando un rastro de aceite fétido, verde y pegajoso. Tenía el olor del miedo, mezclado con el de la necesidad de hacer daño a los demás.

El demonio le sorprendió, porque hizo lo que él le había pedido: se dirigió hacia su señor. Atravesó capas de tierra y roca, recorrió túneles serpenteantes y bajó al infierno, el reino de las cenizas, el fuego y la condenación. La intensidad del calor hizo que sudara. Oyó gritos de agonía y risas sobrenaturales.

Los ángeles no podían entrar allí sin permiso. El infierno no era su reino, y allí no cabían sus reglas. Sin embargo, Koldo no era un ángel cualquiera. Su padre… No. No iba a pensar en aquel hombre y en el motivo por el que podía pasar del cielo al infierno. Entonces, pensaría en su madre.

Koldo vio al demonio, que estaba atravesando un puente construido con huesos. Por debajo no corría agua, sino sangre, mucha sangre. La barandilla de aquel puente estaba hecha de infinidad de picas, y en cada una de aquellas picas había empalada un alma humana. Al otro lado del puente había un palacio de oscuridad y tormento, erigido con cráneos humanos. Miles de cuencas vacías lo estaban observando.

Al entrar, se le erizó el vello fino de la nuca. ¿Le permitiría la Deidad entrar allí a Zacharel, o tendría que caer el ángel primero? Cuando un ángel caía, se le privaba permanentemente de sus alas, y su cuerpo debilitado iba a parar allí. Si sucedía eso, Zacharel no tendría ni una sola oportunidad de vivir.

«Tal vez yo pueda terminar con esto ahora mismo».

No era muy inteligente que un guerrero se enfrentara solo a toda una horda, sobre todo si aquel guerrero estaba herido, pero si existía la más mínima posibilidad…

Koldo halló a la criatura en el salón del trono. Miró hacia el estrado y vio un enorme gigante sentado, atravesado sobre los

brazos de una gran butaca. El demonio se inclinó ante él.

Aquel tenía que ser Implacable.

Los huesos de su cara tenían una grotesca exageración, y su frente era demasiado ancha y protuberante. Tenía los colmillos afilados y la piel morada. Las alas le caían de la espalda hasta los muslos, y tenía la cola sobre el regazo. Estaba jugueteando con el extremo metálico y puntiagudo.

—… dijo que me devolvería el brazo si le llevaba una prueba de que os he dado el mensaje.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Me daréis la prueba?

Implacable le hizo una señal a uno de los muchos demonios que había detrás de su trono. El sirviente se acercó y decapitó a la criatura.

Los espectadores se echaron a reír ruidosamente.

Implacable alzó una mano para imponer silencio.

—El día que estaba esperando ha llegado por fin. La batalla ha comenzado.

Koldo miró a su alrededor, asimilando y catalogando todos los detalles. Había unos doscientos demonios solo en aquella sala; no había forma de saber cuántos más tenía a sus órdenes aquel señor. No, no iba a poder enfrentarse a su ejército por sí mismo. En su estado, no.

Por la sala había columnas, situadas sin ningún orden, y en cada una de ellas había un espíritu humano sujeto con cadenas. Sabía que no estaban muertos, porque si un espíritu moría, se marchitaba; los demonios lo reanimaban días más tarde para poder seguir torturándolo.

Koldo se obligó a apartar la vista de aquellos humanos a quienes no podía ayudar, pero al hacerlo, alguien le llamó la atención… Se acercó a la única columna que había en el estrado.

Jamila estaba allí, encadenada.

El pelo negro le ocultaba la cara. Tenía los ojos cerrados y la respiración muy débil. Estaba llena de heridas y de cortes, y

empapada en sangre. Le habían arrancado las alas. Sin embargo, estaba viva.

Supuestamente, había muerto, pero ¿también aquello había sido un engaño?

—Vaya, vaya —dijo Implacable, y se llenó los pulmones de aire, como si hubiera percibido algo dulce. Entonces, se puso en pie. Todos los presentes en la sala guardaron silencio—. Te huelo, ángel. Sé que estás aquí.

Todos los soldados del ejército demoníaco se pusieron tensos y se prepararon para el combate.

Por instinto, Koldo estuvo a punto de crear una espada de fuego.

«Cálmate. No puede saber dónde estás».

Sin embargo, aquellos ojos de color púrpura estaban clavados en él, como si observaran cada uno de sus movimientos.

—La hemos matado, ¿sabes? La hemos matado una y otra vez, pero la hemos revivido antes de que fuera demasiado tarde.

«Tranquilo», se repitió a sí mismo.

Si respondía, confirmaría las sospechas del diablo y le revelaría su situación. Aunque parecía que Implacable ya sabía dónde estaba, tal vez solo fuera un truco.

—Eres Koldo, ¿verdad?

Koldo frunció los labios.

—No tienes que decírmelo. Sé quién eres. He estudiado al nuevo ejército de Zacharel. ¿Por qué crees que he enviado a tantos demonios a la tierra? Algunos iban a luchar, pero otros iban a espiar. Tú, Koldo, eres el único guerrero de su ejército que puede teletransportarse. Eres el único que puede seguir a un demonio al infierno.

Koldo apretó la mandíbula.

—Oh, sí. Lo sé todo sobre ti, y sabía que serías tú quien vendría hasta aquí en busca de respuestas. Tengo que admitir que me alegro.

Implacable hizo una señal a otro demonio.

—Tráela.

El sirviente se alejó alegremente y, a los pocos segundos, volvió arrastrando a un ángel que forcejeaba sin parar.

Era el ángel de Koldo. Era el ángel que había estado buscando… El ángel a quien quería matar. Sintió furia y horror.

—Ah, percibo que mi regalo de bienvenida es bien apreciado. Has estado buscándola, ¿verdad?

Koldo apretó los puños. La recordaba exactamente así: bella de una manera cruel. Parecía muy inocente y dulce, pero tenía un corazón negro. Tenía el pelo muy largo, y oscuro como el suyo, aunque ella también tenía mechones dorados. Sus ojos eran… de un precioso color lavanda. Tenía pecas en la nariz, pero eran las únicas marcas de su piel pálida y perfecta.

Sí. Su madre era una bellísima criatura.

Deseó con todas sus fuerzas acercarse a ella, agarrarla y llevársela. Sin embargo, estaba encadenada al demonio, y tendría que llevárselos a los dos. El demonio podía matarla durante el trayecto de vuelta a casa, y Koldo no podría impedírselo.

—Voy a negociar contigo —prosiguió Implacable—. Si haces lo que yo te diga, te entregaré a los dos ángeles. A esta, y a Jamila. Si me desafías, las mataré, y me aseguraré de que ninguna pueda volver.

Él volvió a mirar a Jamila. Había abierto los ojos y, aunque tenía la mirada perdida, estaba llena de esperanza y arrepentimiento. Abrió y cerró la boca, como si quisiera decir algo, pero no pudo.

—Escúchame bien, guerrero —dijo Implacable—. Solo tienes un día para cumplir mis órdenes. Después de ese tiempo, mataré a los ángeles. Y no pienses en acudir a Zacharel, porque viajarás con uno de mis sirvientes. Si lo matas, yo mataré a los ángeles.

A Koldo se le encogió el estómago.

—Sí, ya ves que lo he pensado bien —dijo Implacable, con una gran sonrisa—. ¿Hacemos el trato, o no?

Capítulo 30

Zacharel abrazó a Annabelle con fuerza. Por fin estaba recuperando su forma humana. Él había hecho muchas cosas para calmarla: la había llevado volando hasta las estrellas, aunque sin acercarse demasiado a ellas para que su atmósfera no la congelara, sin dejar de besarle con ternura los brazos, el vientre, la curva del cuello. Cuando ella había empezado a temblar por la belleza de ambas cosas, Zacharel había cambiado de dirección y la había llevado a una playa para ver el amanecer y deleitarse con su calor, sin dejar de acariciarla y de besarla.

Durante la primera hora, ella había estado muy reservada. Durante la segunda, rígida como un tablón. Durante todo el tiempo, muy callada. Él ya se había acostumbrado a oír su voz y sus ideas, y lo echaba de menos. Quería recuperarlo.

En aquel momento estaban en una habitación de hotel, tendidos en la cama, abrazados el uno al otro.

—Cariño —le dijo él.

—¿Sí?

Por fin una palabra de sus labios.

—Sabes que te deseo, sea cual sea tu forma.

—Yo… sí.

—¿Recuerdas que te dije que quería hacerlo todo contigo?

—Sí —susurró ella.

—Eso no ha cambiado. Y voy a empezar ahora mismo.

Ella se quedó horrorizada.

—¡Pero si ya lo hemos hecho todo! ¿Y de verdad me deseas? ¿Ahora?

Después de todo, ella no lo sabía.

—Ahora, y siempre.

—Pero si estoy… espantosa.

Todavía le quedaban algunas escamas en la piel, sí.

—Eres preciosa, sea cual sea tu aspecto, y hay algunas cosas que no es necesario repetir.

—¿Cómo puedes decir que soy preciosa? Tú odias a los demonios tanto como yo.

—Pero tú no eres un demonio.

Entonces, Zacharel se puso en pie y la arrastró consigo. Hizo que girara y se ciñó su espalda contra el pecho. La llevó hasta la pared; a ella se le escapó un jadeo que, según sospechó él, no tenía mucho que ver con la frialdad del yeso, sino con el calor que él irradiaba.

Zacharel le deslizó las manos por los costados y por las caderas, y le agarró las muñecas. Le levantó los brazos e hizo que pusiera las palmas de las manos en la pared, por encima de su cabeza.

—No las muevas de ahí —le ordenó, y, cuando la soltó, ella obedeció.

Entonces, fue desnudándola, y la acarició hasta que ella comenzó a gemir, hasta que la recta de su espalda se relajó e intentó adaptarse a la forma de su torso. Al final, ella apoyó la cabeza en su hombro. Irradiaba tal calor… Era mayor, incluso, que el suyo, y era exactamente lo que necesitaba.

Zacharel le susurró al oído:

—¿Te gustó estar conmigo?

—Sí —gimió ella—. Me gustó.

—Y me deseas otra vez.

—Oh, sí.

Él le recorrió las costillas y llegó hasta su ombligo.

—Te dije una vez que no quería que me suplicaras nada, pero he cambiado de opinión. Antes de tomarte, tendrás que rogármelo, Anna. Vas a rogármelo, y a gemir, y a suplicar un poco más.

Zacharel necesitaba saber que su deseo era tan fuerte como el que le provocaba a él.

—¿Ah, sí? ¿Y si me niego a suplicarte?

—No, no vas a poder.

Durante un largo rato, él los torturó a los dos acariciándola por todo el cuerpo, salvo dónde más lo deseaba. Ella crispó los dedos en la pared y dio suaves puñetazos, desesperada por el deseo. Sin embargo, no suplicó ni una sola vez.

Finalmente, comenzó a hablar, a decirle todas las cosas que ella quería hacerle a él…

Acariciarlo.

Tocarlo.

Lamerlo.

Cuando terminó, él apenas podía mantenerse en pie. Se frotó contra ella, una y otra vez, y aquella fricción le causó éxtasis… y dolor.

—Sí, vas a hacerme todas esas cosas —le dijo al oído con la voz ronca—, la próxima vez.

Ella giró la cabeza e hizo un mohín.

—¿Y ahora?

—Ahora, yo voy a seguir con mi método para conseguir que supliques —dijo él, y se echó a reír al ver que su mohín persistía—. ¿Creías que se me había olvidado?

Entonces, Zacharel se ocupó a fondo de su tarea. Ya no se conformó con juguetear con ella. La acarició hasta que la tuvo jadeando y gimiendo, en los pechos, en el lugar donde más necesitaba sus caricias, hasta que ella separó las manos de la pared y las enterró entre su pelo. Se agarró a él con abandono, ronroneando, gimiendo, retorciéndose. Y, durante todo aquello, él siguió frotándose contra ella, desesperado por hundirse en su cuerpo.

—Por favor —suplicó ella, por fin—. Me rindo. Por favor, por favor, por favor…

—Yo nunca podría decirte que no…

Entonces, Annabelle sonrió por encima de su hombro.

—Me alegro de saberlo, porque ahora quiero que tú me supliques a mí…

Él no lo pensó dos veces.

—Por favor, Annabelle, por favor, por favor…

Se levantó la túnica y se situó adecuadamente, y se hundió en el cuerpo glorioso de Annabelle.

—Por favor… —repitió.

—Zacharel —dijo ella con un gemido—. Más rápido, por favor.

—O…

Entonces, él comenzó a moverse más lentamente, hasta que se detuvo. Le temblaban las piernas, pero quería saborear hasta el último instante de aquello, y quería ser muy cuidadoso con aquella mujer.

—Zacharel…

Él se movió de nuevo.

Un poco más rápido…

—Por favor…

Un poco más rápido… El placer estaba teñido de agonía, pero le encantaban todas aquellas sensaciones… más y más rápido…

Ella golpeó la pared al llegar al clímax, y él la siguió, gritando su nombre.

Minutos después, cuando ambos se habían calmado, él la tomó en brazos y la llevó a la ducha. Annabelle no dijo una palabra mientras ambos se lavaban. Ya no quedaba ni rastro de su forma demoníaca, y él se alegraba. Ella estaba tranquila y satisfecha.

Y, de repente, él se dio cuenta de que no la había besado ni una sola vez.

La miró. Estaba mojada, y tenía el cuerpo sonrojado por el calor de la ducha y por sus caricias. Era maravillosa.

Le tomó la barbilla y siguió mirándola. Y, al final, la besó. Quería prepararla para su siguiente confesión. Sus lenguas se unieron y jugaron, pero aquel beso no era un beso de seducción.

Cuando él levantó la cabeza, dijo:

—Te quiero, Annabelle.

Ella era su otra mitad. No, más que eso. Era la mejor parte de él.

—Lo sé.

¿Y nada más? ¿Eso era todo?

—Dime cómo lo has sabido.

Ella le dedicó una sonrisa radiante.

—Por cómo eres conmigo. Nadie más es así. Y no olvidemos mi aspecto anterior, y el hecho de que no me hayas apuñalado.

—¿Cómo soy contigo?

—Dulce. Tierno. Protector —dijo ella, y se echó a reír—. E insaciable.

A él le encantó que se le enronqueciera la voz al final.

—¿Y cómo soy con los demás?

—Áspero, duro, exigente. Un tirano.

—Bien. Debo ser así con mis hombres. Soy todo lo que se interpone entre ellos y el exilio.

—¿Qué significa eso?

—Mi destino es su destino, porque la Deidad me ató a ellos como castigo. Aunque, en realidad, para mí ya no es así.

—No sé muy bien lo que siento con respecto a eso.

—No te preocupes. Los meteré en cintura. Debo preocuparme por ellos, como debo preocuparme por ti. No quiero que pierdan las alas y la inmortalidad. Son buenos hombres.

—También los quieres a ellos —dijo Annabelle.

Todavía no estaba seguro de eso, pero sí sabía que los admiraba y los respetaba.

—¿Y tú? —le preguntó a ella—. ¿Me quieres?

Ella frunció el ceño.

—¿Tú quieres que te quiera?

—Sí.

—¿Y sabrás si miento?

—Sí. ¡Pero no vas a mentir!

Lentamente, su gesto ceñudo se convirtió en una sonrisa.

—Dios Santo, qué fácil es tomarte el pelo.

—Annabelle —gruñó él.

—Oh, está bien. Sí, te quiero. Te quiero con toda mi alma —dijo ella en tono de adoración.

Zacharel sintió una avalancha de alegría.

—Entonces, te quedarás conmigo para siempre.

Ella volvió a quedarse seria y, en aquella ocasión, Zacharel se dio cuenta de que su consternación era real.

—Por supuesto. No voy a incumplir mi promesa, pero tendremos que hallar la manera de contener al señor de los demonios que va por mí. De lo contrario, su ejército me perseguirá durante el resto de mi vida, y tú siempre estarás en peligro.

—Hay algunas cosas por las que merece la pena arriesgarse.

—Zacharel —dijo una voz masculina, desde fuera de la cabina de la ducha—. Ha ocurrido algo.

Annabelle gritó.

Al instante, Zacharel dejó de sentir satisfacción y sintió furia. Hacia sí mismo, no hacia Koldo. ¿Cómo era posible que no hubiera oído entrar en el baño a su soldado?

—Sal a la habitación. Ahora.

No hubo respuesta. No se oyó abrir ni cerrar la puerta, pero el guerrero ya no estaba allí.

Zacharel salió de la ducha y se secó, y después envolvió a Annabelle en la toalla.

—Quédate ahí —le dijo, y salió del baño para enfrentarse al nuevo desastre.

Y sabía que era un desastre. Ninguna otra cosa habría llevado a su guerrero hasta allí.

Capítulo 31

Annabelle oyó el sonido amortiguado de unas voces masculinas mientras buscaba algo que ponerse por el baño. Solo encontró dos trapos de limpieza y una toalla, y no podía vestirse con aquello.

Sin embargo, Zacharel debió de percibir su frustración, porque abrió la puerta, le lanzó la túnica y volvió a cerrarla.

Ella suspiró plácidamente. Todavía sentía euforia por lo que se habían confesado Zacharel y ella. En realidad, ya se había dado cuenta de que él se había enamorado, pero oírlo de sus labios había sido maravilloso. Saber, sin duda alguna, que ella, Annabelle Miller, había conquistado y domado a un animal tan exquisito. A un guerrero frío como el hielo pero que poseía una sensualidad tan intensa.

Temblando, se puso la túnica y salió del baño.

—He encontrado a Implacable —estaba diciendo Koldo.

Inmediatamente, ella buscó a Zacharel con la mirada. Él también llevaba una túnica y, a la luz de las lámparas de la habitación, ofrecía la imagen de un ángel dorado, perfecto y poderoso.

Zacharel le hizo un gesto para que se acercara y la estrechó contra su costado.

Parecía que ninguno de los dos hombres quería retomar la conversación, así que decidió hacerlo ella misma.

—¿Dónde está Implacable, y cuál es el plan?

Hubo un silencio tenso. Después, Koldo dijo:

—Está en el infierno, y dice que te liberará de tus vínculos con él si Zacharel accede a caer.

Ella se quedó helada.

—No. Zacharel no va a caer —le dijo a Koldo, y miró a Zacharel —. No vas a caer. ¿Y por qué desea ese demonio tu caída?

—Sería mucho más fácil matarme así. Pero tú no puedes decidir esto por mí, Annabelle.

—Si aceptaras este trato, serías el hombre más tonto del mundo. Sabes que ese demonio miente. Nunca me liberará.

—Yo haría cualquier cosa con tal de tener la oportunidad de liberarte.

—¡No! No. Estamos perdiendo el tiempo. ¡Quiero que vayas a ver a tu Deidad, no que caigas!

—¿Para qué?

—Pídele que haga algo. Puede hacer algo poderoso. Tiene mucho poder.

Él negó con la cabeza.

—Tiene que imponerme un castigo, no prestarme ayuda. Además, lo único que puede hacer es concederme permiso para entrar al infierno, y eso no nos sirve de nada.

—¿Un castigo? ¿Por qué?

Él la apretó más contra su costado, como si quisiera decirle que aquel no era momento de hablar de eso. Ella le pellizcó para darle a entender que no iba a olvidarlo.

Después, Annabelle lo obligó a que la mirara.

—Creo que es importante que hables con tu Deidad. Él te dio un ejército. Aunque esté enfadado contigo, seguro que puede hacer muchas más cosas. Si no lo haces, puede que otro ángel encuentre a Implacable y lo mate.

Y, si sucedía eso, ella moriría, y Zacharel se culparía a sí mismo.

En los ojos verdes de Zacharel se reflejó la indecisión. Annabelle era consciente de que lo estaba manipulando, y él también lo sabía, pero ¿qué podía hacer?

—No quiero dejarte —dijo él.

—Por favor, Zacharel. Hazlo por mí. Koldo se quedará conmigo.

Él se frotó la nuca.

—De acuerdo. Hablaré con mi Deidad, pero no puedo prometerte nada —dijo, finalmente. Después miró a Koldo—. Quédate con ella y protégela. No voy a tardar.

Koldo asintió.

—Te quiero —le dijo Zacharel, y la besó.

—Te quiero —respondió ella.

Después, él batió las alas y desapareció a través del techo.

—¿Acaso esperas que yo te mate mientras él está ausente? —le preguntó Koldo—. ¿Por eso has enviado lejos a Zacharel? Estás unida a Implacable y, si mueres, matarás al demonio y salvarás a Zacharel en el más amplio sentido de la palabra.

—No, no es eso lo que espero.

—¿Por qué no?

—Porque Zacharel se culparía a sí mismo, y te culparía a ti.

—Siempre hay modos de asegurarse de que él no lo sepa.

—¿Me estás amenazando?

Koldo se encogió de hombros.

Con tal de salvar a Zacharel de su caída a los infiernos, ella haría cualquier cosa, incluso morir. Zacharel se culparía a sí mismo, sí, y lloraría por su pérdida, pero viviría una vida larga. En resumen, la de Koldo parecía una buena oferta. Al final, Zacharel conocería a otra mujer y volvería a sentir el amor verdadero.

—¿Y cómo sabes tú que estoy vinculada a ese demonio? —inquirió. Zacharel y ella no se lo habían dicho a nadie.

Él ignoró su pregunta.

—Para que lo sepas, no bastaría una simple cuchillada para matarte, fémina.

—Eh, ¡nadie ha dicho nada de cuchilladas!

—Pero, ¿no estás dispuesta a sacrificarte por Zacharel?

—Claro que sí.

—¿Incluso luchando contra Implacable?

—Sí, sobre todo de esa manera. ¿Por qué quieres saberlo?

Nuevamente, él ignoró la pregunta.

—¿Aunque Implacable te torture antes de matarte?

—Sí, pero yo ganaría esa pelea.

—No, no podrías. Hace falta tener algo que tú no posees. Entonces, ¿por qué estás dispuesta a arriesgarte? No lo entiendo.

—Quiero a Zacharel, y quiero protegerlo. ¿Te ha hablado de Hadrenial?

Koldo negó con la cabeza.

—Él no me lo contó, pero todos sabemos que Hadrenial murió.

Sin embargo, ¿sabían cómo había muerto? Si no lo sabían, Annabelle no quería ser quien se lo contara, así que dijo:

—Perder a su hermano estuvo a punto de destrozarlo, y todavía tiene que luchar contra el sentimiento de culpabilidad y los remordimientos. Si cae, su ejército, tú incluido, caeréis con él, y él no podrá vivir con eso.

Koldo frunció el ceño.

—No. Él nos lo habría dicho.

—Está a cargo de vosotros, y vuestro destino es el suyo.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Koldo, furioso.

—Me lo dijo él, y sabes que no puede mentir.

Pasó un momento, y él asintió, como si acabara de tomar una determinación.

—Eres muy valiente, Annabelle. Tal vez sí tengas lo necesario.

Ella percibió un movimiento por el rabillo del ojo; al mirar en esa dirección, estuvo a punto de gritar. Había una serpe en el techo, observándolo todo.

Annabelle se puso en posición de lucha, pero el demonio se limitó a sisear, y se alejó deslizándose por el techo.

—Espera aquí. Volveré, y tendrás lo que quieres —dijo Koldo.

Después, desapareció.

Capítulo 32

A Zacharel le sorprendió que fuera tan fácil conseguir audiencia con la Deidad, sobre todo teniendo en cuenta la reciente agitación que se había producido en el cielo. Normalmente, los ángeles debían esperar.

Había llegado el día de su castigo, pero no le importaba. Annabelle se había convertido en lo más importante de su vida, y estaba dispuesto a soportar cualquier cosa por ella.

Al menos, todos los daños del templo estaban ya reparados. Todo estaba limpio, los jardines frondosos y el agua de los ríos, purificada. El ejército de Lysander formaba una barrera alrededor del perímetro del recinto e impedía que nadie se acercara.

Nadie, salvo él, claro. Había pasado simplemente con asentir ante el soldado de la puerta y, después, el propio Lysander lo había recibido en lo alto de la escalinata de la entrada.

Lysander era un ángel con el pelo rubio y los ojos oscuros, y tenía unas magníficas alas de oro. Era la belleza personificada y, una vez, había sido un ser sin emociones, como él.

—Esperaban tu presencia —le dijo su amigo, y su voz reverberó en el vestíbulo.

—Yo… siento haberte dejado durante la defensa del templo.

Lysander le dio una palmada en el hombro.

—Cuando tu mujer te necesita, lo demás no importa. Lo sé bien.

Ojalá la Deidad pensara lo mismo. Los dos amigos se dirigieron hacia la sala del trono y, ante la puerta, Zacharel se detuvo un

instante.

—¿Algún consejo?

—Eres un buen líder, con un instinto muy agudo —le dijo Lysander—. Confía en ti mismo, y saldrás bien de esta.

Los dos ángeles centinelas abrieron las puertas dobles del gran salón del trono, y Zacharel atravesó el umbral sin su amigo. La sala estaba vacía; tan solo había un enorme solio en el estrado.

Y, sobre aquel asiento de oro macizo, lo esperaba la Deidad. Como de costumbre, su visión dejó asombrado a Zacharel. Su Deidad parecía tan inocente y frágil como un anciano; tenía la piel muy arrugada, el pelo plateado y las manos temblorosas. Sin embargo, sus ojos eran negros, profundos, brillantes.

Zacharel inclinó la cabeza y se arrodilló, y plegó las alas. Aquella era la reunión más importante de las que había tenido allí, y ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Me sorprende que hayas venido sin convocatoria —le dijo la Deidad, con su voz suave.

—Necesito vuestra ayuda.

—¿Y crees que voy a prestártela?

—Sé que he obrado mal, pero no voy a disculparme. Hice lo que tenía que hacer para proteger a mi mujer, y lo haría de nuevo.

—¿He oído bien? ¿Has dicho que harías cualquier cosa por defender a una humana?

Él asintió.

—A mi humana.

—Umm… Eso lo dices ahora, pero yo me pregunto si… ¿Creías que podías venir aquí, exponer tu caso, pedir lo que deseas y conseguirlo sin más? Tal vez, en un tiempo pasado, yo hubiera permitido tal cosa. Sin embargo, ya no. No puedo estar siempre malcriándote.

¿Malcriándolo?

—Soy un guerrero —dijo él, cuadrándose de hombros—. Sé que antes tengo que recibir unos cuantos latigazos, pero los acepto gustosamente.

—Sí, es cierto. Aceptaste la responsabilidad por Annabelle, pero permitiste que sufriera en más de una ocasión. Incluso tú mismo le has causado perjuicios. Y te has cruzado de brazos mientras ella hería a otros.

—Sí, y aceptaré vuestra decisión, sea cual sea. Pero también os pido ayuda.

Hubo una pausa.

Un silencio ensordecedor.

—¿Deseas que te ayude con Annabelle, aunque ella sea la consorte de un demonio?

—No es la consorte de un demonio. Es mía.

La Deidad no se inmutó, y continuó diciendo:

—Y deseas que te ayude a desafiar a un demonio porque piensas que puede arrebatártela.

Hubo otro silencio, tan pesado que a Zacharel se le hundieron los hombros bajo su peso.

—Desde la última vez que hablamos, ha habido muchos cambios —dijo la Deidad.

—Sí.

—Dime, Zacharel, lo que has aprendido.

Aquello no tuvo que pensarlo demasiado.

—He aprendido cuál es el valor de la vida humana, y el valor del amor y el compromiso. He aprendido a poner las necesidades de otros por delante de las mías.

—¿De verdad?

—Sí.

—Vamos a comprobarlo. Dime, Zacharel, ¿estarías dispuesto a sacrificarte tú mismo por Annabelle?

Aquella pregunta había sido formulada con ligereza, pero, tratándose de la Deidad, tenía algún propósito.

—Sí —dijo Zacharel, sin dudarlo.

—¿Sacrificarías algo más querido para ti que tú mismo? ¿Sacrificarías la vida de tu hermano por salvarla?

Él frunció el ceño.

—Mi hermano no tiene vida. Murió.

—No. Vive.

Zacharel… no pudo responder. La Deidad, como los ángeles, no podía mentir. Eso solo podía significar que…

—La muerte no es lo que tú crees, ángel. Un espíritu no puede morir.

—Pero… El Agua de la Muerte…

—Tampoco es lo que tú piensas. Tu hermano está vivo. Sobrevivió.

Zacharel sintió esperanza. Sintió alegría.

—Pero… yo quemé su cuerpo.

—Y su cuerpo fue rehecho.

¡Hadrenial estaba vivo!

Podrían estar juntos. Podrían volar juntos. Podrían hablar y reír. Su hermano conocería a Annabelle, y serían una familia.

—Volveré a preguntártelo —dijo la Deidad—. Si Annabelle y tu hermano estuvieran ahora ante ti, ¿qué vida elegirías?

En un segundo, su esperanza y su alegría murieron.

—¿Por qué me pedís que haga esa elección? ¿Como castigo por mis crímenes? —preguntó con dolor.

—Has herido a muchos humanos, aunque sabías que no debías hacerlo. Salvaste a una humana, aunque para conseguirlo tuvieras que arriesgar la vida. Tienes que recibir un castigo y una recompensa.

Un castigo y una recompensa. Así pues, podría tener a Hadrenial o a Annabelle, pero no a ambos.

—¿Y si no puedo elegir?

—Entonces, yo elegiré por ti, porque no puede haber vida sin muerte, ni actos sin consecuencias. Esto, tú ya lo sabes.

—¿Y yo? Tomad mi vida, y que vivan ellos dos.

—¿Cuando tú no les diste esa opción a los humanos a quienes permitiste que mataran?

Aquella pregunta era, en realidad, una afirmación. No podría conseguir que la Deidad cambiara de opinión. Eso no era posible.

—¿Puedo verlo? —preguntó él—. ¿Podéis decirme cómo lo salvasteis? Yo conservé su amor.

—Un hombre es algo más que un solo elemento, Zacharel. Tú conservaste su bondad… pero dejaste lo que estaba enconado.

—No dejé nada.

—Dejaste a Implacable.

No. ¡No! Oír aquello fue como recibir un golpe en el vientre.

—¿Dónde está?

Ante Zacharel apareció una luz que fue haciéndose más y más brillante, hasta que se hizo cegadora.

—Mira, y ve. Tu hermano y tu mujer.

Annabelle pasó cinco minutos a solas.

Koldo reapareció después de ese tiempo, acompañado por un demonio sonriente.

—Implacable —dijo Koldo, empujándolo hacia ella.

Por instinto, Annabelle retrocedió, palpó a sus espaldas y agarró… una lámpara. Sus cuchillos estaban en la mesilla de noche, pero la mesilla de noche estaba fuera de su alcance.

—¿Qué estás haciendo, Koldo? —le preguntó al ángel—. ¿Qué sucede?

—Hola, Annabelle —dijo la criatura—. ¿No te acuerdas de mí?

—No estaba hablando contigo, demonio. ¿Koldo?

—Él no puede salir de esta habitación, pero tampoco tú —dijo Koldo—. Me he asegurado de ello.

—Por petición mía —dijo el demonio, sonriendo aún más.

—Te he traído ante ella, como querías, pero no voy a traer a Zacharel.

—Eso no es…

—No, no es tu plan. No creas que vas a poder marcharte solo. Mi nube está rodeando esta habitación, y no podrás atravesarla.

El demonio rugió.

—¿A qué estás jugando? Con una sola palabra mía, las féminas serán destrozadas. ¿Me oyes? ¡Destrozadas!

—Eso es mentira. Las rescatarán antes de que suceda tal cosa. Y, a propósito, no has pensado en todo —respondió Koldo tranquilamente—. Yo sí. Annabelle, todo tuyo.

Y, con eso, él se desvaneció, y la dejó allí por segunda vez.

Pasó un momento antes de que fuera capaz de orientarse, de superar su miedo y su confusión y de sobreponerse a la horrible sensación de quemadura que tenía en el pecho. Sin embargo, cuando por fin se dio cuenta de quién era el demonio que estaba frente a ella, gritó:

—¡Tú!

Allí estaba el asesino de sus padres, salvo que era más grande de lo que ella recordaba. Más alto y más musculoso, pero con su cara de salvaje y sus colmillos de vampiro, con los cuernos venenosos en los hombros y la cola balanceándose entre las piernas.

—No te preocupes, compañera mía. No te voy a hacer sufrir ahora mismo. Antes, quiero jugar contigo. Lo divertido va a empezar cuando Zacharel venga a rescatarte. Y vendrá. Koldo no va a poder detenerlo.

—Yo no soy tu compañera —dijo ella.

El ardor de su pecho siguió aumentando.

«Cálmate. No puedes permitir que las emociones te dominen».

—Así que tú eres Implacable, el cobarde que envía a sus sirvientes a luchar en su lugar, ¿eh?

«Mucho mejor».

A él se le prolongaron los colmillos.

—Vas a pagar por eso —respondió—, y Zacharel también. ¿Dónde está, a propósito? Espero que no ande lejos.

El demonio giró a su alrededor, de forma muy parecida a como había hecho Zacharel una vez, estudiándola de pies a cabeza. Ella giró con él, sin darle la espalda una sola vez.

—Está ocupado haciendo algo importante. Esto es entre tú y yo.

«Y yo seré la que salga viva. Tengo que conseguirlo».

—Esto nunca fue algo entre tú y yo. Llevo siglos esperando poder golpear a Zacharel, y no sabía si tendría la oportunidad de hacerlo. Entonces, el drogadicto de tu hermano me invitó a tu casa, y percibí tu esencia. ¡Imagina cuál fue mi sorpresa! Al instante, supe lo que eras para mí… Lo que serías para Zacharel, y por eso intercambié una parte de tu espíritu con el mío, para que otros te atormentaran hasta que él se diera cuenta. Soy muy paciente, ¿sabes?

Movió la cola para barrerle los tobillos y tirarla al suelo. Sin embargo, gracias al entrenamiento de Zacharel, ella fue capaz de evitarlo dando un salto, y le lanzó la lámpara con fuerza. La lámpara le golpeó la mejilla y lo hirió antes de caer al suelo y hacerse añicos.

Él se quedó inmóvil y se frotó la cara.

—Eso no ha sido muy agradable.

—Tus mentiras tampoco. Tú no podías saber lo que yo iba a ser para Zacharel.

Implacable sonrió.

—¿Estás segura? —preguntó, con la cantidad de veneno justa para sembrar una duda en ella.

—Sí.

Él siguió dibujando círculos a su alrededor, sin parar. Annabelle quería abalanzarse sobre él, atacarlo y empezar la fiesta, pero antes tenía que llegar a la mesilla de noche.

—¿Y si te dijera que soy el hermano de Zacharel? ¿Su gemelo? ¿Su otra mitad?

—Te resultaría más fácil convencerme de que eres Santa Claus.

El demonio volvió a sacudir la cola, con más fuerza y con más rapidez.

—Tal vez lo sea. Me encanta dejar regalitos, como los cuerpos que te dejé a ti. Eran tus padres, ¿verdad? Matarlos fue una delicia.

Annabelle estuvo a punto de vomitar, pero, al menos, consiguió ganar un par de centímetros más.

—Podría haberlos dejado en paz, pero quería que quedaras atrapada en un sitio concreto. Sabía que te culparían a ti, y que te encerrarían, y que un guapo ángel moreno iría a rescatarte.

—¿Y qué ganas con todo esto?

—Venganza. Zacharel mató al hombre que yo era. Me desperté en el infierno y me vi obligado a convivir con los mismos seres que me atormentaron.

—No. ¡Estás mintiendo!

Él lanzó la cola hacia ella una vez, y otra, pero Annabelle consiguió evitar el golpe en las dos ocasiones. Zacharel le había hecho lo mismo, así que sabía que debía saltar hacia atrás para evitar un tercer intento.

Se salvó del golpe, pero también se alejó de las dagas. Tenía que haber otro modo. La quemadura…

¡La quemadura! Ella podía tener algo más que manos. Podía tener zarpas, cuernos y alas, y todo aquello eran armas de destrucción.

Podía tener la oportunidad de ganar.

«Puedo conseguirlo. Puedo».

Se lanzó contra el cuerpo del demonio.

Implacable cayó al suelo y rodó, aplastándola, pero ella le dio un puñetazo en el cuello. Entonces, él rodó de nuevo y, agarrándola por la muñeca, la tiró contra la pared. Annabelle se golpeó con tanta fuerza que salieron pedazos de yeso disparados en todas las direcciones. El dolor se extendió por todo su cuerpo.

Sin embargo, se puso en pie de un salto y corrió hacia él. Él resistió su embestida, pero ella lo mordió y lo arañó. Agarró añicos de la lámpara que había roto y le hizo cortes profundos. Lo pateó. Luchó contra él con todas sus fuerzas. Durante todo el tiempo, él fue un animal rabioso que actuaba sin reglas, sin titubeos, intentando hacer el mayor daño posible. Y, sin embargo, Annabelle se las arregló para dar tanto como recibía.

En unas cuantas ocasiones, él intentó besarla y, en una de ellas, lo consiguió. La tocó en lugares privados, solo para provocarla. Annabelle siempre consiguió mantener la cabeza fría, y eso provocaba estallidos de ira de Implacable.

Aquellos estallidos beneficiaban a Annabelle. A él se le olvidaba bloquear sus puñetazos, porque estaba demasiado ocupado en intentar agarrarla del cuello para poder estrangularla.

—Mírate —dijo él.

—Vete a buscarme un espejo —respondió ella.

Estaba sangrando y estaba dolorida, pero él también sangraba y, seguramente, sentía el mismo dolor.

—¡Ríndete! Zacharel no me causó nada más que dolor y sufrimiento, y yo le haré lo mismo a él. No voy a permitir que me lo impidas.

—Si de verdad eres su gemelo, entonces tú fuiste quien le pidió que te matara. Se lo ordenaste.

—¡No tenía por qué hacerme caso!

—¿Y qué querías que hiciera? Tú intentabas suicidarte.

—Podría haber intentado salvarme con más denuedo. Podía haber encontrado la manera de alcanzarme en la oscuridad.

Por un momento, ella captó un atisbo del hombre que podía haber sido: atormentado, lleno de dolor, destrozado. Una versión más oscura de Zacharel.

Aquel era Hadrenial. Era el hermano de Zacharel. Le había dado la espalda a su verdadera identidad y se había convertido en un demonio.

Y, sin embargo, ¿cómo podía ella matar al hombre a quien Zacharel había echado de menos durante tanto tiempo, aunque se hubiera convertido en alguien tan malvado? Zacharel no podría perdonarla.

Pero, si no lo mataba, Implacable continuaría haciéndole daño a Zacharel y a muchas otras familias. Zacharel era un buen hombre, y la perdonaría.

Por el rabillo del ojo vio que Koldo había vuelto. Él estaba tan herido y ensangrentado como ella, pero no estaba solo. Thane iba con él, en condiciones parecidas. Koldo se desvaneció, pero Thane permaneció allí.

El guerrero creó una espada de fuego y dio un paso hacia delante. Entonces, se detuvo y frunció el ceño.

Palpó el aire con una mano, como si hubiera una barrera delante de él.

—¡Thane!

Él la miró, y abrió mucho los ojos. Dio un puñetazo contra… la nada, moviendo la boca, pero ella no podía oír lo que decía.

Implacable se lanzó hacia ella y le mordió el cuello. Hundió los dientes en su piel y sus músculos y, de repente, ella sintió un dolor increíble. Le asestó un puñetazo en la sien, pero no consiguió zafarse de él. Algo cálido se le derramó por el pecho cuando los mordiscos del demonio se volvieron caprichosos. Annabelle fue debilitándose.

—Thane —gimió, aunque sabía que él no podía oírla. El guerrero estaba golpeando el aire frenéticamente.

«Estoy sola», pensó.

Sin embargo, no tenía importancia. Estaba lista para morir y para llevarse a aquel demonio consigo, porque sabía que era la solución más fácil. Aunque, en realidad, también sabía que el demonio no iba a matarla así. Solo quería debilitarla.

Había llegado el momento de darle una lección. Se obligó a relajarse entre sus oscuros brazos, y bajó las manos. Posó una de ellas sobre su muslo, y le cortó la arteria femoral con las garras.

No iba a debilitarse.

Él se alejó de ella, rugiendo. Cuando Annabelle se puso en pie, se sentía muy mareada, pero caminó hacia él.

Implacable hizo todo lo posible por permanecer fuera de su alcance.

—¡Zacharel! —gritó, corriendo, girando. Surgió fuego de las puntas de sus garras, y él creó un círculo que los rodeó a los dos—. ¡Entra en esta habitación, o la quemaré viva, te lo juro!

—No te oye —dijo Annabelle—. Solo estamos tú y yo.

Annabelle vio que Xerxes y Bjorn se habían reunido con Thane. Koldo debía de estar terminando su misión.

—¡Ven aquí, Zacharel! Quiero que experimentes todo lo que me hicieron a mí. Quiero que tengas la certeza de que le has fallado a alguien más, a la mujer que amas. Quiero que sufras.

El humo rodeó a Annabelle y comenzó a asfixiarla.

«Lo siento, Zacharel», pensó, al ver un pedazo de la lámpara a sus pies. «Tengo que hacerlo».

—¡Zacharel! —gritó Implacable.

Fue el momento que ella aprovechó para recoger el añico y arrojarse hacia él.

Le cortó la garganta, y de la abertura brotó un chorro de sangre que comenzó a formar un charco en el suelo. Implacable cayó de rodillas, agarrándose la herida, intentando respirar. Sin embargo, cuando Annabelle iba a darle el golpe de gracia, él la agarró por la muñeca y tiró de ella para situarla a su lado, riéndose a carcajadas.

—Como si tú pudieras ganar a alguien como yo…

Mientras hablaba, le arañó el cuello con uno de los cuernos y le rasgó la piel. Al instante, Annabelle comenzó a retorcerse, hasta que no sintió nada; ni frío, ni calor, ni placer, ni dolor. Además, quedó inmovilizada.

Implacable se irguió sobre ella con una sonrisa de satisfacción. Las llamas los rodeaban.

—Todo este tiempo he estado jugando contigo, con la esperanza de que él apareciera. Si no lo hace, si continúa negándose a venir, te tomaré aquí mismo, y te mataré de todos modos. Que te encuentre violada, y con tu agresor muerto a tu lado.

«Todavía no he perdido», intentó transmitirle ella, con la mirada. «Lo conseguiré».

—¡Zacharel! —gritó él, de nuevo—. ¿Es que no quieres salvar a tu mujer? Esta es tu última oportunidad.

Koldo entró en el círculo de llamas.

—Yo sí. Yo sí quiero.

—¿Cómo has abierto la barrera? —le preguntó Thane, que llegó un segundo después.

—Muy fácil. La barrera es mi nube —dijo Koldo, extendiendo el brazo para detener al guerrero.

—Annabelle…

—Todavía no.

Implacable lanzó la cola y le hizo un corte a Koldo en la mejilla.

—¿Dónde está Zacharel? Traedlo ahora mismo.

—Está en el cielo. No va a venir.

Una oscura sucesión de emociones se reflejó en el rostro del demonio.

—De acuerdo. Esto termina ahora. Pero no os permitiré que me capturéis y la salvéis —entonces, con otro golpe de la cola, envenenó las heridas del cuello de Annabelle—. Si queréis que sobreviva, tendréis que permitir que me marche con ella.

«Mátalo, Koldo. Por favor».

La sangre goteaba de la mejilla de Koldo.

—No, no te irás. Yo voy a matarte. Sé que, acabando contigo, también la mataré a ella, pero ella está dispuesta a hacer ese sacrificio. Yo tengo que contentarme con saber que he librado al mundo de tu maldad.

—Si lo haces, los ángeles morirán.

—Imposible. Ya las hemos salvado.

—¿Cómo…? No importa —dijo el demonio, y hundió el pincho de su cola, con más fuerza, en la garganta de Annabelle—. Zacharel no querrá que muera.

—Lo que queremos no siempre coincide con lo que necesitamos.

Koldo extendió la mano y creó una espada de fuego. Decapitó a Implacable con un solo movimiento, justo cuando el demonio le cortaba profundamente el cuello a Annabelle.

Al instante, todo se volvió negro para ella. Se vio flotando, flotando en la nada. En un momento, creyó oír un grito de Zacharel.

Capítulo 33

—¡Nooo!

El grito desgarrador de Zacharel rebotó por las paredes del salón del trono de la Deidad.

Había golpeado las puertas del gran salón para escapar, pero no había podido abrirlas. Se había visto obligado a ver a su mujer combatir con su hermano.

La revelación de que Hadrenial se había convertido en un monstruo había estado a punto de destrozarlo, pero había sentido un miedo tan enorme por Annabelle que había seguido luchando por liberarse. Y, sin embargo, no lo había conseguido, y había sido testigo forzoso de la lucha a muerte entre Annabelle y un Hadrenial sediento de venganza.

Y, una vez más, había visto rodar por el suelo la cabeza de su hermano, mientras Annabelle moría junto a él.

—¡No!

Clavó las uñas en los muros, pero, de repente, estaba arañando el aire, porque la sala del trono había desaparecido y, un instante después, se encontró en la habitación del hotel, dentro de lo que había sido el círculo de fuego, con los dos cadáveres a sus pies.

Annabelle tenía la túnica hecha harapos y un corte en el cuello.

Koldo salió del círculo como si lo hubieran empujado. Tal vez él lo hubiera hecho, sin darse cuenta. Thane, Bjorn y Xerxes no intentaron entrar, sino que permanecieron cerca, inmóviles.

Zacharel cayó de rodillas.

—¿No puedo salvar a ninguno de los dos?

—Sí —respondió la Deidad, cuya voz se oyó por la habitación—. Debes elegir.

—¿Cómo podéis hacerme esto? ¿Cómo podéis pedirme que elija entre las dos únicas personas a las que he querido? ¿De veras sois tan cruel?

—¿Cruel? Lo que no has aprendido todavía es que las muertes que tú causas me hieren de una forma incomprensible para ti. Es una carga que tú nunca podrías llevar sobre los hombros. Así pues, ¿crees que soy cruel por darte a elegir, en vez de dejarte sin nada?

Zacharel quiso gritar que sí, pero sabía que no era cierto.

—Lo siento. Lo siento muchísimo… Llevadme a mí en su lugar. Yo daré la vida por ellos, y lo haré gustosamente.

—Si hiciera eso, las dos personas a las que quieres solo conocerían el tormento durante el resto de su vida. Lucharían el resto de la eternidad.

A él se le hundieron los hombros, pero su Deidad continuó hablando.

—Tú crees que no sé nada del amor, pero, en realidad, eres tú el que está descubriendo lo que es de verdad el amor. Tu hermano tomará todo lo que has aprendido y te destruirá con ello. Hará un daño terrible a tus hombres, los hombres que están bajo tu responsabilidad, y que te necesitan más que nunca. Y, sin embargo, te ofrezco que puedas salvarlo, sabiendo lo mucho que perderé si lo eliges a él.

Zacharel no dijo nada. Estaba atrapado en medio de una tormenta de emociones que iban a asfixiarlo.

Sin embargo, la Deidad no había terminado.

—Sé que quieres hablar con tu hermano. Quieres preguntarle por qué hizo todo eso. Quieres pedirle perdón por lo que hiciste tú, y por lo que ha sufrido. Quieres que tenga la oportunidad de insultarte y despotricar, de darte lo que crees que mereces. Quieres cerrar el círculo. Quieres que tenga la vida que una vez mereció.

—Sí.

«Quiero abrazarlo. Quiero volar a su lado y ver sus rasgos claros. Quiero oír que ríe con alegría, y no con crueldad».

—Puedes tener todo eso. Solo tienes que sacar lo que está en la urna y devolverlo al cuerpo de Hadrenial. Al final, sanará de sus heridas y tú tendrás lo que deseas. Aunque llevará tiempo, volverá a ser el hombre que era antes de convertirse en el demonio Implacable.

La urna apareció junto a Zacharel.

—Y, si hago eso, ¿qué sucederá con Annabelle?

—Su espíritu continuará el viaje eterno.

Zacharel miró los dos cadáveres que se iban enfriando ante él. Su bella Annabelle, el único placer que había conocido. Su hermano, el hombre al que había traicionado y con el que estaba en deuda. Vio a sus hombres, que seguían junto al círculo, expectantes. Querían ayudarlo, pero no podían decidir por él.

Metió la mano en la urna y tocó el líquido tibio que había dentro, que giró para saludarlo. Alzó el brazo y lo puso a contraluz. La vida y la muerte descansaban en su mano en aquel momento en el que tenía que hacer un sacrificio y renunciar a una persona a la que nunca podría reemplazar.

—He tomado ya mi decisión —dijo.

En realidad, lo que había hecho era despedirse de alguien a quien quería. Zacharel puso la mano sobre el corazón de Annabelle. No podía permitir que la culpabilidad y la vergüenza decidieran por él. El amor era lo único que debía guiar a un hombre, y él amaba a aquella mujer.

Annabelle era parte de él, su futuro, y, si él debía seguir con vida, no podría hacerlo sin ella.

El líquido se derramó por su pecho, y su piel lo absorbió. Su alma y su espíritu lo absorbieron. Su piel pálida comenzó a recuperar el color, y sus heridas empezaron a cerrarse.

—Lo siento, Hadrenial —susurró.

Le había dicho muchas veces aquellas palabras a su hermano, y seguía sufriendo por él. No le importaba que se hubiera convertido

en un demonio. Seguía queriéndolo, y siempre lo querría.

Siempre recordaría el muchacho que había sido Hadrenial. Nunca olvidaría los lazos que habían compartido.

—¿Qué va a ocurrirle? —le preguntó a la Deidad.

—Una parte de él seguirá viviendo en Annabelle. No por la pieza que el demonio puso en su pecho, porque esa parte también ha muerto, sino por la esencia del amor de Hadrenial. Y, como tú mezclaste algo de ti con la esencia, ella estará siempre unida a ti. Solo tiene que darte una parte de sí misma para completar la unión y detener el avance de tu muerte espiritual.

—Gracias —dijo Zacharel—. Te doy las gracias por que me concedas esta oportunidad con ella.

—Ella siempre estuvo destinada a ser tuya. La cuestión que yo necesitaba responder era si tú apreciarías el don.

—Sí, lo aprecio.

—Lo sé.

Annabelle inhaló una bocanada de aire y se incorporó de golpe. Comenzó a palparse el cuello y el pecho, tal vez en busca de una herida mortal, mientras miraba a su alrededor por la habitación.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estoy viva?

—He tenido que elegir, y te he elegido a ti. Siempre te elegiré a ti.

—¿Zacharel? —dijo ella y, con los ojos llenos de lágrimas, se lanzó a sus brazos—. ¡Tengo una noticia horrible! He luchado contra tu hermano. ¡Estaba vivo! Yo… Él… Lo siento. Lo maté. No pude evitarlo, y…

—Ya lo sé —respondió él.

La estrechó contra su pecho, y ella se aferró a él y se echó a llorar. Él temblaba; había estado muy cerca de perderla. No le importaba quién lo viera en aquel momento de debilidad.

—Oh, Zacharel. Tengo tantas cosas que contarte…

—Lo sé todo, cariño. Implacable era mi hermano.

Con un jadeo, ella se separó de él y lo miró.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me obligaron a ver la lucha. Intenté venir. Habría dado cualquier cosa por evitarte esto. Lo siento. Siento lo que has tenido que soportar.

—No se te ocurra empezar a echarte la culpa a ti mismo. No tienes nada que sentir.

—Por lo menos, intenta enfadarte un poco —dijo él, y la besó suavemente en los labios—. Yo me sentiría mejor.

—Creo que esa es la primera mentira que has dicho. Bueno, eh… ¿y por qué estoy curada?

—Te di el amor que una vez portó mi hermano.

La pequeña sonrisa de Annabelle se desvaneció.

—Tu gran tesoro. No deberías…

—Tú eres mi gran tesoro, Annabelle. Nunca lo dudes.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez.

—¿Cómo puedes decir eso? Ayudé a matarlo.

—No, Annabelle. Fui yo quien lo maté, entonces, y ahora. Tampoco dudes eso —dijo él. Nunca conseguiría terminar por completo el duelo por su hermano, pero debía aceptarlo. Por otra parte, tenía a Annabelle, y eso era lo más importante—. Te quiero.

—Yo también te quiero. Y gracias. Tú también eres mi tesoro.

—Bien, porque ahora eres tú la que debes elegir. Puedes recibir una parte de mí, y tu vida alcanzará la misma duración que la mía.

El brillo de la esperanza apareció en sus ojos azules… No. Ya no eran azules. Annabelle lo miraba con unos ojos dorados y húmedos, los ojos más maravillosos que hubiera visto nunca.

—¿O?

—O… Nada. Esa es tu única opción.

Ella lo besó también, con tanta ternura como había recibido de él.

—Creía que habías dicho que sabías negociar, pero ahora estoy demasiado contenta como para enseñarte a hacerlo correctamente. Acabas de conseguir una esposa. O una consorte. O una compañera. ¡Como quieras llamarme!

—Me parece que has sido mi esposa desde el principio. El primer día me enseñaste a sentir. Me viste en mi peor faceta, y me enseñaste a ser mejor. Lo que hagamos a partir de ahora formará un vínculo mucho más fuerte.

A su alrededor se oyeron vítores, y él se dio la vuelta. Todo su ejército había entrado en la habitación. Thane y Koldo debían de haber llamado al resto de sus hombres.

Thane hincó una rodilla en tierra e inclinó la cabeza.

Koldo hizo lo mismo.

Bjorn, Xerxes y Axel, y todos los demás, fueron arrodillándose ante él. Los veinte miembros de su ejército le demostraron así su respeto.

Zacharel se puso en pie y ayudó a Annabelle a levantarse. Ella se apoyó en su costado y posó la cabeza en su hombro.

—No se te ocurra reprender a Koldo —le dijo—. Tal vez me engañara para que… Quiero decir que resolvió el problema. Y con ayuda de los otros tres, salvó a Jamila, creo.

En parte, Zacharel quería estrangular a su guerrero por haber puesto a Annabelle en una situación tan peligrosa, pero también había intentado desesperadamente conseguir la victoria.

—¿Es cierto?

Koldo asintió, pero permaneció en silencio.

—Creo que, además, salvó a otro ángel.

El guerrero no asintió en aquella ocasión. Tampoco se mantuvo en silencio.

—Eso no le incumbe a nadie más. Yo me ocuparé de ella.

En su tono de voz había una dureza y una frialdad que Zacharel reconocía. Como Hadrenial, como él mismo, Koldo terminaría en el camino a la destrucción si no tenía cuidado.

Miró a aquel grupo de ángeles de alas blancas y doradas. Todos estaban tan perdidos como él había estado una vez. Necesitaban un líder.

Un líder mejor de lo que él había sido.

Y, desde aquel momento, pensaba ser ese líder. Con Annabelle a su lado, podía conseguir cualquier cosa.

—Levantaos —les ordenó—. Nosotros no somos como los demás ejércitos, así que yo no voy a seguir tratándoos de la misma manera. Todos estamos al límite de la caída a los infiernos, y no permitiré que le suceda a ninguno de vosotros. Sois mis hombres. Habrá cambios, y espero que los aceptéis con agrado, pero no me ofenderé si no es así.

Silencio.

—Todos habéis notado que la guerra se está fraguando en el cielo. Es la guerra más grande que hemos conocido, y hemos conocido muchas. No sé cuándo comenzará; solo sé lo que dicen los rumores. Los ángeles de la Deidad lucharán contra los titanes y los griegos, que están escapando de sus prisiones inmortales. Todo esto sucederá pese al hecho de que una nueva reina ocupa el trono de los Titanes, y de que está de nuestra parte. O, tal vez, precisamente porque está de nuestra parte.

Zacharel los miró con solemnidad. Bjorn, Thane y Xerxes compartieron una mirada de inseguridad, y Koldo frunció el ceño.

—Ahora —les dijo—, marchad a vuestras casas. Descansad. Mañana cambiaré vuestro mundo.

A los pocos instantes, todos los miembros de su ejército se habían ido, y él se quedó a solas con Annabelle.

Entonces, la trasladó a otra habitación y la tendió en la cama.

—Tu mundo lo voy a cambiar ahora.

Annabelle sonrió.

—Qué ángel más travieso —murmuró—. ¡Mira! ¡Tus alas se han vuelto de oro puro! ¡Y no hay nieve!

Él se miró las alas.

—Me he convertido en un miembro de la Elite —dijo, y se sentó a horcajadas sobre ella—. Lo celebraremos después. Ahora tenemos que comenzar una unión.

Le abrió la túnica y contempló lo que era una fiesta sensual para sus ojos. Se quedó tan hipnotizado que no atendió al movimiento de

las manos de Annabelle. Ella lo agarró por los hombros y lo empujó hacia abajo, y se colocó sobre él.

—Sí, nos uniremos —le dijo—. Cuando me lo hayas suplicado.

Y cumplió su promesa. Lo desnudó y lo acarició y, muy pronto, él comenzó a suplicarle sin poder contenerse.

Justo antes de que ella se desmoronara sobre él, de su espalda brotaron un par de alas blancas.

Annabelle se incorporó y jadeó, mirando las alas con asombro.

—¿Qué… no…? ¿Cómo?

Él se echó a reír con ganas.

—Cuando portabas la esencia del demonio, tus emociones negativas estimulaban tu aspecto de demonio. Ahora portas la esencia angélica, y tus emociones positivas estimulan esta apariencia. Y, ahora, ya está bien de distracciones. Te deseo de nuevo, Anna.

—Bueno, me toca suplicar a mí…

Horas después, cuando ambos estaban saciados, ella se acurrucó entre sus brazos. Zacharel pensó que aquella era la vida que nunca se había atrevido a soñar para sí mismo. Y siempre la atesoraría, porque había estado a punto de perderla.

—Y, con respecto a esta unión, ¿qué tenemos que hacer? —preguntó ella, con un bostezo. Sus alas habían desaparecido, pero volverían.

—Primero tenías que entrelazar tu vida con la mía, cosa que hiciste cuando te obligué a suplicarme. Y yo me ocupé del resto.

—¿Ya te has ocupado? ¿Entonces ya estamos unidos?

—Para siempre. En cuanto supe que estabas dispuesta a hacerlo, y mientras estabas distraída, tomé una pequeña parte de tu espíritu. Puede ser doloroso, y yo no quería hacerte daño.

Nunca volvería a hacerle daño.

—Mi dulce príncipe —dijo ella, y le besó el corazón—. ¡Eh! ¡Tu mancha negra ha desaparecido!

—Tú me has salvado.

—Supongo que, entonces, me debes una. Y eso me recuerda el segundo punto del acta: quiero ayudarte a matar demonios.

—Nunca lo he dudado.

—¿De verdad? ¿Me vas a dejar hacerlo sin hacer mohínes como un niño pequeño?

—En primer lugar, yo no hago mohínes. En todo caso, reflexiono, y, seguramente, de una manera muy *sexy*. En segundo lugar, tal y como tú me has dicho, te has pasado la vida en una jaula, y yo no pienso meterte en otra.

Aunque eso no significaba que fuera a permitir que ningún demonio la tocara. Zacharel tendría que hacer todo lo posible para protegerla durante las batallas. Además, si uno de los dos moría, el otro lo seguiría; él nunca tendría que estar sin ella.

—Creo que es lo más dulce que me has dicho.

—Soy un hombre dulce.

Ella se rio con ganas, y él se deleitó con aquel sonido. Decidió que iba a hacer que se riera todos los días durante el resto de la eternidad.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido? —le preguntó él—. Soy un hombre dulce.

—Ya. ¿Y cuáles son los planes de mi dulce ángel para su ejército, eh?

—Disciplina, autoridad y consecuencias. Por supuesto.

Otra carcajada.

—Tienes razón. Qué dulzura.

—No, es cierto, pero mi dulzura está reservada para ti. Solo para ti, y para siempre.



GENA SHOWALTER (Oklahoma, 1975) es una escritora estadounidense de novela romántica.

Publicó su primer libro con 27 años, y ha escrito más de veinticinco novelas. Ha hecho incursiones en varios géneros, incluyendo romance contemporáneo, paranormal y novelas para jóvenes adultos.